

MANUEL JESÚS PALMA

Esperando a Alba



Editorial
Alifan

ESPERANDO A ALBA

Manuel Jesús Palma



Ediciones
Alféizar

© 2019

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 - Alquería de la Condesa - Valencia - España

Autor cubierta: Enrico Pitton

Teléfono: 34 644 524 524

Email: info@edicionesalfeizar.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

*Para Marta,
por demostrar que siempre hay esperanza
cuando se lucha con coraje*

NOVIEMBRE

14 de noviembre de 2017

Voy a contarte un secreto: siempre quise escribir un libro. Quiero decir, es una de esas cosas con las que todo el mundo sueña alguna vez, ¿verdad? No sé quién dijo aquello de que para tener una vida completa, una persona debía escribir un libro, plantar un árbol y tener un hijo. Bueno, pues a mí me quedan menos de cuatro meses para ponerme al día.

Sí, ya sé que esto no es un libro de verdad, como los que tu madre conserva (espero) en algún lugar de casa. Esto no es *El Guardián Entre el Centeno* ni yo soy J.D. Sallinger. Aun así, espero estar a la altura. Y si tu madre ha hecho un buen trabajo contigo (algo de lo que estoy seguro), tal vez no bosteces demasiado mientras lees todo esto. Incluso puede que te llegue a interesar lo que le pasaba a tu ingenioso y divertido padre por la cabeza mientras te esperaba. Voy a tratar de no ser demasiado catastrofista, ni sarcástico, ni aburrido con lo que escriba. Pero ten en cuenta que mi cuerpo se está autoboicoteando para joderme el mejor momento de mi vida. Y tengo que luchar contra eso, y a veces no voy a estar bien, ni siquiera de humor para escribir. Estoy seguro de que lo comprenderás.

Esta mañana he estado en mi segunda sesión con el doctor Clos, el terapeuta que me recomendaron en el hospital. Yo me esperaba a un hombre cercano ya a la jubilación, con el despacho empapelado por títulos con honores, con la mirada serena y la tranquilidad que dan décadas de experiencia con pacientes como yo. Así que imagínate cómo me quedé cuando nada más entrar vi que debajo de la bata llevaba una camiseta de Pink Floyd. Por cierto, si no sabes quiénes son Pink Floyd, deja de leer ahora mismo y busca en Youtube el disco *The Dark Side Of The Moon*. Sigue existiendo Youtube, ¿verdad?

En fin, que cuando llegué la semana pasada a la consulta y me lo encontré así, con su camiseta rockera, su barba de más de tres días y su mirada alegre, pensé que aquello era una broma, porque debía tener más o menos mi misma edad. Me ofreció la mano para que se la estrechara y no pude evitar fijarme en el montón de pulseras que tenía. Reconocí algunas de ellas porque eran de festivales de música a los que yo había ido con tu madre antes de que nos volviéramos demasiado viejos, o sea, el año pasado. El doctor me invitó a entrar y a sentarme. Yo, que ya estaba nervioso antes de conocerle, ahora tenía que lidiar también con la confusión y el temor de que aquel pipiolo estuviera todavía de prácticas y no supiera qué hacer conmigo. Sin embargo, su seguridad era aplastante.

Le conté mi caso al doctor, aunque seguro que él ya sabía todos los detalles porque no paraba de hojear unos papeles que tenía sobre la mesa. Los del hospital le habrían mandado toda la información de mi caso. Pero había cosas que no sabían en el hospital. Cosas que yo ni siquiera tenía previsto contar en aquella primera visita. Sin embargo, la charla amable de aquel tipo me hizo relajarme, tal vez demasiado. A los diez minutos estábamos en este plan:

—¿Cómo se siente al respecto de tener que dejar su puesto de trabajo?

—Pues... me gusta lo que hago... pero supongo que en el tiempo me queda, tendré mejores cosas que hacer.

—¿Cómo por ejemplo?

—Bueno, viajar, disfrutar con mi novia, mis amigos, pasar tiempo con ellos... Es lo que hace la gente que va a morirse, ¿no?

—Todos vamos a morirnos, señor Alonso.

—Daniel, por favor.

—De acuerdo, Daniel. Lo único seguro que tenemos en esta vida es precisamente que no vamos a salir vivos de ella.

—¿Eso es de Alejandro Sanz?

—Yo creo que es de Benjamin Franklin, pero da igual. Es una verdad como un templo, Daniel. No le voy a decir que sea un privilegiado, pero usted tiene cierta ventaja sobre el resto, porque aunque sean pocos meses, podrá disfrutar de ellos al máximo.

—En realidad... solo hay una cosa que quiero hacer.

—¿Una sola cosa? ¿Y qué es?

—Ver nacer a mi bebé. Mi novia está embarazada de tres meses.

—Enhorabuena. Creo que no podría haber un mejor objetivo para alguien que está en su situación, pero aquí pone que su esperanza...

—Sé lo que pone ahí, doctor. Por eso estoy esforzándome en hacer todo lo posible por alargar este final, al menos hasta que Ariadna dé a luz. Luego, supongo que me podré ir tranquilo.

Al decirle aquello, el doctor se me quedó mirando muy fijamente. No sé qué edad tendría pero estaba claro que cometí un error al juzgarle tan rápidamente. Entendí que aquel tipo había visto a muchos como yo. Y también entendí que algunos habían logrado su objetivo, y otros no.

—Es usted joven, Daniel. Está en buena forma, y tiene a un maravilloso grupo de médicos detrás para ayudarlo. Y lo más importante, tiene una meta clara que alcanzar. Eso le va a ayudar mucho a conseguir lo que quiere. Pero es mi obligación recordarle que esta enfermedad es devastadora. Lo va a pasar mal, y los meses que le quedan no serán un camino de rosas.

—Eso lo entiendo perfectamente. Soy yo el que se muere, doctor.

—Discúlpeme, no quería ofenderle. Pero es bueno que sea consciente de toda la situación, para que la comprenda desde el primer momento. Eso le hará más fuerte. Y ya sabe que puede hablar conmigo de lo que sea.

—¿De cualquier cosa?

—Por supuesto. Estas consultas son totalmente privadas y lo que hablemos aquí quedará entre usted y yo.

—Muy bien. Hay algo que he querido preguntarle desde que llegué...

—Pues dígame.

—¿Usted qué edad tiene?

Ya sé lo que estarás pensando. Que cómo puedo bromear y estar de tan buen humor días después de saber que tengo cáncer. Bueno, eso también lo hablé con el doctor Clos. Me comentó que los pacientes suelen pasar por diversas fases al recibir una noticia así. Yo le dije que había vivido absolutamente de todo, pero que a estas alturas lo único que me importaba era verte. Así que supongo que estoy en la fase de aceptación. Y que mi humor es a prueba de cáncer de páncreas. No siempre estoy así, desde luego. Tu madre te podrá contar historias de todas las veces que se ha cabreado conmigo (todo lo que es capaz de cabrearse ella, claro) por estar yo

mosqueado con cualquier tontería. Y no digo en estos días, sino mucho antes. Supongo que también vendrán días así a partir de ahora. El doctor Clos me ha dicho que tener cambios de humor es algo habitual. Hay momentos en los que me gustaría empezar a destrozar cosas con un martillo hidráulico, y otros en los que solo quiero acurrucarme en el sofá de casa mientras tu madre ve algún reality de cocina, poner la cabeza en su barriga y tratar de escucharte, por si tal vez me estuvieras queriendo decir algo.

Yo a veces sí que te hablo, aunque creo que tú no me puedes escuchar. Se lo preguntaré a la ginecóloga en la próxima visita. Nos dijo que ya podremos saber tu sexo, y aunque tu madre tiene sus dudas, yo he sido muy claro: quiero saber si viene niño o niña. No es porque tenga mucho interés en que seas lo uno o lo otro, la verdad. Pero necesito saberlo, para saber cómo llamarte. Porque voy a contarte todo lo que se me pase por la cabeza en estos meses. Voy a decirte todo lo que no podré cuando ya no esté. El doctor me ha dicho que puede ser una buena terapia para expresar lo que estoy sintiendo en cada momento, y además, un buen legado que dejarte. Y yo, que siempre quise escribir un libro, creo que va siendo hora de que deje de procrastinar y lo haga de una vez por todas. Para ser el primer día no está mal, ¿no?

15 de noviembre de 2017

Desde hace algo más de un mes estoy yendo habitualmente a hospitales, y es algo que no me hace especial ilusión. Nunca me han gustado, aunque supongo que a nadie le gustan los hospitales. Bueno, tal vez a tu madre y a tu abuela sí que les gusten. Se llevan todo el tiempo en ellos, aunque por razones muy diferentes. La idea que yo tenía de los hospitales era la de sitios donde la gente solo va por obligación, cuando están enfermos, sitios a evitar a toda costa. De hecho, mi madre caló pronto aquel temor que tenía a los hospitales, surgido seguramente a los cinco o seis años, cuando me operaron de vegetaciones y tuve que pasar varios días allí metido. Ella sabía que después de aquella experiencia yo no quería volver jamás a un sitio de aquellos. Y lo utilizaba como arma para tenerme bien controlado ante cualquier principio de enfermedad, incluso un simple catarro.

Recuerdo que con doce años, cerca de navidades, me resfrié un poco. Algo normal y lógico por las fechas y por el frío que hacía, sumado a que era mucho más fácil coger un resfriado en el instituto, que era un paraíso para los gérmenes y los virus. El caso es que por aquella época yo siempre salía a dar una vuelta con mis amigos por las tardes, después de hacer los deberes. Mi madre no tenía problema en dejarme, porque al fin y al cabo Cerro de la Vega es un pueblo pequeño y tampoco tenía muchos sitios adonde ir. Supongo que se sentía segura, mucho más que tu abuela Raquel, que no dejaba salir a tu madre de casa a no ser que fuese con tus tías, hasta los dieciséis años. Ventajas de vivir en un sitio pequeño. Salíamos a dar una vuelta por las plazuelas, a veces comprábamos pipas y nos sentábamos en los bancos, a ver pasar a la gente, a imaginar cómo seríamos de mayores, a hablar sobre las chicas de la clase en términos que reconozco que eran poco apropiados... Cosas de chavales de doce años. Seguro que ya has pasado por esa época y sabes de lo que hablo. No me lo tengas muy en cuenta, por favor.

Recuerdo bien que a pesar de estar medio resfriado por aquella época decidí seguir quedando con Edu y los demás. Anocheceía muy temprano y el frío empezaba a ser considerable ya a eso de las siete de la tarde. Pero yo pensaba que con abrigarme lo suficiente y llevar mi paquete de pañuelos en el bolsillo tendría suficiente. Y como cualquier chaval de esa edad, tampoco es que hiciera las cosas demasiado bien. Lo de ir bien abrigado suponía ponerme un chaquetón encima y punto. Y el paquete de pañuelos... Bueno, que quede entre tú y yo, ¿eh? A veces se me olvidaba en casa, y las mangas de los chalecos son tan socorridas...

Total, que pasó lo que tenía que pasar. Aquel pequeño resfriado fue a más y a más, hasta que me entró fiebre y me puse con un mal cuerpo que casi no podía ni levantarme de la cama. Y para colmo, aquello sucedió un viernes. Un día antes del sábado más importante de mi vida, o eso pensaba en aquel momento. Habíamos quedado unos cuantos de clase, la primera vez que nos uníamos chicos y chicas, y Ana le había dicho a Sonia, que era la medio novia de Fran, que seguramente se apuntaría a la quedada. Sí, ya sé que son muchos nombres y que no te sonarán de nada. Luego si puedo te hago un croquis, pero vamos, que esto tampoco es Juego de Tronos. Y como sé que inteligencia no te debe faltar, porque en eso habrás salido a tu padre, ya imaginarás que la sola posibilidad de coincidir con Ana fuera de clases al día siguiente me hacía desear con todas mis ganas el recuperarme. Pero como aquello no estaba en mi mano, o al menos no de la manera rápida y eficaz que yo desearía, opté por otra opción. Saqué fuerzas de donde no las tenía, apreté los dientes... y le dije a mi madre que estaba bien y quería ir al instituto. Sabía que aquello era una condición imprescindible para poder salir al día siguiente. Si me quedaba en casa, enfermo como estaba, me perdería el día de clase, pero mi madre no iba a transigir de ningún

modo que yo saliese de parranda al día siguiente. Así que hice de tripas corazón y como buen hombre enamorado, me sacrificué.

Pero ay, iluso de mí, que con esa edad todavía pensaba que era más listo que la que me dio la vida. Mi madre me puso la mano en la frente, me dijo que estaba ardiendo y se empeñó en ponerme el termómetro para comprobar mi temperatura. Por más veces que le repetía que estaba bien, que quería ir a clase, ella no quiso dejarme salir hasta no estar segura de que efectivamente, estaba en condiciones. Y yo seré un mentiroso de Oscar, pero el maldito mercurio me delató allí mismo, con mi madre en plan más madre que nunca:

—Daniel, no tengo ni idea de porqué ahora tienes tantas ganas de ir al colegio cuando siempre te estás quejando de las clases.

—No voy al colegio, mamá. Voy al instituto —en aquel momento, aquella diferencia me parecía importantísima.

—Como si vas a la NASA. Para un día que estás enfermo de verdad, ¿y quieres ir a toda costa? Vas a salir, sí, pero conmigo al médico.

—¿Al médico para qué, mamá? Si lo único que tengo es un poco de calentura... —y vaya si la tenía.

—Pues para que te mande lo que te tenga que mandar y te diga lo que tienes que hacer para curarte de una vez. A ver si a él le haces caso.

—¿Y tú crees que mañana estaré ya curado? —a veces era tan inocente como un teletubbie.

—Pues no lo sé, Daniel. Pero te digo una cosa. Si no vas al médico ahora, puede que el catarro vaya a peor, que se convierta en una neumonía, y que acabemos en el hospital.

Mi rostro se ensombreció en ese momento como el de un cofrade viendo nubes en la mañana del Domingo de Ramos. Aquello no podía pasarme a mí, justo el día antes de entrar por fin en el radar de Ana, la espléndida y risueña Ana, la inalcanzable chica con los ojos más azules que el mismo cielo de agosto. Pero tuve que reconocerle a mi madre, aun sin decírselo, que tenía razón. Y la sola idea de acabar en el hospital me parecía tan terrible que no valía la pena arriesgarse. Quince minutos después iba camino del médico con más ropa encima que dentro del armario.

Podrás imaginarte, por esta breve anécdota, la animadversión que me causan estos lugares. Luego he tenido que estar otra vez en hospitales, por supuesto, pero casi siempre visitando a algún familiar y cosas así. Y mírame ahora. Yo, que siempre presumía de no enfermarme nunca, de tener una salud de hierro... El doctor Clos me dice que este tipo de cosas pueden pasarle a cualquiera, aunque por supuesto, hay quienes tienen más posibilidades que otros, por el estilo de vida que llevan, por su propia herencia genética... Lo mío es un caso extraño, al parecer, porque ni tengo malos hábitos ni hay precedentes familiares. Y la verdad, no sé si el desconocer las causas que provocan que esta mierda esté creciendo dentro de mí me hace estar más tranquilo, o es precisamente todo lo contrario. Si al menos fuera de los que beben como cosacos, fuman como chimeneas y se llevan todo el día tirados en el sofá, pues podría culparme a mí mismo por esa mala vida. Pero ahora, después de cuidarme, de tanto gimnasio y tanto deporte, de no probar el tabaco y beber solo en ocasiones especiales, la vida me viene con estas. ¿Y a quién le reclamo yo?

16 de noviembre de 2017

No te voy a engañar, hoy no ha sido un día fácil. De hecho, he estado a punto de no ponerme a escribir siquiera. Pero creo que es importante mantener lo que uno se promete a sí mismo, sobre todo cuando está empezando. Y no quiero que pienses que soy un dejado que solo escribe cuando le apetece. Voy a tratar de pasarme por aquí al menos un rato cada día, incluso cuando esté destrozado, por fuera y por dentro, como hoy. Son las once y media de la noche, tu madre está haciendo turno doble en la clínica y yo he terminado de ver la segunda temporada de Stranger Things hace un rato, mientras disfrutaba de una maravillosa lasaña ultracongelada del super. Y yo también me siento muy extraño hoy.

Verás, cuando llegué a Barcelona, hace cinco años, vine con la intención de probar cosas nuevas, de abrirme camino en el mundo laboral y seguir formándome. En Sevilla, la cosa estaba bastante parada (la crisis, la crisis, repetían por todos lados), y Madrid siempre me pareció una ciudad sosa, por más que muchos se lleven las manos a la cabeza cuando lo digo en público (cada vez menos, para evitar esa reacción, así de considerado soy). Así que estaba entre Valencia y Barcelona, y finalmente me vine aquí por una simple razón: las mejores empresas del sector de las telecomunicaciones estaban repartidas por toda la ciudad. Así, que no me lo pensé demasiado, cogí la maleta y dejé Sevilla, ahora sé que para siempre, en busca de un futuro. Y lo encontré, desde luego.

Después de estar de prácticas en una pequeña empresa de la ciudad, lo que me permitía pagar parte de los gastos, encontré trabajo en una de esas compañías importantes de las que siempre había escuchado hablar a mis compañeros durante mi época de estudiante. Sabía que necesitaban un perfil como el mío y allí me presenté, con un traje comprado dos semanas antes y la actitud del que sabe que va a comerse el mundo. Me contrataron para seis meses, que luego se alargaron a otros seis, y otros seis más... Hasta hoy.

Hoy he vuelto a las oficinas para despedirme de mis compañeros y compañeras, con los que he compartido casi cuatro años de mi vida, y que me han permitido disfrutar de mi trabajo durante todo ese tiempo. Estudies lo que estudies, trabajes en lo que trabajes, solo espero que tengas compañeros tan buenos como los míos. Después de la mala experiencia de los últimos años de carrera, donde apenas me hablaba con dos o tres personas porque el resto estaban demasiado metidas en su mundo de competitividad extrema como para entablar cualquier tipo de relación con un posible "rival", encontrar en aquella empresa a toda esta gente fue un bálsamo para mí. Me encanta lo que hago, aunque obviamente también hay días en los que me gustaría quedarme en casa y pasar de todo, pero son muy pocos. Cuando entendí que esto ya no tenía solución, y que iba a tener que dejar de trabajar para someterme a las pruebas y demás, me sentí paralizado por el miedo. Iba a echar de menos mi trabajo, pero sobre todo, a la gente con la que trabajaba.

Cuando empecé era el último mono y pensaba que nadie me tendría en cuenta, pero tuve la suerte de estar en el mismo departamento que Sixto. A sus cincuenta y cinco años, atisbando ya la jubilación en el horizonte, me acogió como su pupilo y me enseñó todo el entramado de redes de la empresa, una maravilla tecnológica que él mismo había creado. No te voy a aburrir con tecnicismos, pero estaba claro que aquel tipo sabía muy bien lo que hacía. Y lo más impresionante es que ni siquiera había estudiado la carrera. Se había formado en Informática, en su momento, y posteriormente hizo varios cursos. El resto lo aprendió con la experiencia, estando siempre al tanto de todo lo nuevo, algo que te aseguro que no es fácil en un sector como el nuestro. Sixto es una persona afable, un mallorquín que tiene dos hijos, una esposa por la que siente auténtica

devoción y unos cuantos gatos. Vive a las afueras, en un chalecito cerca de San Çugat, y disfruta del cine y de la lectura, pero sobre todo del fútbol. Es uno de los pocos forofos del Español con los que me he topado en estos años, aunque reconoce que solo acogió los colores del equipo periquito porque no quería ser del Barça cuando aterrizó aquí. En mis primeros días en la empresa, Sixto se tomaba su tiempo para explicarme todo lo que debíamos hacer. Mi misión era ayudarlo y quitarle un poco de carga de trabajo, que era mucho, y lo sigue siendo. A los tres meses, mientras terminábamos nuestra jornada, ya a punto de salir, me puso la mano en el hombro, me miró a través de sus gafas de cristales enormes y me dijo que ya no podía enseñarme nada más. Yo le explique que todavía me quedaba mucho por aprender, y tenía contrato hasta tres meses después. Él sonrió y me respondió que seguiría aprendiendo, por supuesto. Pero que lo haría por el propio trabajo, por la propia experiencia. Que ya sabía todo lo necesario para desenvolverme por mi cuenta. Nunca sentí que me mirase por encima del hombro, en ningún momento, pero entonces comprendí que me estaba dando la bienvenida de verdad, a su puesto, al mío, al que he tenido durante todos estos años.

Ese día me miraba orgulloso. Hoy lo ha hecho con lágrimas en los ojos, que apenas podía contener, e intuyo que tampoco quería hacerlo. Me ha dado un abrazo y las gracias por ser, según él, el mejor compañero que ha tenido nunca. Los demás nos miraban consternados, y también se han despedido de mí en los mismos términos, aunque obviamente no de una manera tan intensa como la de Sixto. Sabía que sería un día triste, pero me ha costado más de lo que imaginaba. No solo por mí, ya que iba bastante concienciado, sino por ellos, por su reacción, porque es posible que no los vuelva a ver nunca más, al menos a la mayoría. Pero no es ese recuerdo el que quiero llevarme de mis compañeros.

Te hablaría de los chistes de Pau en las pausas para el café, y de cómo me miraba siempre buscando mi aprobación después de contarlos, como si el mero hecho de nacer al sur de Despeñaperros ya me confiriese algún tipo de autoridad en temas de humor. Te hablaría de Mónica y de su prodigiosa memoria para recordar fechas de cumpleaños, aniversarios y todo tipo de celebraciones, que a más de uno le han salvado de una buena bronca. Al propio Alfonso, que es la persona más despistada que conozco, por encima incluso de tu santa madre, pero que tiene un corazón que no le cabe en el pecho, y que siempre estaba para echar una mano, incluso fuera de su horario laboral, si hacía falta. Y te hablaría, y te hablaré seguro, de la pizpireta y maravillosa Marina, la rubia que no calla ni debajo del agua, la que mejor gusto musical tiene de toda Barcelona, y una de mis mejores amigas aquí. Ella y Crespo, su novio del instituto, son la pareja más duradera que conozco, y eso que están a la gresca cada dos por tres. Pero tienen una maravillosa capacidad de quererse, por encima de todo lo demás. Tal vez por eso me gusta tenerlos cerca, y tal vez por eso, tu madre y yo salimos mucho con ellos, así que la verás más por aquí, seguro.

Te hablaría de todos ellos, y de las mil historias y anécdotas que tenemos en estos cuatro años. Pero estoy que me caigo de sueño, y tampoco quiero abrumarte tanto en los primeros días. Otro día te cuento lo de la impresora fantasma, o lo de Gracia, la becaria que tuvimos hace dos años, y que celebraba su cumpleaños cuando le apetecía. De esas tengo un montón, así que no te preocupes, que no me voy a quedar sin ideas.

17 de noviembre de 2017

Hoy te escribo desde el salón, echando un vistazo al horno cada dos por tres. Tenemos cena en casa, y he querido preparar mi más exquisita especialidad, berenjenas rellenas de pollo y champiñones, con queso gratinado. Una delicia de receta que, no te preocupes, legaré a tu madre para que tú también puedas disfrutarla. Vienen a cenar dos amigos, Nuria y Marcus. Ella fue inseparable de Ariadna en los años de la facultad de enfermería, aunque luego no tuvo tanta suerte como tu madre... o sí, según se mire.

Nuria pasó un semestre de Erasmus en Galway, una preciosa ciudad erigida en la piedra de la costa oeste de Irlanda. Quedó tan prendada de aquel lugar que en cuanto terminó la carrera decidió marcharse allí a probar suerte. Y no solo encontró un buen trabajo (por lo que se ve, las enfermeras españolas tienen muy buena fama en el extranjero), sino también a un tiarrón más irlandés que la Guinness, Marcus O'Flanagan. La primera vez que le conocí fue precisamente allí, en Galway. Nuria nos invitó a pasar unos días en su nuevo hogar, y se encargó de mostrarnos los rincones más importantes de la ciudad. ¿Sabías que hay un sitio llamado Spanish Arc justo al lado del puerto, y al final de un recorrido que se llama Spanish Parade? Al parecer, el puerto de la ciudad era muy parecido a los del norte de España, y no eran pocos los barcos de Santander, Bilbao o Galicia que llegaban hasta aquel puerto del Atlántico. La relación entre los comerciantes españoles e irlandeses se estrechó, y fruto de ello se nombró a esta parte de la muralla con ese apelativo tan especial.

Nos lo explicó Nuria mientras nos resguardábamos justo debajo de aquel arco, por un repentino chaparrón que nos sorprendió a todos menos a Marcus. Typical irish weather, nos decía con una sincera sonrisa enmarcada en su tupida barba pelirroja. Si cuando te digo que el tío es más irlandés que U2 no te exagero. Es divertido, amable, muy buen anfitrión, fuerte y cariñoso. Se bebe las cervezas como si fueran vasos de agua, y el alcohol parece no afectarle en absoluto. Aquella misma noche yo tuve que dejar la tercera pinta a la mitad porque no podía más y él, que llevaba cinco, se la terminó sin inmutarse. No es que sea algo que admire per se, pero aquello me enseñó que los irlandeses están hechos de otra pasta y que es imposible picarse con ellos en un duelo de beber. Eso sí, le prometí que algún día los llevaría a él y a Nuria a Sevilla y tendríamos ese mismo duelo, pero con gazpacho en lugar de cerveza negra. Él aceptó encantado. Espero que no me lo tenga muy en cuenta...

Ando un poco nervioso, no te lo voy a negar, porque Nuria y Marcus no tienen ni idea de lo que me pasa. Vienen un par de veces el año y este han adelantado la visita porque quieren conocer al sobrino de Nuria, que acaba de nacer. Cuando ella contactó con Ariadna le imploró que nos viéramos. Tu madre, que no sabe decir que no, aceptó con la condición de que hiciéramos cena en casa. Supongo que confiaría en que me costaría menos contárselo aquí, en mi burbuja de seguridad. Y aun así, sigo estando muy nervioso. Porque cada vez que me enfrentó a este momento, y en las últimas semanas han sido muchas, se me hace un nudo en la garganta y casi no puedo ni hablar. Ariadna me ayuda, pero siempre es devastador. Y no solo por mí, que tengo que repetir una y otra vez todo lo que me ocurre, reviviendo en bucle aquella maldita mañana de finales de octubre, aquella aséptica consulta... Te juro que lo peor es ver las reacciones de los demás. Cómo se quedan mudos. Cómo no se lo pueden creer. Algunos, incluso, llegan a pensar que es una coña y se ríen. Y entonces me pongo más nervioso aún porque no sé cómo salir bien de la situación. Es una pesadilla, te lo aseguro.

Nuria siempre ha sido una mujer alegre, divertida y luminosa. Marcus es igual que ella, pero

más tranquilo. Se compenetran de maravilla, tanto que a veces tengo envidia de ellos, y eso que tu madre y yo somos la mejor pareja que conozco. Se entienden mejor que nadie, aunque él tenga poca idea de español y menos aún de catalán, y que ella solo ha ido progresando con el inglés a base de experiencia y necesidad. Al principio, aquello debió ser una locura. Nuria nos contó que cuando Marcus le pidió la primera cita, lo hizo recitando un poema de Bécquer, el famoso “¿Qué es poesía? Poesía eres tú”. Y ella, por supuesto, cayó rendida. Pero lo mejor fue lo de su primer aniversario. Marcus perjura que se llevó tres meses ensayando para poder cantarle con la guitarra, en un perfecto español, el Como Yo Te Amo de Rocío Jurado. No me quiero ni imaginar lo que hará cuando le pida matrimonio.

18 de noviembre de 2017

Tendría ocho o nueve años cuando vi por primera vez La Historia Interminable en la tele. La ponían en un ciclo de cine infantil, por la mañana, y me quedé embobado viéndola. Como cualquier crío, soñaba con tener a mi propio Fujur y vivir montones de aventuras como lo hace Atreyu en el reino de Fantasía. Es cierto que luego la he revisitado alguna que otra vez de adulto, y la verdad es que la magia ya no es la misma. Supongo que es una película para niños, y que puede enseñar muchas cosas a cualquier que la vea con más edad, pero la experiencia nunca será igual.

Todo esto viene porque hoy estaba limpiando en casa, como suelo hacer los sábados por la mañana, escuchando a Vetusta Morla de fondo. En esas me he topado con la edición coleccionista de la película, una preciosa caja con el símbolo del Auryn en la portada (sí te suena de algo esa palabra, por favor, que sea de esta película, y no de ningún grupo de música, por favor). Aquello me pareció demasiada coincidencia. Asumo que ya la has visto, pero por si acaso, te lo explico (aunque lo que deberías hacer en realidad es dejar de leer y ponerte a ver la película cuanto antes), La Vetusta Morla es seguramente el ser más viejo de todo el reino, y pasa tres kilos de todo, por todo lo que ya ha visto en tantos años. Me hacía gracia aquello de que le tiene alergia a la juventud, como si hubiera desconectado por completo de aquella época de su vida. Cuando Atreyu trata de convencerla, ella se muestra esquiva, aunque al final le da un buen consejo. Pero ni siquiera se mueve. Rehúye de cualquier acción para cambiar las cosas porque piensa que todo está perdido.

Y te voy a ser sincero, yo a veces me he sentido así. He perdido la esperanza, en algunos momentos de mi vida, pensando que por más que me esforzara, por más que lo intentara, no iba a conseguir cambiar las cosas. Como cuando una chica que te gusta no te hace ni caso. Como cuando ese profesor te coge manía en segundo de carrera y tienes que aprobar con otro la asignatura, porque no ves otra solución. Como cuando te dicen, de sopetón, que te quedan cuatro meses de vida, con suerte cinco. Y tú no te lo puedes creer, porque era ahora cuando empezabas a disfrutar de verdad, a madurar, a descubrir el mundo. Y entonces tienes dos opciones. Hacer como Ártax o como la vieja Morla y dejarte llevar por la desesperación y la tristeza, o sacar fuerzas de donde sea para demostrarles a todos que se equivocan en sus cálculos. Yo he optado por lo segundo. Y tal vez, como sucede en la película, lo único que necesite sea la fuerza de la imaginación, de la fantasía, para conseguirlo.

19 de noviembre de 2017

Domingo, día de relax para los Alonso—Cano, siempre que tu madre no tenga que trabajar en la clínica, claro. Hoy el día ha amanecido extrañamente soleado y hemos ido a dar un paseo por toda la zona de Sarriá y Pedralbes, hasta llegar al parque donde está el Palau Real. Ariadna sabe que es una de mis zonas favoritas de la ciudad, y siempre que venimos por aquí acabamos bromeando sobre comprarnos una de esas casas señoriales enormes que inundan el barrio cuando fuéramos ricos. Aunque ambos tenemos buenos trabajos y aspiraciones, creo que necesitaremos de la ayuda de la providencia, divina o no, para tener suficiente pasta si algún día lo hacemos realidad.

No es casualidad que me guste esta zona de la ciudad especialmente. Es una de las más bonitas, creo que eso no lo duda nadie que haya visitado Barcelona, pero a mí me une también una emoción diferente, previa a mi llegada a la Ciudad Condal. Y tiene que ver con un libro que me marcó cuando lo leí, con apenas catorce años. Marina es la historia de dos jóvenes, Oscar Draí y la propia niña que da título a la novela, que se conocen por casualidad y empiezan una relación de amistad pura e inocente, mientras se enfrentan a un misterio que les sobrepasa con mucho. Es uno de mis libros favoritos, porque fue uno de los primeros que me hizo meterme de verdad en la historia al cien por cien. Lo leí una calurosa semana de agosto, en vacaciones, después de sacarlo de la biblioteca del pueblo, donde iba una vez a la semana a por avituallamiento para la mente, como diría la tía Lola. Leí mucho en aquella época, pero pocos libros me marcaron tanto como Marina. Me enamoré de la protagonista, pero también de esa visión que daba el autor sobre la Barcelona de la época, una ciudad hermosa pero a la vez oscura y misteriosa.

Años después, al venir a vivir aquí, releí aquella historia y paseé muchas veces por las localizaciones que aparecen en ella, todas reales. Me sentía Óscar Draí en busca de su Marina. La encontré tiempo después, no precisamente en Sarriá, pero eso ya es otra historia. Hay algo en ese barrio que te envuelve y te maravilla, porque no se parece al resto de la ciudad, o en parte sí, pero mantiene parte de sus diferencias, de su propia idiosincrasia. Sarriá fue el último pueblo en fusionarse con Barcelona, hace poco menos de un siglo, ya que pertenecía a las “afueras”. Anteriormente, era conocido como un arrabal, un barrio en la zona periférica de la ciudad. Hoy por hoy es una de las zonas más cotizadas no de Barcelona, sino de todo el país.

Por cierto, ayer al final no te conté como fue la cena con Marcus y Nuria, y hoy no quiero que se me vuelva a pasar. A veces pienso si estas cosas te interesaran de verdad, pero bueno, tú tómatelo como una manera que tengo de desahogarme, en cierta forma. No llevo la vida de Indiana Jones, así que vas a tener que conformarte con mis pequeñas aventuras cotidianas. En resumen, la cena fue maravillosa, a pesar de que la noticia les cayó como una bomba. ¿Recuerdas que te describí a Marcus como un tío siempre sonriente y feliz? Pues hace un par de noches vi como aquel grandullón pelirrojo se rompía por dentro. Y la verdad, no esperaba esa reacción. En fin, somos amigos y todo eso, pero no tenemos tanta confianza, solo hablamos de vez en cuando... Tal vez sea todo el cúmulo de emociones, el saber que tú vienes en camino, y semanas después, lo mío... La verdad es que no lo sé. Pero por primera vez vi como aquel tipo se venía abajo de repente. Parecía incluso más afectado que Nuria. No es que sea una competición, ni mucho menos, pero creo que se notó mi sorpresa. Le dije, como pude, que no se preocupase, que tampoco era para tanto. Sí, he de reconocerte que no supe responderle mejor porque estaba bastante conmocionado por su reacción. Se le escapó alguna lágrima, pero no trató de ocultarlo, como

seguramente haríamos muchos, por aquella estupidez de la hombría. Simplemente me dio un abrazo y me dijo hold on, mate, hold on. Y se lo prometí. Así que ahora ya tengo dos motivos para aguantar.

20 de noviembre de 2017

Hola Alba.

Hoy, por fin, puedo saludarte por tu nombre. Hoy, por fin, hemos podido saber que vas a ser la niña más bonita del mundo. Y no te creas que tu madre y yo nos hemos puesto de acuerdo en pocas horas a la hora de decidir cómo te vas a llamar. Lo teníamos pensado, desde hace mucho, mucho tiempo. Antes incluso de pensarte a ti. Teníamos dudas si hubieras sido un chico (pregunta a tu madre por alguna de sus locas alternativas y te alegrarás de haber nacido mujer), pero sabíamos perfectamente que si eras chica te llamarías Alba. ¿La razón? Bueno, seguramente Ariadna ya te la haya contado un montón de veces. O tal vez te bastó con preguntarle a la primera. No dudo de la buena fe de tu madre y de su sentido de la verdad, pero para que quede claro, para que tengas las dos caras de la historia, aquí va mi versión.

No hay ninguna Alba en mi familia. A mí, sinceramente, eso de que los hijos se llamen como los padres me ha parecido siempre una horterada. En cierto modo pienso que lo que quieren esos padres es crear una versión nueva de ellos mismos, un mini—yo. Ahí tengo que agradecerles a mis padres el buen tino que tuvieron conmigo. Daniel me parece mucho mejor nombre que Joaquín, la verdad, aunque no me hubiera molestado del todo haberme llamado así. El caso es que yo tenía clarísimo que tú deberías llamarte Alba, porque me parece un nombre precioso, que te llena la boca al decirlo, que transmite paz, pureza y serenidad. Corto y contundente. Sencillo y hermoso.

He conocido a alguna que otra Alba a lo largo de mi vida, pero dudo que ellas hayan tenido que ver con la elección de tu nombre. Tenía una compañera en el colegio que se llamaba (y se llama, supongo) Alba Morillo, y era un poco borde conmigo, porque pensaba que yo era un creído o algo así. Luego se mudó, cuando entramos en el instituto, y no he vuelto a saber de ella. También conocí a otra Alba más tarde en la universidad, una amiga de Claudia, la chica con la que yo salía en aquel momento. No sé si era por el mismo motivo, o porque me veía poca cosa para su superamiga, pero también era bastante borde conmigo. De hecho, en aquel momento yo ya tenía tu nombre como preferencia absoluta si alguna vez tenía una hija, y me llegué a plantear el cambiarlo después de conocer a esta chica, por miedo a que tú también acabaras siendo borde conmigo.

Recuerdo que la primera vez que hablé sobre todo esto del nombre con tu madre fue en Valencia, en una de nuestras primeras escapadas románticas. Era mayo y estábamos cenando en un sitio precioso junto al puerto, algo caro, la verdad, pero aquel día decidimos tirar la casa por la ventana. Empezamos de coña, como siempre, pero la cosa se puso realmente seria. Era como si estuviésemos hablando de algo importante, porque lo era, aun cuando eso de tener hijos lo veíamos como muy lejano. La conversación fue algo así:

—¿Alba? ¿Y por qué Alba?

—¿No te gusta? A mí me parece un nombre precioso.

—No, si me gusta, me encanta de hecho.

—Pues si es niña, Alba. Decidido.

—Eh, para el carro. ¿Tendré que formar yo también parte de la decisión, no?

—Pero si me has dicho que te encanta.

—¡Claro! Como los otros veintipico nombres que tengo pensados si es niña.

—¿Veintipico? ¿En serio? Pero Ariadna, ¿tú cuantos hijos quieres tener?

—No es eso, tonto. Es por tener varias opciones donde elegir. Alba es una, pero también me gustan mucho otros nombres.

—¿Cómo por ejemplo?

—Pues me encanta Alejandra. O Susana. Miriam, Elsa, Jessica...

—¿Jessica? Venga Ariadna, por favor... Yo no quiero que mi hija acabe siendo la Jessi.

—Tú eres imbécil.

—De todos los que me has dicho, el que más me gusta es Alba.

—Pero si ese lo has dicho tú...

—No, no te quites el mérito, no seas tan humilde. Me parece una elección perfecta.

Al final tu madre no tuvo más que sonreír como solo ella sabe hacerlo cuando me perdona la vida, y de forma oficiosa, Alba se convirtió en el nombre ideal para nuestra hipotética hija. Ahora que ya has pasado de ser una hermosa hipótesis a una esperanzadora realidad, le he recordado, por si acaso, aquella conversación a tu madre. Esta vez no ha habido ningún tipo de debate.

—Claro que se llamará Alba. Si fui yo quien lo propuso en su día, ¿no te acuerdas? —me ha dicho, mientras me cogía la mano para llevársela al vientre. Y ya sé que todavía no pegas patadas, y que apenas te mueves sumergida en la placenta, pero juro que te he sentido.

22 de noviembre de 2017

Te voy a ser sincero, Alba. Nunca se me ha dado bien esperar. No sé si es por mi obsesión por estar siempre al mando de todo o por el simple hecho de que no tengo el don de la paciencia, algo que envidio muchísimo de tu madre. Desde el jueves de la semana pasada soy un manojo de nervios, y trato de controlarme, pero cada vez me cuesta más. Fue la última prueba con los médicos, para ver lo de mi tratamiento. Y por sus expresiones diría que la cosa no salió demasiado bien. Quedaron en darme una respuesta definitiva en una semana. Así que mañana, mi consejo de sabios dictaminará sentencia. Y yo, a punto de cruzar mi Rubicón particular, parafraseo a Julio César: *alea iacta est*.

Hasta el doctor Clos notó en la sesión de ayer mi inquietud. Tampoco digo con esto que el tipo sea un Sherlock Holmes. Estuve casi todo el rato de pie, dando vueltas por la consulta, echando un vistazo a los libros que tenía en aquella immaculada estantería de madera de nogal, o de roble, o de algo muy robusto. Algunos eran enormes, como las novelas de Ken Follet, aunque seguramente mucho menos entretenidos. Los miraba por curiosidad, a la vez que me preguntaba de donde habría sacado tiempo aquel crío para leer todo esto mientras hacía una carrera. Él seguía a lo suyo, haciéndome preguntas aparentemente banales pero con mucha intención. No es que yo sea experto en psicología, pero sé cuándo alguien está tratando de sonsacarme algo importante dando rodeos. En eso sí que soy experto, te lo aseguro.

—¿Ha empezado con el diario?

—Algo he escrito...

—Eso está bien. ¿Y qué tal está yendo la experiencia?

—Pues bien, supongo. Me organizo para escribir un poco cada día, y por ahora no he fallado. Algunos días hago más, otros menos, según me coja.

—¿Y creé que eso le está sirviendo para sobrellevar mejor sus emociones?

—Usted es el terapeuta, ¿no debería saberlo mejor que yo?

—En teoría sí. Pero cada persona es un mundo.

—Entonces yo voy camino del apocalipsis, ¿no?

—Tiene un humor bastante oscuro.

—A veces. No siempre he sido así, doctor. Discúlpeme.

—No tiene de qué disculparse. Siempre que eso le sirva a usted, pueda bromear todo lo que quiera.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro, para eso estamos aquí.

—¿Pero me va a responder o me dará largas como el otro día?

—Veintimuchos es una respuesta tan válida como cualquier otra, Daniel.

—Ya, ya. Pero esta vez debe ser claro, mucho más concreto, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré.

—¿De verdad se ha leído estos tochos? ¿Sin morir en el intento?

—La mayoría son de la carrera, así que tampoco tiene tanto mérito. Pero... ¿le puedo contar algo?

—Claro, doctor.

—Algunos simplemente los compré, con la intención de leerlos, pero al final... En fin, creo que no tengo tiempo para tantas cosas. Espero que esto quede entre usted y yo, Daniel.

—Por supuesto, doctor Clos. ¿A quién se lo iba a contar?

23 de noviembre de 2017

En los días que llevo escribiéndote, hija mía, he aprendido que muchas veces me siento aquí para olvidarme del resto del mundo y dejarme llevar simplemente por la imaginación, como una válvula de escape a todo lo que me está pasando. Sin embargo, al final terminé hablando de todo lo quería olvidar, precisamente. Ya te he dicho que mi vida no es precisamente la de Bruce Wayne, ni siquiera la de Dick Grayson. Soy un tipo normal y corriente, en una ciudad enorme, con una novia preciosa y un maldito cáncer abriéndose paso en mis entrañas. Y de todo esto, parece que lo único que importa es precisamente lo último.

Desde el mismo momento en el que me dijeron que padecía esta enfermedad y que solo me quedaban unos meses de vida, supe que todo se había acabado. La mayoría de pacientes suelen pasar por una fase de negación. No, eso es imposible, ¿cómo voy a tener yo cáncer? ¿Cómo me voy a morir? Entran en estado de shock, y es lógico. Pero según me ha contado el doctor Clos, aquellos pacientes como yo, con metástasis y una situación incurable, se toman la noticia mucho mejor, dentro de lo que cabría esperar. Parece que el saber lo que les va a pasar con total seguridad, y no como una opción entre muchas, es bastante tranquilizador. En mi caso no lo fue tanto, porque con este cerebro matemático que la naturaleza me ha dado hice mis cálculos, y llegué a la conclusión de que no era tiempo suficiente, de que esta vida mía que se me escapaba sin remedio debía durar un poco más.

Me cabreé, por supuesto. Lloré muchísimo aquella noche, abrazado a Ariadna, hasta que no supe diferenciar mis lágrimas de las suyas. Pasé por muchos estados de ánimo en aquellos días. Tuve miedo, muchísimo miedo, por todo lo que iba a dejar atrás. Pero sobre todo, tenía claro que aquel final era inevitable. Sí, podía negarlo, podía enfadarme y no respirar, y acabaría antes... El doctor Serra tuvo que confirmarme como cinco o seis veces el tiempo que me quedaba. Yo le preguntaba, apenas un par de minutos después de haberlo hecho por última vez, y él me respondía, siempre guardando la compostura, con muchísimo respeto. Y yo le decía que no, que no podía ser tan rápido, que era imposible porque iba a ser padre, y él me empezaba a hablar de un montón de tratamientos y pruebas con las que tal vez pudieran darme algo más de tiempo, y yo volvía a preguntarle por lo que me faltaba.

No son momentos que me guste recordar, pequeña. Si te digo la verdad, los veo como algo muy, muy lejano, aunque ocurrieran hace tan solo un mes. Es como si hubiera vuelto a nacer, con solo unos pocos meses de vida por delante. Claro que conservo los recuerdos, los buenos y los malos, y también a las personas. Prefiero no hablarte demasiado de todo lo que tuvo que vivir tu madre aquellos días. Y si ella no te lo quiere contar, por favor, respeta su silencio. Es algo que duele demasiado, te lo aseguro. Y desde ese momento, he tenido que ver esa misma reacción, en mayor o menor medida, en todos aquellos a los que se lo he contado. Te juro que he llegado a sentirme culpable, por causar tanto dolor y tristeza a personas que sé que me quieren. El doctor me dice que es normal, pero que no es culpa mía en absoluto, y que ese dolor no es más que la confirmación de todo lo que les importo a las personas que tengo alrededor. Y también a las que están algo lejos.

Espero que no me juzgues duramente por lo que voy a contarte, aunque es probable que ya lo sepas. No quiero justificarme, ni mucho menos. Además, no voy a edulcorar en absoluto la situación. Te lo explicaré tal y como lo he sentido yo, desde dentro. Cuando me enteré de todo lo que me pasaba, y de lo que iba a pasarme, tardé un par de días en llamar a casa y contarle a la familia. De hecho, llegué a negociar con Ariadna algo más de tiempo, con la excusa de que me

gustaría darles la noticia en persona, y no por teléfono. Pero en realidad, aquello me aterrorizaba. Temía la reacción de mis padres y de Ángela, de mis tías y mis primos, de toda la familia. Además, empezaron a hacerme pruebas enseguida, y lo iba a tener complicado para volar hasta Sevilla más allá de un día. Así que cogí el teléfono, llamé a casa y lo solté.

Lo cogió Ángela y le pedí que se lo pasara a tu abuela. Ella me preguntó si hacía mucho frío por aquí arriba, si estaba comiendo bien, lo de siempre. Casi rompo a llorar mientras ella me soltaba el discurso de lo importante que era cuidar a Ariadna ahora que traía una vida dentro. Estuve a punto de despedirme corriendo de ella, sin decirle nada, pero tu madre estaba conmigo, y me dio un beso en la mejilla, sin soltar mi mano libre.

Se lo conté todo, sin parar, corriendo y tropezándome con las palabras. La tuve que frenar un par de veces porque iba a interrumpirme, y si lo hacía, si la escuchaba hablar, sabía que no tendría valor para seguir yo. No se lo podía creer. No se lo quería creer. La escuché sollozar al otro lado del teléfono, pero no rompió a llorar de forma histérica, como yo me temía. Tal vez se estaba haciendo la dura conmigo, no lo sé. Lo cierto es que desde entonces me llama todos los días. A veces también hablo con mi padre, cuando coincide que está allí. Ángela me escribe cada mañana para ver como estoy, con un mensaje lleno de emoticonos y demás. Y tiendo a pensar que la noticia no se ha extendido mucho más, porque no he recibido más llamadas desde Sevilla. Puede que aparte de mis padres y mi hermana, nadie más lo sepa por allí. Y puede que no tarden en enterarse demasiado.

Esta mañana, el doctor Serra y su equipo me han recibido con mucha solemnidad en su despacho y me han comunicado, con cara de circunstancia, que no van a poder hacer mucho más por mí de lo que ya han hecho. Sin embargo, el doctor habló con una colega suya, la doctora Elena Andrade, que por lo visto es una auténtica eminencia en cáncer de páncreas, de las mejores de todo el país. Ella está llevando a cabo una investigación muy puntera sobre pacientes como yo, con metástasis y un pronóstico de vida muy corto. La investigación incluye una terapia con dos nuevos medicamentos especiales que están empezando a testar desde hace unos meses. No se ha comprobado que sean realmente efectivos, pero los primeros resultados tienen buena pinta, según dice el doctor. Al hablarle de mi caso y de mis circunstancias especiales, la doctora se mostró dispuesta a ayudarme en todo lo que hiciera falta e incluirme tanto en la investigación como en la terapia. Está segura de que puede alargar mi vida al menos unas semanas más de lo previsto. Y para mí, eso supone una vida entera, la tuya.

El doctor Serra me ha dado el número de esta especialista para que la llame, si estoy interesado en esa terapia. Y lo estoy, vaya que sí, porque puede suponer la única esperanza viable de cumplir con mi último objetivo en este planeta. Y aquí estoy, con el móvil al lado, pensando en llamar a esa doctora y presentarme oficialmente. ¿Qué por qué no lo he hecho todavía? Bueno, hay algo que no te he contado. Esta oncóloga trabaja en el Hospital Virgen Macarena, en Sevilla.

24 de noviembre de 2017

Llevo casi media hora aquí sentado, tratando de escribir el capítulo de hoy, y no sé ni por dónde empezar. Recuerdo que Cortés, el amigo guionista/ directordecortos/ escritor/ artistaconceptual/ amanteenlasombra de Claudia, siempre decía que lo más complicado de cualquier obra artística era empezarla, porque en ese justo momento, la idealización de tu cabeza pasaba a ser algo real, seguramente mucho peor de lo que estabas imaginando, como si fuera imposible hacer justicia a todas esas ideas brillantísimas que tenemos, y que una vez sobre el papel, nos parecen ridículas. Yo me reía, porque aquello me recordaba a la típica escena del pseudoartista modernista lanzando una lata de pintura a un lienzo en blanco y gritando que por qué no quería ser arte, y porque todavía no sabía que mi novia me la pegaría con ese tío a los pocos meses de conocerle. De todas formas, la cosa salió bien. Yo me llevé una buena lección de vida y terminé viniendo a Barcelona, donde encontré a Ariadna, y lo demás, como se suele decir, es historia. La misma que engrosará este manuscrito cuando me quede sin ideas, como hoy.

Solo que sí que tengo ideas. Y no, no es que me de miedo plasmarlas sobre el papel, o sobre la pantalla, para ser más correctos. Es que me parece todo tan surrealista que solo de pensarlo de me dan náuseas. Por suerte siempre le puedo decir a tu madre que es por culpa de la enfermedad, y es cierto, porque a veces las tengo sin venir a cuento. Pero hoy el problema viene porque, tal vez por primera vez en mi vida, me está costando tomar una decisión importante. Y mira por donde, puede que sea la última decisión importante que deba tomar.

Perdona por el cliffhanger de ayer. Sé que es un truco muy barato para conseguir que el lector siga leyendo capítulo tras capítulo. Y tranquila, que no lo utilizaré más. Bueno, puede que alguna que otra vez, pero te prometo que no abusaré de él. Seamos sinceros, ni tú ni yo queremos que esto sea un simple diario descriptivo en plan:

He vuelto a ir al hospital. El despacho del doctor estaba igual que siempre. Me han dicho que no pueden hacer nada más por mí, pero que en Sevilla hay una oncóloga que tal vez me pueda dar algunos meses más de vida. ¿Qué hago ahora, oh, desdichado de mí?

En realidad, ahora que lo he escrito, tampoco está tan mal como resumen. Bueno, si no has leído todo lo que puse ayer, ahí lo tienes condensado, pero sin chicha. Porque como suele decirse, son los detalles los que hacen que una historia sea buena. Y como esto no la va a tener que leer ninguna editorial para publicarlo o no, me puedo permitir el lujo de escribir lo que quiera y cómo quiera. Y de dar vueltas y vueltas a un tema para no tener que tocarlo directamente, aun sabiendo que mi única lectora está deseando saber qué demonios pasa conmigo.

Peco de inocente y de poco previsor, porque a veces se me olvida que tú me estás leyendo desde muchos años en el futuro, y que toda esta historia, al menos los puntos importantes como este, ya los conoces. Qué maravilla, Alba. Ojalá pudiera coger un Delorean e irme allí contigo, para saber qué es lo que hice finalmente, pero sobre todo, para ver cómo has crecido y lo preciosa que estás. Aunque tú tal vez no quisieras ni verme, sabiendo lo cobarde que es tu padre, que en lugar de enfrentarse a una decisión vital prefiere divagar frente al ordenador. Venga, que no se diga.

Todo lo de la terapia experimental parece maravilloso, en serio. Esta mañana llamé a la doctora Andrade y me ha explicado todo el proceso que seguiríamos de una manera clara, concisa y además, con un tono tierno y sereno que me ha llenado de paz solo el escucharla. Eso es una buena señal, supongo. Me hablaba con datos, con estadísticas, y luego también con posibilidades,

pero siempre anteponiendo que son solo conjeturas, por ahora. Me preguntó por ti, por si era cierto lo que le había contado el doctor Serra. Y le fui sincero. Le dije que lo importante era llegar a finales de abril, que es cuando se supone que deberías estar aquí. Que sí llegaba a junio, estupendo, pero me bastaba con esa fecha. Ella, como el doctor Clos, me aseguró que era importante mantener un objetivo así en el horizonte si quería estar fuerte para que el tratamiento surtiera efecto. Y terminó diciendo, textualmente, que no me prometía nada, pero que si decidía entrar en la terapia junto a ella y su equipo tendría más opciones de llegar a esa fecha.

Pues muy bien, todo claro entonces, todo decidido, ¿no? Lo único que tengo que hacer es coger la maleta, marcharme a Sevilla, empezar la terapia cuanto antes y esperar, esperar a que la doctora Andrade tuviera razón conmigo. Algo muy sencillo... si no fuera porque tengo toda mi vida aquí. Y no lo digo solo por tu madre, aunque es obvio que es lo primero en lo que pienso. Lo discutimos ayer y me dijo que ella se vendría conmigo, que ya buscaría la manera de hacerlo. Está dispuesta a lo que haga falta, lo sé, pero yo tampoco quiero que se sacrifique por mí de esa manera. ¿Y su familia? ¿Y el embarazo? Pensar en irme a Sevilla y que se venga conmigo me hace sentir fatal por ella, pero pensar en pasar allí mis últimos meses de vida y no tenerla a mi lado me mata. Como ves no, no es tan sencillo como parecía.

Podría olvidarme de todo lo de Sevilla, quedarme aquí con tu madre, con mis amigos, con su familia y simplemente, seguir con la mejor terapia que se le ocurra al doctor Serra, confiando en que todo saldrá bien. Pero no me perdonaría jamás el no haberte conocido por mi tozudez a la hora de tomar una decisión. Tu madre y yo hemos quedado en volver a hablar esta noche después de la cena. Dos cabezas piensan y deciden siempre mejor que una sola.

26 de noviembre de 2017

Hoy no ha parado de llover en todo el día. Ha sido el típico domingo de noviembre, en el que solo te apetece quedarte en casa, en el sofá, viendo alguna película mala en la televisión mientras te atiborras de chocolate. Tu madre, porque según dice, tiene antojo. Y yo, porque para lo que me queda... Seguro que no tardo ni cinco minutos en encontrar algún estudio que certifique que el chocolate es bueno para prevenir el cáncer. Tal vez todo venga por eso, por no haberme comido suficientes palmeras o cuñas en su día. Para las explicaciones que me dan, esa puede ser tan buena como cualquier otra.

En días como hoy uno solo quiere recogerse en su propio mundo, olvidar todo lo que hay afuera y levantar un muro de complicidad y mimos con la persona con la que has decidido pasar el resto de tu vida, en mi caso, de forma literal. Y a Ariadna y a mí nos encanta, de vez en cuando, apagar los móviles, cerrar a cal y canto la puerta y no estar para nadie. He de reconocerte que no me costó demasiado enamorarme de tu madre. Me encandiló casi desde el primer momento y me fue conquistando (o yo a ella) poco a poco. Cuando nos vinimos a vivir juntos a este piso llevábamos poco menos de un año saliendo, y muchos nos decían que íbamos demasiado rápido, que éramos muy jóvenes y que la convivencia iba a matar lo que teníamos en su momento más bonito. Y tal vez fuera así para ellos. Tal vez pudiera haber sido así para nosotros. Pero por fortuna, fue todo lo contrario.

Descubrí que no solo estaba completamente enamorado de tu madre, sino que la amaba de una manera como no había amado a nadie antes. Y lo descubrí porque llenaba cada momento juntos con su luz, con su tranquilidad y con su amor. Porque siempre estaba dispuesta a escucharme, incluso cuando solo le contaba tonterías. Porque sabía cuándo besarme y recostarse sobre mi pecho, para hacerme sentir fuerte. Porque también sabía cuándo guardar silencio y dejarme a mi aire, conmigo mismo. Porque incluso cuando se enfadaba conmigo, reconozco que era por una buena razón, y me lo hacía ver de una manera tan tierna y a la vez auténtica que no podía hacer otra cosa que reconocer que ella llevaba razón, algo que sucede casi en el cien por cien de las ocasiones.

Las primeras semanas en este piso fueron como un sueño, y no te exagero. Me despertaba cada día con ella a mi lado (salvo cuando tenía que ir muy temprano a la clínica) y pensaba en lo afortunado que era por poder compartir no la cama, ni el cuarto, ni el piso, sino la vida, con aquella chica con carita de duende travieso y ojos vivaces. He tenido la fortuna de poder seguir disfrutando de esos amaneceres durante estos tres años. Y no, no me ha hecho falta saber que me queda muy poco en este mundo para valorar en su justa medida toda la suerte que he tenido. Solo espero no haberla gastado toda, y que aún me quede algo para poder conocerte a ti.

27 de noviembre de 2017

Alba, siento decirte que tu padre no es el tipo magnánimo y siempre sereno del que seguramente habrás oído hablar en las historias familiares y en las leyendas locales. A veces pierdo los nervios, no de una forma salvaje, claro, pero sí que me mosqueo bastante. Y es que hay un montón de cosas que me molestan, otro montón que me cabrean mucho y por último, también hay muchas que no soporto. Dentro de este apartado podríamos incluir a esa gente que se cuele en la cola del supermercado con la excusa de que lleva pocas cosas, a cierto tipo de música, no te diré cuál para no crear prejuicios en ti, y especialmente, a esas personas que siempre creen ser más listos que tú, y te hablan con esa mezcla de condescendencia y paternalismo sobre temas que seguramente ni controlen.

Una vez tuve que irme de un sitio donde estaba con varios amigos, porque el colega de uno de ellos (un capullo integral que afirmaba haber leído más de 1.000 libros con apenas 25 años, aunque eso sí, no había ido a la universidad ni había seguido estudiando después del instituto porque no lo necesitaba) se empeñó en enseñarme cómo funcionaba las redes de telecomunicaciones y porqué resultaban tan dañinas para nuestro cerebro. Y no te hablo solo de las redes inalámbricas, algo en lo que todavía podríamos debatir. El tipo decía que incluso la fibra óptica, la que va por enormes cables, usualmente bajo tierra, es nociva para nuestro cerebro porque altera nuestra forma de pensar. Llegó a decirme incluso que los gobiernos estaban empezando a emplear máquinas capaces de decodificar nuestro pensamiento de esa manera, para meterse en nuestro cerebro. El sueño de cualquier Gran Hermano. Yo le exponía datos reales, sacados de estudios, le explicaba todo lo que había aprendido en la carrera sobre ese tipo de transmisiones, y él se limitaba a negar con la cabeza mientras sonría. No le estampé el botellín en la cabeza de milagro, te lo juro.

Espero que tú tengas mejor talante que yo, sobre todo para soportar a un tipo que quiere hablarte de algo que le ha sucedido hoy mismo y acaba relatándote una anécdota que parece sacada de una peli de Tarantino. Discúlpame, de verdad, ahora voy a ir al grano. No soporto que los demás traten de controlar mi vida. Para eso ya estoy yo, y creo que lo hago bastante bien. Acepto consejos, por supuesto, incluso cuando no los he pedido. Pero no aguanto que los demás se tomen la libertad de decidir por mí lo que más me conviene, como si yo no tuviera capacidad para hacerlo. Es algo que no le permito a nadie. Ni siquiera a mi santa madre.

Esta mañana llamé a tu abuela para comentarle lo de la terapia en Sevilla. Apenas terminé de decir que estaba pensando en volver allí para probar con ese tratamiento experimental, ella ya me organizó el viaje, la estancia y yo creo que hasta el plan de comidas que iba a seguir. Y yo sé que no lo hace con mala intención, pero es que no puedo con esas cosas. Cuando me vine a Barcelona era como si quisiera seguir manejando mi vida desde allí. Con el tiempo se acostumbró a frenarse un poco más, pero desde que le conté todo lo que me está pasando, su índice de preocupación ha vuelto a límites insoportables. Muchas veces no puedo contenerme y me pongo demasiado borde con ella. Hoy, por ejemplo, he tenido que aclararle que lo de Sevilla es solo una posibilidad. Que todavía no lo había decidido. Y que si finalmente lo hacía, lo haría por mi cuenta. Ella ya no dijo nada más, y solo me respondió con monosílabos cuando le pregunté si todos estaban bien por allí. La despedida, más abrupta que de costumbre, me supo a hielo y a decepción, pero es cierto que estaba demasiado cabreado.

A veces decimos cosas sin pensar, porque nos salen de dentro. Hay quien piensa que es lo que sentimos realmente, y puede que lleven razón, pero me niego a legitimar a aquellos que utilizan

eso de “no tengo filtros, soy demasiado auténtico”, porque lo único que hacen es escudarse en eso para dañar a los demás. Hablar sin pensar no es algo de lo que sentirse orgulloso en la mayoría de ocasiones. Por desgracia, tampoco es algo que se pueda evitar.

28 de noviembre de 2017

Hoy he vuelto a llamar a casa (hacía siglos que no llamaba dos días seguidos) para pedirle perdón a tu abuela y de paso, anunciarle que he tomado la decisión de irme a Sevilla para someterme a esa nueva terapia. No es que la idea me haga especial ilusión, si te soy sincero. Nací allí, crecí allí y le debo mucho a ese lugar. Pero ahora Barcelona es mi casa. Lo es desde hace tiempo, porque aquí he encontrado la vida que realmente quiero llevar. He encontrado a amigos que encajan muy bien conmigo, con los que se puede hablar de cualquier cosa, y que no son solo compañeros de juergas. He encontrado una ciudad que satisface mis caprichos culturales y gastronómicos, por extraños que sean. Y sobre todo he encontrado a la mujer de mi vida (al menos hasta que tú nazcas), la persona que siempre sabe hacerme feliz y me llena de todo lo bueno que puede haber en este mundo. Eso es Barcelona para mí.

Y por supuesto que tengo todavía mucho en Sevilla. Tengo a toda mi familia, tengo a muchos amigos, muchos recuerdos... Pero es como si formasen parte de otra vida anterior. Quiero conservarlos, claro está, pero cada vez que vuelvo siento algo muy extraño, como si aquel lugar ya no fuera para mí, como si no me sintiese a gusto en ese sitio, sobre todo después de vivir durante casi cinco años en una de las ciudades más fascinantes de Europa.

La sensación que tengo con esto de volver allí se asemeja un poco a lo que me solía pasar al ir a votar. Y es que mi colegio electoral era el mismo al que yo había asistido a clase hasta los doce años, durante todo preescolar y la primaria. Imagínate lo que suponía para mí volver allí, diez años después de dejar todo aquello. Me quedaba embobado con las aulas, salía a ver cómo estaba el campo de fútbol... Habían cambiado muchas cosas en ese tiempo, pero la mayoría seguían igual. Y aquello era pura nostalgia, porque de golpe mi mente se llenaba con todos aquellos recuerdos imborrables, los primeros que tengo con Edu, por ejemplo, jugando al escondite entre los naranjos del huerto que había plantado junto al campo de fútbol. Aquellas porterías que eran la puerta al paraíso cuando tenía nueve o diez años y solo quería marcar. Aquellas canastas que siempre soñaba alcanzar algún día, como Jordan. Las clases donde pase algunos de los días más felices de mi vida. Eran tiempos sin preocupaciones, sin presión. Buenos tiempos, desde luego. Pero sabía que aquello había quedado atrás. Que eso ya no era para mí. Era una etapa que ya había pasado, y tenía muchas otras por delante. Visitar aquel colegio de vez en cuando era algo maravilloso, porque me hacía entrar en contacto con ese niño interior que dicen que no debemos perder. Eso sí, luego salía de allí, volvía a mi vida de entonces, llena de tardes de estudio, clases en la facultad, prácticas de laboratorio y salidas los fines de semana. Una vida que jamás imaginé cuando llegaba somnoliento a aquellas clases quince años antes. Una vida que no necesitaba imaginar, porque parecía muy lejana. Y lo era, tanto como la que había dejado atrás cuando me vine a Barcelona.

Yo siempre he pensado que la vida es un camino que va hacia delante. Da igual porque senda tomes, siempre tienes que seguir, para descubrir nuevos lugares, nuevas experiencias, nuevas personas. Es cierto que antes de que esta mierda me jodiese vivo, yo había ralentizado mucho el ritmo, porque estaba donde quería estar. Y mírame ahora, volviendo sobre mis pasos, dejando atrás todo por lo que he luchado en estos últimos tiempos... Bueno, todo no. Por fortuna, tu madre se viene conmigo.

29 de noviembre de 2017

Estos días están siendo una auténtica locura, Alba. Y no es que esté haciendo muchas cosas, porque aparte de ir a terapia con el doctor Clos y limpiar en casa, poco más tengo por hacer. Pero claro, si de aquí a dos semanas tengo que mudarme a Sevilla, la cosa cambia. Estoy organizándolo todo para que pueda llevarme solo un par de maletas con toda mi ropa y algunas cosas importantes. El resto lo traerá tu madre, cuando se venga a finales de mes. A mí me sigue pareciendo una auténtica locura que se venga conmigo, pero ella ha tomado la decisión y ya sabes cómo es, no hay quien le pueda llevar la contraria. Se dará de baja para estos últimos cuatro meses de embarazo (aunque según ella, quería estar hasta casi los siete meses trabajando) y me acompañará allí en Sevilla.

Yo ya le he dicho que puede que aquello no salga bien. Que puede que me tenga que volver en un mes, porque la terapia tampoco funcione, igual que las de aquí. Ella simplemente me ha dado un beso en la frente y me ha dicho que ya veremos, que no piense demasiado en eso.

—¿Y en qué quieres que piense si no?

—Pues en nuestro viaje a París, por ejemplo.

Habíamos hablado mil veces de ir a París, pero siempre lo íbamos dejando. Aprovechábamos otras ofertas a la hora de viajar, para ir a otros lugares. Nueva York, Dublín, Londres, Atenas... Pero París se quedaba siempre como el deseo que algún día cumpliríamos, más adelante. De hecho, cuando este verano decidimos ir a Roma a principios de agosto, yo pensaba que habría sido mejor escoger París. Al final el viaje salió de maravilla, fue muy romántico y todo eso, pero yo seguía con la espinita. Y tu madre, a mis espaldas, compró poco después un par de billetes para el puente de diciembre. Claro que eso no lo sabía hasta hoy. Y las cosas han cambiado un poco desde entonces, como podrás entender. La sorpresa inicial ha dado paso a una irritante pregunta por mi parte.

—¿Crees que es lo mejor?

—¿Por qué lo dices? ¿No soñabas con conocer París?

—Claro que sí, pero es que no sé si estoy en...

—Mira, Dani. No sé cómo acabará todo esto, ni cuándo. Ojalá todos esos médicos se equivoquen y puedas vivir diez, quince, treinta años más. Pero si están en lo cierto, y creo que por desgracia hay muchas posibilidades de que sea así, no vas a tener muchas opciones de viajar. De hecho, podría ser el último viaje que hagamos juntos...

Cuando tu madre me dijo todo aquello, mirándome fijamente a los ojos sin parpadear, te juro que estuve a punto de echarme a llorar como un niño. Pero pude contenerme, y en lugar de eso la abracé, que suele ser siempre la mejor alternativa. Cuando estuve inundando de ella, le dije que podía tirarme desde la Torre Eiffel y tener un final épico, como Julie Delpy en *Un Hombre Lobo Americano en París*.

—Yo haría puenting para salvarte, como el chico de la peli. Y a ti todavía te queda un momento épico que vivir, en unos meses...

Cada vez siento la barriga de tu madre más grande y más redonda. Y eso es que las cosas van bien. Eso es que estás creciendo poco a poco ahí dentro. Muy seria, ella volvió a cogerme las manos y se las puso en sus mejillas. Se acercó a mí y me besó. Luego se dio la vuelta y me dijo,

con esa voz suya que me vuelve loco:

—Además, tú no te atreverías a tirarte, cariño.

DICIEMBRE

1 de diciembre de 2017

Hoy hemos estado merendando en casa de tu abuela Raquel, que como ya sabrás hace los mejores carquinyolis del planeta Tierra. Con decirte que ni siquiera he cenado te puedes hacer una idea de cómo me he puesto comiendo dulces. Tu madre me echaba miradas asesinas cuando iba ya por el cuarto. Tu abuela me lo dejaba pasar en plan “déjalo, si para lo que le queda al pobre”. Celia y Montse apenas me hacían competencia porque a una no le gusta lo dulce y la otra está, para variar, a dieta.

—¿Y qué necesidad tienes de hacer tanta dieta?

—Pues si te digo la verdad, no lo sé, porque además Enric me dice siempre que le gusto más rellenita.

—Enric es un tío con criterio —dije sin pensar—. Mejorando lo presente, claro está...

—Ya, ya. En fin, que no puedo comer tanto como antes porque me pongo como una vaca. Se ve que tu Ariadna se quedó con todos los genes buenos de la familia.

—¿En serio? ¿Y me lo dices tú, que me sacas casi una cabeza? —preguntó tu madre, haciéndose la ofendida.

—Era lo que te faltaba, vamos... Ojazos verdes, piel perfecta y encima alta. ¿Pero tú quien quieres ser, Angelina Jolie?

—Ariadna es mucho más guapa que Angelina Jolie.

—Y tú no pierdes ni una oportunidad para ganar puntos, ¿eh? A ver, muchachote, que ya está embarazada, la tienes pillada por completo, relájate un poco.

Que a tu tía Montse le va la caña y le encanta estar picando a todo el mundo lo aprendí muy pronto. Al principio pensaba que le caía fatal, porque ya desde el primer momento, sin apenas tener confianza, empezó a tirarme pullitas que yo no sabía ni cómo responder. Tu madre me había advertido de aquello, pero yo pensé que exageraba. Sin embargo, con el tiempo he descubierto que es su forma de tratar con familiaridad a los demás, su manera de decirnos que nos ha aceptado por completo.

Procuramos reunirnos todos a merendar al menos una vez al mes en casa de tu abuela. Anita, la tía de tu madre, siempre suele unirse a no ser que esté fuera, de viaje de negocios, como hoy por ejemplo. Enric y Laia también suelen venir de vez en cuando, y si estamos todos, nos pueden dar las dos de la madrugada. La merienda se alarga tanto que al final se convierte en cena, y luego seguimos hablando, contando historias y anécdotas, riéndonos tanto que a veces pensamos que los vecinos llamarán a la policía por el escándalo. Las primeras veces que venía, cuando tu madre todavía vivía aquí, me sentía algo nervioso e incluso fuera de lugar. Pero se me pasó rápido, porque tu abuela y tus tías me acogieron con los brazos abiertos. Gracias a ellas siento que en buena parte tengo también familia en Barcelona.

Y por eso el día de hoy ha sido especialmente duro. Tu madre y yo íbamos con la misión de contarles lo de la mudanza a Sevilla, y no sabíamos cómo iban a reaccionar. Ariadna dejó que yo hablará de todo el proceso médico y demás, y luego ella cogió el testigo para lanzar la bomba. En dos semanas estaría de vuelta en Cerro de la Vega, seguramente para quedarme allí los días que me restasen. Ella se quedaría hasta finales de mes, celebraría en casa la Nochebuena y se vendría conmigo a Sevilla para Fin de Año.

Lo contó de carrerilla, decidida y con la voz firme, mientras veía los rostros de incredulidad de sus hermanas, y la preocupación en el de su madre.

—¿Qué os parece?

Un silencio incómodo se apoderó del ambiente. Montse y Celia miraron a Raquel, esperando su respuesta. Tu abuela se quedó un momento cabizbaja, con los ojos cerrados. Suspiró y empezó a hablar:

—Creo que sois muy valientes, los dos. Y espero que todo esto sirva para que Dani pueda llegar a ver nacer a la niña. No me gusta la idea de tenerte tan lejos durante tanto tiempo, y menos ahora. Pero si alguien se merece disfrutar de tu compañía estos meses es él. Así que adelante.

Sé que ya lo sabes, pero tienes muchísima suerte de tener la abuela que tienes. Y si por desgracia ya no está, pídele a tu madre que te hable de ella, que la recuerde. Una mujer así merece todo y más. Sacó adelante a sus tres hijas prácticamente sola, después de que tu abuelo muriese tan joven. No ha tenido una vida fácil, y aun así, creo que es una de las personas más felices que conozco, un verdadero ejemplo a seguir. Y hoy me lo ha vuelto a demostrar.

2 de diciembre de 2017

La mañana no estaba soleada, ni mucho menos, pero las nubes casi eran las mismas que me encontré cuando llegué a esta ciudad. Con una mano delante y otra detrás, un par de maletas enormes y la duda de saber qué iba a pasar conmigo, el chico de pueblo, en la inmensa Barcelona. La de las calles interminables, la del tráfico incesante, la del ruido constante y los mil idiomas. Para mí, que vengo de un sitio en el que se puede ir andando en quince minutos a cualquier parte, encontrarme de repente aquí fue medio traumático. Y eso que tuve muchísima suerte al llegar, porque encontré al mejor compañero de piso del mundo.

Echaré de menos, porque ya lo hago muchas veces, el salón donde Gus y yo nos pasábamos las horas viendo series y teorizando sobre cosas tan absurdas que es mejor no poner por escrito. Con saber que íbamos más o menos a un plan para dominar el mundo por semana creo que te haces una idea. Una de las primeras cosas que me llamaron la atención del sitio era lo amplio de aquel salón. Gus me contó que llevaba allí más de un año, y había visto pasar a varios compañeros de piso, que no se quedaban demasiado. Casi ninguno había hecho vida en el apartamento. Solo llegaban, se duchaban y se metían en su habitación. Así que él se había apoderado de aquel salón, y como era el que más tiempo llevaba viviendo allí, podía imponer su propia ley. Yo no tuve ningún problema en aquello, y de hecho, como nuestros horarios coincidían muchas veces, almorzábamos o cenábamos juntos allí. Hubo compañeros que nos acompañaron, como Sergio, un chico de Albacete que se llevó más de un año con nosotros, hasta que se marchó a Madrid para estar con su novia. El resto iban a lo suyo. Por eso Gus y yo hicimos nuestras las zonas comunes del apartamento, que está muy cerca del Camp Nou, por cierto. A veces nos gustaba bajar a tomarnos algo en días de partido a una cafetería que nos encantaba, a dos minutos del piso, y ver pasar a la gente con las bufandas, las banderas y todo eso. Nunca me ha gustado demasiado el fútbol, para decepción de mi padre, pero cuando llegué aquí descubrí que ese ambiente previo sí que me gustaba. Me gustaban también las timbas de póker que durante un tiempo montábamos casi cada viernes en el piso, con Gus, su primo Esteban y los amigos colgados que éste traía cada semana. Recuerdo especialmente a uno, un tal Roque, que nunca había jugado al póker en su vida pero que en cuanto le pilló el tranquillo ganaba todas las partidas, sin excepción. Cuando íbamos a pedirle que no viniese más, porque aquello ya no tenía gracia, el tipo se ausentó por sí mismo. Esteban nos contó tiempo después que había empezado a tomarse en serio lo del póker y ahora estaba viviendo de ello. Y desde entonces queremos obligarle a que nos pague una buena cena en Lasarte o algún sitio así, por haberle mostrado el juego que le cambiaría la vida.

Echaré de menos ese piso y los paseos por el barrio, que en parte me recordaba un poco a Sevilla, o sería simplemente la parte nostálgica que nunca me ha abandonado. Echaré de menos aquellas caminatas por Sant Gervasi junto a tu madre, siempre de día, porque de noche todos dicen que el barrio está encantado. También echaré mucho de menos, por razones obvias, poder bajar hasta Poblenou y disfrutar, hiciese el tiempo que hiciese, de la Playa de Bogatell, con tres sentidos o, si el día lo merecía, con los cinco. Echaré mucho en falta los bancos y rincones del Parc de la Ciutadella donde tu madre y yo nos robamos los primeros besos. Las noches de fuegos artificiales y música a finales de septiembre. Las Ramblas iluminadas ya desde principios de diciembre. Las juergas por el Barrio Gótico con Gus y Esteban. Los sábados en La Continental saltando y cantando con un temazo tras otro. Los pateos por Pedrables en abril. Las obras de teatro los domingos por la tarde en el Goya o en el Condal. El ambiente de los grandes estrenos en los Multicines Arenas, o el poder disfrutar de las pelis de fuera en versión original en los Verdi. La

tarta de queso del Cometa y las cervezas los viernes después del trabajo con Sixto, Marina y los demás... Echaré de menos muchísimas cosas cuando ya no esté aquí, en Barcelona. Por eso esta mañana, aunque el sol se empeñaba en esconderse, yo he decidido salir a encontrarme con la ciudad una vez más.

4 de diciembre de 2017

La semana se ha desperezado con frío, a pesar de que el sol lleva toda la mañana omnipresente ahí arriba. Los jóvenes vuelven a sus clases y abarrotan el metro y los autobuses, junto a aquellos que se dirigen al trabajo, todavía con demasiado sueño encima. El fin de semana nos pasa factura a todos. Yo, que por desgracia ya no vivo en ese continuo espacio-tiempo de cinco partes de trabajo por dos de ocio, puedo permitirme el lujo de observarles desde nuestro ventanal, en el cuarto piso de este edificio de Gracia. No te voy a decir que me cambiaría por cualquiera de ellos al instante, porque nunca sabes qué tipo de vida llevan. Yo estoy jodido, sí, pero aun así creo estar más vivo que algunos de los que van con tanta prisa, como sombras huyendo de la luz, por estas avenidas.

Como decía antes, el fin de semana nos pesa a todos, y yo tampoco me escapo. No es que me haya pegado la fiesta del siglo (como entenderás, ya no estoy para esos trotes, aunque sea triste decirlo con los treinta recién cumplidos). Lo del sábado fue más bien una borrachera emocional, cuya resaca me sigue durando. Ayer fue un domingo de recogimiento, pero tenía la cabeza tan embotada que ni siquiera pude escribir. Al final tu madre y yo salimos por la tarde al cine, a ver cómo Batman caía en las indecentes manos de un grupo de cineastas que no saben qué hacer con el personaje, y lo que es peor, tampoco con el resto de superhéroes que le acompañan. Mucho tiro, mucha acción sin sentido... Si esto es Hollywood hoy en día, creo que no me voy a perder tanto.

Pero a ti lo de la sesión de ayer en el Verdi te interesa bien poco. Tú quieres ir a lo del sábado por la noche, que es lo jugoso, lo morboso, ¿verdad? Pues claro que te lo voy a contar. ¿Qué clase de historia sería ésta si te hablase de un montón de tonterías pseudofilosóficas y no te contase el verdadero meollo de la cuestión, el momento álgido donde los protagonistas alcanzan el clímax emocional? Porque eso fue la noche del sábado. Un montón de amigos reunidos por mi culpa, o por culpa de mi cáncer y mi decisión de marcharme de la ciudad, si lo quieres ver así, y con ganas de despedirnos por todo lo alto.

La noche comenzó a eso de las nueve y media en la pizzería de siempre, cerca de la Plaza Cataluña. Marina y Crespo ya estaban allí. Celia y Laia tampoco tardaron demasiado en aparecer. Sandra y Álvaro, a pesar de ser los que más cerca viven, cumplieron la tradición de llegar más tarde. Y hubieran sido los últimos de no ser por Gus, que llegó ya casi a las diez. Le perdoné porque logró convencer a Esteban, que venía con él y al que vi descolocado por primera vez en mi vida. No nos habíamos visto desde hacía semanas. Cada vez que quedaba con Gus y le decía que le avisase, él siempre tenía algo que hacer, o estaba fuera, o había quedado con una tía espectacular, o simplemente tenía otros planes. Yo tampoco soy imbécil, y aunque no era el primero que me rehuía en estas últimas semanas, nunca entendí como él, precisamente él, parecía querer quitarse de en medio. Le insistí mucho a Gus para que lo trajese y mi amigo cumplió, como siempre.

Después de una cena plagada de anécdotas, como todas las que tenemos, salimos a la calle en busca de la primera copa. El típico tira y afloja de siempre terminó decantando la balanza esta vez por el Nevermind, más que nada por la cercanía. Se supone que esa noche yo tenía voto de calidad y podía decidir, pero no quise utilizarlo. El Nevermind no estaba mal para empezar. Y tuvimos mucha suerte, porque no estaba demasiado lleno. Encontramos a Santi detrás de la barra y como nos conoce ya de sobra, no tuvo problema en aceptar alguna que otra sugerencia para la música. Llevaba siglos sin escuchar más de dos canciones seguidas de Blink 182, pero creo que voy a recuperarles del baúl de los recuerdos. Como siempre, las risas no faltaron. Tampoco el pique

eterno entre Crespo y Gus cada vez que parábamos por allí.

—La próxima nos traemos las tablas y te callo la boca en el bowl.

—¿Las de planchar o las de skate?

—Las que tú quieras. Te voy a ganar de todas formas.

—Oye, guapito de cara, que tengas pinta de californiano no significa que sepas dominar esto. Es un arte urbano, un deporte de riesgo.

—¿Pero tú has patinado alguna vez?

Gus le da un sorbo a su cerveza con mucha calma. Levanta la cabeza, mira fijamente al novio de Marina y con toda la poca vergüenza del mundo le suelta:

—Yo me he pasado todos los juegos de Tony Hawk para la Play, rubito.

Tal vez algún día lleven a cabo de verdad ese duelo tan esperado, pero me temo que yo me lo perderé. Aunque aquella noche no era para pensar en eso. Era para disfrutarla, sin malos rollos, sin problemas, sin lágrimas que no fueran de alegría. Era complicado, pero nosotros estamos hechos de otra pasta.

Puede que me esté precipitando demasiado contándote todo lo que sucedió el sábado sin hablarte primero de mis amigos. A veces doy cosas por hecho, Alba. Como que seguramente ya los conozcas a todos, y sepas perfectamente como son. Pero han pasado muchos años, y no sé cómo estarán allí, en tu espacio-tiempo. Por eso quiero describírtelos en este momento, a principios de diciembre de 2017, cuando los veré seguramente por última vez.

Ya he hablado antes de Gus, mi compañero de piso los primeros años aquí. Una de esas personas con las que seguramente no hubiese hablado nunca así de primeras, por pensar que es demasiado diferente a mí. Porque sí, hija mía, yo también tengo mis prejuicios, a pesar de intentar mantenerlos a raya todo lo que puedo, sobre todo después de conocer a un tipo como Gus. Sí, nos hicimos amigos porque vivíamos en el mismo piso, por supuesto. Pero creo que llegaron a pasar más de ocho personas por aquel piso desde que yo llegué. Y con ninguna de ellas tengo la relación que tengo con Gus. Los prejuicios, de hecho, eran recíprocos. Él, como muchos otros, me catalogó al instante de pijo insoportable nada más verme. No me lo invento, son sus propias palabras. Me lo reconoció cuando llevábamos ya tres meses viviendo juntos y habíamos salido con Esteban en una de nuestras primeras juergas verdaderamente heroicas. Gus fue mi aliado, mi compinche, mi compañero, mi amigo y mi hermano durante todo el tiempo que duró mi aclimatación a esta ciudad. Gus siguió siendo mi compañero inseparable cuando conocí a tu madre, y también un poco el artífice de aquello, aunque eso será otra historia. Gus y yo tal vez no tengamos los mismos gustos, pero nos respetamos y nos queremos por encima de todo. Y creo que eso es un milagro en los días que corren.

Esteban es primo de Gus desde que nació. Y no lo digo solo en el sentido literal, sino también para incidir en todo lo que se parecen, por el físico y por la forma de ser. Es dos años menor, pero muchas veces, por lo espabilado que es y por lo loco que está, acaba siendo él quien toma las riendas de nuestros planes. No he visto a un tipo con tanta cara en mi vida, ni siquiera Gus. Esteban ha estudiado psicología y asegura que es capaz de leer las mentes de los demás, sobre todo de las chicas. Nosotros sabemos que es una exageración, pero más de una vez su primo y yo nos hemos quedado con la boca abierta cuando ha sabido exactamente qué decirle a una tía para llevársela de calle. Es un tipo muy divertido y culto a su manera, aunque asegura que no le gusta

demasiado leer ficción, solo libros sobre psicología. Jura que algún día, cuando tenga mucho dinero, se irá a vivir a Estados Unidos para tener una mansión gigantesca y casarse con una stripper alocada. En el fondo, es un romántico al que una vez sorprendí reconociendo versos de Neruda. Pero eso será un secreto entre nosotros, ¿vale?

Marina ya ha aparecido por aquí, aunque solo de pasada. Fue una de las primeras personas a las que conocí en el trabajo, y tuve la inmensa fortuna de caerle bien. Es cariñosa, divertida y una amiga con la que puedes contar siempre. Pero ella elige a sus amigos, está claro. Y si no tienes tanta suerte como yo, si ella decide, por lo que sea, que no quiere salir contigo o que le haces perder el tiempo, la verás como una borde insoportable y soberbia. Pero te aseguro que es solo pura fachada. Bueno, puede que a veces se pase un poco de la raya, pero es imposible no quererla si formas parte de su grupo de elegidos, de verdad. Desde mi primer día en el curro, su melena de leona y sus vivaces ojos azules han sido mi alegría y mi consuelo, dependiendo de cómo me encontrase aquella mañana. Cuida de todo el que tiene alrededor y con lo pequeña que es, no hay quien le tosa en una discusión. Y a pesar de todo eso se las arregla para ser la chica más adorable del mundo. Pocas veces he sentido tanta ternura como al verlas a ella y a tu madre cantar juntas alguna canción de Disney. Las dos congeniaron muy rápido, y eso que Marina se llevó casi un año tratando de endosarme a alguna de sus amigas, a las que yo, sistemáticamente, rechazaba por una u otra razón. Desde luego, como celestina no iba a ganarse la vida, pero como asistente de sistemas no hay quien le gane.

Marina lleva saliendo más de siete años con Crespo, su primer y único novio formal, como siempre nos recuerda cada vez que empezamos a hablar de nuestras relaciones anteriores. Alto, tan rubio como ella, llevo todo este tiempo tratando de adivinar cuál de los dos tiene los ojos más azules. Gus, que le tiene una envidia tremenda desde que le conoció, siempre se mete con él diciéndole que el hijo que tenga con Marina saldrá moreno y con los ojos oscuros. Crespo sonríe sin darle importancia, Marina vuelve a repetirle a Gus que eso de los hijos no entra en sus planes, y yo tengo que intermediar para que no se coma vivo a mi amigo. En realidad, esa anécdota, que se repite cada cierto tiempo casi como una tradición dentro del grupo, da una imagen bastante buena de cómo es Crespo. Puedo contar con los dedos de una mano las veces que le he visto preocupado de verdad. Y sí, una de ellas fue al contarle todo lo que me pasaba. Pero incluso ahí, él consiguió mantenerse firme mientras Marina le abrazaba envuelta en lágrimas. Y por eso yo también le envidio. Por esa entereza, por esa seguridad que muestra. Porque a veces parece que todo le importa una mierda, pero si te fijas de verdad, solo está analizando la situación y dándole la importancia que realmente tiene.

Luego están Sandra y Álvaro. Ella es amiga de tu madre desde su etapa en el instituto, una de las pocas con las que mantiene todavía el contacto. Pero no es casualidad. Yo diría que es su mejor amiga, aunque Ariadna siempre se niega a hacer ese tipo de distinciones. Va con ella desde que la conocí y creo que es la primera a la que llama para cualquier cosa, más allá de a sus hermanas, por supuesto. Y no me extraña. Sandra es un bálsamo de bondad y positividad en este mundo cada vez más oscuro y perdido. Está ahí para cualquier cosa que haga falta, y nunca te da un no por respuesta. Siempre tiene una sonrisa para todo el mundo, y además sabe muchísimo sobre vino, lo cual viene muy bien cuando sales a cenar con ella. Ariadna siempre me dice que también tiene su parte chunga, y que cuando se enfada lo mejor es alejarse de ella lo máximo posible. Eso sí, los enfados le duran tres segundos. Casi lo mismo que cualquier dato en su memoria. Tu madre le ha puesto el sobrenombre de Dory, no te digo más. Álvaro, su novio, ha sido el último en llegar al grupo, por así decirlo. Llevan juntos desde abril y según tu madre, es el

mejor novio que ha tenido. Parece que Sandra no tiene muy buen ojo a la hora de elegirlos, aunque yo he conocido a varios y tampoco me parecían tan malos como ella me los pintaba. Diría más bien que Ariadna quiere cuidar mucho a su amiga y cualquier chico con el que esté le parece poco. Por ahora Álvaro está pasando la prueba con creces. Es atento, algo callado pero muy simpático, y trata a Sandra como una reina. Ella está tan enamorada que se ha ido a vivir con él hace un mes y poco. Y por el momento parece que todo va de maravilla.

Y por último, tenemos a Celia y a Laia. Creo que poco te puedo contar de tu tía que no sepas ya. Compartimos muchas ideas sobre cómo ver la vida, sobre la moral e incluso sobre la política. Ella siempre ha llevado con mucha naturalidad su sexualidad. Me hizo gracia cuando me dijo, la primera vez que la conocí, que ella no había salido del armario porque nunca había entrado. Siempre había sabido que le gustaban las chicas y aunque había pasado algún que otro mal trago por aquello, se consideraba afortunada por crecer en una familia comprensiva y en una época en la que aquello ya no era visto como algo horrible e indecente. Entonces le conté mi historia con Paloma y todo lo que pasó después, y también se sintió aliviada por haber nacido en Barcelona, y no en un pueblo pequeño y cerrado como el mío. Creo que de las tres, Celia es la que más se parece a tu abuela Raquel. Es mucho más calmada que Montse, por ejemplo, aunque suele ser más habladora y sociable que tu madre. Ariadna siempre me cuenta que muchas veces, después de romper con su novio, ella no quería salir de casa y era Celia la que la sacaba casi a rastras. Le encanta tanto una fiesta que parece andaluza, y tiene un sentido del humor muy parecido al mío, algo que creo que a veces pone celosa a tu madre. Empezó a salir con Laia hace dos años, y creo que igual que me pasó a mí con tu madre, ella también ha encontrado a su pareja definitiva. Laia es bastante más joven que Celia, pero con veintidós años tiene las ideas muy claras. Es muy feminista y está metida en un montón de colectivos de todo tipo para la defensa de la educación, la sanidad y los derechos sociales. Toda una activista que además ha trabajado como socorrista para pagarse la carrera de Educación Especial. Viendo como es capaz de controlar a Gus, seguro que será una profesora estupenda.

Bien, pues una vez presentado el grupo, imagináos subiendo por el Carrer d'Aribau hasta nuestra llegada triunfal a la Slow, previa parada en el sitio de los chupitos, para probar un par de ellos, porque una noche es una noche. Después de recibir las burlas inmisericordes de los demás por escoger de entre los que no tenían alcohol, tuve que explicarles que mi hígado podía reventar literalmente si me pasaba de la raya. Aquella cortó sus risas de pronto, y entonces me di cuenta de que había sido yo el que se había pasado de la raya. Por fortuna, Celia estuvo al quite y a los dos minutos ya estaban otra vez riéndose de cualquier tontería. De camino a la discoteca vi que Esteban se quedaba un poco atrás y decidí abordarle.

—Tío, estás muy callado.

—¿Yo? Qué va.

—Venga ya, si apenas has dicho nada en toda la noche. Ni siquiera para meterte conmigo o con Crespo. ¿Qué cojones te pasa?

—Nada, en serio. Igual no estoy de humor para esas chorradas, pero que no es nada...

—¿Y llevas un mes así? ¿Por eso me has estado evitando?

Su expresión cambió. Me miró por un segundo y luego apartó rápidamente la vista al suelo. Empezó a balbucear excusas sobre el tiempo, lo ocupado que estaba y demás. Me parecía increíble que pensase que me lo iba a tragar.

—Bueno, pues tú verás. No te lo digo a mal ni nada de eso, colega. Es simplemente que me voy en un par de semanas a Sevilla, y puede que sea una de las últimas veces que nos veamos.

—¿Te crees que no lo sé, joder? Igual es precisamente por eso.

—¿Por lo de Sevilla? Creo que he dejado muy claro por qué me vuelvo allí. La terapia esa parece efectiva y lo único...

—No es por eso, capullo. Si yo estuviera en tu situación... no sé cómo reaccionaría. Pero si me dijese que puedo vivir un poco más si me tiro por las cataratas del Niágara, me iría allí ahora mismo.

—Igual eso no te iba a ayudar demasiado, pero vamos...

—Lo que quiero decir —levantó de nuevo la vista, esta vez para mirarme fijamente, sin pestañear siquiera— es que no soporto verte así. Puede que tú seas un tío superpositivo y lo hayas aceptado y todo eso. Pero joder, pienso en todo lo que tienes que pasar, en todo lo que va a pasar Ariadna... Y no me atrevía siquiera a decirte nada. No sé qué decirte.

—¿Y para qué tienes que decirme algo? Sé cómo siempre y punto. Es lo que mejor se te da.

—Marina, Celia, Sandra... hasta Crespo y Gus saben perfectamente qué decirte en cada momento para animarte, incluso cuando bromean. Y yo apenas puedo mirarte.

—Cada cual lo afronta de una manera, supongo. ¿Tú crees que para mí está siendo fácil?

—Claro que no, pero es que... Me veo incapaz de hablar contigo sabiendo lo que debes estar pasando, porque me siento un imbécil tratando de ayudarte con palabras huecas y frases absurdas que ni siquiera yo me creo. He sido un cagao, no te lo niego. Y hoy tampoco iba a venir. Pero Gus me insistió mucho y me dijo que si no venía igual ya no había otra oportunidad de vernos. Que me arrepentiría y todo eso.

Nos quedamos callados durante un momento, caminando por detrás de las risas y las conversaciones demasiado altas de los demás. Solo se me ocurrió decirle una cosa.

—Pues me alegro de que al final vinieras, cagao. Y te lo digo de verdad.

—Yo también me alegro —respondió Esteban con una sonrisa que no me pareció ni hueca ni absurda.

No tardamos en llegar a nuestro templo nocturno en el Eixample, a orillas de la Diagonal. Allí, en Slow, con buena música, con mucho cachondeo y con tu madre destrozando a todo el que osara retarla a un duelo de baile, terminamos cerrando el garito cuando ya no quedaban más que los camareros mirándonos con cara de flipados mientras Celia gritaba “y tenemos ya treinta, ¡¡¡TREINTA!!!”. En otro tipo de circunstancias habríamos vuelto a casa andando, como otras veces, pero tu madre, quien por cierto, no probó ni una gota de alcohol en toda la noche (a ver si te vas a pensar otra cosa) me insistió para coger un taxi. Como al día siguiente no tenía que trabajar, pudimos dormir hasta casi la una, y no levantarnos hasta la hora de almorzar.

Y así, pequeña mía, termina la que será probablemente la última juerga “salvaje” de tu padre. Lo pongo entre comillas porque tampoco es que nos fuéramos demasiado de madre (tendrías que verme con unos años menos en Motril o Conil) pero terminamos muy tarde, reventamos la pista y acabamos tremendamente cansados pero muy satisfechos. Y como yo ahora solo tengo que preocuparme de sobrevivir, literalmente, y preparar la maleta para París, puedo dedicarme a escribirte cosas tan largas como la de hoy. Espero no haberte aburrido demasiado ni darte malas

ideas para cuando tengas la edad de salir de fiesta. Como dirían por ahí, haz lo que yo te diga, no lo que yo haga.

5 de diciembre de 2017

Aunque al principio te dije que iba a esforzarme para escribir todos los días un poco, sé que no he cumplido. He faltado algunos días a mi cita contigo, pero creo que aun así, estoy manteniendo un buen ritmo. Si estoy un día sin escribir, al siguiente lo retomo, aunque ahora van a pasar unos cuantos más. Tu madre y yo nos vamos a París en unas horas y estaremos allí cuatro noches que nos van a saber a gloria. Creo que nos vendrá muy bien retirarnos de toda esta locura, aunque sea solo por unos cuantos días, para volver con las pilas cargadas.

Como siempre hacemos antes de cada viaje, yo me preparo la maleta solo, y luego me pongo a revisar cómo tu madre hace la suya. Al principio se enfadaba mucho conmigo porque pensaba que quería controlar lo que llevaba. Cuando dejé de hacerlo, en un viaje a Atenas hace un par de veranos, se le olvidaron la mitad de las cosas, incluyendo su cámara. Se cogió tal berrinche que desde entonces siempre me quiere a su lado cuando la prepara, para que no se olvide absolutamente nada.

—¿Has cogido la guía que te dejé en el escritorio anoche?

—¿La guía? Pensé que la llevabas tú.

—Ari, cariño, llevo la maleta hasta los topes. No me cabe nada más.

—¿Y tú crees que a mí me va a caber, con todo lo que llevo?

—Seguro que la mitad de las cosas ni te las pones...

Primera mirada asesina. Strike uno.

—Mira Dani, sabes perfectamente que eso es mentira. Todo lo que llevo, me lo acabo poniendo. Y si no... pues por si acaso.

—¿No podrías dejar al menos una de las quince blusas? Vas a tener más cambio de vestuario que Madonna en un concierto.

Segunda mirada asesina. Strike dos.

—¿Y tú cómo es que llevas tantas cosas que no te cabe un librito en la maleta?

—Eso es estrictamente confidencial. Es secreto profesional.

—Venga ya ¿Todo lo que llevas te lo vas a poner?

—Hombre, todo todo no. La Nintendo solo la llevo para jugar...

Tercera mirada asesina. Strike tres. Y fuera.

Y así es como he sacado la Switch de la maleta para meter una pequeña guía llena de post-its con los sitios más recomendables para visitar, comer y, en definitiva, disfrutar de París. Cuando volvamos te contaré que tal ha ido la cosa, y sobre todo, cuantas blusas diferentes se ha puesto tu madre, y cuantas se ha dejado de poner.

10 de diciembre de 2017

Estamos de vuelta, Alba.

París debe ser una de las pocas ciudades del mundo que resplandecen más en la realidad que en nuestras fantasías. Una urbe europea, pero distinta al resto de capitales. Un lugar que no se parece absolutamente a nada de lo que haya visitado antes. Un sitio mágico y con tanta luz que ni siquiera las nubes que se asoman al cielo para admirarla pueden restarle intensidad. Una ciudad de callejones, parques y avenidas, de rincones casi perdidos pero inolvidables, una ciudad que te insufla vida a la vez que te corta la respiración.

Tan embriagadora es la ciudad del Sena que incluso ha conseguido que por unos días me olvide de todo lo que tengo y haya dejado a un lado las preocupaciones, los miedos y la incertidumbre, para beberme el tiempo a tragos largos como si fuese una copa de Chardonnay. Salvo por dos o tres momentos puntuales en los que tuve que sentarme a descansar porque me empezaba a doler el costado, estos días han sido un bálsamo perfecto para mi espíritu y para mi cuerpo. Ha hecho frío, mucho frío, pero íbamos preparados, y ni siquiera eso nos ha quitado las ganas de caminar y caminar hasta que ya no podíamos más. Seguramente hemos andado más de lo debido, pero yendo de la mano por aquellas calles empedradas, admirando cada esquina, cada rincón, como si acabásemos de estrenar nuestros ojos, tu madre y yo nos hemos sentido una pareja normal y corriente.

Antes de pisar sus calles, París era para mí el lugar donde Allen, Godard o Truffaut enardecían mis fantasías, el sitio donde una joven alocada, despistada y soñadora, curiosamente parecida a tu madre, esquivaba dudas y temores con su bicicleta. He desarrollado con los años un amor platónico sincero y reverencial hacia la ciudad, y ahora por fin he podido consumarlo. Y ha sido mejor que cualquier sueño que haya podido tener, sobre todo por haberlo podido compartir con el otro amor de mi vida (insisto, hasta que tú llegues, no te pongas celosa).

Hemos hecho todo lo que queríamos hacer. Seguramente por primera vez desde que hacemos viajes juntos, lo hemos visto todo, y con tiempo. Hemos dejado fuera cosas, por supuesto, pero sinceramente yo prefería disfrutar del arte bohemio de Montmartre con tranquilidad antes que meterme en el Louvre y esperar colas y colas y más colas. Confío en que algún día tú puedas visitar ese maravilloso museo (tu madre y yo lo vimos por fuera, así que igual puedes ir con ella, yo solo lo sugiero) y volverte loca con todas esas obras de arte intemporales. Pero por favor, no dejes de disfrutar de la París de fuera. La de los parques y los jardines en los que a uno no le importaría perderse para siempre. La de las grandes avenidas, el Arco del Triunfo y la Torre Eiffel, pero también la de la Promenade Plantée o la Galerie Vivienne. Esa es la París que respira, la París que enamora.

Hemos bebido más café del que debíamos, hemos gastado más de lo que queríamos, pero sabíamos que este viaje había que acabarlo cansados y satisfechos. Hemos sentido la emoción de Jessie Wallace al encontrarse de nuevo a Celine, nueve años después, en la librería Shakespeare & Co, un lugar con una historia tan inmensa que necesitaría otro libro entero (y probablemente muchos meses más de vida) para poder contártela al completo. Igual que Celine y Jessie, también navegamos por el Sena en un pequeño barco para turistas, aunque por suerte, pudimos disfrutar mucho más del atardecer, al no tener ningún avión que coger. Nos dejamos embrujar por la medianoche del Barrio Latino en las escalinatas frente a la iglesia de Saint Étienne du Mont, Subimos a Montmatre y disfrutamos de las vistas y de la impresionante crème brûlée del Deux

Molins, preguntando por la camarera morena del pelo corto, que por desgracia, ya no trabaja allí... Tu madre casi llora al entrar en Notre Dame y le faltó tiempo para empezar a cantarme, por lo bajito, aquella melodía que Esmeralda entonaba en una de sus películas favoritas.

Hoy, todavía con el subidón del viaje, estamos extasiados revisando las fotos, los vídeos, comentando cada momento. Mañana tu madre vuelve al trabajo muy temprano, y yo tengo el último chequeo antes de irme a Sevilla, que aprovecharé también para despedirme de los doctores y demás. Volvemos a lo de siempre, a este abismo al que cada día me cuesta más asomarme. El sueño de luces y cafés se desvaneció. Pero al menos lo hemos tenido, que siempre será mejor que solo imaginarlo.

12 de diciembre de 2017

Si te digo la verdad, Alba, nunca me han gustado las despedidas. Así que imagínate cómo tengo que estar en estos días en los que cada dos por tres he de decirle adiós a alguien, puede que para siempre. Siento en ocasiones la incomodidad de sus miradas, de sus apretones de manos, incluso de sus abrazos. Otras veces lo único que veo en ellos es pena. Pena por mí, pasajera, porque ellos seguirán adelante y pasado mañana su vida será la misma, para lo bueno y para lo malo. Pero pena al fin y al cabo. Y la verdad, no me gusta que nadie sienta pena por mí, más cuando ni yo mismo la siento. Algunos pensarán que con esos ojos medio inundados de lágrimas más falsas que un billete de 15 euros conseguirán ganarse un poco del afecto que me queda por dar. Y yo me despido de todos por educación. Pero sé muy bien a quién recordaré y a quién no cuando llegue la hora.

El doctor Clos tiene un sitio seguro entre los que sí que estarán presentes al final. Compró su billete hace poco, pero ha conseguido colarse entre mis personas favoritas. Sin él no estaría escribiéndote esto ahora mismo, y seguramente, tampoco estaría llevando todo lo de la enfermedad de una manera al menos aceptable. Hoy me ha tocado despedirme de él.

—¿Seguirás con lo del diario?

—Claro que sí. Ahora es cuando le estoy cogiendo el gusto a esto de escribir.

—Eso está bien, Daniel. Seguro que ya te has dado cuenta, pero además de servir para que tu hija te pueda conocer un poco más, te ayuda a ti, ahora mismo, a darle voz a tus sentimientos y emociones. Y eso es importante.

—Por supuesto. Estoy lleno de sentimientos, emociones y esas cosas.

—Comprendo que no lo pondrás todo en el diario, pero no debes tener miedo a que ella te juzgue.

—¿Ah, no?

—Bueno, conociéndote a ti, y por cómo me hablas de Ariadna, tu hija será una chica estupenda.

—Eso espero. Si no la desheredaré.

—Ojalá y no pierdas ese sentido del humor que tienes. De verdad, creo que es lo que te va a salvar.

Y yo también lo creo, Alba. Si llego a conocerte, si por algún milagro la Parca decide darme unas semanas más de tregua para verte nacer, será porque he conseguido enternecerla con mis chistes y mi mirada ácida y divertida sobre un asunto que te aseguro que no es para tomárselo a broma, a no ser que te esté matando por dentro.

—También espero que sigas con la terapia allí en Sevilla. Seguro que te encontrarán a un buen especialista, mucho mejor que yo.

—Eso lo dudo, doctor. Es usted uno de los mejores profesionales que he conocido. Y además tiene un gusto musical exquisito.

—Eso no es ningún mérito, Daniel. Para las dos cosas, basta con saber escuchar.

—Igual también debería haberme enseñado a hacer eso.

—No creo que haga falta que yo te enseñe. Eres bueno escuchando.

—Creo que Ariadna no estaría de acuerdo con eso.

—Que sea la mujer de tu vida no significa que sea perfecta.

Y no, no lo es, ni falta que le hace. ¿Quién necesita a una chica perfecta pudiendo tener a tu madre? Además, la perfección es como el inicio del arco iris. Puedes tratar de buscarla toda la vida y al final lo único que vas a encontrar es decepción. Mejor dedicarte a disfrutar de los colores, aunque no sean tan perfectos.

—¿Suena raro si le digo que le voy a echar de menos?

—Bueno, no sé si sonará raro o no, pero para mí es todo un cumplido.

—Se lo digo en serio —me puse muy serio para demostrárselo—. Tengo mucho que agradecerle. La primera vez que le vi...

—La primera vez que llegaste aquí estabas tan destrozado como cualquiera a quien le han dado solo unos pocos meses de vida. Por eso estabas aquí, de hecho.

—Sí, pero usted me ha ayudado a revertir esa situación. O al menos a soportarla.

—Yo solo te he ayudado a encontrar tu propia forma de conseguirlo. El mérito es completamente tuyo, Daniel.

—Pues no sé cómo podré agradecerérselo, doctor Clos.

—Tal vez tuteándome antes de despedirnos.

—Será raro...

—Prueba, a ver.

—De acuerdo... Muchas gracias por todo, Daniel.

—Ha sido un placer, Daniel.

Y con un enorme abrazo de tocayos nos hemos despedido hoy en su consulta del Clínico. No sé si cuando tú leas esto él seguirá por allí, aunque conociéndolo un poco, no creo que se mueva demasiado de Barcelona. Si lo ves algún día, dale recuerdos de mi parte, por favor. Y si todo esto del diario te está gustando, dale también las gracias, porque al fin y al cabo, la idea fue suya.

13 de diciembre de 2017

Una de las cosas buenas de no tener que ir a currar es que puedes quedarte despierto hasta muy tarde, sobre todo si tu chica está fuera y no te va a obligar a acostarte a las once como un crío. He vuelto hace un rato de tomarme una cerveza con Gus en nuestro piso, donde él todavía vive con otros dos chavales a los que, según sus propias palabras, se les ve menos que al monstruo del Lago Ness. Le dije que había quedado con el resto del grupo el jueves por la tarde para tomarme la última con ellos antes de marcharme. Y él, todo apurado, me dijo que le iba a ser imposible porque le habían cambiado el turno en el curro y entraba a las dos, hasta las doce. Así que me propuso como alternativa que fuese hoy al piso, para que pudiera despedirme también de aquel lugar.

He estado alguna que otra vez allí desde que me marché, hace algo más de un año. No es que haya cambiado demasiado, la verdad. Como Gus sigue siendo el inquilino más antiguo, sigue teniendo la última palabra a la hora de cambiar cualquier cosa. Y lo mantiene tal y como nosotros lo teníamos. Los mismos muebles, la misma mesa cada vez más hecha polvo, y en la pared, el poster enmarcado de Reservoir Dogs que le regalé cuando me marché de allí, para que no se olvidase de mí y de todas las millones de veces que habíamos visto aquella maldita película. Pensé que lo colocaría en su cuarto, pero decidió colgarlo allí, en medio del salón. Y no quedaba mal, la verdad.

Mientras degustábamos la segunda cerveza y los exquisitos frutos secos de marca blanca que nunca podían faltar en el piso, comenzamos a recordar los sucesos más épicos que habían visto aquellas cuatro paredes en los últimos años. La vez que por poco nos echan por celebrar el cumpleaños de Esteban con cerca de cuarenta personas allí metidas. Aquella chica que Gus se trajo una vez a casa después de conocerla esa misma noche en una discoteca, y que a la mañana siguiente se paseó en tanga por el piso delante nuestra antes de marcharse sin despedirse siquiera de mi pobre amigo, que seguía sobando.

Después de repasar todo el catálogo de chorradas y aventuras vividas en aquel apartamento, aproveché un segundo de silencio en la conversación para hablarle de Esteban. Le agradecí que le convenciera para venir con nosotros de fiesta a principios de mes, sabiendo que sería seguramente la última vez que iba a verlo. Y le pregunté directamente porqué su primo se comportaba así conmigo. Él trató de darme largas, pero vio que me había puesto serio. No iba a dejarle salirse del tema así como así. Y ya que Esteban no parecía dispuesto a abrirse conmigo, tal vez pudiera aprovechar la debilidad que Gus sentía por mí para conseguir respuestas. Y las tuve, vaya si las tuve.

Según me comentó Gus, el abuelo materno de Esteban se fue a vivir con la familia después de enviudar, al poco de nacer el propio Esteban. Como sus padres pasaban un montón de tiempo fuera, el abuelo prácticamente les crio a él y a su hermana. Los llevaba al parque a jugar, les compraba helados y dulces, les leía historias de piratas, princesas y aventuras. En definitiva, les tenía muy consentidos. Esteban estaba muy unido a él, y le consideraba una especie de héroe, un auténtico ejemplo a seguir. Por desgracia, a Sebastián, que así se llamaba su abuelo, le detectaron un cáncer de pulmón cuando Esteban tenía trece años. Estuvo meses siendo tratado por especialistas, pero había pocas esperanzas. Cada poco tiempo había que hospitalizarlo, y mi amigo veía como su abuelo, siempre tan jovial y con tanta vitalidad, se marchitaba poco a poco por culpa de una enfermedad que no parecía poder frenarse. Finalmente, Sebastián murió después de estar más de mes y medio en el hospital. Esteban iba a verle casi todos los días, incluyendo los

últimos. Gus recuerda haberlo visto callado, con gesto de enfado y rabia en el tanatorio. Después de aquello, Esteban pasó por una etapa algo complicada en el instituto y estuvo a punto de tomar muy malas decisiones. Por fortuna pudo encarrilar de nuevo su vida. Pero Gus me asegura que aquello le marcó para siempre. Casi nunca acude a un funeral, a no ser que sea de alguien muy cercano. También odia los hospitales. Y aunque nunca habla de su abuelo, le sigue teniendo muy presente.

Volviendo a casa en el metro, hace un rato, no paraba de darle vueltas a aquel asunto. A todo lo que debió haber pasado Esteban con su abuelo. A cómo debía sentirse al tener que enfrentarse a algo siquiera remotamente parecido conmigo. Y entendí que me rehuyera al principio. Comprendí mucho mejor la conversación que tuvimos camino de la Slow aquel sábado hace dos semanas. Y me vi a mí mismo sacando el móvil y mandándole un mensaje, claro y escueto.

Él podría haberme respondido de mil formas. Tal vez llamándome. Tal vez escribiendo un tocho, seguido o en varios tomos, para enviármelo por Whatsapp o por correo. Pero es Esteban, así que lo único que hizo fue responderme con un GIF. Uno que nos encanta a los dos, porque nos hace reír en cualquier situación que lo pongamos. Es nuestra manera de decir que todo está bien, incluso cuando no lo está.

15 de diciembre de 2017

Barcelona ya debería estar tiritando a estas alturas, pero ayer por la tarde la temperatura era más que agradable, incluso cuando anochecía. Tu madre y yo caminamos por todo el barrio bajando hasta la Diagonal, que bullía de gente con la vista puesta en los regalos de navidad. Yo ni siquiera sé que le voy a comprar a Ariadna, más allá de obligarla a pasar su embarazo en un pueblo minúsculo a la sombra de Sevilla durante los próximos meses.

Habíamos quedado con Sandra, Álvaro, Crespo y Marina en la cafetería donde tu madre y su amiga pasaban las horas muertas entre clase y clase en su etapa de la facultad. Un lugar que le trae muy buenos recuerdos, y en el que Ariadna siempre se siente a gusto. Al final yo también me he acostumbrado a esos sofás, a las lámparas bajas y a la decoración vintage. Supongo que los bizcochos de miel y la carrot cake también habrán tenido algo de culpa. A nuestro alrededor, la gente charlaba en un tono más alto del habitual. Sobre política y las elecciones de la semana que viene, en casi todos los casos. No es que yo estuviese espiando al resto de la clientela, pero era complicado no escucharles. En catalán o en castellano, utilizaban un tono más propio de las tertulias de la barra del bar de mi pueblo que de un sofisticado café barcelonés. Nosotros, sin embargo, hablábamos con un tono mucho más natural, sobre cosas más importantes, como la muerte, la vida, la trascendencia o la propia Barcelona.

—Esta ciudad está genial, pero al menos vas a poder pasar un tiempo alejado de tanto ruido y tanta contaminación. Yo a veces no lo soporto... —me dijo Álvaro, que llegó aquí un poco después que yo, desde un pueblo al norte de Valencia.

—No te creas. Al final echaré de menos hasta eso. Además, a estas alturas no voy a preocuparme ya de la contaminación.

Sé que lo hacía con la mejor intención, pero no pude evitar ser sarcástico en ese momento. Álvaro bajó la mirada y no volvió a hablar en un buen rato. Debería haberme disculpado, pero se me olvidó, la verdad. Hablábamos de cosas muy trascendentales, pero también de planes de futuro, y yo a veces desconectaba y me pasaba a escuchar a los de al lado, defendiendo casi a voces su postura sobre el independentismo, o en contra de él. Como aquello tampoco me interesaba un ápice, volvía de nuevo a la conversación, normalmente cuando alguien me había hecho una pregunta que tenía que repetir, porque no la había escuchado. Los demás me lo perdonaban, como casi todo en estas últimas semanas, pero notaba en la mirada feroz de tu madre la bronca que se avecinaba en cuanto estuviéramos solos.

Y ese momento llegó un poco antes de las nueve. Tras casi dos horas allí sentados, en un ambiente mucho menos festivo que el de dos semanas antes, salimos afuera para despedirnos, esta vez de verdad. Llegaron los abrazos y los besos, y alguna que otra lágrima. Marina no quería soltarme. Y yo debería haber estado mucho más emocionado en ese momento, pero lo único que quería era estar muy, muy quieto, y dejar que todo pasase rápido. Me veía a mí mismo desde fuera como un muñeco, un pelele que se deja abrazar, que asiente cuando debe hacerlo, sonrío por compromiso y apenas habla. Y todo eso mientras algo en mi cabeza me gritaba una y otra vez que no volvería a ver a aquella gente nunca más.

La bronca de tu madre, al final, tampoco fue para tanto.

—Has estado un poco callado, ¿no?

—No, cómo siempre.

—Estabas en otras cosas, Dani. Creía que querías despedirte de ellos de verdad.

—¿Y qué he hecho si no?

—Pues estar ausente, como ido. Hemos hablando de un montón de cosas y tú apenas has comentado nada.

—Ya.

—Pues ya —tu madre aceleró el paso, sabiendo que faltaba poco para llegar a casa de tu abuela—. ¿Vas a estar igual con mi madre y con mis hermanas?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No.

—Pues me gustaría que estuvieras un poco más amable, la verdad, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Lo intentaré.

—¿Solo lo intentarás?

—No puedo hacer mucho más.

Como ves, no me gritó ni nada. Me da que ganas no le faltaron, pero supongo que tener una pelea en mitad de la calle justo antes de cenar con toda su familia no era la idea perfecta que ella tenía para nuestra última noche juntos en Barcelona. Así que me dejó a mi aire.

La cena fue bien. Trate de hablar un poco más con todo el mundo. No hice ningún comentario sarcástico. Y le di las gracias a tu abuela de corazón por lo bien que me había tratado durante todo el tiempo que había pasado allí. Me gustó que ella no llorase, como casi todos los demás. Simplemente me sonrió y me dijo que había sido un placer. Y que ya nos veríamos, antes o después, aquí o allí. Aquello me dejó dando vueltas en la cama hasta que eran casi las tres. Por suerte tu madre ya está acostumbrada y se duerme así haya un concierto de los Maiden dentro de la habitación. Gajes del oficio, supongo.

Quería levantarme con ella para desayunar, pero cuando le ha sonado la alarma, yo me he quedado un rato más aplastado, y cuando he ido a levantarme debían haber pasado al menos veinte minutos, porque ya se había marchado. Seguí durmiendo hasta las diez y media, y me he pasado toda la mañana dando vueltas por el piso como un imbécil. Ahora estoy escribiendo esto justo antes de cerrar el portátil, que será lo último que meta en la gigantesca maleta que me llevaré a Sevilla. Tu madre llegará en un rato, así que debería ponerme a preparar el almuerzo, pero tampoco tengo muchas ganas, la verdad. Creo que le propondré ir a comer a cualquier sitio de por aquí. Me parecería muy triste marcharme de esta ciudad almorzando en mi casa.

17 de diciembre de 2017

Por fin un momento de tranquilidad, Alba.

Llevo poco más de cuarenta y ocho horas aquí y tengo la sensación de no haber parado un solo instante en todo ese tiempo, pero curiosamente, también tengo la sensación de no haber aprovechado el tiempo. Han sido un par de días agotadores y seguramente debería estar durmiendo. Pero no paro de dar vueltas en la cama, igual que ayer, y antes de ayer, igual que el último día que te escribí. Los médicos me dijeron que esta sensación de cansancio sería normal, y también los problemas para conciliar el sueño. Pero eso de que hayan aparecido ahora no me parece casualidad, la verdad.

Sevilla nos recibió el viernes con un aspecto extraño, el cielo encapotado amenazando con llovizna todo el tiempo, y una oscuridad que sinceramente no recordaba en la ciudad. Ángela y tu abuelo vinieron a recogernos mientras tu abuela preparaba la cena en casa. Eso sí que no había cambiado. En el trayecto a casa no hablé demasiado, la verdad. Solo podía estar pendiente de ese cielo gris que lo gobernaba todo, como si de un mal augurio se tratase. Ariadna y Ángela se encargaron de llenar el tiempo con una charla tan intrascendente que casi prefería el silencio de tu abuelo. Al llegar a casa y abrir la puerta, sentí como el olor del pollo al ajillo me inundaba. Por un instante olvidé todo lo demás y corrí a la cocina a abrazar a mi madre, que incluso dejó de estar pendiente del horno en ese momento. Aquella mesita de madera que tenía casi más años que yo, aquellas sillas endebles en las que tantas veces había merendado... La casa había cambiado mucho en los últimos años, pero la cocina seguía intacta, no ya desde que me fui, sino desde que tengo uso de razón.

Nos acomodamos en mi habitación, como siempre que vengo. Este lugar sí que había cambiado, pero era mejor así. Seguir durmiendo en la misma habitación a los quince que a los treinta ya me parecía suficiente castigo. No necesitaba aquellos posters horteras para recordarme lo capullo que era en mi adolescencia. Tranquila, a ti eso no te pasará... creo. La habitación me seguía pareciendo demasiado pequeña para los dos, pero tu madre insistía en que estaba bien, que no nos hacía falta nada más y que es ahí donde debíamos estar. Ya tuvimos un pequeño conato de riña cuando le insinué, hace una semana, que igual era mejor buscar un piso de alquiler por aquí en lugar de vivir en casa de mis padres. Ella se negó en rotundo, así que yo tampoco insistí. Para que luego digan que no soy una persona razonable.

Al día siguiente, tu abuela nos había preparado un desayuno mejor que el de un hotel de cinco estrellas. Ariadna estaba encantada, pero yo no pude comer demasiado. Sin embargo, tu abuela insistió muchísimo en que al menos comiese alguna tostada con el café. Pensé que haciéndole caso me dejaría tranquilo, pero parece que en ese aspecto sufro pérdidas de memoria, porque siguió estando encima de mí durante toda la mañana. Aunque no me apetecía demasiado, salí con Ariadna a dar un paseo por el pueblo. Ella ya lo conocía casi igual de bien que yo, así que poco más le podía enseñar. Las calles seguían donde siempre, un poco más sucias, o eso me pareció. La gente se paraba con los coches en medio de la carretera para ponerse a hablar entre ellos como si tal cosa. Y se gritaban al encontrarse en la calle, de una acera a otra, como si no se hubiesen visto en años. Y no, no solo entre ellos. Yo también me topé con un par de amigos de mis padres que no dudaron en dejar su interesantísima charla para pararme a voces y venir corriendo a saludarme. Que si hace mucho tiempo que no me ven. Que si estoy muy bien, con muy buena cara. Que vaya lo guapa que es tu mujer... Me los quite de encima como pude, aludiendo a que habíamos quedado con alguien y ya íbamos tarde. Le pedí a Ariadna que volviéramos a casa, pero ella me dijo que

no era bueno estar todo el día encerrado. Así que acabamos tomándonos una tapa en un bar casi desierto, lo cual agradecí, porque no estaba con ánimos para más encuentros casuales.

El resto del día lo pasamos en casa, viendo la televisión en el salón. Mi padre se fue a dormir la siesta a su dormitorio pero mi madre se quedó con nosotros. Y para variar, nos fusiló a preguntas. Dejé que Ariadna las contestase porque estaban poniendo Eduardo Manostijeras en la tele y hay pocas cosas que me fascinen más que ver a Winona Ryder bailando bajo la nieve con la música de Dany Elfman. Por la noche salimos a cenar a un restaurante nuevo que han abierto cerca de casa, por insistencia de tus abuelos. “Te va a encantar, es de cocina moderna”, me decía tu abuela muy ilusionada mientras íbamos hacia allí. Y debo reconocer que era cocina moderna, para un pueblo como Cerro de la Vega, en el que ponerle algo más que cebolla a la tortilla de patatas se considera un avance culinario. La comida no estaba mal del todo, no te voy a engañar, sobre todo para el precio que tenía. Debo reconocer que por algo así, en Barcelona nos hubieran clavado casi el doble. Pero como pagaba el abuelo, tampoco aquello me afectó demasiado.

—No hace falta, papá. Ya pago yo.

—Nada. ¿Desde cuándo pagas tú cuando vienes a cenar con nosotros?

—Pues debería de empezar a hacerlo. Ya no vengo de invitado.

—Eso es lo de menos. Pago yo y punto.

—Al menos déjame que pague por haber venido ayer a recogerlos.

—No seas tonto, ¿cómo no íbamos a ir a recogerlos? Además, la que llevaba el coche era tu hermana. Seguro que si le das eso para que salga esta noche se lleva una alegría.

—Lo que me faltaba...

Y esa fue la conversación más larga que hemos tenido desde que llegué. Siete frases, todo un record.

Esta mañana nos hemos levantado tarde, más por estar los dos solos que por otra cosa. Tu madre ha cogido el avión a las cuatro, de vuelta a Barcelona, y al llegar del aeropuerto tus abuelos me tenían preparada una sorpresa en casa. Había venido toda la familia de mi padre a visitarnos, todos. Casi no cabíamos en el salón. Me hizo mucha ilusión ver a Adrián y a Carlos, porque ha pasado casi un año de la última vez. Siguen igual de golfos, aunque Carlos me ha dicho que está sentando la cabeza con Diana, su última novia, con la que lleva ya cuatro meses. Miré a Adrián para asegurarme, porque he aprendido a no creerme nada de lo que me dice su hermano. Pero él me lo confirmó. Tal vez sí que las cosas estén cambiando por aquí.

También estaban sus padres, Lola y Carlos, y mis otros tíos, Armando e Isa, con Mónica, que es la mayor de todos los primos de la familia. Traía con ella a Yanira, que con quince meses está enorme y guapísima. Por suerte, se parecía mucho a Mónica, porque Raúl, su marido, no es precisamente un Brad Pitt. De hecho, siempre pensé que el tío debía tener mucho dinero, o muy buena parla, para haberse ligado a una mujer como Mónica, que salvando el parentesco, es espectacular. Seguramente será lo primero, porque Mónica le excuso diciendo que estaba de viaje de negocios en Berlín y por eso no había podido venir. Verlos allí fue reconfortante, a pesar de los momentos tensos cada vez que alguien sacaba el tema de mi terapia, o de la propia enfermedad. Carlos y Adrián simplemente me preguntaron si estaba bien, y al ver que les respondía que sí, no insistieron ni nada. Cuando tus abuelos empezaron a contar, por enésima vez, las anécdotas más vergonzosas que Ángela y yo habíamos protagonizado junto al resto de primos, yo me aparté un

poco para jugar con Yanira. La niña es listísima, de verdad. Entiende todo a la primera y además se enfada cuando le hablas lentamente, como si fuera un bebe. No es que sea muy mayor, pero ya se defiende andando y le encanta jugar a la pelota. Tiene un peluche de un león al que llama “Elo”. Tras intensas investigaciones, deduje que quería decir Pelo, y me puse a jugar con él, como si el peluche le estuviese hablando. Se meaba de risa, te lo juro.

A pesar de la insistencia de tus abuelos, la familia tuvo que marcharse poco después de las ocho, porque tampoco querían molestar demasiado ni cansarme, o eso dijeron. Yo me lo estaba pasando pipa con la cría, pero entendí que debían volver a Sevilla, cenar y todo eso, y se les iba a hacer tarde. Mónica me dio un abrazo al despedirse me dijo que me cuidara mucho, y que fuese fuerte.

Ojalá fuera tan fácil, Alba, ojalá...

18 de diciembre de 2017

Es menuda y con un pelo rizado que, en parte, me recuerda al de Marina, aunque el suyo es de un negro azabache casi imposible. Tiene una de las sonrisas más perfectas que he visto en mi vida, y una mirada limpia que encaja a la perfección con ella. Está rodeada de personas con poca esperanza de vida, personas que están mirando a los ojos a la muerte día a día. Y, aun así, consigue mantener siempre el ánimo y nunca venirse abajo. Escucharla por teléfono fue gratificante, pero tenerla a medio metro de ti, viendo como mece cada palabra, cada expresión, con el aire cantarín de una princesa Disney, es otro nivel. Se llama Elena Andrade y me ha prometido que va a dar lo mejor de sí misma durante estos meses para que pueda llegar a besarte al menos una vez.

Nos queda mucho trabajo por hacer, pero te prometo que por ganas no va a ser. Tendremos un par de sesiones con la terapia experimental a la semana, puede que tres si el cuerpo responde bien. La doctora me ha comentado que llego en el mejor momento, porque llevan ya año y medio con la investigación y la tienen mucho más perfilada que al principio. Me siento mal por todos aquellos que llegaron demasiado pronto, los primeros que se atrevieron a probar aquello que ni siquiera sabían cómo iba a afectarles, en busca de algo más de tiempo, de un poco de esperanza con forma de gotero. Puede que, después de todo, haya tenido suerte no ya en la enfermedad, pero al menos sí en el momento. Aunque pensándolo bien...

Empezaremos con las sesiones en tres días, y a partir de la semana que viene tendré que venir todos los martes y jueves. La doctora también me ha comentado que la psicóloga especializada en casos como el mío estará encantada de recibirme antes o después de las sesiones, si quiero. La conoceré el jueves y veré qué tal va la cosa. Dudo que sea como el doctor Clos, pero al menos habrá que darle una oportunidad.

Tu tía Ángela se ha empeñado en que será ella la que me acompañe al hospital, al menos durante estas primeras semanas. Ella conduce de ida y vuelta y mientras yo estoy allí dentro, se queda repasando sus apuntes. Por más que le digo que puedo venir solo si me deja el coche, o incluso en bus, no me hace caso. Supongo que es su forma de poner su granito de arena en toda esta situación. La verdad es que la noto algo cambiada, mucho más que a tus abuelos. No es que no hayamos hablado en todos estos años, pero creo que es ahora, teniéndola tan cerca durante tanto tiempo, cuando he podido entender mejor ese cambio. O puede que sea solo conmigo, por cómo estoy... Muchas veces no sé qué pensar cuando la gente muestra interés por mí, un interés que casi siempre me parece exagerado, incluso cuando viene de mi propia familia. No es que me entusiasme pensar así pero, ¿qué puedo hacer? Agradezco cada gesto, cada atención, pero algo en mi interior me susurra con voz terrible que solo lo hacen por estar como estoy. Que en otro tipo de situación, su comportamiento tal vez fuera distinto.

Espero que, si heredas algo de mí, no sea precisamente esta maldita tendencia a darle tantas vueltas a las cosas, Alba.

19 de diciembre de 2017

Aunque no lo parezca, considero que las tradiciones son muy importantes. Eso sí, no solo las típicas y tópicas, sino también las que cualquier grupo de amigos instaure para ellos mismos. Las comidas o cenas de navidad, las salidas una vez al año en verano, porque sí, sin necesidad de celebrar nada especial. Son momentos que surgen espontáneamente y que se convierten en algo importante para esas personas, porque sirven de sustento para aquello que les une, de pegamento para sus vidas. Por eso esta tarde he quedado con Edu en el sitio donde siempre nos tomábamos la cerveza después de volver de clases en la universidad. Un bar que hace esquina en una calle recogida y alejada de las grandes avenidas de Cerro de la Vega, si es que a este lugar puede tener avenidas. Un sitio castizo que, irónicamente, fue de lo poco que eché de menos cuando me marché a Barcelona. No sé si por el lugar en sí o por la compañía con la que lo frecuentaba.

Como tampoco tengo mucho que hacer por aquí, llegué antes de tiempo a la cita y me pedí un zumo de naranja natural. Antonia, la señora que lleva este negocio junto a su hijo José Carlos, es una mujer amable que prácticamente me ha visto crecer en su bar. De hecho, se ha llevado una alegría tremenda al verme, encaramándose a la barra para plantarme dos besos en la cara que han debido sonar hasta en el pueblo de al lado.

—Te veo estupendo, chiquillo.

—Muchas gracias, Antonia. Uno hace lo que puede.

—Claro, claro. Pero vamos, que cualquiera diría que... En fin, que te veo tan normal, tan guapete... Bueno, voy a hacerte el zumo, anda.

El problema de este tipo de momentos es que no todos son siempre tan sutiles como Antonia. Y que yo tampoco adoro tanto a los demás como la quiero a ella. Pero a estas alturas ya estoy acostumbrado, y me controlo lo mejor que puedo.

Edu llegó un poco tarde, algo que tampoco es común en él. Vino hasta a mí y me saludó con una palmadita en la espalda, mientras pedía la primera cerveza. Nos quedamos allí dentro, con la única compañía de Antonia, su hijo, y un par de parroquianos a los que debería conocer, pero que solo me suenan de vista. Mi amigo me puso al día sobre su vida.

—Se llama Sonia y vive aquí al lado, en Brego. Llevamos cuatro meses, pero no sé tío, hay algo con ella que no me ha pasado con las demás. Es como si muchas veces prefiera quedarme en casa, viendo una peli o haciendo lo que sea, solos los dos, antes que salir.

—Hombre, yo diría que eso es más bien por la edad, colega. Que ya no somos unos críos como cuando íbamos a la Santuario.

—Supongo que también tendrá que ver, pero no creo que sea solo por eso. ¿A ti no te pasa con Ariadna? ¿Eso de que muchas veces el resto del mundo te sobra cuando estáis los dos juntos?

—La leche. ¿Cuándo te has convertido en Pablo Alborán?

—Pensé que tú lo entenderías, pero creo que me he equivocado al contártelo así —me respondió muy serio.

—No, tampoco es eso. Es que... bueno, que tampoco te había visto así nunca. Me sorprende.

—Pues por eso mismo. Es que nunca me había sentido así con una tía, en serio. No va de guay, no quiere que esté todo el día detrás de ella, me da mi espacio, no me controla ni me bombardea a

mensajes... Pero siempre se apunta a todo lo que le propongo, y siempre está buscando nuevas cosas para hacer juntos.

—Eso es básicamente lo que se hace en una relación sana, ¿no?

—Igual es eso. Igual es que mis otras relaciones no eran muy sanas que digamos.

—Hombre, no es que fueran dignas de una telenovela venezolana, pero ya te digo yo que sanas sanas tampoco eran. De hecho, la relación que tenías con Patricia era más perjudicial para la salud que mi cáncer.

Él levantó la vista muy serio y me miró sin pestañear. Había visto esa cara antes, y si no fuera porque lo conocía desde hacía muchos años, pensaría que me iba a pegar una paliza allí mismo. Pero solo me dijo una frase:

—No me gusta una mierda que hagas esas bromas.

—No pasa nada, tío. Sabes que es una coña. Creo que me ayuda a aguantar mejor todo esto.

—Pues a mí no me hacen gracia. No entiendo cómo cojones puedes tomarte así algo que... Algo que te va a matar.

—Me lo tomo así porque no quiero pasar lo que me queda amargado, ¿sabes? Sé que puede llamar la atención. A Ariadna tampoco le gustaban al principio, pero se ha acostumbrado.

—¿De verdad haces esas bromas con ella también? Estás como una cabra.

—¿Y eso? Ilumíname.

—No, creo que no quieres que te ilumine. Vamos a hablar de otra cosa, si eso.

—No, no. Por favor. Dime cómo debería hablarle a mi novia de mi enfermedad. Igual tú sabes más que yo de esto.

—En serio, Dani. No he venido para discutir contigo.

—Yo no estoy discutiendo, Edu. Solo te estoy preguntando, a ti que pareces tener todas las respuestas y conocer lo que es mejor para todos.

—Mira, solo te estoy diciendo que no me gusta que hagas esas bromas, tampoco tienes que ponerte así conmigo. Si te ayudan a sobrellevarlo, pues muy bien. Yo no lo entiendo, pero si a ti te sirve...

—Pues sí que me sirve. Me sale natural, la verdad. No lo hago para dárme las de valiente ni nada de eso. Es mi manera de sobrevivir. Bueno, ni siquiera de eso. Es mi manera de intentar que me afecte lo menos posible.

—Tú verás. Pero creo que con esas cosas haces daño a la gente que te rodea. No todos somos tan divertidos y tan sarcásticos como tú —a esas alturas, Edu ya no se molestaba en esconder el tono agrio de sus palabras.

—Mejor para vosotros, que no tenéis que aguantar esto dentro —dije yo, para no quedarme atrás.

—Vale.

—Y tampoco tenéis que aguantarme a mí, si no queréis.

—Ya.

—Nadie te obliga a venir, Edu. ¿Por qué estás aquí?

—Porque tú me llamaste y me pediste quedar donde siempre. Y yo me alegré, porque las últimas veces que habías estado por aquí no habíamos podido vernos. Y quería contarte cosas, y alegrarte, y hacer que el rato se te pasara volando. Como cuando veníamos aquí hace años.

—Ya no es lo mismo —dije.

—Ya sé que no es lo mismo. Y tú también lo sabes. El charco de mierda está ahí. Pero nosotros decidimos si regodearnos en ella, tirársela a los demás o taparnos la nariz y aguantar lo que podamos —ahora sus palabras sonaban furiosas, pero de otra forma.

—Cuando te llega hasta el cuello no hay muchas opciones, créeme.

—Pues para eso estoy aquí. No para que me la tires. Déjame meterme en el charco contigo y compartirla. Igual hasta puedo subirme a caballito y que te llegue un poco más abajo.

He de reconocer que aquello me hizo gracia. Edu sabía muy bien cómo hacerme reír. Yo sentía haber perdido esa misma facultad con él.

—¿Ves? Ese es el tipo de broma que deberías hacer —me dijo.

—Lo siento, pero a mí no me salen así. Será la bilis.

—La madre que te parió.

—Que me ha dado recuerdos para ti, por cierto. Creo que quiere que vengas un día a cenar o algo así. Todavía no pierde la esperanza de tener un nuero bombero.

—Hombre, tal y como están las cosas...

—Ya sabes como es. Lo mismo quiere liarte con Ariadna para cuando ya no esté.

—En serio, Dani. Vale ya. A ver si voy a tener que matarte antes de tiempo.

No hemos batido el record de cervezas en una tarde, que no te diré en cuanto está. De hecho, yo solo he bebido zumo de naranja. Porque estaba de muerte y porque Antonia me lo había preparado con muchísimo cariño. Como las croquetas de bacalao que no duraron ni dos minutos en el plato. O la carne con tomate, que nunca me ha vuelto loco, pero que en este sitio está mejor que cualquier exquisitez que te quieran colar en Las Ramblas por un riñón. Después del café, cada uno se fue para su lado, aunque quedamos en vernos la semana siguiente, en el mismo sitio, y a la misma hora. Son los primeros pasos para instaurar una nueva tradición, que no sé cuánto durará, pero que quiero mantener al menos mientras pueda.

20 de diciembre de 2017

Prepárate, Alba, porque hoy voy a hablarte del fascinante mundo de las vecinas.

Cuando llegué a Barcelona, casi todo el edificio donde vivíamos Gus y yo estaba lleno de estudiantes. Había un par de familias y algún que otro señor mayor ya jubilado, que sorprendentemente, era el que menos se quejaba cuando nos pasábamos con el ruido en las pocas fiestas que dimos allí. Al mudarme con tu madre a Gracia, a nuestro apartamento, nos tocó en suerte una señora de unos cincuenta y pico años llamada Mercè, que vivía enfrente de nosotros. La buena mujer había enviudado solo tres años antes, y su único hijo estaba en Estados Unidos, porque según ella, era un informático de primera línea. Cualquiera que la escuchase pensaría que era la madre de Bill Gates o algo así, y no dudo que el chaval tuviera un buen trabajo en Yankilandia, pero también detectaba cierto tono de exageración en el relato de aquella mujer, más catalana que la Virgen de Montserrat.

Cada vez que nos la cruzábamos, ella nos preguntaba muy amablemente por cómo nos iban las cosas. Llegamos incluso a invitarla alguna que otra vez a casa, a tomar café. Ariadna me insistía en que debía ser siempre considerado con aquella mujer, porque la pobre estaba sola. Eso sí, tenía más amigas que nosotros dos juntos. Se iban a jugar al bingo, a tomar café casi todas las tardes, y no perdonaban el vermut y las bravas ni un solo domingo. Pero entendía a tu madre. Así que de vez en cuando, cuando hacíamos bizcochos o alguna receta grande, guardábamos un poco para Mercè y cruzábamos el rellano para darle una sorpresa. Ella también ponía de su parte. Sus estofados de ternera podían resucitar a un muerto y eran la comida perfecta para que tu madre reviviese después de una guardia ajetreada.

Con el resto de vecinos, la relación era mucho menos cercana. El típico saludo en la escalera o en el ascensor, y poco más. No era un edificio demasiado grande, así que solo había como unos ocho pisos habitados. Alguna que otra familia con chiquillos, matrimonios ya bastante mayores... y la señora Mercè y nosotros, que éramos los raros allí. Recuerdo cómo se alegró nuestra vecina cuando le contamos que venías en camino. Como si fuera a ser tu abuela, más o menos. Le dio un montón de consejos a tu madre y le prometió tejerte unos calcetines de lana que te quedarán de lujo. También la vi sollozar mientras se despedía de mí, la semana pasada. Sabía que no iba a volver a verme y me dio un montón de besos seguidos, como hacía mi abuela Valeria. Me miró con mucha pena, pero con más tristeza aún se quedó mirando el vientre de Ariadna.

Aquí, en Cerro de la Vega, las cosas son distintas. Siempre hemos vivido en el mismo sitio, una calle relativamente céntrica, pero con mucho menos tráfico que las de alrededor. Eso nos ha permitido a los de mi generación poder jugar tranquilamente en la calle al fútbol, al coger, al salto de la mula y a tantísimas otras cosas que si ya están en peligro de extinción en mi tiempo, seguramente sean una reliquia del pasado en el tuyo... a no ser que se vuelvan a llevar los entretenimientos vintage de finales del siglo XX.

Nuestra casa está en la parte alta de la calle, donde tu abuelo siempre ha dicho que viven "las mejores familias". No entiendo qué diferencia hay entre nosotros y los Guzmán, por ejemplo, que son los que están en la esquina de abajo, pero supongo que se referirá a la pasta. Y, sin embargo, hemos acabado los dos viviendo en el mismo sitio, a escasos ciento cincuenta metros. El caso es que por aquí hay alguna que otra casa vacía, un par de cocheras y luego, cinco o seis casas muy próximas, que constituyen lo que llamaríamos el núcleo duro de la vecindad, también conocidas como la CIA de Cerro de la Vega. Ríete tú del MOSAD o del MI6, porque no hay servicio secreto

en el mundo más eficaz que mis vecinas más próximas. Recuerdo cuando Esther y yo estábamos empezando a tontear, y por supuesto, no queríamos que nuestros padres supieran nada de aquello. Quedábamos siempre alejados de nuestras respectivas casas, en lugares neutrales. Un día, aprovechando que no iba a haber nadie en casa, estuvimos allí estudiando. Solo estudiando, te lo prometo. Bueno, hubo algún que otro beso, pero no paso de ahí, de verdad. El caso es que ella llegó y se marchó sin que nadie en casa la viese. Pues al día siguiente mi madre llegó con una sonrisa sardónica en la cara, preguntándome quién era la chica pelirroja de las gafas que había venido a casa. Yo le conté la verdad, que era solo una compañera de clase. Ella me respondió que muy bien, pero que para otra vez la avisara, para dejarnos algo de merendar por lo menos. No se había tragado una palabra de lo que le había dicho. Más tarde, cuando Esther y yo formalizamos la relación por así decirlo, tu abuela me confesó que había sido Benita, la vecina de enfrente, la que le había puesto al tanto de la “novia” de su hijo en la pescadería al día siguiente de vernos entrar en casa. Pero no solo eso, sino que Benita había conseguido, en menos de veinticuatro horas, conocer todos los antecedentes familiares de Esther, información que por supuesto, compartió con mi madre.

Yo sabía que eran peligrosas, pero en aquel momento me di cuenta de que no había manera de escapar a sus miradas. Si Orwell las hubiera conocido, el estado neofascista de su 1984 se hubiera ahorrado millones en cámaras de seguridad. Porque aquella vez fue Benita, pero pudo haber sido Rosario, o Lourdes, o Eugenia. Todas ellas vivían en nuestra zona, era su radio de acción. Algunas también tenían nietos más o menos de mi edad, pero parecían haber desarrollado un especial interés en mi vida social. Desde aquel momento, siempre que llegaba a casa, miraba para un lado y otro. Y no fallaba. Siempre, bajo cualquier circunstancia, a las tres de la tarde o las cuatro de la mañana, había una de ellas asomada al balcón, a la ventana o directamente a la puerta, viendo el tiempo pasar.

Te cuento todo esto porque al volver he tenido que enfrentarme de nuevo a sus miradas, a sus incómodos saludos y sobre todo, a sus preguntas. Han venido a casa en estos días, como en peregrinación, a enterarse de todo lo que podían, con la excusa de saludarme después de tanto tiempo. Mi madre me obliga a bajar cada vez que vienen para que “al menos me vean”. Como podrás imaginar, poco tengo yo que hablar con estas señoras, pero todas se empeñan en robarme tiempo de mis series favoritas, o de mi labor de escritor semiprofesional, para que les cuente cómo estoy, qué tal lo llevo y demás. Creo que en estos cinco días ha pasado toda la calle por aquí. Todas las vecinas, salvo una.

—Mamá, ¿cómo es que Benita no ha venido a verme como las demás?

—Ay Daniel, no te queríamos decir nada...

—¿Le ha pasado algo? —pregunté entre el interés y la sorpresa.

—Pues... lleva unos meses fatal, hijo. No sale de casa. Ha estado mucho tiempo hospitalizada y los médicos le han dicho a sus hijos que ya poco hay que hacer.

—¿Pero qué tiene?

—Diría que es un problema del corazón. Vi hace un par de días a Leticia, su hija, y algo me estuvo contando, pero tampoco me enteré bien del todo. Tú sabes que yo para estas cosas...

—Entonces, ¿está en su casa?

—Sí, desde hace unas semanas está allí, y ellos vienen por turnos a cuidarla. Está

irreconocible, la pobre. Fui a verla cuando la trajeron del hospital. Era como si se le hubieran echado veinte años encima de un día para otro.

—La han traído para que muera aquí...

Mi madre no me contestó. Simplemente se quedó callada y me dio más calcetines para doblar. Y al momento cambió de tema, preguntándome por Ariadna, porque sabía que había hablado con ella después del almuerzo. Y yo le contesté, pero por dentro no podía dejar de pensar en Benita.

No es la que la odiase, ni mucho menos. De hecho, aquel furtivo chivatazo se me olvidó bastante pronto. Además, la mujer era seguramente la más simpática de todas las vecinas. Cuando Ángela estuvo hospitalizada de cría, y mis padres se turnaban para estar allí con ella, muchas veces venía a casa para hacerme la comida o la cena, o yo iba a la suya, y me trataba como a un rey. Cuando me fui a Barcelona me dijo que le daba mucha envidia, que ella siempre había querido vivir en una ciudad grande como aquella, y como si me estuviera pasando un paquete de coca, me dio de forma disimulada un billete de diez euros. “Pero no te los gastes en muchos cubatas” me dijo. Cada vez que me pedían diez euros por una copa en algún garito supuestamente cool me acordaba de Benita.

Todos nacemos con un reloj que va marcando la cuenta atrás, desde el mismo instante en que vemos la luz por primera vez hasta que exhalamos el último suspiro. Algunos disponen de mucho tiempo, otros de muy poco. La inmensa mayoría no tiene ni idea de por dónde va su cuenta atrás. Yo puedo sentirme privilegiado, en cierta forma, porque soy de los pocos que sí lo sabe. Y aunque lucho todos los días por ganarle tiempo a ese reloj, o precisamente por eso, muchas veces olvido que no soy la única persona a la que le queda poco sobre este planeta. De hecho, tal y como están las cosas, puedo sentirme afortunado de poder vivir estos últimos meses con una salud aceptable, al menos por ahora. No todos tienen la misma suerte. No todos tienen ocasión de quejarse, de ponerse melodramáticos y fingir que no les aterra el abismo que se abre poco a poco ante ellos. No todos pueden hacerse los valientes.

22 de diciembre de 2017

Esta mañana, para sorpresa de tu abuela, he salido a dar una vuelta por el pueblo, por decisión propia. El cielo despejado y la amenaza de pasarme toda la mañana encerrado ayudándola a preparar el almuerzo me han hecho salir de la madriguera. Casi nunca he tenido oportunidad de disfrutar de las mañanas de esta manera, salvo en vacaciones, y normalmente las solía tener siempre tan ocupadas estudiando, viajando y demás que no tenía tiempo para aburrirme. Aburrirse es importante, Alba. Algún día, cuando yo lo esté, te hablaré sobre mi teoría al respecto.

Con los cascos puestos he emprendido un caminar sin rumbo por las calles de Cerro de la Vega. Un recorrido que me ha traído, sobre todo, nostalgia. Eso es lo que significa hoy en día para mí este pueblo, un montón de recuerdos. Algunos muy buenos. Otros regulares. Los malos, los menos, también han estado presentes. Tal vez por eso apenas he salido de casa en estos días. Prefería mantener allí, a salvo de todo lo que mi maldita mente me tenía preparado en cuanto se pusiera en contacto con este lugar no tan perdido a la sombra de Sevilla. Y cuando la lista de reproducción se pone juguetona, gritándote esa canción que siempre te toca la fibra precisamente cuando estás llegando a ese lugar que ha supuesto tanto en tu juventud... El ajeteo de los mayores, de las señoras que iban a la compra, de los niños disfrutando de sus primeras horas de vacaciones, llenaba el ambiente de un ruido de fondo que no desentonaba con los acordes y melodías que me estaba inyectando directamente al cerebro. La vida aquí transcurría a otro ritmo, eso era evidente. Todos tienen obligaciones, trabajos, tareas, cosas que hacer. Todos menos yo, que solo me he impuesto una misión.

Mis pasos me han llevado, como por casualidad, a la puerta del instituto donde estuve estudiando seis años. No es que fuera a entrar, ni mucho menos. Pasé de largo, eso sí, bajando un poco la velocidad, para escuchar el jaleo de las madres y padres en la puerta, charlando entre ellos después de recoger las notas, sin duda un día fatídico para muchos de los chavales que allí estudian, por más vacaciones que tengan. Yo en ese sentido tuve bastante suerte. Salí de allí con una nota media por encima del 8, habiendo ganado algunos campeonatos de baloncesto junto a Edu y Juanlu y con los buenos deseos de todos y cada uno de mis profesores. Fue una época maravillosa, no te voy a engañar. No me sentí nunca marginado, como muchas veces aparece en las películas de instituto. Tampoco es que fuera uno de esos deportistas cachas que se creen lo mejor, ni un acosador, ni nada parecido. Era un tipo normal, uno más, que sobresalía si acaso por las notas y tal vez por leer mucho. Pensé que con eso me bastaría para dejar huella aquí. Y hoy, viendo aquel edificio, que no ha cambiado nada, me pregunto si realmente alguien sigue recordando que me senté en aquellas aulas, que deambulé por aquellos pasillos y reventé esas canastas. Tengo cientos de recuerdos de este lugar pegados a mi adolescencia como una lapa, pero nada de mí se quedó aquí, nada de mi propia personalidad, en aquellos días todavía formándose, ha permanecido en este instituto. Ni tampoco en la plaza donde solía juntarme con Edu y los demás. O los sitios en los que Esther y yo nos escondíamos de las miradas indiscretas. Y estoy hablando de un pueblecito en donde la persona más importante es un futbolista que juega ahora mismo en Segunda División. Muchos están empezando a pedir que el nuevo campo de fútbol que se ha estrenado cerca de casa lleve su nombre, el de un chaval de tan solo veinticuatro años, que lo único que sabe hacer es pegarle patadas a un balón. Es algo muy respetable, lo sé, pero ¿es suficiente para ponerle tu nombre a un sitio así, un lugar público que aparecerá en mapas, en registros? Aquí tenemos nombres para todos los gustos, desde poetas y escritores hasta los antiguos alcaldes ya fallecidos, incluidos los de la época de Franco. Todos ellos siguen siendo

recordados, de una u otra forma, por la gente que vive aquí, o por los que vienen de visita. Dejaron su huella, tal vez sin pretenderlo, porque en la mayoría de los casos han sido otros los que les han propuesto como merecedores de un hueco en el callejero local. Y yo me pregunto, ¿con quién hay que hablar para recibir tamaño honor?

23 de diciembre de 2017

Solo tengo que cruzar la calle, pero me cuesta más que la hora y media que estuve andando ayer. No me pesan las piernas, sino el corazón. Mi madre ya me ha advertido de que tal vez no sea buena idea visitar a Benita. Pero algo dentro de mí me dice que debo hacerlo. Así que después de desayunar y ojear un poco el periódico después de que mi padre se marchase a un pregón o algo así, salgo a la calle sin coger ni siquiera el abrigo. No hace demasiado frío, y solo voy a andar unos cinco metros.

Llamo a la puerta usando el aldabón y la casa me responde con un eco hueco y metálico. Tal vez debí haber buscado el timbre, pero he visto durante toda mi vida a mi familia llamar así a la puerta de los vecinos. Me sale solo. Solo tengo que esperar unos pocos segundos hasta ver una figura difuminada al otro lado de la cancela de cristal que tengo delante. La figura se acerca y me abre. Noto su sorpresa. Me pregunta que si me puede ayudar en algo. Le respondo que soy Daniel, el vecino de enfrente. Y que venía a ver a Benita. La chica enarca las cejas y mira por encima de mi hombro, hacia casa. Luego vuelve a mirarme a mí y por fin sonrío.

Me guía por aquella casa como si yo nunca hubiera estado en su interior. Me avisa del delicado estado de su abuela, aunque también puntualiza que hoy se ha levantado algo más animada, así que puede ser el mejor momento para visitarla. Yo simplemente me dejo llevar hasta la habitación donde Benita está tendida en una cama enorme que la hace parecer todavía más pequeña. Tiene una manta y un edredón por encima y apenas se le ve la cabeza, hundida en una almohada blanquísima. Hay un gotero al lado de la cama, junto a la mesita de noche, sobre la que reposa un vaso de agua y un yogur que parece terminado, con su cuchara dentro. La chica me acerca a la cama mientras le anuncia a la anciana que alguien ha venido a verla.

—Hola Benita, soy Daniel, el hijo de Marta y Joaquín. ¿Se acuerda de mí, verdad?

—¿Daniel? ¿El de Barcelona?

—El mismo. He vuelto para... De vacaciones. Vengo de vacaciones, para estar con la familia.

—Qué bien, hijo. Oye, ¿y tu novia? ¿Estaba embarazada, verdad?

—Sí —respondo con una sonrisa—. Está todavía en Barcelona. Vendrá la semana que viene.

—¿Y qué tal está? La cuidas mucho, ¿a que sí? Tienes que cuidarla mucho. Y si tiene antojos, le tienes que hacer caso, ¿vale?

—Claro que sí, Benita. La cuido en todo lo que puedo, y por ahora me lo pone muy fácil, la verdad.

—Pues que bien, Daniel, que bien. Que felicidad cuando tengas a ese niño contigo. Ya lo verás. Mi Tomás no era muy de niños, pero cuando tuvimos a mi Paco se volvió loco con él. Lo cogía en brazos y no lo soltaba. Que dios le tenga en su gloria, pobrecito mío. Menos mal que ya me queda poco...

—Abuela, ¿te has quedado con hambre? ¿Te traigo algo más?

—No cielo, no te preocupes ¿Tú quieres algo, Daniel?

—No, no, estoy bien, gracias.

—Sí que te ves bien. Hace ya tiempo que no te veo... ¿un año? Pareces más alto. Y más

hombre. Estás muy guapo.

—Gracias. Usted...

—Yo ya no puedo ni moverme, hijo. Imagínate. Toda la vida luchando en esta casa, sacando adelante la limpieza, las comidas... y ahora no puedo ni comer yo sola.

—Para eso estoy aquí, abuela.

—Tú no tenías que estar aquí, mi vida. Tú tienes edad de salir con tu novio y ver muchas cosas y visitar muchos sitios. No de tener que cuidar a una vieja en las últimas.

—Abuela, no digas eso, eh. Yo no quiero estar en otro sitio que no sea aquí contigo. Además, ¿qué novio? Si sabes que no tengo.

—Pues deberías. Una chiquilla tan guapa y tan inteligente como tú tiene que buscarse a un buen hombre para que la cuide. Para que no salga sola por las noches. Que a saber...

—Anda ya, abuela. No empieces.

—Yo sé que no todos son de fiar, Carolina. Pero con lo lista que tú eres, encontrarás a un buen novio. Uno como Daniel, tan guapo y tan listo como tú.

—Abuela, por favor... —Carolina nota que yo me sonrojo al escuchar aquello. No puedo evitar mirarla, y ella también tiene las mejillas algo coloradas. Seguramente sea por la calefacción.

—Será una niña —digo para rebajar un poco la tensión.

—¿Una niña? Qué maravilla, Daniel. ¿Y cómo la vais a llamar? ¿Marta? ¿Adelina, como la madre?

—No, que va. No es... Alba. La queremos llamar Alba.

—Alba es un nombre bonito. Cortito y alegre.

—Es precioso —apunta Carolina.

—Y ella también será preciosa, con los dos padres tan guapos que tiene. Si la vieras, Carolina. La novia de Daniel parece una actriz de cine. Está siempre sonriendo, tiene una ropa preciosa y una mirada... Que linda es.

—Gracias, Benita. Si quiere, podemos venir a verla de nuevo la semana que viene, cuando ella llegue, y se lo dice usted misma. Seguro que se lleva una alegría.

—Ay, hijo mío. A saber, si yo sigo aquí la semana que viene...

Su nieta ya no trata de callarla. Simplemente deja escapar un suspiro, moviendo la cabeza. Cambia de tema y le pide a su abuela que me cuente a quién había conocido en el hospital. Era un cantante de flamenco bastante famoso, al parecer. Estaba visitando a su madre, que estaba en la habitación de al lado de la Benita. Al enterarse que mi vecina era una gran admiradora suya, se pasó a visitarla e incluso le cantó un poco en la misma habitación, provocando una avalancha de curiosos en la puerta. Sonríe por la ilusión con la que Benita cuenta la historia, casi como si hubiera conocido al Papa en persona. Me quedo un rato más hablando con ella, hasta que noto que empieza a estar cansada. Me excuso aludiendo a la ayuda que mi madre necesita en la casa, para poder dejarla reposando. Aunque sé muy bien cómo encontrar el camino de vuelta a casa, Carolina no duda en acompañarme con su sonrisa brillando más que un collar de diamantes. Me

da las gracias por la visita y me anima a volver con Ariadna o por mi cuenta. Y yo cruzo la calle, sin mirar siquiera, con una sensación agridulce en el estómago y la garganta seca.

24 de diciembre de 2017

En este mundo hay dos tipos de personas: las que aman la navidad y las que la odian. Y luego, en un espacio minúsculo aunque quiero pensar que cada vez más significativo, estamos los que disfrutamos de estos días por las vacaciones y poco más. Nunca me sentí especialmente ilusionado por las navidades. Los regalos están bien, no lo niego, y antes las fiestas también eran bastante divertidas. Pero no logro ver un significado real en todo esto, quiero decir, uno apegado al origen de la propia fiesta, a lo que supuestamente se celebra, el nacimiento de Jesucristo y todo eso. Sé que los cristianos hicieron coincidir esa fecha a posteriori, para adaptarla a algunas festividades paganas que ya se celebraban en estos días, y así facilitar el cambio de chaqueta a los que todavía no tenían muy claro si aquel Mesías judío de hace siglos debería ser su salvador o no. Diría que la fiesta ha vuelto a sufrir otra apropiación indebida, por parte de las empresas, de las multinacionales, que hacen su agosto en diciembre y solo quieren que gastemos, gastemos y gastemos.

Y no seré yo quien critique eso, desde luego. Pero a veces sí que me resulta irónico que la gente construya en su casa una pequeña representación del nacimiento de Cristo, que supone el punto álgido, entiendo yo, de la familia cristiana en su máxima expresión, mientras se gritan entre ellos por la posición del buey, por si la mula debería estar ahí o no, porque tapa al niño. Por suerte, yo me dedicaba a poner el árbol de navidad al lado de la puerta, así que me he salvado de ser parte de la discusión. Pero no es algo único de mi familia, ni mucho menos. Se supone que la navidad es una época bonita que nos insufla el corazón con el espíritu de la hermandad, de la bondad, de las buenas acciones. Y hay quien se lo toma así, en la mayoría de casos por puro postureo, y otros que simplemente tratan de hacerlo pero no pueden. No son buenos tiempos para el espíritu navideño, Alba. Te diría que es porque la crisis nos ha dejado medio tiosos, pero incluso los que tienen más también sufren ese choque entre su actitud habitual y la buena cara que deben poner para todos en estas fechas. Se olvidan las traiciones, se dejan a un lado los malos rollos y todos somos superamigos, al menos hasta que la rutina vuelva a mediados de enero. Esas cenas familiares entre personas que no se aguantan pero que tienen que fingirlo porque “es la tradición”. Ese alcohol que empieza a soltar las lenguas en los momentos menos oportunos y con los temas más polémicos (que de esos hay unos cuantos este año).

Puede que con el tiempo mi visión de la navidad se haya ido torciendo poco a poco, y eso que no soy de los que la odian, pero tampoco de los que la aman. Ni siquiera en esta última puedo decir que la balanza se decante a un lado o a otro. Si tuviera más tiempo, si en lugar de cuatro meses hubieran sido cuatro años, estoy seguro de que todo habría sido diferente. Habría una razón de peso para equilibrar la balanza a favor, para disfrutar adornando la casa y no tomarlo como una obligación, para recorrer sin remordimientos tiendas y tiendas en busca del juguete perfecto. Habrían sido días felices, estoy seguro.

25 de diciembre de 2017

Recuerdo cuando estaba en el trabajo, un miércoles cualquiera a primera hora de la mañana, por ejemplo, y pensaba en todo lo que haría si tuviera más tiempo libre. No hablo solo de los fines de semana, esos los aprovechaba bien. Me refiero a poder pasar días enteros sin “hacer nada”. Ese era un lujo que pocas veces podía concederme, algo que solo empezó a preocuparme realmente cuando ya estaba en un buen curro, después de más de veinte años de estudios, estudios y más estudios. Levantarte un día, a la hora que quisieras, y no haber quedado con nadie, no tener nada que se parezca siquiera remotamente a un plan. Por eso tu madre y yo decidimos instaurar los Domingos en Casa como alternativa al ocio barcelonés en un día que es sagrado allí, de una u otra forma.

Ahora, con tantos días sabáticos, tantos miércoles transformados en domingo, hecho un poco de menos aquella sensación. Dicen que por más que te guste el jamón, si lo comes todos los días te acabarás hartando de él. Yo creo que el jamón te gusta porque está buenísimo, pero sobre todo, porque no lo comes todos los días. Es algo especial, y eso hace que sepa mejor. Si el jamón se convierte en nuestro pan de cada día, ya no sabría tan rico. Nos acostumbraríamos demasiado a su sabor y puede que incluso llegásemos a aborrecerlo, mirando con gula infinita la olla de puchero de la que antes pasábamos olímpicamente.

Yo no como jamón todos los días. Tampoco es que me pase el día tirado sin hacer nada, ni siquiera los domingos, y menos desde que volví aquí. Pero a veces me pongo a pensar en esa sensación y a darle vueltas a la cabeza. ¿Le damos demasiada importancia al tiempo libre porque no disponemos de mucho? Y si tuviéramos todo el tiempo libre del mundo, ¿le seguiríamos dando importancia? Una vez escuché que el dinero solo es importante cuando no lo tienes. Y creo que con el tiempo pasa algo parecido. También hay muchos que han teorizado sobre si lo uno es más importante que lo otro. El tiempo es oro, llevo escuchando toda mi vida, y muchas veces he estado de acuerdo con eso. Incluso ahora, por mi situación, estaría dispuesto a pagar lo que fuese por un poco más de tiempo. Pero no siempre es así. No siempre es bueno tener mucho de lo uno y de lo otro, porque no siempre sabemos en qué gastarlo.

Y ese es el verdadero quid de la cuestión, Alba. Hace cuatro días, todo el mundo charlaba animadamente, como cada año, sobre unos hipotéticos planes de futuro en caso de ganar el Gordo de la Lotería de Navidad. Comprar una casa, pagar unas deudas, un coche de lujo, olvidarse del trabajo para siempre, montar el negocio que siempre habían soñado... El dinero es la llave para acceder a todo lo demás. A lo que queremos, y a lo que nos obligan a desear. Recuerdo como Ethan Hawke le contaba a Julie Delpy que había leído un estudio en el que se aseguraba que las personas que ganaban la lotería volvían a un estado emocional y psicológico similar al que tenían antes de ganarla en apenas seis meses. Que si alguien optimista y alegre ganaba el Euromillón, sería un tipo optimista, alegre y además rico. Y si en cambio el ganador era alguien triste, melancólico o depresivo, seguiría siéndolo, aún con todo el dinero. No sé si ese estudio existe de verdad o no, y tampoco tengo ganas de buscarlo en Internet, la verdad. Pero creo que la realidad no dista mucho de esa conclusión. Las personas cambian, pero de una manera sutil, aunque a veces muchos quieren demostrar que han tenido un giro de 180 grados en su vida. El dinero también nos cambia, por supuesto, pero solo nos coloca más allá en nuestras expectativas. Puede cambiarnos la vida si sabemos cómo utilizarlo, pero la mayoría solo lo busca para comprar cosas, casas, coches y como mucho, viajes. Yo mismo lo he hecho, dentro de mis posibilidades, claro está. Y sinceramente, me ha hecho vivir experiencias maravillosas y tener una existencia acomodada,

pero creo que jamás me ha dado la felicidad per se. Y eso que durante mucho tiempo lo creí. Mientras tuviera dinero, sería feliz. Pero no, Alba. No es esa la conclusión. Mientras tenga lo que realmente me hacía feliz, sería feliz. Y esas cosas, créeme, no las conseguí con dinero.

¿Significa eso que el dinero no importa? Pues claro que sí que importa. Y el que te diga que no miente. Pero importa solo cuando no lo tienes. Y repito, cuando no lo tienes, no cuando crees que lo necesitas. El ser humano se acaba adaptando a casi todo, y las necesidades se pueden reducir al mínimo. Todos preferiríamos vivir en una mansión enorme con una piscina olímpica y un jacuzzi espectacular, y una pantalla de 100 pulgadas y unas preciosas vistas al Mediterráneo. ¿Cuánto cuesta eso? Pues muchísimo dinero, muchísimo sacrificio, y en la mayoría de casos, algo más. Porque conozco a gente tremendamente trabajadora que se deja la vida en su puesto y apenas llega a fin de mes.

El mundo no está muy bien repartido en ese sentido, hija mía, pero supongo que a estas alturas tú ya serás consciente de eso. Y también sabrás que este año tampoco me ha tocado el gordo. ¿Estaría escribiéndote esto si así fuera? Pues seguramente no. Pero lo más triste de todo es que ni siquiera sé que estaría haciendo. Eso me hace pensar en el futuro, y no estoy muy por la labor. Tal vez otro día hablemos sobre eso, sobre cómo el ser humano comete el error de vivir en el pasado y en el futuro el 99% de su tiempo. Tal vez cuando tenga tiempo, otro día libre como el de hoy, con la quietud que me da el tener a tu tía durmiendo todavía a la una de la tarde.

Por cierto, la cena de ayer fue mejor de lo que esperaba. Tus abuelos estuvieron hasta divertidos después de la segunda copita de vino, y aunque solo fuimos cuatro, no estuvo mal recobrar esa sensación. Normalmente solía venir en Fin de Año, así que la Nochebuena me la perdía. Tu tía me llegó a decir, incluso, que estaba bien tenerme de vuelta. Y me invitó a salir con ella y sus amigos, en un vano intento por sacarme de casa a última hora. Le dije que ni loco iba a salir con unos críos en una noche así. Creo que se mosqueó bastante, porque ni siquiera se despidió de mí al marcharse. Igual me pasé un poco, pero sabía que me insistiría si me mostraba menos tajante. Y no tenía interés alguno en salir anoche, para qué mentirte. ¿Acaso unos cubatas pinchados y una música agobiante en un garito de mala muerte abarrotado era mejor opción que volver a ver Annie Hall por enésima vez?

27 de diciembre de 2017

Edu y yo hemos cambiado el día de nuestra reunión semanal, a petición mía, ya que los martes los voy a tener ocupados en el hospital y por la noche tampoco llego con muchas ganas de salir. Él lo ha entendido perfectamente, y me ha dicho que los miércoles son un día tan bueno como otro cualquiera, y que se adapta. Si es que le tengo que querer.

—Entonces es una psicóloga.

—Sí. Se llama Irene, y la verdad es que es simpática. No es como el doctor Clos, pero...

—¿Y está buena o qué?

—Tío, ¿pero qué dices? ¡Si tiene casi sesenta años!

—¿Y? ¿Qué pasa, que ahora eres madurófobo o qué?

—¿Qué soy qué?

—Madurófobo. Que tienes un odio irracional contra las maduritas.

—Se te va la pinza, Edu.

—No has contestado a mi pregunta.

—A ver, es una señora de casi sesenta años, con su peinado de señora de casi sesenta años y sus arrugas de señora de casi sesenta años.

—Sigues sin contestar a mi pregunta. Y además eres un superficial, que lo sepas.

—¿Yo soy superficial? Eres tú el que pregunta si una mujer de casi sesenta años está buena tío, ¿qué quieres que te responda?

—Nada, déjalo. Es que hace poco vi una peli en la que un tipo también iba a terapia por el tema del cáncer y le tocaba una terapeuta espectacular y al final se quedaba como pillado con ella.

—¿Pretendes que deje a mi novia embarazada de cinco meses por una terapeuta con la que solo he pasado una hora?

—Eres un malpensado y un manipulador. Yo no he dicho absolutamente nada de eso.

—Claro que sí, campeón.

Lo cierto es que la doctora Irene Espejo me causó una impresión mucho menos impactante que la del doctor Clos, pero eso no significa nada. Simplemente me esperaba otra cosa, y ahora ya tenía algo con lo que compararla, no como la primera vez. De hecho, me preguntó por cómo habían sido mis visitas a mi anterior terapeuta, si me sentía cómodo con él, etc... Se la veía muy profesional, simpática pero algo menos cercana que el doctor Clos. Tal vez es por la edad. O tal vez es cosa mía. A veces nos montamos películas en la cabeza que nos creemos a pies juntillas, y luego no tienen nada que ver con lo que ocurre realmente. Algún día te hablaré sobre eso también. De hecho, creo que voy a empezar a apuntar temas de los que quiero hablarte, porque al final, entre unas cosas y otras, lo más importante se me quedará en el tintero.

El caso es que voy a tener consulta con ella todos los martes, justo antes del tratamiento. Solo ha sido una primera toma de contacto, pero creo que esta doctora es más de la “vieja escuela” que el doctor Clos. Él tenía una manera muy delicada de sacar temas de conversación, porque me iba llevando poco a poco adonde quería a través de otras conversaciones que no tenían nada que ver

con lo que quería hablar. Diría que la doctora Espejo es mucho más directa. No es que me sienta incómodo con preguntas concretas, pero me gustaba la manera en la que el doctor Clos y yo hablábamos. Era más como una charla entre dos amigos, o conocidos al menos, que una terapia. Pero supongo que cada cual lo lleva a su manera.

A mí, lo que realmente me sirve es hablar contigo, aunque la comunicación sea unidireccional. Te prometo que a veces estoy muy cansado y pienso en si escribir o no, pero al final siempre hago el esfuerzo, porque quiero mantener esa promesa que te hice hace ya más de un mes, y porque me gusta poder hablar con alguien que sé que no me va a juzgar, al menos hasta dentro de muchos años. Si lo haces, espero que no seas demasiado dura. Piensa que comparto contigo cosas que no le cuenta a nadie más. Piensa que a veces necesito desahogarme, y no encuentro mejor manera de hacerlo que a través de este engendro pseudoliterario. No doy para más, ya lo sabes. Ahora mismo solo pienso en descansar, porque mañana me toca terapia otra vez. Y en que faltan solo tres días para tener a tu madre aquí de nuevo.

29 de diciembre de 2017

Siempre me gustó la tranquilidad que se respira en esta habitación. Ángela lleva toda la vida quejándose de que a ella le ha tocado el peor cuarto, más pequeño y además dando a la calle, con todo el ruido. El mío está precisamente en el otro extremo de la casa, y da a la trasera de la calle de al lado, donde lo más que hay son corrales. Recuerdo, de pequeño, escuchar a los gallos cantar no demasiado lejos, antes de que un solo rayo de luz traspasara la ventana. Con el tiempo me acostumbre y ya no me despertaban, salvo algunos días, normalmente cuando me dormía nervioso por tener algo importante al día siguiente. Más allá de eso, y de algo de trajín en esas casas de atrás, que era prácticamente inaudible, el silencio lo gobierna todo en esta habitación, cuando el resto de la casa también está tranquilo.

Llevo durmiendo en este cuarto desde que tengo uso de razón y no te voy a negar que lo echara de menos cuando me fui a Barcelona. Al volver aquí, sin embargo, la sensación era totalmente distinta. No por el espacio, porque era el mismo, sino por el propio hecho de volver a dormir en el mismo sitio de antes, como si tu vida hubiese ido hacia atrás. ¿Y no es así, en cierto modo? Si me llegan a decir hace unos meses que un tipo de treinta años volvía con esa edad a casa de sus padres, después de años fuera, hubiera pensado que era un auténtico perdedor, un tío sin ningún futuro. Y bueno, lo segundo lo cumplo a rajatabla, desde luego.

Acostumbrarme a dormir otra vez aquí me costó mucho menos de lo que querría reconocer. La cama no es para nada incómoda, y la almohada también está bastante bien. Solo echo en falta a tu madre, por supuesto. Hablo con ella todos los días antes de acostarme y con eso me basta. Además, llega mañana, así que se puede decir que he logrado superar este periodo de abstinencia con creces. Espero que mi fuerza de voluntad no me deje tirado para otras cosas.

El cuarto tiene la misma composición que cuando me marché hace cinco años. La cama grande, amplia para mí solo, aunque algo justa para Ariadna y para mí. Por fortuna, tu madre se adapta a cualquier sitio y no da mucha guerra al dormir. A la izquierda, una mesita de noche con una lámpara perfecta para leer. Estuve más de un mes buscando la lámpara adecuada por todas las tiendas. Quería no solo algo bonito y con estilo, sino también con una luz cálida, no demasiado fuerte (ya tengo otra lámpara de techo en el cuarto) y que me sirviera sobre todo para iluminar la parte de la cama, a la hora de leer o estudiar. Al final la compré en esa macrotienda sueca donde hay un montón de muebles de diseño, gracias a un dependiente pelirrojo muy amable que me ayudó a decidir cuál era la mejor para lo que yo estaba buscando. Fue un poco surrealista, pero me alegro de haberle puesto tanto empeño a la búsqueda de la lámpara perfecta. Desde que la compré, hace casi diez años, el rincón que ilumina ha sido mi favorito en esta casa. Había veces que me ponía a repasar los apuntes ahí, sobre todo al principio. Pero luego entendí que no era el lugar. Los apuntes, en el escritorio. La cama estaba para leer. Te parecerá una tontería, pero diferenciar los espacios me ayudó muchísimo a separar también lo uno de lo otro, a desconectar cuando estaba tirado con el libro sobre la almohada, a la luz de esa maravillosa lámpara, y a centrarme cuando encendía el pequeño flexo del escritorio, que por cierto, ya no está aquí encima porque mi hermana lo incluyó entre las pertenencias que pasarían a formar parte de su dominio en el momento en el que yo dejase la casa. Poco antes de irme me la encontré aquí dentro, de pie y con una libreta en las manos. Estaba apuntando todo lo que se llevaría a su cuarto. Por fortuna, la lámpara no le interesó. Si no, ahora mismo esto sería la Tercera Guerra Mundial.

Solo disfruté de esa lámpara unos cuatro años, así que técnicamente lleva más tiempo inutilizada que el tiempo ha estado sirviéndome, pero le sigo teniendo un cariño muy especial.

Antes de entrar en la carrera leía bastante más que después, porque obviamente los estudios me quitaban casi todo el tiempo, pero algunos de los libros que más me han marcado los he disfrutado bajo esa mágica luz. Recuerdo enamorarme de Kagu Ishiguro mientras me mostraba las entrañas de Hailsham a través de Kathy H. Sentí que algo se me rompía por dentro al leer La Soledad De Los Números Primos de Paolo Giordano, y odié muchísimo al italiano por haber sido capaz de escribir algo así con solo veintiseis años. Aprendí lo que era un amarillo gracias a Albert Espinosa (y qué cosas, mírame ahora...). Recobré la esperanza en el terror contemporáneo escondiéndome en los pasillos de Barrington House de la mano de Adam Nevill. Recuerdo tener una buena pila de libros pendientes justo al lado de la lámpara. Algunos me los leí de vacaciones, en la playa, en viajes... Pero los importantes siempre los dejaba para ese rincón de la habitación. Porque todo parecía mejor bajo la luz de aquella lámpara.

31 de diciembre de 2017

Hace unas horas que tu madre llegó y es como si todo hubiera cambiado por aquí. Te diría que después de muchos días de cielo encapotado, al final los rayos del sol se han abierto camino a su llegada. Que las flores se han asomado para alcanzar siquiera un rastro de la luminosidad que lleva en los ojos. Te lo diría, sí, pero me tomarías por imbécil, porque estamos en invierno y lo cierto es que hace días que no hay nubes en el cielo. Pero a pesar de eso, cuando Ariadna ha aterrizado, todo se ha llenado de más luz.

Después de recogerla en el aeropuerto nos hemos ido los cinco a almorzar a Sevilla, porque tus abuelos estaban emperrados en ver las luces de navidad, que por cierto, no se encienden hasta bien tarde. Un sábado de navidad por el centro de Sevilla... Imagínate lo que es esto. Ríos y ríos de gente por la Avenida de la Constitución, parándose en las tiendas, en los bares, en las cafeterías. Al final hemos almorzado muy cerca del río, al lado de la Torre del Oro, y luego hemos ido andando hasta la Campana para merendar allí. Tu abuela dice que aquellos dulces deben ser un pecado divino. Eso es porque todavía no ha probado los mascarons de Enrich Rosich.

Después de ver el espectáculo de luces y sonidos, que la verdad es que me ha sorprendido para bien, nos hemos vuelto a casa por petición mía y de tu madre. No quiero que Ariadna se canse demasiado y la hemos tenido dando vueltas a la ciudad desde que aterrizó. En casa, más tranquilos, me ha ido poniendo al día sobre cómo les va a todos. Dice que me echan mucho de menos, que Celia y Lara están pensando en venir en febrero o marzo, y que igual arrastran al resto. Me ha traído regalos de Marina, Crespo, Celia, Lara y Gus. Le he preguntado por Esteban, pero me ha cambiado de tema muy rápido. Resulta extraño, Alba. Hasta hace dos semanas aquella era mi vida. Y ahora parece como un sueño lejano del que acabo de despertar. Con la diferencia de que este no es un sueño que vaya a repetirse.

Hoy las redes sociales se están llenando de las típicas reflexiones de final de año, en la que cada cual hace su balance sobre todo lo bueno y lo malo que le ha ido pasando en estos doce meses. Es en situaciones como ésta cuando uno entiende el gusto de algunos por regodearse en su propia miseria, no solo sufriendola, sino gritándola a los cuatro vientos a cambio de un poco de atención en forma de emoticonos. Y no digo con esto que no vaya a ser yo uno de esos, pero al menos no lo publicaré. Mi Facebook lleva ya semanas sin ningún tipo de actividad. Solo lo conservo para ver qué tal les va a los demás. Mi reflexión la dejo para ti, porque eres mucho más importante que todos ellos. Y porque quiero que, una vez más, sea de esas cosas que quedan entre nosotros. ¿Trato hecho?

Empecé este 2017 pensando que lo tenía todo, en la cima de la montaña. Por primera vez entendí aquello que muchos le pedían al nuevo año, lo de quedarse tal y como estaban. Un buen trabajo, una novia preciosa y lista que además me aguantaba todos los días con una sonrisa, un bonito apartamento (de alquiler, pero menos es nada) y un grupo de amigos que llenaban mis horas de ocio con sus tonterías y sus locuras. Creo que era plenamente feliz. Pero solo lo era un ápice de lo que lo fui a finales de agosto, cuando supimos de tu existencia. Algún día, cuando esté un poco más inspirado y menos cansado que hoy, trataré de expresar como nos sentimos aquel caluroso miércoles. Lo que sí puedo decirte hoy es que aquella noticia nos cambió la vida. Acabábamos de llegar de unas vacaciones maravillosas en Italia y aunque septiembre se presentaba como la vuelta a la rutina, contigo creciendo en el vientre de tu madre nos supo a gloria. Solo que por aquel momento, yo ya empezaba a sentir verdaderas molestias en el abdomen. Había pasado un poco del tema, quitándole importancia, pero llegó un día en el que realmente me asusté. Empezaron las

pruebas, infernales, y las esperas eternas. Y poco después la vida volvió a cambiarme otra vez.

El resto de la historia ya la conoces. Yo intentando ganarle tiempo a lo que está por venir, para que tú llegues antes. Y no está resultando fácil, para que te voy a mentir. Cuando leas esto todo habrá pasado y yo, con suerte, seré tan solo un recuerdo en los que todavía me tengan presente. Lo que intento con todas estas palabras desordenadas es lograr ser algo más que eso, algo más que una historia que te cuente otra persona, o una foto en el salón. Con mis virtudes y mis defectos, como cualquier persona.

Así que echo la vista atrás, pienso en el último 31 de diciembre que viví, y ni siquiera sé cómo sentirme al respecto. ¿El balance? Digamos que 2017 no ha sido el mejor año de la historia. El bueno, el definitivo, será 2018.

ENERO

3 de enero de 2018

¡Feliz año, Alba! No sé cuándo leerás esto, y lo mismo ahora estás con el aire acondicionado a todo trapo porque fuera hace 40 grados, pero entiéndeme, debes tomarte todo esto como un viaje en el tiempo, a un momento en el que todo era seguramente más oscuro y la conexión a Internet seguía yendo mal por más megas que tuviera, una época en la que los coches no vuelan y en la que todavía mucha gente sigue pasando hambre. Para que veas lo bien que he entrado en 2018.

No, ahora en serio, sé que llevo ya un par de días sin escribir, pero como imaginarás, tengo mis razones. El cansancio, el querer pasar más tiempo con tu madre, la terapia... En fin, que tal vez no pueda escribir todos los días, pero cuando me ponga, me pongo con ganas, te lo prometo. No es que pasen muchas cosas emocionantes en mi vida, algo que seguramente debería cambiar teniendo en cuenta el tiempo que me queda, pero al menos la noche del domingo fue bastante divertida, mucho más de lo que me esperaba. Edu nos invitó a salir a tu madre y a mí con su nueva chica y con algunos colegas más. Fuimos a dar una vuelta por algunos sitios de por aquí, nada especial, pero a veces tampoco necesitas que la noche sea la más épica del mundo para disfrutarla.

Sonia, la novia de Edu, no se parece en absoluto a todas las chicas con las que él había estado antes, ni en el físico ni en la personalidad. Vale que solo la conozco de una noche, pero es de esas personas que con apenas un par de conversaciones ya te demuestran como son. Y no, no creo que esté haciendo un papel. De hecho, lo que más me gusta de ella, y creo que mi amigo estará de acuerdo en esto, es lo natural que es siempre. Créeme, Alba, en una época en la que parece que no puedas salir por ahí sin hacerte dos millones de fotos porque si no nadie sabrá lo bien que te lo has pasado, Sonia es de las que simplemente propone hacer un par de ellas, en momentos muy puntuales, y el resto del tiempo se lo pasa divirtiéndose. Bailando como una loca, a veces, sin que le importe lo que puedan pensar los que tiene alrededor. Sabiendo cuando hablar y cuando escuchar. Además de nosotros cuatro, en el grupo había otra pareja más, Carlos y Tania, y Alberto, un primo de Carlos, todos ellos amigos de Edu. Fueron amables y eso, pero apenas hablamos en toda la noche. Sin embargo, Sonia estuvo siempre pendiente de nosotros, sobre todo de tu madre. Estuvieron hablando un buen rato a solas, creo que sobre todo lo que suponía para Ariadna venirse a Sevilla y dejar lo que tenía en Barcelona, aunque fuera solo por unos meses. No es que tratara de poner la oreja, es que simplemente escuché mi nombre, y como todo el mundo sabe, eso significa vía abierta para escuchar lo que estén contando de uno. Pero lo dejé ahí, ante la insistencia de Edu para jugar al billar.

El caso es que no me extraña que mi amigo esté fascinado por esa chica de mirada inquieta y risa contagiosa. Algo ha tenido que pasarle a Edu en estos años para que haya cambiado tanto en cuanto a su gusto en mujeres. Sonia es lo opuesto a lo que era Patricia, la chica con la que salía cuando yo me marché a Barcelona. Ya por aquellos tiempos llevaban casi un año, y duraron dos más, cosa que no llegué a entender nunca, porque ella trataba a mi amigo como un perrito faldero. No sé de dónde sacaba esos aires de diva que tenía, porque para mí la chica no podía ser más hortera, pero ella se creía la reina del mambo (si esta expresión me suena rara a mí en 2018, no me quiero ni imaginar cómo te sentirás tú al leerla...). Cada vez que Edu decía algo que no encajaba con lo que ella esperaba de él, le hacía un gesto que todo el mundo podía ver, para que se callase. La mayoría de veces él reulaba y se olvidaba del tema, pero en otras ocasiones seguía hablando, sobre cualquier tontería, hasta que ella perdía los nervios y empezaba a gritarle de muy malas maneras, incluso estando delante de nosotros. Él, que siempre ha sido un tío tranquilo, lo dejaba pasar por no seguir con el espectáculo. Y no te hablo de un par de ocasiones puntuales. En

ese año que coincidimos los tres aquí viví aquel comportamiento como cinco o seis veces, y habiéndome marchado ya a Barcelona, cuando volvía, los notaba siempre cabreados el uno con el otro. Yo le pedía explicaciones a Edu, porque no me entraba en la cabeza que un tío como él pudiera soportar a alguien así a su lado. Él se encogía de hombros y me decía que no era para tanto, que ella tenía mucho genio pero todo era de boquilla, que luego era muy cariñosa y no sé cuántas milongas más. Por suerte, aquello se terminó al llegar a un punto insoportable para Edu, que decidió cortar por lo sano. Tiempo después, me confesó que ella estaba empezando a hacer planes de boda, y mirando pisos e hipotecas. Entiendo que aquello fue demasiado para mi amigo, algo así como la gota que colmó el vaso. Después de la ruptura, la reacción de Patricia osciló entre compartir en Facebook frases motivantes y positivas, así como canciones que hablaban de lo bueno que estaba por venir y lo fabuloso que es quererse a uno mismo, y el rogarle día y noche a Edu que reconsiderara su decisión con unos mensajes de Whatsapp que, sinceramente, daban demasiada vergüenza ajena, incluso para ella.

Aquello, por fortuna para Edu, pertenece al pasado. Ya te digo que no sé qué es lo que le habrá hecho tomar este “nuevo rumbo”. Tal vez la relación con Patricia le dejó demasiado tocado y perjuró que jamás volvería a acercarse a un bicho así. Tal vez solo tuvo suerte, como la tuve yo hace cinco años. En cualquier caso, me alegro muchísimo por él, y sinceramente, deseo que cuando tú leas esto conozcas de sobra a Sonia, porque sigan juntos (y Edu se siga preocupando de ti, como dice que hará).

Así comenzó mi año, Alba, siendo seguramente el único abstemio entre un montón de borrachos fiesteros (bueno, no el único, tu madre tampoco bebió absolutamente nada más allá del zumo), y escuchando las canciones que dicen que están de moda en estos días. ¿Trap? ¿En serio? Ojalá estas modas pasen pronto y no lleguen a perjudicarte a ti también. Echo de menos el Nevermind, no te lo voy a negar, pero al final me acostumbé a aquello, porque tampoco quería estar de morritos en mi última Nochevieja.

Hubo un momento muy divertido cuando Tania, que no sé si estaba enterada de lo mío o no (para esas cosas Edu suele ser bastante reservado), nos preguntó a todos por los propósitos de Año Nuevo. Lo típico: ir más al gimnasio, conseguir ese ascenso, aprobar esas oposiciones, adelgazar, dejar de fumar... Al llegar a mí y preguntarme, casi pude escuchar cómo al resto se le cortaba la respiración. Ariadna apretó mi mano, que en su argot quiere decir tranquilo, a ver lo que contestas. Yo simplemente sonreí y le dije que, teniendo en cuenta las circunstancias, lo único que quería era que el nacimiento de mi hija llegase lo antes posible. Ella se lo tomó literalmente y dijo que yo era muy mono. Y ahí sí que tuve que hacer esfuerzos para no saltar con alguna broma de esas que tan poco gustan a Edu. Pero lo logré. Por Ariadna, por él, por ti. Porque me quedan solo unos meses de vida y me estoy autocensurando cuando podría decir lo que me diese la gana casi sin consecuencias. ¿Qué es lo peor que me podría pasar?

5 de enero de 2018

Desde que volvió Ariadna, es ella la que se encarga de venir conmigo al hospital. La dejo ahora porque sé que dentro de poco apenas podrá conducir y entonces sí que tendré que “prohibírsele”. Sin embargo, Ángela se ha empeñado en seguir viniendo con nosotros.

—No hace falta, en serio.

—Ya lo sé. Pero yo quiero ir.

—Ángela, quédate aquí estudiando, o ve a hacer deporte, o haz lo que te apetezca. No quieres pasarte toda la mañana conmigo en un hospital.

—Contigo no. Voy para acompañar a Ariadna.

—¿Ah sí? ¿Y eso?

—Porque ya debe ser duro para ella acompañarte a algo así, como para que encima tenga que hacerlo sola.

—Tú has venido sola las últimas dos semanas.

—No tenía más remedio. Pero ella sí lo tiene.

—Eres una cabezona. Mira, haz lo que quieras. Llegará un momento en que ella ya no podrá llevarme, y puede que yo tampoco pueda ir solo.

—Pues ya te llevaré yo otra vez. Tú no te preocupes.

—¿Porque no te va a quedar más remedio?

—Porque quiero ayudarte, y que dejes de verme como una inútil.

Durante aquellas semanas, desde mi vuelta, habíamos sido como dos niños jugueteando en un pequeño río, cerca de una presa. No es que fuéramos los más íntimos, pero nos habíamos llevado bien. Algún que otro pequeño roce, más en broma que otra cosa. Sabíamos que la presa estaba cerca, aunque no tenía por qué pasar nada... Hasta que Ángela abrió las compuertas, y todo lo que había en esa presa, que no era precisamente agua, salió en tromba con intención de ahogarnos.

—¿Por qué dices eso?

—Venga ya, Dani, no me pongas también de imbécil. ¿Te crees que estoy ciega o qué? Llevas años tratándome así. Y no es que me lo imagine. ¿Tengo que recordarte las veces que has discutido con mamá y papá por esto?

—Aquello fue hace mucho, Ángela.

—Pues para mí es como si fuera ayer. Porque tú decías esas cosas y luego, al poco, te largabas. Y todo te iba a de maravilla por Barcelona, cómo no. Mi hermano, el del curro perfecto. Al que le hacen fijo ganando un pastizal. El de la novia ideal, los viajes alrededor del mundo, las escapadas románticas...

—El cáncer de páncreas. No te olvides de esa parte.

—Como si eso fuera culpa tuya, joder. Tú te ibas allí, disfrutabas de tu vida ejemplar, y yo tenía que pelearme todos los días aquí con nuestros padres, con los profesores, con todo el mundo, porque está claro que todo el talento y la inteligencia de la familia te la quedaste tú.

—Sabes que eso no es verdad.

—¿Qué no? ¿Acaso tienes la menor idea de lo que es ser la repetidora en matemáticas y seguir sacando las peores notas del curso? Tú que vas a saber. Ni de las caras de los profesores al saber que yo era hermana tuya. Se quedaban mirándome como si fuera un extraterrestre, en plan “no me creo que ésta comparta los mismos genes que el gran Daniel Alonso, el de matrícula de honor”.

—¿Estás intentando decirme que la culpa es mía por esforzarme y sacar buenas notas?

—No, te estoy diciendo que podías haber sido un poco más comprensivo con tu hermana, la torpe. ¿Es que yo no me he esforzado? ¿Y si en lugar de llamarme malcriada me hubieras ayudado un poco más?

—Recuerdo que te esforzabas, pero te cansabas pronto. Recuerdo que tampoco sabías lo que querías hacer, y así era complicado ayudarte. Además, yo estaba ya sacándome una carrera, que como tú sabes ahora, no es poca cosa.

—No tenías tiempo para ayudarme pero sí para criticarme y echarme a los leones con papá y mamá...

—Ángela, ¿a qué viene todo esto ahora? ¿Cuánto hace de aquello? ¿Más de seis años?

—Pues todo ese tiempo he tenido que aguantar, callarme y seguir como podía. Porque en cuanto decía algo aquí, en casa, tus padres solo sabían compararme contigo. “Mira a tu hermano, lo bien que le ha ido estudiando y esforzándose”. Como si yo estuviera repitiendo porque me daba la gana.

—Hombre, tal vez no por eso pero...

—A ver si te entra en la cabeza de una vez, Dani. No todo el mundo puede ser tan listo como tú. No todos tienen la misma facilidad para hacer las cosas, para estudiar, para trabajar en el mejor curro del mundo, para ser el tío más guay del planeta. Yo me esforzaba, no sé si tanto como tú o no, pero lo hacía, hasta donde podía. Era una cría, tenía dieciséis años y no estaba segura de nada. No te voy a negar que a veces iba dando tumbos, pero, ¿y si en lugar de criticarme por ello me hubieras ayudado a tenerlo todo más claro?

—Creo recordar que tú no querías ayuda de nadie. Por eso tampoco entiendo a qué viene todo esto.

—Dios, a veces eres tan... Tenía dieciséis años, ¿cómo no iba a querer ayuda? ¿Es que tú no has tenido nunca dieciséis o qué? ¿Naciste ya con todos los títulos y el traje?

—A esa edad yo estaba hincando los codos para tener la mejor nota posible y poder entrar en la carrera que quería.

—Pues qué suerte. Qué maravilla nacer tan perfecto.

—Si fuera tan perfecto no me estarías echando la bronca ahora.

—¡No te estoy echando la bronca, capullo! Solo quiero... poder hablar contigo. Que te des cuenta de que ya no soy así. Me ha costado, porque cuando te buscaba estabas a mil putos kilómetros, pero ahora ya no soy la vergüenza de la familia. Bueno, no tanto al menos.

Y entonces la abracé. Ángela siempre ha sido una persona muy despegada en ese sentido, y yo tampoco es que sea el mayor amante de los abrazos que existe. De hecho, que recuerde, solo nos habíamos abrazado una vez en estos últimos tiempos. Y no, no fue al contarles lo del cáncer. Fue

un mes antes, cuando bajamos para darles la sorpresa de que venías en camino. Entonces nos abrazamos con toda la felicidad del mundo. Ahora, los dos estábamos a punto de romper a llorar.

—Nunca he pensado que seas la vergüenza de la familia. Eres una luchadora, mucho más fuerte que yo. Tienes muy buen gusto para la música, y mucho mejor que el mío para la ropa. Y si te digo la verdad, a veces me gustaría que las cosas me afectaran menos, como a ti. Poder gritarle a la gente a la cara. Creo que eso no lo he hecho nunca.

—Para eso estoy yo aquí, hermano. Para gritar por ti, y elegir tu fondo de armario, y acompañarte adónde haga falta.

—¿También ahora que sabes que no te veo como una inútil?

—Es que ahora ya me caes mejor.

A veces tenemos miedo de romper o abrir las presas cerca de las que jugamos. Pensamos que si siguen así, cerradas a cal y canto, todo seguirá como siempre. Pero esas presas se van llenando, poco a poco. Hasta que al final revientan. No fue tu tía la que abrió las compuertas, no. La presa debía estallar, volar por los aires, y soltar todo lo que habíamos guardado dentro. Y como ves, hubo mucho que limpiar después de aquello, pero no fue para tanto. Creo que ahora Ángela y yo podremos visitar otros sitios para jugar mucho más tranquilamente. Y solo espero que no haga falta poner ninguna presa cerca esta vez.

6 de enero de 2018

Queridos Reyes Magos

No penséis que esta carta os llega con retraso. Hace años que, como cualquier persona normal, utilizo la telepatía WiFi para pedir los regalos. Sin embargo, he vuelto al método tradicional por una vez, por ser la última, la definitiva. Ya sabéis por qué. Sois magos, no hace falta que os lo diga. Por eso esta es mi carta de 2019 para vosotros. Salvo auténtico milagro, yo no estaré por aquí para recibir los regalos, así que no voy a pedir nada para mí.

Para mi madre, una tablet nueva donde pueda ver todas sus telenovelas favoritas. Más trabajo como modista, para que no tenga tanto tiempo libre. Y todo el dinero que necesite para viajar a Barcelona siempre que quiera.

Para mi padre, un título del Betis (sois magos, ¿no? Pues demostradlo), mucho menos trabajo y paciencia para saber tratar a Ángela.

Para Ángela, un viaje a Disneyland París, un novio que no sea un imbécil integral y un buen final de carrera. Porque se lo merece.

Para Edu, aprobar las oposiciones de una vez por todas. Y mantenerse cerca de Sonia. Así seguirá centrado.

Para Sixto, Marina y los demás en el curro de Barcelona, un compañero que sea al menos tan divertido como yo. O compañera, para que Marina no se sienta tan sola.

Para Gus, un curro de verdad, para que pueda vivir solo en el piso sin tener que aguantar a pelmazos como yo. Y una chica con la que siente la cabeza, si no es mucho pedir.

Para Celia, Monstse y Raquel, la fuerza del mundo para mantenerse tal y como son. Valor y coraje, para que nada las hunda.

Para Ariadna, la felicidad más absoluta. Que siga tan bien rodeada como hasta ahora. Que su madre y sus hermanas no le falten nunca. Que no piense demasiado en mí.

Y para Alba (la reconoceréis porque será la niña más bonita del mundo), tener cerca a todos los demás, que ya se encargaron ellos de hacer todo lo que yo no podré, quererla por mí y comprarle todos los regalos que necesite.

Creo que no es pedir demasiado, teniendo en cuenta mis circunstancias. Espero que cumpláis, como siempre. Gracias por el reloj, la camiseta de Nirvana y los libros de este año. Gracias también por aquella bicicleta cuando tenía diez, y por la edición especial coleccionista de El Señor de los Anillos a los diecinueve, que todavía conservo aunque la tengo casi gastada. Y aunque no fue cosa vuestra, gracias por permitirme disfrutar de una vida feliz y plena. Tal vez alguien escribió una carta como esta hace tiempo, y me incluyó. Si es así, que a esa persona no le falte de nada.

Atentamente, Daniel Alonso.

8 de enero de 2018

Tú todavía eres demasiado joven, Alba, pero confío en que entiendas lo que voy a contarte hoy, o al menos, que te sirva para cuando tengas que enfrentarte a una situación parecida. Y es que hay momentos en la vida en los que pensamos que debemos dejar cosas atrás. Tomamos decisiones, dolorosas o no tanto, que nos alejan de ciertos lugares, de ciertas personas. Y a veces, la mente se nos nubla, la empatía se va de vacaciones y pensamos, “¿qué más da la forma, si ya nunca volveré a verla?”. Hasta que la vida te la trae de vuelta, justo cuando menos te lo esperas, pero cuando más sentido tiene, en realidad.

Ayer, Ariadna y yo decidimos salir a dar una vuelta. Nos sentamos a tomar un café y allí, a dos mesas de distancia, reconocí un rostro que no había visto en diez años. Miento, reconocí más bien la voz, la risa, porque si fuera solo por el rostro, seguramente ni siquiera me habría fijado. Me quedé mirando a aquella chica, con su pelo castaño cobrizo recogido en una gran trenza que se apoyaba en su hombro izquierdo. Llevaba puestas unas gafas muy grandes, y un vestido bastante elegante, propio de un domingo, desde luego. Aquello me despistó un poco, pero seguí mirándola. Agudicé el oído para escucharla, y cada vez que se reía, pensaba que no podía ser, que era imposible, pero que no podía ser otra persona más que ella.

Tu madre, por supuesto, se dio cuenta. Te prometo que no suelo mirar a ninguna otra mujer cuando estoy con ella, y cuando no lo estoy, tampoco. No es por quedar bien, es la verdad. Es difícil que encuentre a una chica que me parezca más guapa que tu madre, así que, ¿por qué perder el tiempo? Pues por algo que va mucho más allá de mi afán superficial: la curiosidad. Por suerte o por desgracia soy una persona curiosa, y a veces eso me trae muchos quebraderos de cabeza. También por suerte, esto es un diario íntimo y no una peli de espías, porque en ese caso estaría a punto de meterme en una compleja trama de traiciones, mentiras y persecuciones alrededor del mundo del que seguramente no saldría vivo. Aunque eso... En fin, volvamos a aquella cafetería. Yo mirando a la chica. Tu madre mirándome a mí con el ceño fruncido. El delicioso viene de chocolate enfriándose un poco en la mesa. Y a tres metros, risas y una voz inconfundible, al menos para mí. Hablaba sobre ropa, sobre regalos y sobre andar corta de pasta con otra chica, a la que yo no podía ver, pero que parecía ser capaz de hacerla reír mucho. Y aquello, conociéndola, era todo un mérito.

De pronto, la chica del pelo castaño cobrizo levanta la cabeza y me ve. Me observa, más bien. Yo sé que lo más apropiado es apartar la mirada, pero no puedo. Ahora sí que estoy seguro de reconocerla, sin el menor atisbo de duda. Ese mismo atisbo que cruza su mirada durante un par de segundos, como si mis pensamientos pasados hubieran viajado en el espacio y el tiempo hasta su cerebro. Pero ella es mucho más decidida que yo. Siempre lo fue. Su cara se va transformando a través de unas trescientas expresiones diferentes hasta que finalmente, sin apartar la mirada de mí y con la boca abierta, se levanta y cruza la distancia que nos separa.

—¿Dani?

—Esther —digo mientras me levanto y a tu madre casi se le cae la taza del café.

—No me lo puedo creer... Pero, ¿cuánto tiempo hacer?

—Pues diría que unos diez u once años. Muy fuerte, ¿eh?

—¡Ya ves! Me habían dicho que estabas en Barcelona, ¿no? ¿Has venido de vacaciones?

—Algo así... —miré a tu madre, que todavía trataba de recuperar la entereza— Ella es mi novia, Ariadna.

—Encantada —tu madre se levantó y entonces los ojos de Esther se abrieron como platos. Sí, ya tenías esa capacidad, incluso antes de nacer. Eres así de impactante, hija mía.

—Vaya, pero si estás... ¡Enhorabuena! Bueno, a los dos, porque... Dani, que vas a ser papá, pero... Esto es demasiado.

—Gracias —dije sonriendo—. Y sí, esto es un poco... En fin, más de una década sin vernos y ahora, como todo de golpe, ¿verdad?

—Sí. Es que... no sé ni qué decir ahora mismo.

—Pues eso sí que es raro.

—Ya... Bueno, ¿tú cómo estás? ¿Qué tal el curro y eso? Porque lo demás veo que lo tienes cubierto.

—Bueno, bien, ya sabes. Lo normal.

—Guay. Estupendo. Qué bien —no es que llevara más de diez años sin verla, es que no la había visto así de nerviosa nunca, o al menos que pudiera recordar—. Yo... iba a irme ya, porque habíamos quedado para el cumpleaños de Sofía y... ¿te acuerdas? Ella también ha tenido un niño hace poco, Rubén, más mono... Bueno, pues que habíamos quedado y ya me he perdido un montón de cumpleaños suyos y le prometí que iría a este y no quiero faltar, la verdad, pero...

—¿Vas a estar unos días por aquí? —le pregunté.

—Sí, unos días... —lo dijo riéndose— Diría que voy a estar más que unos días, seguramente.

—Yo también estaré por aquí un tiempo, así que podemos quedar y hablar más tranquilamente, para digerir mejor toda la información.

—Eso estaría genial... si no hay problema —dijo mirando a tu madre. Como si tuviese que darme permiso o algo así. Ariadna, que a veces se supera a sí misma, le respondió:

—Por mi parte ninguno, desde luego.

Y luego bajó la mirada hasta su barriga, donde posó sus manos, como para sentirte.

—Y por la suya creo que tampoco. No ha utilizado la señal de desaprobación, así que todo está bien.

Esther debería haberse reído como lo estábamos haciendo nosotros en ese momento, pero simplemente se quedó ensimismada, mirando a Ariadna. Cuando reaccionó, solo pudo contestar:

—Pues estupendo. Qué bien. Que alegría. Pues... Te dejo, si quieres, mi número, porque lo cambié hace tiempo y no lo tendrás... Y hablamos y quedamos, o lo que sea, cuando tú puedas.

—Perfecto, apúntalo tú misma —le dije entregándole mi móvil.

Y así se fue, todavía con la sorpresa en la cara, incapaz de responder a las insistentes preguntas de su amiga, que no paraba de mirarnos mientras se marchaban. Sentados de nuevo, ya con el café a una temperatura aceptable para ser tomado, me quedé en silencio, esperando la reacción de Ariadna.

—Imagino que será esa Esther.

—Ujum.

—La famosa Esther, la de las camisetas de Batman y las sudaderas dos tallas más grandes.

—La misma.

Tu madre dio un sorbo a su descafeinado. Se quedó pensativa un instante, como buscando la frase perfecta para cerrar el tema, y de paso, sin saberlo, también este capítulo de hoy. Al final la encontró.

—Pues yo diría que hoy por hoy tiene mejor gusto, desde luego.

9 de enero de 2018

Son las once de la noche y estoy que me caigo, pero no quiero acabar el día sin escribirte un poco. Porque sé que mañana voy a estar liado y seguramente no pueda, y el jueves igual estaré más cansado que hoy. Y si tengo que esperar ya hasta el viernes... Cuando empecé con la terapia entendí que esos días me los debía tomar como descanso. Sin embargo, al volver tu madre, he sentido como las fuerzas regresaban. No sé si es por su compañía, o por el propio tratamiento en sí, aunque todavía es demasiado pronto para eso, pero lo cierto es que ya no me noto tan cansado cuando termino con eso.

Hace un año estaba pensando en apuntarme a una media maratón. Aguantaba sin muchos problemas unos noventa o cien minutos corriendo más o menos a buen ritmo. Había hecho varias carreras de diez kilómetros e incluso una de quince. Pero aquello ya era un poco más. De hecho, el doble de lo que estaba acostumbrado. Y no era un runner. Salía a correr y solía entrenar, sí, pero no era algo que me llenara tanto como a otras personas que conocía y que sí que pensaban en las carreras las 24 horas. Había un chico, Diego, que llevaba corriendo medias maratones desde que tenía dieciocho años. Cuando lo conocí tenía treinta y siete y llevaba casi cincuenta maratones a la espalda, más algún que otro triatlón y pruebas por el estilo. Me parecía envidiable el esfuerzo que realizaba para correr a diario y luego, en el fin de semana, marcharse a cualquier punto de España, Francia e incluso Italia o Suiza a correr en carreras. Él me decía que era su único vicio. Y yo entendí que hay gente para todo, pero que no a toda la gente debe gustarle lo mismo, ni de la misma manera.

Al final, por unas cosas y otras, decidí no correr aquella media maratón. No me sentía preparado. Ni siquiera después de leer a Murakami y su magnífico tratado sobre maratones y literatura, o de recibir todos los consejos posibles de Diego. Pensaba que no era mi momento, y que acabaría la carrera destrozado, andando en el mejor de los casos, y retirándome si la cosa iba mal. Que una cosa era salir a correr por Gracia y el Parque Güell, y otra muy distinta realizar un circuito por calles desconocidas, y con desniveles importantes en Tarragona, que era donde se celebraría la carrera. Diego me insistió en que probara al menos, pero le puse cualquier excusa sobre un dolor en los abductores para que no siguiera preguntando. Una parte de mí, la que siempre está presente en esas ocasiones y que sirve como morfina para calmar mi mala conciencia, me susurraba al oído que con solo veintinueve años tendría muchas oportunidades por delante de cumplir ese reto. Que ya encontraría un momento mejor.

Recuerdo que en esa última buena época (luego bajé un poco la forma) podía salir a correr un sábado por la mañana, después de haber estado de fiesta el viernes, y luego irme con tu madre al cine y a cenar, y a tomar copas hasta las tres o las cuatro, y llegar a casa y caer rendido, pero no sentirme cansado. Creo que mi cuerpo se acostumbró a aquel ritmo. Solo un año después, apenas puedo andar una hora sin quedarme casi sin aliento. Soy consciente de que las cosas han cambiado, pero miro atrás y todo esto me resulta todavía más incomprensible. De hecho, estar aquí escribiendo ya me parece un esfuerzo, en un día en el que literalmente no he hecho nada, salvo pasar por terapia y por la consulta de la doctora Espejo, que por cierto, está ya muy cerca de competirle a mi tocayo Daniel Clos el título de Terapeuta de Ayuda a Enfermos Terminales Más Molón/a del Mundo. Jamás pensé que podría estar cansado de esta manera, porque no es solo física, sino también psicológicamente. Y claro, ya te veo haciendo el chiste de que para alguien como yo, juntar unas cuantas palabras debe ser todo un quebradero de cabeza. Y no te falta razón, listilla. Pero eso te dará una idea de lo que me importas, así que tenlo en cuenta.

Este cansancio, que va por días y que sospecho que es menor cuando tu madre está a mi lado (cuando estáis las dos, en realidad), me está marcando la vida, quiera o no quiera. El cansancio, y todo lo que trae consigo. Pero aquí estoy, combatiéndolo. ¿Cómo? De la misma manera que al cáncer, y al olvido. Escribiendo sobre él. Escribiendo para ti.

12 de enero de 2018

Buenos días, Alba. Si es que te sigues llamando así.

La cena de ayer fue el ejemplo perfecto del tipo de comida familiar que he tenido que soportar durante toda mi vida. Con una invitada de excepción, eso sí. Ariadna ya es una más en la familia, para lo bueno y para lo malo, así que tus abuelos ya no se cortan a la hora de intentar manipularme delante de ella.

—Oye, Ariadna, y lo del nombre, ¿lo tenéis ya totalmente decidido o es solo una opción que os gusta?

La pregunta de mi madre despertó al instante mi sentido arácnido. O lo habría hecho si fuese Spiderman. Pero no hace falta que te pique una araña radioactiva para darte cuenta de que aquella cuestión era de todo menos aleatoria. Había visto aquella táctica un millón de veces, en aquella misma mesa. Mis padres hablan en privado, primero, y luego es mi madre la encargada de iniciar la conversación y llevarla por donde les conviene. Es como mandar a un diplomático a campo enemigo. Ella sabe manejarse mucho mejor que mi padre en esas cuestiones. Y por supuesto, si la pregunta tiene que ver con dos personas, van a por el eslabón más “débil” de la cadena. Saben que si me preguntan directamente a mí la conversación puede saltar por los aires nada más empezar. Así que se centran en Ariadna, mucho más dialogante y respetuosa que yo.

—Bueno, en principio sí que lo tenemos decidido. Lo hablamos hace mucho tiempo, de hecho —tu madre dejó en el aire aquella historia que yo ya te conté hace un par de meses.

—Ya. Y lo de Alba, ¿es por algo especial? —tu abuela seguía tratando de acorralar a su presa.

—Pues en realidad...

—Fue idea mía. Siempre me ha gustado ese nombre. De hecho, si no recuerdo mal, llegué incluso a proponerlo cuando ella nació —intervine yo, señalando a tu tía.

—¿Yo? Anda, déjate. Para una cosa que hicieron bien... A mí me gusta más Ángela.

—Bueno, el caso es que entonces yo no decidía, pero ahora sí. Vamos, no solo yo, los dos —me apresuré a apuntar antes de que tu madre me clavase el cuchillo en la mano.

—Hombre, Alba es bonito, yo no digo que no. Pero es demasiado corto, ¿no? Tal vez Alba María...

—A Ariadna no le gustan los nombres compuestos. Ni a mí tampoco, la verdad. En eso tengo que reconocer que acertasteis conmigo.

—Lo de Ángela María está solo en el DNI. Nadie me llama así. A mí me da igual, desde luego.

—¿Y no habéis pensado en Raquel o Marta? Por aquello de seguir con las tradiciones familiares —terció mi padre, mientras se limpiaba los labios de sopa con la servilleta.

—En mi familia eso no suele llevarse mucho. De hecho, la primera Raquel es mi madre. Mi abuela Eva sí que se llamaba como su madre, pero ahí quedó todo.

—¿Si le pusiéramos Marta, no creéis que Raquel se enfadaría?

—Bueno, si es vuestra elección...

—¿Y si nuestra elección fuera ponerle Raquel?

—Tampoco hay que ponerse a la defensiva, hijo. Era solo un comentario.

—Como si no os conociera a estas alturas.

—¿Y eso qué significa, si se puede saber? —mi padre subió un poco el tono.

—Pues que siempre hacéis lo mismo. Y conmigo todavía lo puedo entender, porque al final... Pero no entiendo por qué se lo hacéis también a ella. Lo que menos necesita ahora son preocupaciones.

—Dani, no pasa nada. Solo estamos hablando sobre el nombre.

—No, están tratando de conducirnos como corderitos a su redil. Porque los conozco, cielo, y te digo que el nombre no les gusta.

—Eso no es verdad, Daniel —intervino mi madre.

—Pues tal vez os guste, pero preferís otro, ¿me equivoco?

—¿Te pones así por tener un poco de curiosidad?

—No, papá. La curiosidad termina en saber por qué hemos escogido ese nombre. Lo siguiente, lo de proponer alternativas, lo de “por qué no...”. Eso ya no es curiosidad. Es otra cosa distinta.

—¿Tan mal te parece que demos nuestra opinión sobre el nombre de nuestra propia nieta? A ver si ahora no vamos a poder ni hablar en nuestra casa.

—Podéis hablar todo lo que queráis. Seguid comentando por qué vuestras opciones son mejores que la nuestra. Pero tened en cuenta que al final vamos a decidirlo nosotros. Solo pido eso.

—¿Y quién está diciendo lo contrario, Daniel? Parece como si aquí te hubiésemos obligado siempre a hacer lo que nosotros queremos, y eso no es verdad. ¿Qué va a pensar esta chica?

—En mi casa también hay discusiones así todos los días, Joaquín. No te preocupes. Y discúlpale, no es nada personal. Es que lo del nombre le puede.

Decidí guardar silencio, ya que tu madre se había molestado en inventarse aquello por mí. En todas las veces que había ido a comer a su casa, con su madre y sus hermanas, jamás había visto discusiones así. Con sus tías a veces sí, pero era más por ellas que por el resto. Sin embargo, aquí, eso es el pan de cada día. Y cuando venía para solo unos días podía aguantar y callarme, pero está claro que eso ya no es posible después de un mes bajo este techo.

—A ver, papá, que en el fondo Dani lleva razón. Que no digo que le obliguéis, pero si ya lo han decidido, ¿a qué viene todo lo demás? Ellos sabrán lo que hacen, ¿no? Vosotros ya tuvisteis dos oportunidades para elegir nombre. Y repito, deberíais estar orgullosos porque hemos reconocido los dos que estamos contentos con esas decisiones. Esto es histórico, ¿eh?

La intervención de Ángela nos hizo sonreír a todos y relajó el ambiente. Yo prefería pasar página, y tu abuelo eligió la misma opción, porque ya no hubo más enfrentamientos en toda la cena, que por cierto, estaba riquísima. No se lo dije entonces, pero creo que le debo una a Ángela. Hasta donde yo recordaba, mi hermana era experta en empezar peleas por cualquier cosa, no en terminarlas con un agudo comentario para correr un tupido velo. Esta chica cada vez me sorprende más.

13 de enero de 2018

Hace unos días te conté el encuentro que tuvimos tu madre y yo con Esther en una cafetería de aquí. Pudo haberse quedado ahí. Tal vez debería quedarse ahí. Pero quedé en llamarla para vernos y charlar tranquilamente, y como soy un hombre de palabra, lo hice el miércoles pasado. Y quedamos. Para mañana, concretamente. Porque como imaginarás, Esther no es un personaje cualquiera en esta historia. Bueno, en esta sí, en la tuya y la mía. Pero no en la de mi vida. Seguramente a estas alturas ya lo sabrás de sobra, pero ella y yo estuvimos saliendo, hace mucho tiempo. Durante todo el Bachillerato, dos cursos completos, que en tiempo en realidad es algo menos de dos años. Lo digo por si en tu espacio—tiempo hay otro tipo de manera de llamar a esos dos últimos años de instituto antes de la universidad. Y tal y como están las cosas en Educación en este país, estoy seguro de que así será.

Para contar en condiciones esta historia tenemos que viajar atrás en el tiempo. A finales de 2003, concretamente. El mundo entero se dividía entre los que cantaban a pleno pulmón el Bring Me To Life de Evanescence y los que preferían a Andy & Lucas y su Son de Amores. Yo era de los primeros, por supuesto. No es que me tirara mucho el metal gótico ni nada de eso, pero aquello era mejor que nada. Encontrar hoy a un grupo así en las listas de éxitos es sencillamente imposible. Espero que allí, donde estás tú, la cosa haya cambiado. El caso es que mi vida se basaba en ir al instituto, salir con mis amigos los fines de semana, escuchar a Blink 182, Sum 41 y The Offspring, mucho rap nacional, jugar al baloncesto cuando el tiempo me lo permitía, leer mucho a los clásicos y aprovechar que estaba en la supuesta flor de la vida. Era un poco mayor que tú, porque acaba de cumplir los dieciséis, y la verdad es que las cosas me iban bastante bien en todos los sentidos, salvo en uno: el amor.

Bueno, es el momento de apuntar que las relaciones amorosas nunca fueron mi fuerte en aquellos años. Cuando tenía doce, al entrar en el instituto, me quedé prendado de una chica preciosa que se llamaba Ana y que pasaba de mí como si yo tuviera la peste. Aquel desengaño amoroso lo superé, de manera engañosa, empezando a salir un tiempo después con Paloma, que fue mi primera novia oficial, y de la que supongo que también debería hablarte, aunque eso será otro día. El caso es que Paloma y yo apenas aguantamos unos meses. Tras eso pasé un par de años quedándome colgado de una, de otra, o simplemente pasando del tema. Lo de tener novia no es que fuera una absoluta prioridad para mí, sobre todo viendo como algunos de mis colegas se enrollaban con chicas que eran un auténtico coñazo y cambiaban de la noche a la mañana. Pero entonces llegué a aquella nueva clase, y allí estaba ella.

Esther me llamó la atención desde el primer momento por su cabello rojizo, su look alternativo y su sudadera de Jimmy Eat World, un grupo que yo había escuchado por recomendación de Luis, el camarero del único bar de todo Cerro de la Vega donde se escuchaba música de ese rollo. Puedes buscarlos en YouTube, lo mismo te gustan. No es que aquella fuera mi banda favorita, pero me llamaba la atención que alguien más la conociera. A día de hoy considero que eso de tener los mismos gustos extraños no es ni mucho menos definitivo para saber que te vas a llevar bien con alguien, pero entonces tenía dieciséis años y me encontré con aquella chica que no se parecía en nada al resto.

Como si el instituto fuera el patio de una cárcel, a los pocos días yo me presenté con la camiseta del All Killer No Filler de Sum 41. Esperaba una respuesta por su parte, y la tuve. Cuando salimos al patio en la hora del recreo, se me acercó y me dijo que ese disco —señalando a mi camiseta— molaba muchísimo. Yo le contesté que Jimmy Eat World tampoco estaba nada

mal. Edu, Marcos y los demás nos miraban desde las escaleras donde siempre nos colocábamos, cuchicheando entre ellos. Nos llevamos todo el descanso hablando de música, de cine y de libros. De Oasis y The Cure, de Tim Burton y Entrevista Con El Vampiro, de Poe, King y Matheson. Sí, hija mía, así de oscuro era tu padre en aquella época. Cuando ella se alejó con la excusa de terminar un problema de matemáticas antes de clase, yo volví con mis colegas con el corazón encogido. Aquello era demasiado bonito como para ser verdad. Aquella chica parecía hecha para mí.

No te voy a negar que me llamó más la atención por su look que por su propio físico, y no sé si eso es bueno o malo. Entiéndeme, quiero ser totalmente sincero contigo, y eso significa reconocer que con dieciséis años era bastante superficial cuando me fijaba en las chicas. Supongo que tampoco te pillaré por sorpresa, porque es lo más habitual del mundo a esa edad. Esther no era ni mucho menos la chica más explosiva o más espectacular de la clase. Había otras que destacaban mucho más que ella en ese sentido, y aunque hubo un tiempo en el que mi máxima ambición era ligar con ellas, pronto me di cuenta de que aquello, además de inútil, era una estupidez. Las pocas veces que tenía conversaciones con aquellas chicas me parecían totalmente vacías, planas, sin sentido. Y no digo que todas fueran igual, o que una chica así no pueda ser también inteligente y atractiva. Pero el caso es que cuando tuve delante a Esther, ella me habló de Carrie con la misma emoción con la que yo les hablaba de ese mismo libro a mis amigos. Defendía a capa y a espada las cosas que le gustaban, y sabía apreciar lo que para mí, en aquel momento, era la buena cultura. Y obviamente, me empecé a ilusionar.

Hablábamos un poco entre clase y clase, como de manera casual. Ella me contó que le gustaba escribir y que tocaba el piano, aunque estaba empezando a agobiarse entre las clases, el conservatorio y todo lo demás. Yo le dije que aparte de leer, dormir mucho y devorar cantidades ingentes de bocadillos de paté, no tenía ninguna habilidad especial. Ella decía que seguro que algo más sabría hacer. Yo no le contesté directamente, pero la invité a dar una vuelta ese mismo sábado. Y ella se puso casi tan colorada como su pelo, pero aceptó.

Aquella tarde de noviembre fue seguramente una de las mejores de mi vida. La conservo como un recuerdo perfecto en mi mente, intacta, protegida por la nostalgia y la belleza suprema del primer amor. Andamos por las calles del pueblo. Le compré un helado, aunque ya empezaba a hacer frío de verdad, y nos sentamos en unos bancos de una plazoleta no muy lejos de aquí. Hablamos y hablamos, sobre mil cosas, sobre todo chorradas. Aquella chica se me abrió en canal y me dejó sorprendido, porque parecía estar encantada en mi compañía, algo que no me había pasado nunca. La llevé al Obelisko, donde Luis atendía la barra. Se negó a servirnos cervezas, pero sí que accedió encantado a poner música de The Smiths, The Clash, The Cure y demás grupos británicos que tanto nos gustaban. Fue la banda sonora perfecta para seguir con nuestra tarde perfecta. Yo ni siquiera sabía lo que quería con aquella chica, te lo prometo. Solo sabía que quería estar cerca de ella. Escucharla, y en menor medida, que me escuchara. Tenía una voz preciosa, y creo que eso no lo ha perdido. Hablaba de manera atropellada, como si su mente fuese más rápido que su lengua. Y era capaz de saltar de un tema a otro, pero siempre sobre cosas interesantes. El tiempo se me pasó volando aquella tarde y aunque quise invitarla a cenar, ella me dijo que mejor otro día. Que se lo había pasado genial, y que jamás hubiera imaginado que yo fuera tan callado. Y para darle la razón, yo no supe que contestarle, así que la besé. Recuerdo la brisa de aquel momento en su pelo, que parecía tener un color imposible a la luz de las farolas. Recuerdo que en mi interior pensaba que aquello era un error, que me empujaría, me pegaría una ostia y se largaría para no querer volver a verme jamás. Pero ella pisó el acelerador y mi inocente

beso se convirtió en uno de los momentos más épicos de toda mi vida. Nos faltaba la nieve y la escultura del ángel al lado.

Todavía no sé cómo consiguió despegarse de mí aquella tarde, pero el caso es que se marchó a su casa, dejándome con esa sonrisa de idiota que solo puede ser causada por una razón. Llegué a casa y ni siquiera respondí a las llamadas de mis amigos. Aquel día no quería salir, no quería ir a ningún sitio. Me encerré en mi cuarto y me puse en bucle el CD en el que había grabado todas mis baladas favoritas, mientras escribía de manera febril en una libreta gastada versos que nunca serían leídos por otros ojos que no fueran los míos. Era oficial. Estaba completamente enamorado de aquella pelirroja.

Nuestra relación se hizo pública a los pocos días, porque era imposible seguir escondiéndonos. En los pasillos, entre clases, en el propio patio, buscábamos momentos para estar solos y hablar, besarnos o lo que fuese. Mis amigos tenían que me convirtiese en el nuevo Fran, quien un año antes nos había dejado de lado cuando empezó a salir con Virginia. Y yo les dije que no, que eso era imposible, pero sabía que si me descuidaba un poco me pasaría. Porque lo único que quería en aquel momento era estar todo el tiempo con Esther. Por fortuna, ella era mucho más inteligente y madura que yo, y supo separar perfectamente nuestra relación de las demás que ya teníamos de antes. No tenía ningún problema en que me fuese con ellos un sábado por la noche en lugar de salir con ella. Gracias a su comprensión, yo aprendí lo que era tener una relación sana, con espacio para los dos. Eso y mucho más, claro.

Salíamos, entrábamos, nos queríamos muchísimo. Incluso a Edu y a los demás acabó por caerles bien, a pesar de que al principio tuvieran sus reticencias. Era bastante callada cuando estaba con mis amigos, pero pronto cogió confianza, y se pasaba horas enteras discutiendo sobre política, música o libros. Y yo estaba cada vez más enamorado de ella. Llegué a pensar, en ese momento, que era la chica definitiva. ¿Y quién no lo piensa cuando se enamora a esa edad? Vivimos tantísimas cosas juntos...

Todo saltó por los aires poco antes de Selectividad, cuando estábamos terminando el segundo curso de Bachiller. Ella tenía claro que se marcharía a Madrid porque quería ser actriz. Había visitado la capital unos meses antes y se había quedado fascinada por aquel ambiente bohemio. Quería vivir allí y prosperar en un sitio que no se le quedara pequeño. Me insinuó que podría irme con ella y estudiar la ingeniería allí. Fui demasiado brusco al negarme, lo reconozco. Pasamos unos días medio enfadados y cuando nos volvimos a ver lo hablamos todo. Ella iba a tomar un camino, yo iba por otro. Podríamos haberlo intentado en la distancia, podríamos haber puesto de nuestra parte... Pero era como si nuestro tiempo juntos se hubiera cumplido. Cada cual tenía sus expectativas con respecto al futuro, y por más que queríamos, no se parecían en nada. Así que una noche de mayo, bastante cálida por cierto, ella rompió conmigo, sabiendo que yo sería incapaz de hacerlo.

Hoy me parece que aquello sucedió como en otra vida, y es que ha pasado mucho tiempo, pero estoy seguro de que no sería como soy, ni estaría donde estoy, si no hubiera sido por Esther. Ella me enseñó a quererme a mí mismo, cuando le contaba mis más inconfesables secretos y su respuesta era darme un beso y decirme que me quería aún más. Me enseñó a saber tratar a una mujer y a despojarme de muchos de los prejuicios que todavía tenía en aquella edad. Me enseñó a luchar por lo que quería, a no dejarme llevar por la opinión de los demás. Fueron dieciocho meses mágicos, con sus broncas y sus malos momentos, por supuesto, pero echando la vista atrás solo puedo recordar lo bueno.

Ariadna conoce de sobra esta historia, porque se la conté cuando llevábamos apenas unas semanas saliendo, haciendo el típico repaso de las relaciones pasadas. Para ella, Esther siempre ha sido mi ex novia favorita. Y yo diría que para mí también lo es, aunque tampoco es que tenga mucho donde elegir. No te pienses que tu padre era una especie de Don Juan, ni mucho menos. Siempre he preferido calidad a cantidad. Hoy ha vuelto a dejarlo claro, cuando estábamos en la reunión del Concilio, es decir, Ariadna, Ángela y yo en nuestra habitación, escuchando a Vetusta Morla y hablando sobre cualquier cosa. Me preguntó si le iba a contar a Esther lo del cáncer, porque parecía evidente que no sabía nada. Le dije que sí, porque al final seguro que acaba enterándose de una manera u otra, y prefiero ser yo el que se lo contara.

Parecerá absurdo pero si te soy sincero, estoy bastante nervioso por verla de nuevo. Lo del otro día fue un impacto para los dos pero pasó en apenas un par de minutos. Mañana hemos quedado para almorzar y estoy seguro de que la cosa se alargará mucho más allá del café. Y estaré encantado de que así sea, porque tengo muchísimas cosas que contarle. Pero sobre todo, quiero tener mucho que escuchar por su parte.

14 de enero de 2018

Esther ya era bastante madura cuando la conocí, hace catorce años, pero ahora lo parece más por fuera que por dentro. Es como si hubiera recobrado, o mantenido, parte de su personalidad adolescente, por sus palabras, sus gestos... Pero luego se viste a la última, con ropa que parece escogida concienzudamente incluso para cualquier pequeño complemento, con un estilo mucho más convencional que las camisetas de grupos que solía ponerse cuando salíamos. Mi parte superficial me dice que la chica ha cambiado mucho. En cuanto empieza a hablar, sé que no es así. Al menos no por dentro.

—¿No te pasa algunas veces que estás viviendo cosas pero no te las crees? —me pregunta.

—¿Cómo cuando el gol de Iniesta en el Mundial?

—No, pero me refirió a situaciones en las que tú eres el protagonista. Te están pasando a ti. Y son tan extrañas, locas, yo que sé... que no acabas de creerte que sean reales.

—¿Lo dices por estar almorzando aquí conmigo doce años después? Te recuerdo que el sitio lo has escogido tú.

—Pues te quieres creer que ni siquiera había pensado en eso. Te lo prometo, simplemente me planteé un sitio que nos cogiese cerca a los dos, y que nos gustase.

—Hombre, eso lo has cumplido. Lo de quedar para vernos en el último restaurante donde cenamos antes de romper ya es secundario, la verdad.

Se queda callada un momento, mirando su plato. Sin levantar los ojos me pregunta:

—¿Sigues enfadado por eso?

—Claro que no. ¿A estas alturas, por qué iba a estarlo?

—Ya... Pero entonces, ¿lo has estado alguna vez? ¿Lo estuviste en aquel momento?

—Pues seguramente sí, pero no me duró demasiado. Éramos unos críos, Esther. Yo tenía las emociones a flor de piel y seguro que en aquellos días pensé de todo sobre ti, igual que tú de mí.

—Yo nunca he pensado nada malo de ti. Sé que fue culpa mía y lo acepto. Pero me preocupa que tú me sigas viendo así.

—¿Quieres que te sea sincero?

—Claro.

—El recuerdo que tengo de ti es el de la chica pelirroja que me abrazaba y me comía a besos mientras escuchábamos a Robert Smith. La de las sudaderas anchas de HIM. La que sabía todas las canciones de Pesadilla Antes de Navidad en castellano y en inglés. ¿Te vale ese recuerdo?

—Supongo que sí... Pero ya no soy tan oscura, tío. He madurado.

—Ya eras madura en aquellos tiempos. Solo es que te gustaban otras cosas.

—Era una capulla que se creía muy guay por pasar de las modas y no seguir al resto.

—¿Y eso es malo?

—Ir por tu cuenta no. Mirar por encima del hombro al resto por ello, sí.

—Creo que todos hemos pecado de ser un poco soberbios alguna vez.

—¿Te puedo ser sincera?

—Tú me has dejado serlo a mí. Adelante.

—Te has vuelto demasiado políticamente correcto.

—Y una mierda.

No suelo utilizar ese tipo de vocabulario, Alba. Pero es para hacerla reír. Y lo consigo, por supuesto. Seguimos poniéndonos al día. Ella me cuenta que su sueño en Madrid se había terminado. Después de más de diez años allí ha decidido tirar la toalla. Lo máximo que había conseguido eran papeles en obras medianas, en teatros semivacíos, algún que otro corto y un papel episódico en *La Que Se Avecina*. Le pido perdón por no haberla visto, pero no sigo la serie. Mientras su carrera de actriz no acababa de despegar, ella fue tirando con trabajos de todo tipo, desde dependienta a camarera. Mientras tanto, estudiaba diseño gráfico y marketing. En los dos últimos años allí apenas ha hecho castings y solo ha participado en obras y proyectos de amigos. Ahora se gana la vida llevando algunas webs, haciendo trabajos por su cuenta y con un blog que, por lo visto, es bastante seguido, sobre tendencias de moda alternativa.

—Es un trabajo que puedo hacer en cualquier lugar, en realidad. Solo necesito el ordenador.

—¿Por eso has vuelto?

—Por ahora sí. Quiero descansar un poco de aquello. No sé si volveré a marcharme, pero es probable que sea a otro sitio, no a Madrid. Londres siempre me ha gustado.

—Lo recuerdo.

—Y tú, ¿estás viviendo en Barcelona, verdad?

—Sí... Bueno, hasta ahora. Ahora estoy aquí.

—¿Pero para quedarte? —me pregunta confundida.

—Podríamos decir que sí.

Llega el momento que llevo temiendo todo el almuerzo, todo el día, todo el fin de semana en realidad. O lo sabe esconder muy bien, o no se ha enterado todavía de lo que me ocurre. Y conociéndola, creo que no está fingiendo. La tengo delante, mirándome como si no entendiese nada. La veo tan diferente a como era antes, a la chica con la que pasé mis mejores días de adolescencia, y sé que si se lo digo la voy a destrozar. Vuelvo a estar de nuevo frente al abismo. Y sé que voy a caerme, lo quiera o no. Así que respiro hondo y lo suelto.

—Hace unos meses me detectaron algo. Tengo cáncer de páncreas con metástasis. Es terminal.

Y pone esa expresión. La misma que he visto tantas veces en estos últimos meses. Distintos rostros, el mismo terror. Y se le escapa un joder por encima del volumen que querría haberlo dicho. Se quita las gafas, y se lleva la mano a la cara. Yo, mientras tanto, doy un sorbo al zumo y le digo que no pasa nada, que esté tranquila. Creo que va a empezar a llorar, pero se recompone. Negando con la cabeza y sin mirarme, me pregunta:

—¿Cuánto tiempo...?

—Me dijeron que cuatro meses. Cinco, con mucha suerte. Técnicamente, a finales de febrero o principios de marzo...

—Pero... si yo te veo genial... Estás muy guapo, muy arreglado, no parece...

—Ya. Estoy recibiendo un tratamiento especial en el Virgen del Rocío desde hace unas semanas, y me deja bastante tirado, pero la última sesión fue el jueves, así que tengo tiempo de recuperarme. Por lo demás, salvo mucho cansancio y algunas náuseas, por ahora no voy mal del todo. Supongo que lo peor está por llegar.

—¿Por eso has vuelto?

—La terapia experimental solo se administra aquí. Me aseguraron que podían darme un poco más de tiempo. Y es lo que necesito.

—El bebé...

—Alba. Será una niña. Y si todo va bien, llegará a finales de abril, así que espero aguantar al menos un poco más.

—Joder, Dani. Yo venía con un montón de cosas que contar, con anécdotas del teatro, con la vez que me encontré a Matt Bellamy por Malasaña... y llegas tú y me sueltas esto.

—Lo siento. Sé que es una mierda, pero pensé que te enterarías antes o después. Y prefería contártelo yo.

—No me pidas perdón, no es... Por dios, es que no me entra en la cabeza. Ni siquiera sé qué decir para no hacerte sentir todavía peor. Es que no me lo creo. Dime que es una broma.

—No bromearía con algo así.

—Ya lo sé. Lo sé perfectamente. Pero eso sería mejor, al menos. Te daría de ostias, pero seguirías aquí dentro de tres meses, o de diez, o de veinte años. Es que no puedo...

Y ahora sí que empieza a llorar. Podría parecer que después de tanto tiempo yo ya estaría habituado a estas situaciones, pero no. Por más veces que me lo repita a mí mismo, jamás me acostumbraré a esto. Y yo también empiezo a llorar, tal vez porque no lo hice doce años antes, cuando lo dejamos en este mismo sitio, o tal vez porque la situación es mucho más jodida. Ella lloró entonces y llora ahora, y yo tampoco sé que decir para no hacerla sentir todavía peor, así que nos desahogamos a gusto.

—No es justo, Dani. Seré una cabrona, pero he conocido a gente horrible durante estos años. Gente que no tiene escrúpulos en joder a los demás. Y a veces, por dentro, he deseado eso para ellos... Luego me arrepentía y me sentía fatal conmigo misma. Pero cualquiera de ellos se lo merece muchísimo más que tú.

—Esto no va de merecerlo o no, Esther. Esa fase ya la pasé. No puedo hacer nada, salvo aguantar.

—Ya lo sé. Perdóname, cada vez que hablo lo fastidio más.

—No digas eso. Solo estás cabreada y confundida. Yo también he estado así. Y hay días que lo sigo estando. Pero luego me doy cuenta de que es un gasto inútil de energía. ¿Para qué voy a cabrearme con el destino, con la vida o con quien sea por esto, si ya no tiene solución? Prefiero intentar aprovechar el tiempo para otras cosas.

—¿Hacer todo lo que siempre habías querido?

—Bueno, no exactamente. Tengo que estar más o menos tranquilo, si quiero llegar a finales de abril, así que aventura, lo que se dice aventura, no tengo mucha, la verdad. Pero es que lo único que quiero ahora mismo es eso. Llegar a ver a mi hija.

—Seguro que lo vas a conseguir.

—Ojalá. Desde luego estoy haciendo todo lo posible.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarte? ¿Necesitas cualquier cosa?

—Con charlar contigo tengo suficiente. Por suerte, estoy bien rodeado aquí.

—Por suerte... Eres de lo que no hay, tío. ¿Cómo puedes hablar de suerte?

—Porque he visto a otras personas con la misma mierda que yo, pero mucho más solas, con peor salud, sin ningún tipo de objetivo a la vista para aguantar. Simplemente se dejaban arrastrar. Y yo no quiero eso.

—No sabía que fueras tan valiente.

—Yo tampoco.

Cuando te han metido cinco goles y te quedan cinco minutos de partido, ya todo te da igual. Es muy fácil ser valiente cuando lo has perdido todo. Aunque es cierto que enfrentarse a esa pérdida con relativa entereza es lo único que te puede hacer valiente en esta situación. Yo no lo soy por mí, desde luego. De eso tienes tú toda la culpa.

He vuelto a casa a la hora de cenar y todos me han preguntado por cómo ha ido la cosa con Esther. He contado la versión oficial en la mesa y luego, solos Ariadna, Ángela y yo en el cuarto, les he dado todos los detalles. Lo del almuerzo, lo del paseo romántico por todo el pueblo rememorando nuestros días felices... Por más que lo he intentado, no he conseguido poner celosa a tu madre. Creo que sabe que estoy demasiado pillado por ella.

Me queda mucho que contar, porque el día de hoy ha sido bastante intenso, pero también por eso quiero dejarlo aquí. Tengo una semana con muchas cosas por delante así que mejor descansar un poco.

15 de enero de 2018

Hoy quiero empezar pidiéndote perdón, porque anoche estuve a punto de matar a tu madre de un infarto. Tuve una pesadilla horrible. No es la primera, ni mucho menos. En estos últimos meses lo cierto es que me está costando dormir bien, y a veces, cuando lo hago, es todavía peor, porque tengo que enfrentarme a mis propios miedos mientras sueño. Una vez leí en alguna parte que las pesadillas son el reflejo más oscuro de nuestro subconsciente. Si eso es verdad, yo debo haber metido mucha mierda ahí abajo, y ahora está saliendo toda.

En aquel sueño, no paraba de ver una y otra vez la cara de Esther, con esa mueca de incredulidad y esos ojos inundados de tristeza, como en el almuerzo de ayer. Pero no estábamos almorzando. Estábamos en el parque donde solíamos quedar, en el banco de siempre, a la sombra de aquel naranjo que en abril desprendía un embriagante olor a azahar que nos encantaba. Todo parecía idílico, como en cualquiera de esas preciosas tardes primaverales que pasamos en aquel lugar. Pero ella no paraba de llorar y de gritarme que me iba a morir. Y por más que yo intentaba marcharme, no podía. Me quedaba estático, sentado en aquel banco medio oxidado, evitando mirarla directamente, porque sabía que no podría soportarlo. Un montón de hormigas se paseaban en perfecta formación muy cerca de mis pies, camino de su hormiguero. Y en el viento se escuchaba el rumor de muchos llantos, no solo el de Esther, sino también el de mi madre, el de Ángela, el de Ariadna... Cuando llevas tanto tiempo con una persona aprendes a distinguir su llanto. No es algo agradable, pero supongo que también significa que has estado ahí en las malas, que es cuando hay que estar.

Los llantos se intensificaron hasta llegar a ahogar cualquier otro sonido. Yo seguía sin levantar la mirada del suelo, pero sentí como todo se oscureció, como cuando una nube enorme tapa el sol de repente. Miré al frente y lo vi. Estaban todos allí, entre los cipreses, llorando. Chispeaba y ya no había olor a azahar, sino a tierra mojada. No es que quisiera ver todo aquello, pero me era imposible apartar la mirada de aquel lugar triste y gris, lleno de gente. A muchos los conocía, pero la mayoría eran rostros indefinidos. Busqué a Ariadna por todas partes, pero no la encontré. Y a ti tampoco.

Desperté gritando y tu madre se asustó muchísimo. Llegué a despertar incluso a Ángela, que vino corriendo para ver qué pasaba. Todo se quedó en el susto, pero después de aquello me costó un mundo seguir durmiendo. Tenía miedo de volver a aquel sitio, a aquella pesadilla. Sabía que solo era eso, un mal sueño, pero no recordaba haber tenido nunca uno tan real. Podía sentirlo todo, la lluvia, el viento, los llantos y el dolor. Podía ver las expresiones de aquellas personas como si las tuviera delante.

Y no, no creo en todo eso de los sueños proféticos, pero reconozco que llevo todo el día con mal cuerpo, en parte por no haber podido dormir en condiciones, y en parte porque todavía tengo esa pesadilla en la cabeza. Porque sé que algún día, dentro de no mucho, se hará realidad. Y no puedo hacer nada por evitarlo, por más que quiera. Sé lo que voy a provocar en los demás, lo que ya estoy provocando, de hecho. Por más que me repita que no es culpa mía, que yo soy la primera víctima, no puedo evitarlo. No se merecen todo ese dolor. Y tampoco esa maldita sensación de estar constantemente asustados por lo que pueda pasarme. Vivir con el alma encogida, por si esa mala pesadilla fuera algo mucho peor. Por si tuvieran que despedirse de mí corriendo, y para siempre.

A todos nos llegará la hora, en un momento u otro. Es ley de vida, y lo sabemos desde que

nacemos, o más bien, desde que tenemos uso de razón. Recuerdo que mi madre me ocultó la muerte de mi abuelo Jesús durante días. Yo tenía siete años y solo pensaba en jugar. Mis padres me llevaron a Sevilla, a casa del tío Carlos y la tía Lola, y allí me quedé con mis primos durante un fin de semana entero. Me lo pasaba tan bien que apenas les eché de menos. Sé que suena fatal, pero era así. Cuando volvieron a recogerme, en el camino de vuelta a Cerro de la Vega, les pregunté por donde habían estado, y por qué aquella semana no habíamos ido a ver al abuelo Jesús. Mi madre me dijo que el abuelo se había ido al cielo y yo le pregunté si se le podía ir a visitar allí. Me dijo que no, que hasta dentro de mucho no podría verle otra vez. Creo que lloraba.

La muerte de mi abuela Marita, la madre de mi padre, me cogió ya con catorce años. Insistí en ir al tanatorio y estar con toda la familia, con mis primos y mis tíos, pero mis padres querían que me quedara en casa. Aquel no era un sitio para una persona tan joven como yo. Les dije que eso era una tontería y que si no me dejaban ir a despedirme de la abuela no volvería a hablarles nunca más. Tuvieron que dejar a Ángela con una amiga de mamá, pero me dejaron ir. Y fue muy triste. No es que me arrepintiese de aquello, porque quería estar allí, pero creo que fue la primera vez que tomé conciencia de lo que significa la muerte, de lo que significa irse para siempre. Y supe que los funerales no se hacen para los muertos, sino para los vivos.

No creo que a nadie le guste pasar por algo así, pero desde aquel día yo no soportaba ir a los tanatorios. A veces veía a gente que apenas conocía a la persona que había fallecido, o siquiera a su familia, llorar como descosidos, como si acabaran de perder a sus propios hijos. He tenido que salirme en más de una ocasión de esas salas, porque no aguantaba tanta hipocresía y tanta poca vergüenza. Gente que se odia, que hablan mal los unos de los otros, sosteniéndose mutuamente mientras lloran más de cara a la galería que por auténtico dolor.

Me temo que yo no me libraré también de todo eso, aunque al menos no lo veré. O puede que sí. Otro día te daré la tabarra con las teorías que he desarrollado acerca de lo que hay “más allá”. Creo que por hoy ha sido suficiente con todo este aluvión de tristeza y malos rollos. Hoy, por desgracia, ha sido uno de esos días. Pero confío en que mañana sea diferente, a pesar de todo lo que me espera. Me cuesta lo mismo ser positivo que ser negativo, así que ya puestos...

17 de enero de 2018

Charles Baudelaire dijo una vez que el odio era como un borracho al fondo de una taberna, porque constantemente está renovando su sed con la bebida. El buen hombre sabía bien de aquello (de la bebida, no del odio, aunque supongo que también), pero si te fijas, la parte importante de la cita la dejó velada. ¿Qué hace un borracho en una taberna, además de beber? Molestar. Gritar. Llamar la atención de todo el mundo. Puede que haya cien personas en esa taberna, pero bastará con un borracho para crear mal ambiente. Así lo entiendo yo, al menos. Tendría que hacer un curso sobre Análisis Filosófico y Lingüístico de Citas Célebres para asegurarlo al cien por cien, pero creo que no voy muy desencaminado.

Quién esté libre de pecado, que tire la primera piedra. No seré yo quien niegue haber odiado a otras personas alguna vez en mi vida. A veces de manera furibunda y sin sentido. Otras más calmada y asumiendo que estaba totalmente justificado. Recuerdo el odio intenso que sentía cada vez que las noticias cortaban cualquier programa que estuviera viendo para informar sobre un atentado. Darle la razón a mi padre cuando aparecían las fotos de los terroristas en la tele y decía que esa gente no se merecía cárcel, sino lo mismo que ellos hacían, un tiro en la nuca. Ojo por ojo, bala por bala. Era joven, pero eso no es excusa. El odio me devoraba, y además, era fácil sentirlo por gente tan despreciable a la que seguramente jamás verías en tu vida. Pero también podías tener entre ceja y ceja a algún compañero de instituto, desearle todos los males del mundo por cualquier chorrada, como por ejemplo, que saliese con la chica que te gustaba.

Odiar es natural y humano, pero no debería ser nuestra conducta habitual. Porque cuando odias demasiado, ya sea en cantidad o en tiempo, el odio te acaba convirtiendo en un ser triste, amargado y oscuro, que lo único que busca es destruir a los demás porque es incapaz de encontrarse a gusto consigo mismo. Y no hablo ahora de terrorismo o asesinatos, sino de esos odios cotidianos que todos hemos sentido alguna vez por la gente de nuestro alrededor, incluso por personas demasiado cercanas. ¿Qué derecho tenemos a odiar a los demás? ¿Debemos hacerlo en silencio, o hacérselo saber a esas personas? ¿Preferimos ser unos hipócritas diplomáticos o unos valientes mal vistos?

Lo peligroso del odio es que puede llegar a provocar acciones que causen más odio, y así la mecha nunca se acaba, como la bebida en la taberna del borracho de Baudelaire. Como es algo tan humano, parece que todos tenemos derecho a odiar a alguien o algo. Todo el mundo lo hace, ¿verdad? Es como si lo necesitáramos, en cierta manera. Hay quien ha sabido sobreponerse a ese odio (quiero pensar que yo soy uno de esos) y quien lo utiliza como excusa para dar rienda suelta a sus más salvajes instintos. Yo he tenido que presenciar peleas por discusiones sobre fútbol. O ver cómo echaban a una chica llorando de un autobús después de llamarla de todo, porque era de otra raza. Dicen que el odio es justo lo contrario al amor, aunque yo discrepo en esto, y por tanto, también es uno de los motores de este mundo, de esta sociedad. Amamos el dinero, y si no lo tenemos, odiamos a quien lo tiene. O simplemente, odiamos al que es diferente, por su raza, por sus creencias, por su ideología, porque le tenemos miedo, porque llevamos años escuchando soflamas de unos cuantos iluminados que nos advierten sobre ellos, avivando esas llamas, echando gasolina sobre las cenizas de nuestros odios, para que nunca se apaguen.

Personalmente, odio a la gente que quiere sentirse libre y despreocupada, quitarse de encima responsabilidades para llevar una vida alternativa, a su manera, pero luego necesita de otros para cualquier cosa. Yo no quiero trabajar porque eso es caer en las garras del sistema, pero la única manera que tengo de salir adelante es permitiendo que mis padres me lo paguen todo, mientras

ellos se matan a trabajar para que yo pueda estar a mi aire. Odio también a las personas que te etiquetan nada más verte, por tu aspecto, por tu ropa o lo que sea. Como si el llevar un polo de Fred Perry te impidiese escuchar a Marea, por ejemplo, o esforzarte por llegar lejos en tu trabajo ya te convirtiese en un trepa y en una mala persona automáticamente. Odio también a los que se dedican a juzgar algo que ni siquiera han probado, ya sea un libro, una película, una serie, un grupo... Si no me gusta, es mierda, porque claro, yo tengo el mejor gusto del mundo y todo lo que se sale de ahí no vale absolutamente para nada. Odio a la gente que insiste en quedar contigo para charlar y luego llegan tarde, se tienen que ir pronto y se pasan la mitad del tiempo mirando el móvil. Odio a esas personas que comparten noticias, en las redes o por Whatsapp, sobre cosas que evidentemente son mentira, porque me hace pensar en lo fácilmente manipulables que son. Odio El Mundo Perdido, la secuela de Jurassic Park, porque me hizo descubrir que no todo lo que tuviera que ver con los dinosaurios iba a ser bueno (¡y solo tenías diez años!). Odio a esa gente que se ponía a pedir en la barra de la cafetería de la facultad, y cuando le daban el café, el zumo o lo que fuera, se quedaban allí, ocupando sitio, aun sabiendo que había veinte personas detrás tratando de pedir. Oh dios, como odio a esa gente. Recuerdo haber deseado un millón de veces que ojalá me tocase algún día dirigirles en una empresa, para poder echarles. A veces puedo ser un monstruo, ya ves.

Y sí, por supuesto que odio a los terroristas, a los asesinos, a los violadores y maltratadores, a los que juegan con el pan de las familias humildes, a los que no tienen escrúpulos en robar todo lo que pueden mientras la gente pelea día a día por tener algo que llevarse a la boca. Y también odio a este maldito cáncer que llegó hace tres meses sin avisar y que ya se ha hecho tan parte de mí que no puedo evitar odiarme a mí mismo. Pero hace tiempo que descubrí que el odio, aunque necesario, podía ser muy perjudicial. Así que solo me permito odiar durante un rato muy pequeño. No más de un minuto. Luego respiro, pienso en algo que me gusta, como la escena en la que Forrest Gump enseña a bailar a Elvis, y se me pasa. Porque si siguiera odiando para siempre, no sé dónde estaría, pero seguro que mi vida sería mucho más triste, que ya es decir.

Todo esto viene porque esta tarde, mientras estaba con Edu en el sitio de siempre charlando sobre lo del domingo con Esther, un tipo nos interrumpió, gritando mi nombre. Estaba apoyado en la barra bebiendo una cerveza, pero no, esta vez no había nadie detrás mirándole mal para que dejase el sitio libre, porque el bar estaba relativamente vacío. Tardé en reconocerle, porque hacía siglos que no lo veía. Era Moi, un antiguo compañero del colegio y el instituto, hasta que se quitó del mismo con apenas quince años, porque aquello no era para él. Creo que empezó a trabajar con su padre en su negocio, y ahí sigue, imagino. No he podido ni he querido preguntarle nada hoy. Es de esas personas a las que es mejor no dar mucha conversación.

—¡Daniel Alonso! Qué bien te veo, tío.

—Gracias...

—¿Te acuerdas de mí, verdad? Moi Fernández, del colegio.

—Claro. Estás igual, Moi.

—Hombre, igual tampoco —dijo dándose palmadas en la barriga—. Diría que estoy un poco más ancho, pero bueno... ¿Tú qué tal? Hace mucho que no te veo por aquí.

—Estoy viviendo en Barcelona desde hace tiempo.

—Joder, pues ten cuidado, que con tanto catalufo por allí cualquier día te puedes llevar una paliza por hablar en castellano. A un primo mío...

—No te preocupes, he aprendido catalán, por si las moscas.

—Pero es que no hay derecho a eso. Si están en España, que hablen en español, ¿no? Y luego dicen que están oprimidos, y son los primeros que imponen lo suyo a los demás. Tanto criticar a los dictadores y mira...

—Ya.

El tipo, después de contarnos todo eso gritando, nos mira a mí y a Edu, que no ha abierto la boca desde que apareció. Algo en su pequeña cabecita se enciende, y se da cuenta de que sobra. Me da otras veinte palmaditas en la espalda, me dice que se alegra de verme y se marcha a su sitio en la barra, pidiendo a gritos una cerveza que seguramente le pondrán en el bar que hay en la otra punta de la calle, donde también le han debido escuchar.

—Qué amable —dice Edu.

—Y cultivado. Debe tener una conversación fascinante.

—Este prefiere hablar de otra manera.

—¿Cuándo fue aquello? —pregunto.

—Pfff... ¿Hace quince años? Creo que estábamos en tercero. O puede que en cuarto. Aunque me extraña que él hubiera llegado tan lejos.

—Todavía no sé cómo no te expulsaron.

—Porque Salva les contó lo que pasó, y había un montón de gente más allí. Por suerte, tuve testigos. Además, el director ya sabía perfectamente quien era el gorila este. Creo que en el fondo se alegraba de que le hubiera dado de ostias.

—Hombre, él también te dio lo suyo —aclaro yo.

—Mereció la pena. Solo me he peleado dos veces en mi vida, pero desde luego no me arrepiento. El capullo este merecía aquella paliza.

—Bueno, no sé si paliza es el término adecuado.

—¿Tú conoces a alguien más que le haya dejado la cara colorada y el ojo morado?

—Pues no. Eres todo un héroe, Edu.

—Venga tío, que teníamos quince años. Además, tú también estabas allí. Podrías habernos separado.

—Estaba demasiado ocupado disfrutando del momento.

—Ya.

—Ni siquiera te ha saludado. ¿Sigue cabreado por aquello?

—Pues no es que hayamos quedado a tomar café todas las semanas desde entonces. Supongo que sí —me responde Edu.

—¿Y tú lo estás con él?

—A mí me la suda. ¿Qué necesidad tengo de hablar con él? No tiene nada que aportarme. Además, el tipo me odia. Nos odia a los dos, en realidad.

—¿En serio? ¿Y por qué? —me sorprende a mí mismo preguntándolo con auténtica curiosidad.

—A saber. ¿Te acuerdas de Tania, la hermana de Patricia? Pues estuvo saliendo un tiempo con Joaquín, el hermano de Moi. Cada vez que la veía, el imbécil le decía que su hermana debería de tener mejor gusto con los tíos. Que me dejase y que se fuera con él, que así serían dos hermanos y dos hermanas. Y cuando ella le preguntaba que por qué yo no le caía bien, el otro simplemente se encogía de hombros y decía que yo era un marica, como mi amigo Dani, y que no sabíamos cómo darles a las tías lo que necesitan.

—La madre que lo parió. Pero eso no significa que nos odie.

—En una de esas tardes le llegó a reconocer que nos odiaba. Que le habían expulsado del instituto por nuestra culpa, y que eso le había hecho ir peor, y ya no levantar cabeza. Y luego tuvo que dejarlo y ahí sigue.

—O sea, que fuimos nosotros los que impedimos que este tío llegase a Ingeniero Aeroespacial —digo con una sonrisa en la cara.

—Eso piensa él. Aunque después de lo de hoy, igual me he quedado yo con todo su odio.

—Qué suerte, macho. Siempre había soñado con ser el enemigo íntimo de alguien. Como su Moriarty.

—Hombre, él está a la altura de Sherlock, eso seguro.

Como puedes comprobar, Alba, te encontrarás con gente que te odiará sin que tú sepas muy bien por qué. Lo mejor es no darles razones reales para ello, y dejarlos a su aire. Con un poco de suerte, lo máximo que recibirás son unas cuantas palmaditas en la espalda.

19 de enero de 2018

¡Truenos! ¡Relámpagos! ¡Rayos y centellas! Recuerdo que el tío Armando me traía tebeos de Tintín cuando era más pequeño, y yo me lo pasaba bomba leyéndolos, sobre todo por el capitán Haddock, que me hacía una gracia tremenda con sus insultos y exclamaciones. Durante un tiempo estuve llamando hipoglúcidos, mamelucos y parásitos a mis compañeros en el colegio, y ellos, como no conocían aquellas palabras, pensaban que eran motes cariñosos. Por aquel entonces comenzó mi verdadera pasión por la lectura, que he intentado no abandonar, a pesar de que con el paso de los años, mi tiempo libre ya no es tan abundante.

Rayos y truenos, como los que esta noche iluminan por apenas una fracción de segundo esta habitación, donde escribo alumbrado tan solo por la fría luz de la pantalla del portátil. Relámpagos y centellas tronaban en el cielo y hacían temblar las ventanas aquella noche en la que Stephen King se cruzó en mi vida. Tenía ya doce años y había devorado casi todos los libros que había en casa (no literalmente, tú me entiendes). Mi tío ya no me traía más tebeos de Tintín, así que tuve que tirar de otros clásicos. Verne, Tolkien, Stevenson... Por aquellos tiempos, antes de que las distopías adolescentes lo inundaran todo, los libros para chavales de esa edad eran bastante simplones, no te voy a engañar. Pero siempre estaban esos clásicos. Me había leído poco antes Drácula, por consejo de mi primo Carlos, y al terminarlo le exigí una compensación, porque me había prometido que pasaría mucho miedo, y no fue así. No me gustaba la forma en la que está escrita, a través de cartas, diarios y tal. Y ahora me doy cuenta de que yo estoy haciendo exactamente lo mismo...

Carlos me dijo que Drácula no daba tanto miedo, pero que me dejaría una novela que estaba seguro que no podría terminar, de lo terrorífica que era. Tenía unas gigantescas letras doradas en la portada, con el nombre de su autor, Stephen King. Y algo más pequeño, el título, It (Eso), todo ello acompañado por la cara de un payaso con expresión triste. Yo, que no tenía un miedo especial a los payasos (aunque recordaba todavía lo traumatizado que me quedé al ver Poltergeist), pensé que aquella novela no iba a interesarme demasiado. Además, era enorme, mucho más grande que Drácula, seguramente la más larga a la que me había enfrentado. Aun así, para no quedar de cobarde, acepté el reto de mi primo. Carlos me dijo una última cosa antes de dejarme el libro: debía empezar a leerlo en una noche de tormenta. Como era diciembre, tampoco tuve que esperar demasiado. Un par de semanas después, en una noche muy parecida a la de hoy, saqué al libro de su hastío en la estantería y lo abrí. Y ya no pude parar.

Creo que debería haber leído aquella historia un poco más mayor, si te digo la verdad. Con tu edad, por ejemplo. Pero entonces seguramente no me habría impactado tanto. Te prometo que sentí cómo buena parte de mi infancia desaparecía cual barquito de papel por una alcantarilla, de la mano de la de los propios protagonistas. Mi Beverly Marsh no era pelirroja, pero yo no podía evitar el sentirme tremendamente identificado con Bill y Ben. Y me asustó mucho el ver lo que les ocurría cuando se hacían mayores. No te voy a estropear nada, prefiero que lo descubras por ti misma, si es que no lo has hecho ya, leyendo el libro o a través de las películas. Me dio miedo poder convertirme en una persona mayor tan asustada, aburrida y gris como lo eran aquellos chicos que habían estado tan llenos de vida en su infancia, a pesar de todo. Y en parte, mi temor se ha cumplido, aunque por suerte no he llegado hasta ese mismo punto. Claro que a mí tampoco me atacó un payaso asesino cambiaformas cuando tenía trece años.

Tardé un mes en leérmelo, aunque me ponía casi cada noche. Pero podría decir que aquel libro me cambió la vida. Cuando lo terminé se lo devolví a Carlos, preguntándole si no tenía más de ese

tal King (bendita inocencia). Él me pasó Carrie, y aunque no tuviera nada que ver, también me encantó. Y luego vi la película de Brian de Palma y me quedé embobado con aquella Sissy Spacek con cara de loca y bañada en sangre de cerdo. Deseo tener poderes telequinéticos, como ella, pero me temo que me faltaba algo...

Ahí comenzó mi idilio con King, pero no solo con él, sino con el género de terror. No he dejado de leer otro tipo de novelas, pero es cierto que pocas veces he disfrutado más leyendo que con una buena historia de fantasmas, monstruos y sucesos extraños. Desde el Frankenstein de Mary Shelley hasta El Ritual de Adam Nevill, de La Casa Infernal de Richard Matheson a Déjame Entrar, de John Ajvide Lindqvist, del mentor Lovecraft al alumno Ramsay Campbell... Todos ellos autores perfectos para disfrutar en una noche de tormenta, como esta, donde la oscuridad parece engullirlo todo, y solo necesitas una tenue luz para alejarte de las pesadillas, o sumergirte de lleno en ellas.

21 de enero de 2018

Ha sido un fin de semana mucho más relajado que de costumbre por aquí, Alba. No hemos tenido visitas, no hemos salido a cenar por ahí, simplemente nos hemos metido entre pecho y espalda un maratón de series, hemos hecho un postre riquísimo (hasta tu abuelo ha reconocido que estaba espectacular) y poco más. Sí, ya sé que si he tenido tanto tiempo libre, debería haberte escrito ayer también. Pero estábamos en un gabinete de crisis, tu madre y yo. Y es que la tranquilidad también tiene que ver con solucionar los amoríos de tu hermana.

Pongámonos en situación. Ángela es una chica muy guapa. Y no sabes lo que duele reconocer eso. Primero, porque somos hermanos y mi misión en la vida debería ser meterme con ella, y no adularla. Pero ahora en serio, cuando tu hermana menor empieza a llamar la atención de los chicos de su clase, y también de los mayores, nace dentro de ti una especie de temor más que fundado que te acerca peligrosamente a convertirte en un psicópata. No voy a presumir ahora de ser el hermano más protector del mundo, pero sí que he tenido más que una bronca con Ángela por acercarse demasiado a quien no debía. Y no es que deba ser yo el que le diga con quien estar y con quien no, pero por momentos, pensaba que se estaba metiendo en la boca del lobo. Poco antes de marcharme a Barcelona empezó a salir con un tal Rafa que la trataba como a una esclava, llegando a llamarla tonta e imbécil delante de mí. Aquel tipo debió llevarse mucho más que un sermón por mi parte, pero al final todo acabó por el curso natural de las cosas, cuando mi hermana se dio cuenta de que el objetivo del tal Rafa era buscarse un harén sin tener que dar explicaciones a ninguna de sus concubinas. Y yo me alegré muchísimo.

Tampoco quiero convertir esto en un repaso pormenorizado de las conquistas de tu tía, ni mucho menos. Si quieres saber más, ya sabes, pregúntale a la fuente. Lo que sí voy a contarte es lo que ocurrió ayer, cuando Ángela nos dijo que quería hablar con nosotros, después del almuerzo. Nos encerramos en la habitación, pusimos música (hoy ha tocado Manolo García) y nos hemos quedado mirándola para que empezara a hablar. Ha dudado, algo raro en ella, pero al final se ha lanzado.

—A ver, quiero que me deis vuestra opinión sobre un asunto muy importante. Sé que Ariadna se lo va a tomar en serio y va a ser objetiva, así que espero que tú también lo seas. Nada de risitas, nada de estás como una cabra, que nos conocemos.

—Vale, te lo prometo. Aunque si me cuentas que te han abducido los extraterrestres yo tendré que...

—Dani, que va en serio. ¿Puedo contártelo o no?

—Que sí.

—Vale. Hace un par de meses conocí a un chico. Se llama Kevin y es americano. Norteamericano, para más señas. De Portland. Ha estudiado Historia del Arte y está aquí para un máster especializado en arquitectura mudéjar. Llegó en octubre y se quedará hasta junio. Bueno, el caso es que me gusta muchísimo, la verdad. Es super interesante, guapísimo y me trata como una reina. Igual me estoy enamorando de él y todo...

—¡Qué bien, Ángela! El chico parece un encanto, desde luego. ¿Dónde está el problema? —preguntó tu madre.

—El problema está en que en unos meses va a volver a Estados Unidos sí o sí. Le gusta esto,

piensa que es un sitio bonito y hay mucho arte que investigar, pero él quiere vivir allí, en su país. Y yo, la verdad, no sé si quiero empezar algo para que a los pocos meses él se tenga que marchar. Pero por otro lado, lo veo tan especial, tan para mí... En serio, creo que jamás había conocido a nadie como él.

—¿Esto lo has hablado con él directamente? —utilicé el tono más neutral que encontré en mi catálogo de tonos para hablar con una hermana sorprendentemente madura para sus veintidós años.

—Así directamente, no. Lo dejamos caer, en conversaciones, alguna que otra vez. Vamos, que no estamos saliendo ni nada, es solo que nos vemos mucho, y bueno... Nos hemos liado un par de veces en estas semanas. Pero no hay nada oficial. Simplemente nos estamos conociendo mejor.

—¿Y qué podemos hacer nosotros entonces?

—Pues no sé, ¿tal vez darme un consejo como hermano mayor que eres?

—Soy un hermano mayor penoso, Ángela. Eso lo sabes de sobra a estas alturas.

—Pero has pasado por lo mismo que yo. Tú también tuviste que plantearte si seguir o no con una persona que se iba a marchar lejos.

—¿Lo dices por Esther? La situación era distinta. Ella estaba en Madrid, al fin y al cabo, no en la otra punta del mundo. Además, aquella decisión la tomamos entre los dos. Entendimos que lo mejor era dejarlo ahí porque íbamos a tomar por caminos diferentes.

—¿Y si ella hubiera sido la definitiva, la chica para ti? No te ofendas, Ariadna, eso solo una hipótesis.

—Anda que tú también... ¿Cómo le dices eso? Mira, en su momento ella sí me pareció la definitiva, pero tuve en cuenta todas las opciones y entendí que aquello no acabaría bien, por más que nos quisiéramos. Además, yo era muy joven, mucho más que tú, y tenía todavía mucho que aprender. Aun así, creo que no tomé una mala decisión, ¿no?

—¿Me miras a mí? Tú sabrás... Lo raro es que no hayas quedado con ella hoy también.

—Estás muy graciosa cuando finges ponerte celosa, cielo.

—Ya, ya. Verás que risa cuando la haga desaparecer...

—¿Vamos a hablar de lo mío o no?

—Ángela, esta situación la tenéis que arreglar entre vosotros —traté de devolver a mi hermana al estado de calma y lógica que tenía al principio de la conversación—. Mira, cuando pasó lo de Esther, yo debí haber visto venir aquello de Madrid. Estábamos tan metidos en nosotros mismos, en nuestra relación y luego en los estudios y demás, que prácticamente no hablábamos de lo que habría después de Selectividad. Era como si el mundo se terminara en ese junio, y después... Pues ya veríamos. Nos cogió un poco por sorpresa, sobre todo a mí, porque al final yo me quedé aquí, y ella se marchó. Me dijo que no había ninguna opción de que se quedara aquí. Y yo en ese momento me lo tomé casi como un ultimátum. Me pidió que me fuera con ella allí, pero yo tenía toda mi vida aquí, y la verdad, Madrid no me llamaba para nada. Pero el caso es que tuvimos que decidirlo casi a la carrera, y al final ya sabes lo que pasó. Tú tienes esa ventaja. Sabes lo que pasará en junio, así que puedes trabajar con eso.

—¿Y de qué me sirve saber que se va en unos meses?

—Pues precisamente para estar aquí hablando con nosotros. Si no tuvieras ni idea, ¿no te

habrías lanzado ya a sus fornidos brazos de muchacho de Oregón?

—¿Fornidos? Pero si está más canijo que tú.

—Lo que tu hermano quiere decir es que tienes la posibilidad de plantearte la decisión desde ya, y es justo lo que estás haciendo. Sabes que en caso de empezar con él, la cosa durará solo unos meses.

—A no ser que sigamos saliendo a distancia. Hoy en día con Skype y los vuelos low cost todo es mucho más sencillo.

—Ángela, ¿tú has visto donde está Portland? Allí no llega Ryanair, guapita —dije.

—¿Y entonces que hago? ¿Lo dejo pasar solo porque sé que no va a durar?

—Es que al final eso tampoco lo sabes... Tal vez durante estos meses, el chico se quede tan prendado de ti que no quiera marcharse luego. O tal vez te convenza para que te vayas allí con él. ¿Tú te irías? —preguntó tu madre.

—¡No! Ni de coña me voy yo a Estados Unidos. Bueno, al menos no para vivir allí siempre. Yo... En realidad no sé lo que haría. Creo que estoy demasiado pillada por ese tío, y eso me nubla la mente.

—Pero eso no es malo, Ángela. Si estás enamorada, tal vez debas dar el paso, y no preocuparte tanto por lo que pasará después. Que dure lo que dure. Eso no te lo quita nadie.

—Pero si ya estoy así con él, como salgamos de verdad durante todo este tiempo, sé que luego me va doler muchísimo más. ¿No sería mejor dejarlo como está y punto?

—Eso solo lo sabes tú, cariño. Pero creo que si haces eso, cuando él se vaya en junio te vas a arrepentir de no haberlo intentado al menos. Y si no lo haces, es por miedo. ¿Vas a dejar que el miedo te impida disfrutar de un chico que te gusta tanto?

No he visto nunca a nadie que sepa zanjar las cosas como lo hace tu madre con sus preguntas retóricas. Te da la opción de responder, pero sabe que no lo vas a hacer porque no hay nada más que decir. Salvo gracias, que fue precisamente lo que le dijo tu tía, justo antes de salir de la habitación. Y tal vez te suene muy triste (imagínate a mí), pero te aseguro que cuando me vaya lo haré muy tranquilo, sabiendo que te quedas en sus manos. Porque créeme, Alba, no podrías desear una madre mejor que ella.

22 de enero de 2018

Hay gente que alardea de los errores que han cometido, porque según ellos han sido la manera de ser quienes son en ese momento, de conocer a la gente que conocen o de haber llegado donde han llegado. Y en parte llevan mucha razón. Creo que de los fracasos se aprende muchísimo más que de los triunfos. Los errores nos ayudan a mejorar, por supuesto. Pero a veces hay errores que no deberíamos haber cometido nunca. Ese tipo de errores que sin duda corregirías si pudieras dar marcha atrás. Desconfía de quien te diga que no cambiaría nada en su vida, por muy bien que esté en ese momento. Todos tenemos cicatrices que nunca querríamos haber conseguido, incluso cuando nos aportan fuerza y experiencia para sobrevivir, para avanzar. Y yo no voy a ser menos.

Uno de mis mayores errores fue también uno de mis mayores aciertos, aunque eso no lo sabía entonces. Y es que la vida acaba poniéndolo todo en perspectiva, y lo que hoy te parece algo insalvable, mañana puede ser simplemente un pequeño obstáculo. E incluso puedes convertir las pérdidas en ganancias. Hay un error del que aprendí muchísimo en su día, y sin el cual seguramente tú no estarías aquí. No te asustes, no tiene nada que ver directamente contigo o con tu madre. Ella se llamaba Rebeca.

Barcelona, octubre de 2012. Llevaba poco más de un año en aquella ciudad y mi situación empezaba a ser mucho más estable en todos los sentidos, salvo en el sentimental. Estaba empezando a despuntar en el trabajo, con vistas a que me hicieran fijo pronto. Disfrutaba de todo lo que Barcelona puede ofrecer a un chico de veinticinco años con ganas de experiencias culturales. Incluso me acostumbré a vivir con Gus y con el compañero de turno que estuviera en el piso en aquel momento. Todo aquello me daba una confianza que creía haber perdido después de la última relación que había tenido, con Claudia (de la que también debería hablarte otro día). Para no destriparte demasiado, digamos que salí muy malparado de aquella relación, y aquello me estuvo lastrando mucho tiempo. Salí con un par de chicas en esa época, pero fue algo muy esporádico y corto. Y reconozco que fue por mi culpa. Precisamente por pensar que había cometido un error con Claudia, al haber confiado tanto en ella, y que no debía volver a repetirlo. Y precisamente el error fue pensar aquello, porque esa idea parasitó mi mente y me hizo mirar con desconfianza a cualquier chica con la que empezaba a tener algo medio serio. Con Rebeca no fue distinto, aunque algo cambió.

Nos conocimos de pura casualidad, en el aeropuerto de Gatwick. Yo había ido solo a Londres a ver a Aitor, un compañero de la facultad que estaba viviendo allí, y que me había invitado a pasar un par de días para conocer la ciudad. Apenas vimos nada, más allá de un paseo por la zona más turística, porque el resto del tiempo estuvimos de pub en pub, además de poder ir a ver un partido en el mítico estadio de Wembley. El caso es que ella también había viajado sola hasta allí, y los dos volvíamos a Barcelona. Iba justo detrás de mí en la cola para embarcar, y me fijé en ella, porque era más alta que yo. Sí, me gustan las mujeres altas, aunque no lo parezca... Creo que la incomodé un poco, por quedarme mirándola tan fijamente. Pero lo mejor fue cuando, al ir a sentarme, comprobé que ella iba a mi lado en el avión. Típico de una película romántica, lo sé. Yo la miraba cuando pensaba que ella no me veía, pero ya sabes cómo son esos vuelos. Estás encima de la persona que tienes al lado y es imposible no verla, o que no te vea. Al final, para entretenerme, saqué el libro que estaba leyendo, *La Marca del Meridiano*, de Lorenzo Silva. Había leído otras cosas de aquel autor y la verdad es que me gustaba muchísimo como escribía, sobre todo esos thrillers policíacos tan de andar por casa, que te demostraban que no había que irse a Hollywood para leer historias sórdidas de secuestros, asesinatos y crímenes macabros,

porque lo podías tener a la vuelta de la esquina. Cuando llevaba tan solo unos minutos enfrascado en la novela, sentí un golpecito en mi hombro. Con la voz más dulce que había escuchado hasta entonces, mi chica de al lado me preguntó si aquel libro estaba bien. Le respondí que sí, que me estaba gustando mucho. Ella sonrió y me confesó que llevaba años sin leer a Silva, aunque había sido uno de sus autores favoritos cuando era más joven. Había leído todas sus novelas juveniles, y también La Flaqueza del Bolchevique, pero el resto de libros, los que trataban temas más sórdidos como secuestros y asesinatos, no le gustaban.

Fue solo una pequeña chispa la que lo prendió todo. Cuando ella terminó de hablar yo supe que no iba a quedarme callado en todo el viaje. Que no iba a volver a leer una sola página hasta llegar a casa. Y es que el libro era bueno, pero aquella chica parecía ser mucho más interesante. Y vaya si lo era. Nos llevamos todo el viaje conversando sobre literatura y cine. Y yo me quedé fascinado con ella, no solo por todo lo que sabía (me daba mil vueltas, y yo creyéndome todo un intelectual) sino por la pasión con la que hablaba. Había tanto entusiasmo en sus palabras que era imposible no darle la razón en cada cosa que decía. Si me hubiera querido vender arena en el desierto, se la habría comprado.

Durante muchos meses había intentado construir a mi alrededor una especie de coraza que me mantuviera a salvo de todas esas emociones intensas que vienen cuando te empiezas a fijar en alguien. Me mantenía en la distancia, y lo dejaba claro. Me mostraba sin ataduras, y sin ganas de etiquetar lo que fuera que tuviera con la chica de turno. Ellas lo entendían, algunas mejor, otras peor, pero aquello no duraba demasiado. Y me servía para evitar precipitarme, o al menos así lo creía. Andaba siempre con cuidado al acercarme, no fuera a caer de nuevo en la trampa. Pero aquella chica, la del pelo corto y la sonrisa ancha, se coló por todas las rendijas de aquel supuestamente inquebrantable escudo, y cuando me quise dar cuenta, ya no podía dejar de pensar en ella.

Fue un movimiento arriesgado, pero antes de despedirnos en El Prat le pedí su número, para poder seguir en contacto. No es que crea en el destino ni nada de eso, era simplemente que no podía dejar que aquello muriese allí. Volví a casa sonriendo como un tonto, tanto que hasta Gus se dio cuenta. Reconozco que le mentí, porque en aquel momento no quería tenerle encima, “aconsejándome” sobre lo que debía hacer. Tenía unas ganas tremendas de ponerme en contacto con ella ya desde ese momento, pero esperé. No puedes mostrar tus cartas desde un principio, pensaba. Has de mantenerte en tu sitio, ser más frío, más calculador, no dejarte llevar por esa corriente de emociones que son muy hermosas, pero que te guían directamente a encallar a las piedras. Así que tres días después la llamé y le propuse quedar para tomar algo y luego ir a la presentación del libro de un autor que nos gustaba a ambos. Si te digo la verdad, ni siquiera recuerdo quien era aquel escritor, porque no llegamos a ir a la presentación. Nos sentamos en una cafetería de Sarria y nos quedamos allí, hablando y hablando como si el tiempo se hubiera parado sobre nosotros, mientras el resto del mundo seguía con su trajín cotidiano. Era una tarde algo fresca y amenazaba lluvia. Cuando cayó la noche y ella me dijo que tenía que volver a casa para estudiar al menos un poco antes del control que tenía al día siguiente (estudiaba Psicología), me ofrecí a acompañarla hasta el metro. Al poco de salir empezó a llover como si no hubiera un mañana y tuve que meterme bajo su paraguas amarillo, porque yo no llevaba el mío. Aquella proximidad debería haberme dado el valor suficiente para atreverme a besarla. Y sin embargo, a pesar de que ella se mantenía pegada a mí y no dejaba de mirarme fijamente, dejé pasar la ocasión. Quedamos en vernos pronto, y por esa tarde, aquello fue todo.

Volví a llamarla aquel mismo fin de semana, quedamos de nuevo y esta vez sí, di el paso.

Paseábamos por los parques de la ciudad, nos llevábamos horas visitando librerías, íbamos al cine a ver películas de las que nadie hablaba, de las que no se anunciaban en la televisión. Fueron cinco semanas maravillosas. Y entonces se me cruzaron los cables. Discutimos por una tontería, una estupidez tan banal que ni siquiera la recuerdo. Solo sé que aquella noche volví a casa muy cabreado, dándole muchas vueltas a la cabeza. Había una idea que me rondaba, y que me sonaba cada vez más real. Era el único que había puesto interés en la relación. Fui yo quien dio el paso de pedirle su teléfono, él que la llamó, el que planeó cada cosa que habíamos hecho. Ella se limitaba a dejarse llevar. Y pensé que aquello no era justo. Que tal vez ella no estaba poniendo todo de su parte. Así que la puse a prueba, y decidí no llamarla en unos días.

Ella tampoco me llamó, ni se puso en contacto conmigo de ninguna otra forma. Recuerdo que al principio lo pasé muy mal, porque no entendía cómo podía ser tan egoísta conmigo. No quería que me pidiera disculpas ni nada de eso, solo que diera el paso. Y no lo dio. Así que yo tampoco. Y de esta manera, una de las relaciones más bonitas que he tenido en mi vida quedó sepultada bajo el orgullo y la indiferencia.

Era como si todo lo que estábamos sintiendo el uno por el otro desapareciera de repente, o peor aún, como si nunca hubiera existido, lo cual me asustaba mucho más. Porque yo sí era consciente de mis propios sentimientos, pero no de los suyos. Aquella chica me gustaba muchísimo, éramos compatibles en todos los sentidos y, sinceramente, me veía compartiendo muchas cosas con ella. Y de pronto tuvimos esa estúpida pelea, que ni siquiera fue tal porque no pasó de ser una discusión un poco acalorada, y en cinco minutos todo se fue al garete. Yo seguí empeñado en pensar que ella no ponía de su parte, y que al final siempre era yo el que tenía que hacerlo todo. Y ya puestos, dije, lo haría por última vez.

Habían pasado casi dos semanas desde la última vez que habíamos hablado y le mande un mensaje para quedar en la misma cafetería que la primera vez. Luego pensé que aquello podría ser todavía más devastador, pero ya no había marcha atrás. Llegué antes que ella, y ni siquiera me levanté para saludarla cuando apareció. La invité a sentarse y cuando ya tuvo su café delante, empecé a soltar todo lo que llevaba dentro. Que había sido maravilloso haberla conocido. Que lo había pasado genial todo ese tiempo. Pero que no creía que la cosa fuera a ir más allá. Ella me miraba sin entender nada de lo que estaba ocurriendo. Y entonces le hablé de mis dudas sobre su compromiso en la relación. Le enumeré todo lo que había hecho yo por sacarla adelante, y lo que había hecho ella, una lista considerablemente más corta. Ella negaba con la cabeza, y yo seguía insistiendo. Sobre lo solo que me sentía tirando de la relación. Sobre tener que ser yo también quien diera el paso de llamarla después de la pelea, porque ella no se había dignado a hacerlo. Y terminé diciendo que pensaba que lo nuestro no le importaba lo más mínimo. Entonces ella respiró profundamente y me miró.

—Yo nunca te pedí que hicieras nada de lo que has hecho. Me gusta que tomes la iniciativa. Me gusta que me lleves a sitios nuevos y me abras la mente. Me gustas mucho tú, Dani. Siempre que no seas un capullo que piensa que lleva el peso del mundo sobre sus hombros. Yo también he hecho cosas por ti. Muchísimas. Y veo que no recuerdas ni la mitad, porque si lo hicieras, toda esa teoría que has ido construyendo sobre nosotros se vendría abajo. Si de verdad crees que lo nuestro no me importa es que no tienes ni idea de cómo soy. Así que te pido disculpas por no haberme disculpado antes y darte esa satisfacción. Al final llevas razón cuando dices que esto no va a ninguna parte. Se acabó. Y aunque no te lo creas, me duele. Es muy triste que no hayamos sido capaces de arreglar esto en la primera piedra con la que nos hemos tropezado. Pero ya ves. Que tengas mucha suerte en todo. Y por favor, no le des tantas vueltas a la cabeza después de

discutir con alguien. No te viene nada bien.

Se marchó de allí dejándome tan destrozado que no pude ni acabarme el trozo de carrot cake que tenía delante. Fue la última vez que la vi, porque luego jamás intenté ponerme en contacto con ella. Me pareció absurdo. Mi propio comportamiento me pareció estúpido, pero no podía evitar pensar que algo de razón también llevaba. Ella me demostró que estaba equivocado en mis conclusiones, porque había tratado de ponerme en su lugar cuando en realidad aquello era imposible. Solo ella sabía lo que sentía. En lugar de preguntarle, preferí enrocarme en el silencio, para darle una lección. Y la lección me la llevé yo. Porque tal vez no estuviera equivocado del todo, pero mis formas, mi actitud, habían sido lamentables

No, esta no es una de esas historias de redención en la que el tipo se comporta como un imbécil pero lo arregla todo al final con una carrera al aeropuerto, como en tantas y tantas pasteladas de Jennifer Aniston. El aeropuerto estaba al principio. Y tal vez por eso, nuestra historia fue como la comedia romántica perfecta, pero a la inversa. Daría para un guión de cine, así que si te animas, yo te cedo los derechos completos de la historia. Y de paso, también la doble moraleja que aprendí: no dejes que el orgullo te ciegue nunca si la otra persona de verdad te importa, y no le des demasiadas vueltas a la cabeza en cuestión de sentimientos, porque puede que las cosas acaben mucho peor de lo que estaban.

Empecé hablándote sobre el error que querría corregir si tuviera un Delorean, una TARDIS o cualquier otro dispositivo para viajar en el tiempo. Pues es ese. No pedirle disculpas a Rebeca la misma noche de la pelea. No impedir que el orgullo y los prejuicios se apoderasen de mí en ese momento. Creo que eso fue un error, pero no el mayor. El peor de todos fue ir con tanta arrogancia a aquella cafetería y decirle todas esas cosas a una chica que seguramente me quisiera más que yo a ella, aunque yo no entendiese su forma de demostrármelo en aquel momento. Volvería allí, a esa cafetería de Sarria, y le pediría disculpas por todo. Y si para entonces Rebeca todavía no hubiera dado el paso, rompería con ella. Porque vendría del futuro y sabría perfectamente quién me esperaba solo unos meses después.

24 de enero de 2018

Fuera está diluviando como si no hubiera un mañana, y como tu madre está en Sevilla con Ángela y tu abuela, he decidido adelantar la sesión de escritura de hoy. No suelo releer lo que escribo, pero con lo del otro día hice una excepción. La historia con Rebeca es uno de esos secretos que no suelo confesar a casi nadie, porque me duele demasiado, y sinceramente, todavía a día de hoy sigo sintiéndome como una mierda por la actitud que tuve, aunque siempre hay una parte de mí que me grita que en parte yo tenía razón. Y ella también. Eso lo aprendí mucho antes de aquella discusión, pero no me sirvió de mucho, como ya leíste. Esta historia la conocen tu madre, Gus, Marina y creo que nadie más. Ni siquiera se la he contado a Edu o a Ángela. Pero quería que tú la conocieras. Supongo que lo que trato de conseguir con todo esto es que tengas una imagen de mí lo más real posible. Y sí, trato de ser muy sincero contigo en todo lo que escribo. Creo que es lo más justo para ambos. Para admirar a una persona perfecta ya tienes a tu madre. Yo soy como soy, con mis virtudes y mis defectos, y no quiero quedar en estos textos como una especie de superhéroe, como un tipo totalmente racional que siempre tomas buenas decisiones. Si me decidí a contarte mi historia fue porque quería tender ese puente contigo, de una forma especial, para que todas esas historias que no te podré contar te lleguen de alguna manera.

Y por eso mismo, porque soy un ser humano con inseguridades y miedos (más de los que imaginaba, como he descubierto en los últimos meses), quiero hablarte también de ellos. Los miedos nos construyen como personas, para bien y para mal. Todos los tenemos, y es algo natural, pero no debemos dejar que nos dominen, porque pueden ser nuestra perdición. Suena muy fácil decirlo, escribirlo y hasta leerlo, pero como todo en la vida, cuando llega la hora de ponerlo en práctica... Todavía me acuerdo de un compañero de clase, Tito, que con diez u once años siempre nos proponía colarnos en el colegio por la noche para jugar a la ouija. Por lo visto, su hermana mayor (una chica preciosa y exuberante de la que todos estábamos enamorados porque era seis años mayor que nosotros y era como las modelos de las revistas) le había contado que en nuestro colegio murió un niño hace muchos, muchos años, y que su espíritu vaga por las aulas por la noche, cuando el edificio se queda desierto. Katia, la hermana de Tito, había estado allí con sus amigos un par de veces a tratar de encontrarse con el espíritu de aquel crío. La primera, según contaba, no sucedió absolutamente nada, y se marcharon de allí por el frío que hacía. Sin embargo, la segunda... Katia aseguraba que habían visto como todas las luces del edificio se encendían y se apagaban solas, además de escuchar portazos en la planta de abajo, mientras ellos estaban arriba con la sesión de espiritismo. La guinda del pastel fue descubrir que en la pizarra del aula, al día siguiente, alguien había escrito en letras gigantescas SI VOLVÉIS NO VAIS A SALIR VIVOS DE AQUÍ.

Cuando Tito nos contaba la historia la mayoría nos reíamos, porque pensábamos que aquello era una tontería. Edu incluso le preguntó que cómo sabía su hermana lo que había en la pizarra, si ella ya no estudiaba en aquel colegio y no había ido allí al día siguiente. Tito se encogió de hombros y explicó que se lo habían contado, y que todo era verdad, y que cómo osábamos dudar de la palabra de su hermana. Normalmente lo dejábamos pasar, pero una mañana de mayo, casi al final de curso, Tito dijo que ya era hora de descubrir qué era lo que ocurría allí dentro por las noches. Se llevó todo el tiempo del descanso reclutando a gente para acudir allí al atardecer y zanjar de una vez por todas el misterio. Fueron muchos los que se apuntaron, más en plan coña que por otra cosa, pero al final, cuando llegó la hora de la verdad, Tito se vio allí solo con Edu, Nacho y Darío. Yo nunca tuve intención de ir porque no tenía el más mínimo interés en saber si en

mi colegio había un fantasma. Era una situación estúpida, se mirase por donde se mirase. Si no lo había, habría perdido el tiempo y a las malas, igual hasta nos pillaban y nos expulsaban. Y si lo había... Pues eso, que preferí quedarme en casa con la consola, mientras mis amigos los cazafantasmas se iban de fiesta.

Según me contó Edu al día siguiente, lograron entrar al colegio y buscaron un aula abierta para poder hacer la sesión con la ouija. No llevaban ni cinco minutos cuando empezaron a escuchar ruidos en la planta de abajo. Darío quiso salir de allí en seguida, pero Tito, haciéndose el valiente, le dijo que no fuera nenaza y que se quedara allí con ellos, que no iba a pasar nada. Siguiendo el consejo de su hermana, Tito realizó una especie de ritual de llamamiento de espíritus. Debían estar sordos o fuera de cobertura, porque por allí no aparecía ninguno. Darío cada vez estaba más nervioso, y Nacho tampoco estaba muy seguro de si quería estar allí. Edu, sin embargo, se estaba partiendo la caja viendo a sus amigos así. La risa se le cortó, eso sí, cuando empezaron a escuchar pisadas que se iban aproximando, golpes en las puertas, luces que parecían encenderse y apagarse... Lo curioso es que no fue Darío el primero en salir pitando de allí, sino Tito, que recogió como pudo el tablero y bajó las escaleras gritando, sin mirar atrás siquiera. Los otros tres le siguieron, mientras los ruidos continuaban detrás de ellos. Darío y Nacho tomaron la delantera, y Edu, que aunque nunca me lo ha reconocido estoy seguro de que también iba cagado, se tropezó en la oscuridad poco antes de llegar a la puerta. Fue entonces cuando empezó a escuchar risas. Pero no, no eran las típicas risas siniestras que salen en todas las películas de terror, sino auténticas carcajadas que solo pueden salir de aquellos que se lo están pasando bomba. Edu todavía tuvo el valor de volverse y mirar por el pasillo del que provenían aquellas risas. Estaba todo muy oscuro, pero mi amigo jura que pudo distinguir a tres figuras doblándose sobre sí mismas de todo lo que se estaban riendo. Una de ellas llevaba una coleta muy alta y larga, y tenía un cuerpo descomunadamente desarrollado. No le costó mucho reconocer a Katia antes de marcharse de allí, ahora a paso tranquilo y con una sonrisa en la boca.

A día de hoy, la leyenda del niño fantasma del colegio Blas Infante sigue llenando de pesadillas a cada nueva generación de chiquillos que llegan a sus aulas, contada de hermano a hermano. Incluso Ángela vino contándomela cuando yo estaba empezando la universidad, y se me pasó por la cabeza repetir lo que Katia había hecho años antes, pero decidí dejarlo estar. Solo le conté que algunas noches, ruidos y figuras extrañas pululaban por los pasillos del colegio. Que mis amigos las habían visto. Pero que de día no debía tener miedo, porque los fantasmas no pueden salir a la luz del sol. Creo que me reí tanto como Katia aquella noche cuando Ángela me preguntó que qué pasaba entonces con los días nublados, con auténtico terror en su expresión.

26 de enero de 2018

Como el miércoles me fui por las ramas y en lugar de hablarte de verdad sobre el miedo te conté la historia de fantasmas más típica del mundo, hoy quiero retomar ese mismo tema. El cielo sigue descargando tanta lluvia que algunos se están planteando construir un arca, y por aquí no hay mucho que hacer más allá de ayudar un poco en casa, leer o ver cualquier serie. Tu madre, la pobre, se ha llevado toda la noche despierta, con vómitos y malestar. No te preocupes, es algo natural a estas alturas del embarazo. Pero eso sí, ella se queda hecha polvo y por más que insiste en levantarse como siempre, nosotros la obligamos a que se quede durmiendo. Así que hoy toca escribir aquí, en el salón, con la casa en silencio. Tu abuela está fuera y tu abuelo trabajando. Ángela se ha encerrado en su habitación para seguir preparando los exámenes que están ya encima. Y yo solo espero no teclear demasiado fuerte, para no despertar a tu madre.

El martes tuve una nueva sesión con mi terapeuta, la doctora Espejo, y hablamos mucho sobre los miedos. Ya habíamos tratado el tema en otras sesiones antes, porque como podrás imaginar, es algo que le afecta a cualquiera, más cuando tu esperanza de vida se cuenta por semanas. Una de las cosas que me gusta de esta doctora es que es bastante directa, sin llegar a ser maleducada. El doctor Clos daba muchas más vueltas a las cosas, o simplemente me iba dirigiendo por el camino que quería, para que yo mismo sacara todo lo que llevaba dentro. Pero la doctora Espejo, a veces, me empuja directamente al vacío:

—¿Qué piensas encontrar después?

—¿Después? ¿Quiere decir cuando...?

—Sí, cuando te marches. Supongo que la noticia no te coge de sorpresa, ¿no?

—Es usted una mala pécora —le respondí sonriendo.

—Y lo seguiré siendo mientras no me tutees, Daniel. Ahora en serio, ¿has pensando en ello? Seguro que sí.

—Claro.

—¿Y has sacado alguna conclusión?

—No, nada concreto. Creo que nadie lo sabe con seguridad. ¿No es ese el mayor misterio de la humanidad, al fin y al cabo?

—Por eso hay tantas teorías al respecto. ¿Con cuál te quedarías tú?

Si te soy sincero, Alba, estoy tan centrado en llegar a verte que ni siquiera me planteo demasiado lo que venga después. A ver, claro que lo hago, lo pienso a veces, pero no es algo agradable, como entenderás. Y eso no significa que pueda librarme de ello, porque sé que es inevitable. No para mí, para todos. Solo que parece que yo he comprado el billete con prioridad.

—Mi madre me dice que seguiré viéndolo todo desde el Cielo. Ella es muy creyente, y no tiene dudas de lo que hay más allá. Mi padre también opina como ella, aunque es más reservado.

—¿Y eso encaja con lo que tú piensas?

—La verdad es que yo nunca he tenido esa creencia. Bueno, de pequeño sí, pero conforme crecía... Supongo que al final me despegué un poco de todo eso. Siempre me he considerado un agnóstico escéptico.

—Es interesante —apuntó la doctora.

—Es que no estoy seguro de si hay algo más o no, así que tampoco puedo ser ateo. Y menos ahora, la verdad. La idea de que hay un mundo ideal y perfecto después de esta vida reconforta cuando estás cerca de irte.

—Por supuesto. De hecho, hay muchos estudios que aseguran que las personas creyentes se marchan mucho más tranquilas y en paz, pensando en lo que les espera.

—¿Y si han sido malas y van al infierno?

—¿Tienes miedo de ir al infierno? —parecía gallega, contestando con preguntas.

—Bueno, yo no he matado a nadie, ni he robado, ni he provocado un mal excesivo ni nada de eso. Pero pecar, lo que es pecar...

—Creo que los pecados comunes se solventan fácilmente, así que por eso no te preocupes.

—En realidad... Cuando me pongo a pensar en ello me dan mareos y prefiero dejarlo pasar. Además, me imagino que para entonces ya no sentiré nada. No seré nada. Tal vez ni esté. Así que da igual lo que piense ahora.

—¿Y no crees que eso es una manera de atajar el miedo que puede producirte la muerte?

—Supongo que sí. Pero, ¿qué más puedo hacer? Quiero decir, ¿no es mejor no darle tantas vueltas? Si lo hiciera, tal vez estaría mucho más amargado.

—Cada uno se lo toma a su manera, Daniel. Pero es cierto que si ese miedo existe, y está claro que está ahí, lo mejor es enfrentarlo en cierto momento y asumirlo. ¿No hablamos de eso la semana pasada? Tú mismo me dijiste que era la única manera de ser libre de verdad. Enfrentarte a esos miedos.

—Sí, pero no creo que sea lo mismo confrontar el miedo a hablarle a una chica o a ser despreciado por ella, que enfrentarte a esto... Es el miedo que compartimos todos. Y vivimos anestesiados toda nuestra vida para no pensar en ello, porque si no, nos volveríamos locos —terminé yo.

—Así que sigues prefiriendo no pensar en eso.

—¿Qué iba a ganar con ello? Dígamelo, por favor.

—No lo sé. Como ya te he dicho antes, creo que es mejor enfrentarnos a ese miedo y no obviarlo. Pero entiendo tu postura. Le tienes miedo al miedo.

—Eso suena a frase de autoayuda de manual —dije con sorna.

—¿Ah, sí? Pues tal vez debería escribir algún libro, ahora que se venden tan bien.

Cuando era pequeño le tenía miedo a los relámpagos, y ahora me encanta ponerme a leer o a ver una peli de terror cuando hay tormenta para ambientarme.

Me aterrorizaban las alturas, y todavía hoy en día no soy capaz de subirme a algunas atracciones porque no entiendo como alguien puede disfrutar jugándose la vida de esa manera.

Durante toda la vida le he tenido miedo a la soledad, o más bien, a sentirme solo incluso cuando hay mucha gente a mi alrededor. A no estar realmente conectado con nadie. Es una sensación extraña, que por suerte solo he vivido por periodos muy cortos de tiempo. Siempre he tenido a mucha gente a mi lado que ha sabido cuidarme y darme esa compañía que necesitaba.

Pero a veces, como cuando me marché a Barcelona, sentí un miedo terrible a haber dejado todo atrás. Luego entendí que era necesario para seguir adelante, por el camino que yo mismo había escogido. Y creo que eso me hizo aprender bastante.

Les tengo un miedo atroz a las serpientes. Una vez estuve a punto de desmayarme en un espectáculo de magia, porque la ayudante del mago había sacado una serpiente enorme y se había paseado con ella por todo el público. Quise salir de allí corriendo, pero tu abuela me dio la mano y pude contenerme. Las odio, en serio.

Tengo mucho, muchísimo miedo, de que el mundo siga por el camino por el que va. Cada vez estamos más desconectados de la realidad. Tratamos de sentirnos seguros, y nos venden que no hay problema de ningún tipo, pero luego una furgoneta se cuele en plenas Ramblas y se lleva por delante a un montón de gente. Gente inocente, que simplemente estaba allí paseando. Me muero solo de pensar que el día de mañana tú tengas que pasar por algo así...

Ojalá me equivoque, pero sigo temiendo que el día de mañana tú tengas que enfrentarte, como mujer, a todo lo que tu madre, tu tía, tus abuelas y todas mis amigas y conocidas han tenido que vivir solo por el hecho de serlo. Que por desgracia tengas que volver con miedo cada noche a casa. Que estés indefensa ante la sordidez de cualquier malnacido que quiera aprovecharse de ti, sin pensar siquiera en lo que tú quieres. Y me da mucho más miedo saber que yo no estaré allí para poder ayudarte.

Pero sobre todo, por encima de todo lo demás, lo que de verdad me da miedo es que todo esto no funcione. O que funcione a medias. O que funcione, pero mi cuerpo diga “basta”, y todo se termine antes de tiempo. Me puedo enfrentar a lo que vendrá después, a la muerte o a lo que sea. Pero la simple idea de no llegar a verte me parece el mayor castigo imaginable. Y creo que no me lo merezco, la verdad.

28 de enero de 2018

Hay noticias que, por más que las esperes y sepan que van a ocurrir, siempre impactan. El fin de semana se presentaba gris por el cielo encapotado, pero se volvió mucho más oscuro ayer por la mañana. Cuando nos despertamos Ariadna y yo, la casa estaba vacía. Extrañamente vacía, quiero decir. Agradezco que mi familia nos deje intimidad, pero a esas horas de la mañana, era muy raro que ninguno de los tres estuviera por allí. Ni siquiera Ángela, que no había salido la noche anterior por tal de poder aprovechar todo el sábado para estudiar. Se lo comenté a Ariadna y me dijo que seguramente habrían ido a cualquier sitio. No habían dejado ninguna nota ni nada. Y sí, aunque parezca mentira, me preocupé por ellos. Así que llamé a mi hermana. Y ella, con un hilo de voz, me contestó que estaban en el tanatorio, en el pueblo de al lado. La señora Benita había muerto de madrugada.

Tuve que sentarme porque de pronto sentía un mareo terrible. Aquella mujer llevaba más de un mes en su casa, marchitándose poco a poco, esperando el momento para marcharse, sabiendo que iba a llegar pronto... Y se fue, sin hacer ruido, de madrugada. Todo el mundo lo esperaba. Todo el mundo sabía que aquello iba a ocurrir tarde o temprano. Yo también. Pero en ese momento, fue como si el peso del mundo se me cayese encima. Porque la señora Benita ya no estaba. Y porque le había prometido algo que nunca llegué a cumplir.

Aquella mañana, cuando fui a visitarla y conocí a su nieta Carolina, le dije que podría volver con Ariadna cuando ella estuviese aquí. Fue hace más de un mes, y en todo este tiempo, no he tenido un solo momento para visitarla. Y no, no estaba en otra ciudad, ni siquiera en otro pueblo. Estaba ahí enfrente, cruzando la calle. Y tampoco es cuestión de falta de tiempo, porque tengo todo el del mundo, y Ariadna también. Ya no hay excusas que valgan. A veces se me olvidaba, y otras simplemente decía que ya iría otro día. Y ese otro día no ha llegado nunca.

Dejar las cosas para otro día es un rasgo tan humano como estúpido. Si puedes hacerlo hoy, ¿por qué no lo haces? Yo siempre he sido muy metódico en ese sentido. En los estudios, en la vida... Pero es como si en los últimos meses hubiera dejado de ser yo mismo, al menos en parte. Me miro en el espejo y no me reconozco. Trato de hacer muchas cosas y apenas empiezo la mitad. Siendo sincero, lo único que he logrado mantener en el tiempo en estos meses ha sido este diario, y porque creo que estoy dejando parte de mi vida en él, para ti, y eso me da las fuerzas que necesito para ponerme a escribir en días como hoy, en los que realmente querría acostarme y no despertarme.

Cuando mis padres y mi hermana volvieron del tanatorio, justo para almorzar, les eché en cara el no haberme avisado y haberse ido sin mí.

—Daniel, era muy temprano y tampoco hacía falta que fuéramos todos.

—Eso es una excusa barata, papá. ¿Acaso pensabais ocultarme algo así?

—No, eso no es lo que...

—Pues entonces podíais haberme dejado alguna nota por aquí, o mandarme un mensaje al móvil. Si no llamo a Ángela...

—Hijo, de todas formas, aquel no es sitio para ti.

Sé que mi padre no lo dijo con mala intención. Que simplemente quería apartarme de todo aquello, y que además, estaba haciendo caso a todas las veces que yo mismo le había mareado la

cabeza con mis quejas, volviendo del tanatorio, sobre lo poco que me gustaba aquel lugar, y lo incomprensible que me resultaba a estas alturas ese tipo de velatorios donde lo único que hay es dolor, lágrimas y mucha gente que roba la tranquilidad de los familiares del difunto. Sé que no debí haberle respondido así, pero cuando me di cuenta ya lo había dicho.

—¿Ah, no? Pues me parece que no te has enterado todavía de lo que me pasa.

—Daniel, ya está. Tu padre quiere decir que allí no podías hacer nada —terció mi madre.

—Lo mismo que vosotros. Lo mismo que Ángela. Ella tenía que estudiar y se ha llevado toda la mañana allí, pero yo no puedo ir.

—Yo he ido porque he querido. A ellos tampoco les ha gustado la idea, pero les he obligado a llevarme. Y seguramente si hubieras estado despierto, habrías ido.

—¿O sea, que la culpa es mía por dormir? Muy bien.

—La culpa no es de nadie, Dani. No te pongas insoportable. Si quieres, después de almorzar, os llevo yo en el coche.

Seguramente iba a responderle algo borde a mi hermana, porque cuando me pongo así no hay quien me aguante. Pero tengo la inmensa fortuna de tener a mi lado a una mujer que no solo me ama y me soporta, incluso cuando no debería, sino que además me salva el culo.

—Muchas gracias, Ángela. Nos puedes dejar allí y volverte para estudiar. O estaremos solo un momento y nos volvemos los tres juntos. Después de todo, nunca te han gustado estas cosas, ¿verdad, Dani?

Y fin de la discusión. Tal y como tu madre planeó, solo estuvimos cinco minutos en aquel lugar. Y sí, reconozco que me puso los pelos de punta y que nada más entrar desee salir de allí. El ambiente, por supuesto, era deprimente. Mucha gente mayor, algunos incluso hablando a voces allí dentro. Para que luego digan que los maleducados somos los jóvenes. Como Ariadna puede sentir mi desasosiego por algún sexto sentido que tiene, no me soltó la mano en todo el rato. Solo cuando fuimos a dar el pésame a la familia de Benita. No eran muchos, porque sus hermanos, todos salvo uno, ya habían muerto. Su marido también. Así que allí solo estaban su hijo Paco, sus nietos y su hermano Salvador, al que yo apenas conocía. Me extrañó no ver a Carolina junto a toda su familia, pero su padre me dijo que sus amigas se la habían llevado un rato para despejarse y comer algo. Había sido ella la que había estado con su abuela aquella noche. La que había tratado de despertarla por la mañana, sin éxito. La que les había llamado a ellos entre lágrimas, casi sin poder hablar.

Aquello me puso todavía peor y entendí que, sin que sirva de precedente, debía darle la razón a mi padre. Aquel no era un sitio para mí. Escuchaba los cuchicheos a mi paso. Descubría a algunos, los más recatados, mirándome de reojo. Otros directamente me señalaban, como si yo no pudiera verles, como si fuera ya un fantasma. Hablaban entre ellos. Supongo que sobre mi aspecto, sobre mi palidez. Y quiero pensar que también sobre mi explosiva novia embarazada de seis meses. En el tiempo que estuvimos allí, nos convertimos en el centro de atención. Y eso que nadie se acercaba a nosotros. Simplemente nos miraban desde lejos, y hablaban por lo bajo. Quería esperar a que volviera Carolina, para saludarla al menos. Pero solo tarde cinco minutos en pedirle a Ángela que nos llevara de vuelta a casa. Y lo más sorprendente es que ni mi hermana ni mis padres me dijeron nada al vernos volver tan pronto. Pensé que algún “te lo dije” caería. Pero

imagino que nadie tenía ganas de empezar una nueva discusión.

Ellos acaban de marcharse ahora para la misa, y esta vez sí, me ha preguntado si quería acompañarles. He preferido quedarme aquí con Ariadna y despedirme de Benita a mi manera. Sin templos, sin monsergas. Recordando cómo me preparaba las mejores tostadas de aceite y azúcar que he comido jamás. Cómo ponía a mi madre al corriente de mis ligueos antes de que casi yo mismo las conociera. Cómo nos trataba a mí y a Ángela como si fuéramos sus nietos, llegando incluso a hacernos regalos por nuestros cumpleaños. Prefiero quedarme con todo eso, antes que con la última imagen que tengo de ella.

¿Con qué imagen mía se quedarán los demás?

29 de enero de 2018

A estas alturas estoy seguro de que ya sabrás de sobra que el ser humano es muchas veces estúpido por naturaleza. No sé si lo somos por nosotros mismos o por esta sociedad que parece querer idiotizarnos cada vez más. Pero la sociedad tampoco surge sola, y no es más que la consecuencia de nuestras voluntades, o puede que la ausencia de ella. Como ves, hoy estoy un poco filosófico.

Si el ser humano fuera más listo, más inteligente, no estaría trabajando seis días a la semana, diez horas al día, para poder descansar solo unas horas con la vista puesta en lo que le viene al día siguiente, y al siguiente, al siguiente. Si mi yo de diecinueve años leyera esto, me pegaría tal paliza que no podría ni terminar esta frase. Bueno, y el de veinticuatro también estaría de acuerdo con él. Yo siempre he considerado que el trabajo es algo sagrado, que ennoblece, que nos da lo que debemos tener. Y lo sigo manteniendo. Pero por desgracia, la vida se ha convertido para muchos en solo trabajo. Y no por gusto, sino en la mayoría de casos, por necesidad. Porque los sueldos son míseros y no se llega a fin de mes. Porque hay que sacar a tus chiquillos adelante, o pagar las facturas y la hipoteca, y coges lo que sea con tal de poder llevar un plato a la mesa. Puede que esto suene demasiado hipócrita viniendo de alguien que nunca ha tenido problemas de ese tipo. Por eso me considero un verdadero afortunado. He trabajado mucho para conseguirlo, desde luego, pero sé que hay mucha gente que trabaja lo mismo y no llega ni a la mitad. Gente que lo sacrifica todo para tener una vida decente. ¿Y cómo de buena puede ser esa vida, que solo se basa en el trabajo y en el sacrificio?

He visto a gente que no tiene tiempo para nada porque debe buscarse dos trabajos para poder pagar todo lo que tiene por delante. Gente que con uno solo le basta y le sobra, pero como quiere tener mucho, también necesita mucho. Gente que piensa que cuanto más gana, mejor vive, y solo les falta llevarse una cama a la oficina. Gente que pone como excusa el bienestar de los suyos para pasarse las horas fuera de casa, solo porque su hijo o su hija puedan tener el último modelo de teléfono o la consola de moda. Y todos ellos cometen el mismo pecado: no valorar el tiempo.

Cuando se escurre entre los dedos, cuando se escapa, cuando de verdad sabes que no habrá muchas horas porque las tienes contadas, la concepción del tiempo cambia, te lo aseguro. Porque todos, y más al ser jóvenes, pensamos que vamos a ser eternos, como si eso de que nos queda toda la vida por delante fuera una promesa infinita. Sabemos que habrá muchos días para hacer muchas cosas. Las hacemos, igualmente, porque estamos en esa etapa de adorar el *carpe diem*, y para qué esperar. Pero todos, sin excepción, acabamos malgastando el tiempo que tenemos. A veces de una manera muy estúpida. Otras, por pura costumbre. Dejamos abierto el grifo y el tiempo corre y corre, y se va por el desagüe, y pensamos que la factura tardará mucho en venir y que no tenemos de qué preocuparnos. Hasta que nos llega. Y no hay manera de recurrir.

Decía Marcel Proust que el amor es el espacio y el tiempo medidos por el corazón. Leí hace mucho aquella frase, y se me quedó grabada, aunque al principio no la entendiese del todo. No tenía una manera especial de ver el tiempo, porque era como todos los demás. Trataba, eso sí, de disponer de tiempo libre para mí, sobre todo después de conocer a tu madre, porque quería pasar todo el tiempo posible a su lado. Me gustaba mi trabajo, pero no podía ni compararse con la sensación de disfrutar de una película acurrucado junto a Ariadna en el sofá, o con aquellos paseos por Sarria y Gracia, cuando el tiempo parecía importar mucho menos. Supongo que ahí entendí aquella frase, o al menos lo hice a mi manera. Tu madre me demostró que el tiempo no era aquello que habíamos enjaulado en un reloj, avanzando incesantemente a través de unas

manecillas que no iban a pararse por nada ni por nadie. Ese tiempo era el de los demás. El nuestro era diferente, intangible, flexible, fuera de todo entendimiento. Era nuestro tiempo cuando nos olvidábamos de relojes, de móviles y de todo lo demás. Cuando ya no había horarios que cumplir y las noches duraban hasta que no podíamos más. Nos esforzamos mucho para que ese tiempo siempre fuera nuestro, y poder disfrutarlo como quisiéramos. En un concierto de una sala semivacía o viendo a un artista consagrado en el Sant Jordi. Poniendo Barcelona a nuestros pies desde el Tibidabo o tumbados en la hierba de los Campos de Marte, admirando la Torre Eiffel. Viviendo aventuras en la Toscana o quedándonos en casa ese día en el que no queríamos compartir ese tiempo, el nuestro, con nadie más.

Y como era nuestro tiempo, y nosotros lo dominábamos, soñé como lo podríamos alargar para que tú también disfrutases de él. Imaginé todas las concesiones que haríamos al tiempo común y corriente, una vez al año, para que celebraras el aniversario de tu llegada al mundo con todos los demás seres que te rodeasen. Para que ellos entendieran todo lo que habías crecido en su tiempo. En el nuestro serías niña y mujer al mismo tiempo. En el mío, ya lo eres.

No cambiaría ni uno solo de aquellos momentos, marcados con nuestras propias manecillas. Ni siquiera los de ahora, cuando tu madre y yo ya hemos perdido todo el glamour, cuando apenas podemos movernos de esta casa, en este pequeño rincón del mundo al que desde luego, no llegan los artistas internacionales, donde los monumentos se puede tocar con la mano y no hace falta subir cientos de escalones para disfrutarlos. Soy consciente de que es lo que queda, y aunque a veces me dé por divagar y abrir el álbum mental de mis recuerdos, quiero seguir disfrutando de cada momento del tiempo que compartimos tu madre y yo. Y deseo, con todas mis fuerzas, que el tiempo común y corriente, ese bastardo inmisericorde que según dicen, nos pone a todos en nuestro lugar, me dé un respiro, aunque sea en el descuento, para que mi tiempo se funda con el tuyo, y lo hagamos nuestro. Durará un instante, tal vez, pero sé que será eterno.

31 de enero de 2018

Una de las mayores decepciones de mi vida la sufrí al enterarme de que el Día de la Paz en realidad no se celebra el 30 de enero, sino el 21 de septiembre, a nivel mundial. En el instituto y sobre todo en el colegio nos hacían estar toda la semana con pancartas, redacciones y trabajos sobre la paz, el amor y todo eso. Y resulta que, efectivamente, celebrarlo a finales de enero era una iniciativa española, iniciada en 1964 por Llorenç Villar, coincidiendo con el aniversario de la muerte de Mahatma Gandhi (que a estas alturas seguro que no necesitas que te explique quién fue). Lo curioso del caso es que en otros países se celebra en marzo, o coincidiendo con el “oficial”, en septiembre. Aquí, como en muchas otras cosas, vamos por libre.

Recuerdo cómo nos sacaban al patio para celebrar aquel día. Recuerdo que todos cantábamos canciones sobre la paz y el amor, y nos dábamos la mano, como si fuéramos una clase perfecta, donde nadie se metía con nadie. En aquel momento me parecía precioso, pero luego, conforme crecía, cada vez le tenía más y más asco a aquella celebración, porque me parecía algo totalmente hipócrita. Tipos que se pasaban las clases insultando y molestando a sus compañeros, ahora se ponían muy orgullosos en sus redacciones pidiendo respeto para todo el mundo y paz en todos los rincones del planeta. Chicas que no paraban de criticarse entre sí se daban besos y abrazos y cantaban canciones de Silvio Rodríguez sin tener ni idea de quién fue Silvio Rodríguez. Era mi etapa más oscura y misántropa, supongo. Pero había algo que siempre me hacía sonreír en aquel día. Alguien, en realidad.

Paloma nació un 30 de enero, casi ocho meses antes que yo. Y la verdad es que no sé si su nombre deviene de la celebración que luego compartiríamos durante toda nuestra infancia o simplemente fue elección libre de sus padres. Ella prefiere pensar lo segundo, pero me parece demasiada casualidad. Claro que mayor casualidad fue el hecho de que sus padres se mudaran aquí, a Cerro de la Vega, casi al mismo tiempo que los míos, y los dos acabáramos coincidiendo en el mismo colegio. Yo, que debería haber estudiado en Triana, y ella, que estaría seguramente en Córdoba, unidos al final en el Gustavo Adolfo Bécquer. Allí compartimos clase durante nueve años, y aunque es cierto que no éramos los mejores amigos, ella siempre me cayó muy bien. Era una chica divertida, muy simpática y a veces demasiado intensa. No tenía ningún problema en jugar al fútbol si hacía falta, y no se dejaba avasallar por los niños que querían levantarle la falda del vestido. De hecho, muchos aprendieron que más valía no cabrearla, porque no era de las que se echaban a llorar o buscaban a un profesor. Tenía carácter, desde luego, y creo que aquello le vino muy bien, sobre todo después, cuando entramos en el instituto.

El primer curso de la secundaria nos llevó por caminos separados. Yo tuve la suerte de seguir junto a Edu y Fran, que por aquellos tiempos ya eran mis mejores amigos. Ella estaba en otra clase y obviamente, nos veíamos menos, pero nos seguíamos saludando de vez en cuando en el patio, o en los pasillos. Aquel año yo perdí la cabeza (casi literalmente) por una chiquilla morena y de ojos azules que no me hacía el más mínimo caso, y lo pasé fatal. Todos mis amigos estaban empezando a salir con chicas, aunque fuera solo para tontear, y yo me sentía un poco imbécil. Supongo que fue por eso por lo que al año siguiente, cuando volvíamos a coincidir en la misma clase, me fije un poco más en ella. Puede que no fuera la chica más guapa del instituto, pero desde luego era mucho más divertida que la mayoría de mis compañeras. Era diferente. Las demás se hacían las tontas cuando querías hablar con ellas, o te obligaban a arrastrarte para prestarte atención. Supongo que era lo que habían aprendido. Todos los chicos van en su busca, pues vamos a hacerles sufrir. Pero con Paloma era diferente. Ella siempre tenía tiempo para hablar de fútbol,

de videojuegos, incluso de películas que juraría que casi ninguna chica había visto. Era como tener a otro amigo más, solo que en este caso era una chica. Y créeme, yo no tenía muchas amigas en aquellos tiempos. Así que hice lo que me pareció más apropiado: pedirle salir.

Fue todo un acontecimiento en el instituto, o al menos en nuestro curso. Yo llegaba con el corazón destrozado por aquella chica de la mirada irresistible y esquiva. Ella nunca había salido con nadie antes, supongo que porque los chicos preferían a otro tipo de novia. Éramos tan imbéciles, Alba. En fin, que cuando me armé de valor, una mañana de noviembre en la que no teníamos ni clase de gimnasia ni ningún examen que me hiciera sudar o estar más nervioso de lo debido, me planté ante ella y con toda la buena fe del mundo le dije que me parecía una chica muy interesante y que me encantaría que saliese conmigo. Traté de buscar un momento en el que estuviéramos solos, pero se ve que eso con trece años es imposible, así que pronto un montón de compañeros se arremolinaron en torno a nosotros. Paloma se quedó en shock, algo que no era habitual en ella. Pero cuando se recuperó de la inesperada declaración, me miró mordiéndose el labio, se echó el pelo hacia atrás y me abrió el cielo con cuatro palabras:

—Claro que saldré contigo.

Como todavía teníamos trece años, sellamos aquel precioso inicio de relación con un casto abrazo, entre los vítores de nuestros compañeros. En aquella edad se hacían y se deshacían parejas cada día, pero aun así considerábamos cada inicio de relación y cada ruptura como todo un acontecimiento. Aquel día nos llevamos todo el recreo cogidos de la mano, hablando sobre las cosas que podíamos hacer esa misma tarde. Algunos se acercaban y nos daban la enhorabuena. Yo me lo tomaba bastante bien, porque como podrás imaginar, estaba en una nube. Paloma no decía nada. Solo sonreía y lo dejaba pasar.

Debo admitir que me siento muy orgulloso de que mi primera novia oficial fuera Paloma. Era mi amiga, y no se me ocurría una chica mejor para formar pareja. Claro que aquello técnicamente no fue un noviazgo como tal. Lo fue, a todos los efectos, para nosotros y para el resto, pero no éramos la típica pareja de aquella edad. Era como si nuestra amistad se hubiera extendido un poco más en sus límites. Nos cogíamos de la mano, nos decíamos cosas bonitas, nos mandábamos cartas y mensajes cariñosos (sobre todo yo a ella, lo reconozco) y a veces nos besábamos. Pero eso era todo. Con el tiempo y la distancia sé que solo fue un primer acercamiento al sexo femenino, para probar lo que se sentía al tener a una chica a tu lado. Una chica que de verdad quería estar contigo, que pensaba en ti antes de dormir, igual que tú pensabas en ella. Era muy agradable tener a alguien con quien compartirlo todo, más allá de tus amigos de siempre. Me sentía como un auténtico galán cuando íbamos de la mano por las calles del pueblo, hasta la plazoleta donde solíamos reunirnos todos los de clase. Todas las parejas quedábamos casi cada tarde para hablar sobre las clases, los estudios, los avances de cada cuál... Y nosotros formábamos parte de todo eso. Me duele reconocerlo, pero creo que aquella sensación de pertenecer al resto del grupo era lo que más me gustaba de estar con Paloma.

Llevábamos poco más de cuatro meses y yo pensaba que las cosas iban de maravilla, pero la empezaba a notar algo más distante. Cuando estábamos con los demás seguía mostrándose más o menos cariñosa (nunca lo había sido mucho, pero al menos sí que nos cogíamos de la mano y esas tonterías). Sin embargo, cuando estábamos a solas, prefería mantener cierta distancia, y ya nunca hablábamos de la relación en sí, solo de aquello que nos gustaba a ambos. Venía a verme a mis partidos de baloncesto, y yo también la acompañaba a sus katas de kárate, pero todo se había vuelto un poco más frío entre nosotros. Sin embargo, yo era demasiado cobarde como para decirlo

algo. Me conformaba con mantener así la situación, porque al menos podía decir que tenía novia. Pero ella, además de ser mucho más inteligente y valiente que yo, era también más madura, así que una tarde, después del instituto, me propuso dar un paseo y alejarnos del resto de compañeros para contarme algo importante. Y como era de las que no dan rodeos, empezó diciendo:

—Dani, ¿tú estás bien conmigo?

—¿Bien? Pues claro que estoy bien. Más que bien. Estoy superenamorado...

—Para, por favor. No digas eso otra vez. No creo que lo estés y solo hace que me sienta peor.

—¿Por qué? ¿Por qué no iba a estar enamorado de ti?

—Pues porque yo no lo estoy de ti.

Aquello no me lo esperaba. Seguramente la pobre Paloma me había ido dejando un montón de señales para que me diese cuenta por mí mismo de que lo nuestro iba camino de hundirse como el Titanic. Pero no, yo no era especialmente hábil entendiendo esas señales. Yo tenía que chocarme contra el iceberg y ver como el barco se partía en dos. Y, aun así, seguía teniendo esperanzas en poder salvarlo.

—¿He hecho algo mal? Puedo ser mejor novio, de verdad. Dame otra oportunidad.

—No es culpa tuya, Dani. De hecho, es todo por mí. Tú no has hecho nada malo.

—Pero entonces, ¿qué ha pasado? Estábamos bien, ¿no?

—Sí... Bueno, más o menos. Pero es que esto no es lo que yo quiero. No quiero estar solo bien. Quiero algo más.

—¿Y qué hay de malo en eso? Conmigo puedes tener mucho más.

—Lo siento, pero no. No eres la persona con la que quiero tenerlo, Dani. Me odio a mí misma por decirte esto, pero es que me parece mucho peor seguir dándote alas, cuando solo pienso una y otra vez en dejarlo. Porque te voy a decir mucho más daño si seguimos.

—¿Daño? No me estás haciendo daño. Estamos bien, ¿no?

—Tú no lo entiendes...

—Pues no, no lo entiendo. Pero podías explicármelo. Porque aquí somos dos, y tú quieres terminar y yo no quiero.

—Pues me temo que no te queda otra que aceptarlo, Daniel.

Es verdad que me había puesto un poco impertinente en aquel momento, pero es que me sentía como la mayor mierda del universo, y como de costumbre, no entendía absolutamente nada. ¿No te ha pasado alguna vez eso de pensar que algo va de maravilla, que todo es perfecto, pero de repente viene alguien y te baja de la nube? Pues como se suele decir, más dura fue la caída. Y me la pegué pero bien, porque vivía completamente aparte de todo lo que estaba pasando entre nosotros. Era como si yo tuviese en mi cabeza una relación perfecta, paralela a la que realmente estábamos viviendo. Y llegó un punto en el que mi visión y la de Paloma se alejaron tanto que ya no se parecían en nada. Por eso yo me puse tan idiota. Y ella no se amedrentó.

—Sé que para ti debe ser una putada, pero espero que podamos terminar como amigos, o al menos, sin que me odies. De verdad que es lo único...

—¿Y qué pretendes? ¿Que se quede todo aquí y ya está? ¿Sin explicaciones, sin motivos?

—Te he dado un motivo. No me gustas de esta manera. No siento por ti lo mismo que tú estás sintiendo por mí y no quiero que esto siga así, porque será peor.

—Eso es un motivo de mierda, y me suena a excusa.

—Pues es el motivo real, y el peor de todos, de hecho. ¿Preferirías que hubiera alguien más? No te entiendo, de verdad.

—¿Tú no me entiendes? Tú, que vienes aquí a cargarte algo que es perfecto, eres la que no me entiende.

—No es perfecto, Dani. No sé qué imagen tienes de esta relación en tu cabeza, pero está muy lejos de ser perfecta, al menos para mí. Y si no eres capaz de entender eso, razón de más para que lo dejemos aquí.

—¿Y ya está? ¿Se acabó y punto?

—Es lo mejor, de verdad. Tal vez con el tiempo podamos volver a ser amigos...

No me enorgullece reconocer que dejé aquella conversación de una manera muy poco madura, alejándome de aquel lugar, dándole la espalda a Paloma mientras rumiaba insultos y maldiciones y le enseñaba un dedo de la mano derecha. Al día siguiente, todo el mundo conocía ya lo de nuestra ruptura. Yo me refugié en mis colegas y me pasé todo el tiempo del recreo jugando al fútbol con ellos. De vez en cuando buscaba a Paloma con la mirada, pero no la encontraba. Fueron unos días duros para los dos, pero no pasó ni un mes cuando volvimos a saludarnos, aunque solo fuera con un gesto, en los pasillos.

Al año siguiente nuestros caminos volvieron a separarse. El tiempo terminó de curar las heridas que yo pudiera tener, aunque todavía no habían cicatrizado del todo, como para poder recuperar lo que teníamos antes. A veces echaba mucho de menos no tener una amiga como ella, con la que poder despejarme, que pudiera aconsejarme mucho mejor de lo que lo hacían Edu, Fran y los demás. Y lo peor es que estaba allí, en la clase de al lado, en el patio del instituto, en la misma plazoleta de siempre. Pero algo intangible me alejaba de ella, me hacía imposible acercarme y arreglar las cosas definitivamente. Sé que ella me estaba dando espacio porque era lo que yo necesitaba. Sí quería que la cosa cambiase, debía dar el paso. Y yo, como de costumbre, lo dejé pasar. Y pasó, aquel curso, y también el siguiente. Pasó el tiempo, observándonos desde lejos, saludándonos de vez en cuando, curándonos en la distancia.

A las pocas semanas de empezar a salir con Esther, cuando estaba viviendo precisamente uno de los momentos más felices que podía recordar, me encontré con ella en una de las tiendas del pueblo. Podía haber hecho como tantas otras veces y obviarla, o simplemente, saludarla desde lejos. Pero aquella tarde sentí que ya habíamos tenido suficiente de toda aquella mierda, y me acerqué a hablar con ella. Recuerdo su sonrisa al decirle que sentía mucho haber estado tanto tiempo enfadado por aquella tontería. Recuerdo su mirada, algo azorada, pidiéndome perdón por todo, y sobre todo por no tratar de recomponer nuestra amistad más de dos años después. Recuerdo que le dije que para esas cosas nunca era tarde. Recuerdo que me felicitó por lo de Esther, porque le parecíamos muy buena pareja, y porque literalmente, mi novia le parecía una de las pocas chicas legales de todo el instituto. Le dije que yo solo salgo con lo mejor de lo mejor. Eso la hizo reír, como solía hacerlo, y fue como si un aluvión de nostalgia me atravesara en aquel momento. Nostalgia con dieciséis años, lo que me faltaba.

Recuerdo que después de comprar le propuse acompañarla a su casa, que no quedaba lejos,

para charlar un rato con ella. Aceptó encantada, y me confesó que tenía algo muy importante que contarme. Subiendo la cuesta de la calle Horno, con voz entrecortada por el esfuerzo y la vergüenza, me dio la noticia. Ella también estaba saliendo con alguien muy especial, alguien que por primera vez le hacía sentir que eso que llamamos amor podía ser real, y podía pasarle a ella. Se llamaba Julia, era amiga de una prima suya de Sevilla y según me contó, era la persona más maravillosa que había conocido nunca.

Quedaría genial escribirte que aquello no me sorprendió en absoluto, que me lo tomé con total naturalidad y no le di importancia al hecho de que mi primera novia saliera con otra chica. Pero lo cierto es que me quedé en blanco. Le tuve que preguntar de nuevo por su nombre, para aclararme. Julia, sí, es nombre de chica. Es una chica, Dani. Estas cosas pasan, no seas imbécil. Mientras yo pensaba todo aquello, ella se reía sin parar, diciéndome que no pasaba nada, que al principio era normal que costase asimilarlo. Cuando conseguí reaccionar solo pude abrazarla y desearle que aquello le durase para siempre. Ella me lo agradeció, y ya llegando a su casa, me dijo que se alegraba de habérmelo contado, porque tal vez ahora pudiera entender muchas cosas.

Y cuando volví a pensar en aquella herida que había estado ahí todo ese tiempo, ya apenas sentía la cicatriz. No fue por arte de magia, fue por el esfuerzo de los dos, por el amor que yo rebosaba en aquel momento y que me hizo dar el paso para devolver las aguas a su cauce, por su confianza absoluta en mí para contarme algo así, algo que por supuesto, guardé celosamente como un secreto compartido hasta que ella misma, harta de las especulaciones y de los rumores que circulaban por el instituto, decidió callar a todos trayéndose a su chica al acto de fin de curso y comportándose con ella como cualquiera lo haría con su pareja, como yo lo hacía con Esther.

Todavía tuvo que aguantar las mofas de algunos capullos que, en el fondo, creo que la envidiaban primero por su valor y luego por tener a una novia tan espectacular como Julia. Paloma lo afrontó todo con la cabeza bien alta, orgullosa de todo lo que hacía, sin dejarse amedrentar por nadie. Se ganó el respeto y el cariño de todo el mundo no por salir con otra chica, sino por ser como era, una buena amiga, una compañera dispuesta a pelear con quien fuera por defender lo que era justo. Y aunque ella no quiera reconocerlo, sé que su historia permitió que otras muchas chicas, y también chicos, pudieran dar ese mismo paso después, sin sentirse tan solos. Estoy seguro de que no fue la primera chica homosexual del instituto, pero al menos en mi generación, fue la primera que no tuvo problemas en reconocerlo, y en seguir con su vida como hasta ese momento. Su naturalidad era un regalo para todos los demás, y así supimos entenderlo.

Supe que, al acabar el instituto, se marchó a estudiar a Granada. Que cortó con Julia, y que encontró a otra persona allí. Creo que se llama Graciela. Era compañera suya en la universidad, y por lo que se ve hicieron muy buenas migas, porque lo último que supe de Paloma es que se casaron hace poco más de un año. Sigue viviendo allí, en Granada, donde trabaja como profesora de infantil, ayudando a los niños a entender cuál es el significado del Día de la Paz, por ejemplo, y haciendo con ellos un montón de pancartas para celebrarlo por su cumpleaños. Así me la imagino yo, feliz y con una vida apasionante, la que siempre quiso tener, la que tanto luchó por disfrutar.

FEBRERO

4 de febrero de 2018

Tendrás que perdonarme otra vez, Alba, por llevar tantos días sin escribir. La sesión del jueves me dejó más tirado de lo habitual, y el viernes fue un día un poco raro. Cuando me quise dar cuenta era ya fin de semana, y no he tenido tiempo para nada porque mi tío Alfonso, el hermano de mi madre que vive en Zafra, ha venido a visitarnos con toda su familia. Se han marchado hace un rato, de hecho, y han dejado esto un poco vacío, porque son de ese tipo de gente que, para bien y para mal, llenan los sitios de risas, conversaciones, algún que otro grito pero sobre todo, muchísima vida.

Mi tío Alfonso es el más pequeño de los hermanos de mi madre. Ella es la mayor, y luego está mi tía Carlota, que vive en Cádiz con Adolfo, su marido, y su hija Gloria. Alfonso era el cuarto hermano. Falta mi tío Miguel, que murió con apenas dieciocho años en un accidente de moto, poco después de yo nacer. La historia de mi tío Miguel es mucho más trágica de lo que parece. En mi familia nunca se habla directamente de eso, pero a lo largo de estos años, por conversaciones sueltas, he podido ir atando cabos hasta sacar mis propias conclusiones. Mi tío murió en un accidente, sí, pero no fue por mala suerte. Creo que empezó a tomar drogas cuando tenía dieciséis años y aquello se fue volviendo cada vez más y más peligroso. Mis abuelos estuvieron a punto de echarle de casa varias veces, porque incluso llegó a robarles dinero para poder comprar caballo. Se pasaba días perdido, sin que nadie supiera nada sobre él. Estuvo encerrado en comisaría muchas veces, pero siempre le sacaban a los pocos días, porque al final nunca cometía ningún delito grave. Sin embargo, aquél fatídico día de la primavera del 88, mi tío se pasó con la dosis, robó una moto y ciego como iba, acabó estrellándose contra una farola en una avenida muy popular de Sevilla.

Ni mi madre ni mis tíos me han contado directamente esta historia, pero es imposible pasar por el alto el auténtico terror que sintió mi madre cuando yo tenía quince años y llegaba del instituto contando que habían echado a tal o cual compañero por haberle pillado con un porro en el recreo. Casi entre lágrimas, mi madre me repetía una y mil veces que ni se me ocurriera probar aquello. Yo nunca tuve especial interés en todas aquellas cosas porque fumar me parecía algo asqueroso, pero la actitud de mi madre era más que suficiente para quitarme las pocas ganas que tuviera de acercarme al mundo de las drogas. Su tristeza cada vez que llegaba el mes de mayo, recordando a su hermano, y su miedo a las motos, que provocó que yo fuese en bicicleta hasta que me saqué el carné para ir a la universidad, eran piezas imperdibles del puzzle de aquella historia que he tenido que componer con el paso de los años y que desde luego, supone un punto negrísimo en la historia de mi familia materna. Tal vez ya conozcas esta historia, o tal vez sea la primera vez que la oyes (o lees, más bien). No lo hago como advertencia, aunque algo de eso hay también. Es solo una forma de que conozcas de dónde vienes, las partes buenas y las no tan buenas. Si a mí me ayudó, seguro que a ti también.

El caso es que mi tía Carlota viene muy, muy poco por aquí, porque siempre está ocupada con mil cosas, viajes y demás. Pero mi tío Alfonso y su mujer, Diana, sí que suelen pasarse por aquí al menos un par de veces al año. A veces vienen solos, otras se traen a alguno de mis primos, y en ocasiones especiales como ésta vienen los cinco. Sito, el mayor de todos, cumplió los veinte hace poco y va camino de convertirse en uno de los mejores informáticos del país. Siempre le gustaron los ordenadores, y se ha está especializando en seguridad informática, haciendo la carrera y estudiando luego por su cuenta, hasta el punto de estar ya en el punto de mira de muchas empresas que están deseando que termine de estudiar para contratarle. Mi tía Diana siempre cuenta que le

preocupaba muchísimo que su hijo se pasara tantas horas delante del monitor, y que muchas veces le dijo, cuando era más joven, que debía salir más y hacer más deporte. Ahora, al niño se lo rifan empresas que le ofrecen sueldos que ya quisiera yo para mí, y ni siquiera eso le ha conseguido descender de su objetivo: estudiar y seguir aprendiendo todo lo que pueda sobre seguridad informático, hackeo y demás.

Su hermano Pedro tiene un par de años menos que él y aunque no ha salido tan aplicado, también parece haber conseguido encauzar su futuro. Quiere trabajar en hoteles y viajar mucho, así que está haciendo un Grado Superior de Turismo o algo así. Es un tipo con mucha labia, divertido y capaz de conseguir que toda la atención se centre en él cuando quiere, aunque tampoco es que esté siempre llamándola, ni mucho menos. Nos vemos muy poco, por eso cada vez que viene me parece como medio metro más alto. En su momento llegamos a echar alguna que otra pachanga al baloncesto y aunque yo presumo de buen salto, no tenía nada que hacer contra él. Además, en los últimos años ha desarrollado una pasión inusitada por Sum 41, como ya lo hice yo a su edad, y más de una vez me ha comentado que cuando tocan en Barcelona íbamos a ir a verlos juntos. Supongo que eso también se quedará en la lista de cosas por hacer...

Paula llegó algo más descolgada, y siendo la pequeña, cualquiera podría pensar que es la más mimada de los tres. Sin embargo, ella se queja de que sus hermanos se llevan siempre lo mejor. Claro que está en la edad de quejarse por cualquier cosa, sobre todo viendo como ellos ya son mayores, pueden conducir, beber y salir de fiesta cuando quieran, y ella todavía está encerrada en la adolescencia, al menos durante un par de años más. He de ser sincero, mi prima me parecía una adolescente descocada como cualquier otra hasta este mismo fin de semana. Es cierto que no nos veíamos mucho, y que la última vez que pasamos tanto tiempo juntos era una cría de apenas doce años. Pero algo ha cambiado en ella. No sé si será por la necesidad de adaptarse a lo que le viene por delante, por querer estar más cerca de sus hermanos o lo que sea, pero Paula me ha sorprendido, sobre todo por su madurez. Siempre he pensado, y lo tengo más que comprobado, que las chicas maduran antes que los chicos.

Mientras sus padres y sus propios hermanos trataban de llevar todas las conversaciones por temas alegres, haciendo bromas y sin hablar demasiado de un futuro en el que obviamente yo no estaré, ella se mantenía muy callada, observándome. Al principio me hizo sentir un poco incómodo, pero decidí pensar que simplemente está en la edad de comportarse rara y punto. Después de cenar todos juntos, Alfonso y Pedro le preguntaron a Ángela por algún sitio donde poder salir a tomar algo. Mi hermana se apuntó con la condición de no volver demasiado tarde, porque quería estudiar hoy por la mañana. Hubo un silencio un poco incómodo cuando ellos miraron hacia mí, como preguntándose si iría con ellos o no. Decidí salvarles el mal trago y me escudé en el cansancio para volver a casa junto a Ariadna. Paula se vino con nosotros, cabreada porque sus hermanos ni siquiera la tenían en cuenta en ese tipo de ocasiones. Para que se le pasara un poco, Ariadna y yo estuvimos un rato charlando con ella en nuestro cuarto.

—Me tratan como una niña, pero no soy una niña. Tengo dieciséis años ya. En Estados Unidos podría sacarme el carné de conducir.

—Y no podrías beber hasta los veintiuno —apunté.

—Bueno, todo tiene sus ventajas y desventajas. Además, ¿quién dice que hace falta llegar a la edad legal para beber?

—Eh... ¿la ley?

—Ya. La misma ley que todos nos hemos saltado, ¿o no? —preguntó ella, mirándonos a los dos.

—Yo bebí mi primera copa con diecisiete —respondí con sinceridad.

—Pues seguías siendo menor de edad. ¿Y tú?

—Yo solo bebo vino, nada más. Y si me paso de la segunda copa ya no sé ni donde estoy —respondió tu madre.

—Doy fe de eso.

—Ya... Es que no es solo por el tema del alcohol. Es por todo. Voy a ser la niña pequeña siempre. ¿Es justo eso?

—Eso tampoco es tan malo. Yo también soy la pequeña y siempre me he sentido muy cuidada por mis hermanas.

—Porque sois tres chicas. Esto es diferente, créeme. No hay nada peor que tener dos hermanos mayores.

—Yo diría que sí —tercié—. Podrías tener dos hermanos menores. Y eso sí que es un coñazo.

—Yo solo digo que voy a tener treinta años y voy a seguir siendo la pequeña. Que no es justo.

—Hay tantas cosas que no lo son... Es parte del aprendizaje de la vida, supongo.

Tras oírme, Paula volvió a quedarse mirándome muy callada.

—Lo siento. No quiero parecer una insensible ni una dramática, pero a veces...

—Oye, todos hemos sido dramáticos a los dieciséis. ¿Sabes que yo estuve una semana sin hablarle a mi madre porque no me dejaba ir a un concierto de El Canto del Loco? Para mí aquello era como el fin del mundo. No veía vida más allá de aquel concierto.

—¿El Canto del Loco? ¿En serio?

—Bueno, cada cual tiene a sus ídolos, ¿no? —Ariadna trataba de defenderse ante una millennial que sentía que El Canto del Loco era casi tan antiguo como Mecano o Héroes del Silencio— El caso es que las cosas que nos pasan a tu edad nos marcan mucho y nos parecen insalvables. Pero créeme, luego creces y lo ves todo con más perspectiva.

—¿Y cuánto queda para eso?

—No pienses tanto en hacerte mayor y disfruta de tu edad, porque también tiene muchas cosas buenas —intervine yo— A mí me encantaba tener dieciséis años y dedicarme solo a estudiar e ir a clase.

—Venga primo, no me metas trolas.

—No son trolas, Paula. Es la verdad. Tenía a mis amigos, a mi novia, me gustaban algunas asignaturas y el resto... bueno, las sacaba lo mejor que podía. Estudiaba y me esforzaba por sacar buenas notas, pero también aprovechaba todo el tiempo posible. Sé que tú estás deseando cumplir los dieciocho porque crees que detrás de esa puerta está la libertad total y absoluta, pero hazme caso, también hay mucha libertad a tus dieciséis.

—Si tú lo dices... Mis padres piensan igual, pero a ellos no puedo hacerles caso.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

—Pues porque no tienen ni idea de cómo es ser joven hoy en día. Están todo el tiempo preocupados por si alguien me secuestra, o por si hablo con algún desconocido por Internet. Creo que han visto muchas películas.

—Tampoco es tan descabellado.

—Ya Ariadna, pero es que no estamos en una peli cutre de sábado por la tarde. Sé que esas cosas pasan, pero no en Zafra. Y además, no soy tan estúpida como para dejarme engañar de esa manera. Pero eso a mis padres les da igual porque siguen pensando que soy una cría.

—Pues demuéstrales que no lo eres.

—Que listo, ¿y cómo lo hago, si se puede saber?

—Puedes empezar por no cogerte un berrinche cada vez que alguien te deja fuera de un plan al que sabes que no puedes ir —dijo tu madre.

—Eso es un golpe bajo.

—Soy una adulta, ¿qué esperabas?

—Anda que vuestra hija va a estar lista con vosotros.

Paulo no tardó ni dos segundos en darse cuenta de lo que había dicho, y su risa franca y transparente se cortó de pronto con un taco que no reproduciré. Aquello me dolió mucho más que la frase en cuestión, porque además sé que no lo dijo con mala intención. Yo sonreía tratando de transmitirle que no pasaba nada, pero ella tenía la misma mirada que un perrito que acababa de ser abandonado a su suerte en medio de una carretera.

—Lo siento, primo, de verdad que... Mi madre me dice que debería callarme muchas veces, pero tampoco le hago caso en eso, y luego suelto una tontería y me arrepiento pero ya la he soltado y no hay manera...

—No pasa nada, Paula. En serio, no te preocupes. Además, Ariadna me ha prometido que educará a Alba con mano de hierro, como lo haría yo.

—Eso es lo que tú te crees —replicó tu madre.

—¿Dijimos que nada de piercings ni tatuajes hasta los dieciocho, sí o no?

—Sí, en principio...

—Y en final.

—Que sí, pesado. ¿Me harás firmar un contrato y todo, o qué?

—Pues esperando la llamada del abogado estoy para formalizarlo.

A estas alturas yo ya no podía contener la risa, y tu madre no tardó en sumarse con su característica carcajada, la que seguro que ya habrás escuchado un millón de veces (y las que te quedan, espero). Al final Paula también acabó riendo con nosotros. Justo antes de abrazarme.

—Pase lo que pase, vas a ser un papá estupendo.

Me dijo aquello mientras posaba su cabeza sobre mi hombro derecho, y creo que si no me convertí en polvo allí mismo fue porque me estaba abrazando con todas sus fuerzas. Y aunque no sabía qué hacer en ese momento, mis manos se estrecharon sobre su espalda, y apretaron su cuerpo contra el mío. Más que decirlo, lo suspiré, porque algo dentro de mí se estaba rompiendo,

y a la vez, algo estaba volviendo a nacer. Una esperanza, un sueño, un motivo para seguir, hasta donde el camino quisiera llevarme. Así que lo solté, por lo bajo, por instinto. La palabra que siempre me enseñaron a tener en la boca.

—Gracias.

7 de febrero de 2018

Puede que cuando leas esto las salas de cine ya sean algo del pasado, como los iPods, los radiocassettes o los videoclubs. Internet está devorándolo todo, y aunque es cierto que las películas que se estrenan siguen ganando millones en recaudación, parece que cada vez menos gente va al cine. Tu madre y yo solíamos ir casi todas las semanas en Barcelona. Sin embargo, desde que nos vinimos aquí, el ratio de películas ha bajado mucho. Sí, sé que seguramente es por nuestro estado tan delicado, y porque ya no tenemos el cine a diez minutos andando de casa. Tenemos que coger el coche y conducir veinte minutos hasta el centro comercial más cercano. Y no, no es lo mismo sentarnos en esas butacas que en las del Verdi. Pero es lo que hay, y como tu madre quería pasar un poco de miedo, esta tarde hemos ido a ver una película de terror junto a tu tía Ángela.

Yo estoy muy despegado de la actualidad cinematográfica desde hace unos meses, así que no tenía ni idea de qué película íbamos a ver. Solo sabía que sería de terror, lo que ya era un punto a su favor, y que tenía que ver con la famosa casa de Amityville. Si no te gustan los fantasmas, las posesiones y los asesinatos macabros, te recomiendo que no busques nada sobre esa casa, ni sobre todas las películas que aparecieron a raíz del caso real que ocurrió allí. A mí, sin embargo, aquella historia me fascina (siempre desde un punto de vista del fanático del terror, no morboso ni nada de eso), y la verdad es que la película me ha gustado muchísimo. Claro que si me pongo a darle vueltas le saco un millón de problemas. Algunas actuaciones eran lamentables, algo que por desgracia parece estar a la orden del día en el género de terror, donde no hace falta que sepas actuar, siempre que sobreactúes. Los agujeros de guion eran más grandes que los de mi páncreas, y ese final tan loco y desbocado... No, esta peli no va a ser recordada como una joya cinematográfica por tu generación y las venideras. Pero viéndola en el cine me he divertido muchísimo. Me lo he pasado genial, de verdad, y me he olvidado de todo por un rato. De hecho, he disfrutado mucho más de esta película que de la última que vi en el cine. Y bueno, eso no sería tan grave si no fuese porque la última que vi era el octavo episodio de mi saga favorita, La Guerra de las Galaxias.

Todo esto me está haciendo pensar mucho acerca de las expectativas, de cómo te pueden destrozarse algo que amas y de cómo, por más que lo intentes, es casi imposible no creártelas ante algo que de verdad te gusta, ante algo que estás deseando que llegue. Sin embargo, la mudanza me pilló por medio y cuando fui a verla, ya con tu madre aquí, salí del cine horrorizado. No entendía nada, no me gustó en absoluto la película. Tenía partes buenas, claro que sí, y la banda sonora y los efectos especiales, como siempre, eran una maravilla. Pero la historia, lo que hacen algunos personajes... Volviendo a casa con tu madre iba cabreadísimo con el director, con Disney, con George Lucas y con todo el que tuviese algo que ver con aquella película. No me creía que hubieran convertido mi saga favorita en eso.

Yo me sentía muy defraudado con aquella película, y sigo estándolo, tal vez porque será la última de esa saga que vea, y me marcharé con un sabor de boca horrible. Pero poco a poco fui entendiendo que todo había sido culpa de las expectativas. Y hoy he terminado de comprenderlo. ¿Cómo es posible que haya disfrutado más una peliculita de terror tópica y de medio pelo, que una superproducción de mi saga favorita? Tal vez me esté dejando llevar por mis propias teorías, pero creo que todo tiene que ver con la manera en la que he ido a verlas. Una, con toda la expectación del mundo, y con las miras altísimas. La otra, por echar el rato. Solo así se explica que ahora mismo considere a la segunda mejor que la primera. Eso, y el cabreo que todavía hoy mantengo.

Seguro que a estas alturas tú también habrás tenido tus propias decepciones en ese sentido, porque esto no va solo de películas, sino de la vida misma. Mirar al futuro, esperar que ciertas cosas pasen, es algo innato en el ser humano. Incluso los más pesimistas viajan mentalmente hacia delante, pensando en lo que podrá llegar, y aunque traten de no poner demasiada emoción en lo que pueda pasar, si no ocurre como esperan también se sienten defraudados. Todos hemos pasado por eso, y hay que aprender a vivir con esas decepciones. La del ejemplo que he puesto no deja de ser una tontería, al fin y al cabo, si lo comparamos con mi decepción por no llegar a cumplir siquiera los treinta y dos años. Contra eso sí que no hay nada que hacer. Pero no todos tienen tan mala fortuna como yo.

Las expectativas se crean cuando nos ponemos a imaginar cómo sucederá algo que todavía no ha ocurrido. Dependiendo de cómo seamos, nuestras expectativas serán más altas o más normales. También dependerá de la situación. Hace diez años, mi padre soñaba con ver al Betis ganar la Liga. Ahora se conforma con que no vuelva a descender (aunque este año las cosas no están yendo tan mal). Las expectativas también van cambiando con el tiempo, como ves. Una decepción previa seguramente hará que nos enfrentemos de manera diferente a lo que está por venir, ya sea un libro, una película... o una pareja. Y si hay un tema en el que las expectativas son realmente peligrosas, es precisamente en el amor. Porque, ¿quién no se ha hecho alguna vez ilusiones con alguien que acaba de conocer?

Creo que todos tenemos alguna historia de decepciones amorosas por poner las expectativas demasiado altas. No te hablo ya de amores platónicos, esos con los que ni siquiera llegamos a salir, como me pasó a mí con Ana (tal vez debería hablarte de ese tipo de amor otro día). Me refiero más a persona a la que acabas de conocer y después de hablar con ella la primera vez y sentir que ha surgido la chispa, empiezas a fantasear con cómo sería vuestra hipotética relación. La imaginación comienza a desbocarse hacia un futuro perfecto en el que esa persona no solo te trata como una reina, sino que además es el novio más guapo, caballeroso, atento, divertido y cariñoso que ha existido jamás. ¿Te lo ha demostrado con esa conversación de apenas veinte minutos que habéis tenido? Claro que no. Pero eso te da igual. Porque proyectas en esa persona lo que deseas que sea, lo que tu mente ha ido fraguando durante toda tu vida para darle el nombre de “pareja ideal”. Y cargas a esa persona, a la que apenas conoces, con la responsabilidad de estar a la altura de esa pareja perfecta que solo existe en tu mente. Desgraciadamente, las personas irreales que crea nuestra imaginación pueden ser perfectas, pero las de carne y hueso no lo somos.

¿Cuántos posibles romances no se han terminado antes incluso de empezar por culpa de esas estúpidas exigencias, de esas expectativas irreales que todos nos creamos alguna vez? ¿Cuántas relaciones han terminado por puro aburrimiento, por desidia, por rabia, por no afrontar que no puedes cambiar a esa otra persona, que tus expectativas no van a cumplirse jamás, y ser incapaz de lidiar con eso? Tan triste como real, así como la vida misma. Las expectativas pocas veces se cumplen, y mucho menos se superan. Son un peligroso enemigo que vive dentro de nosotros, al que alimentamos cada día, nos guste o no, y que resulta imposible de desahuciar. Hay que aprender a vivir con ellas, y pisar el freno si vemos que eso de hacernos ilusiones se nos está yendo de las manos.

¿Significa esto que deberíamos ser fríos como témpanos y no esperar nada de nadie? Creo que aunque quisiéramos, eso sería imposible. Siempre vamos a poner esperanzas en una persona que nos empieza a gustar, para que encaje en nuestras expectativas. Lo que debemos es aprender a no rendirnos si no se cumplen al cien por cien. Si no es tan especial como siempre habíamos imaginado que sería nuestra pareja ideal. Si tiene sus defectos, los mismos que nosotros podemos

tener. Saber cómo afrontar esas decepciones, sean pequeñas o grandes, nos hace crecer y sobre todo, nos enseña a ser más selectivos a la hora de crear nuestras expectativas. Yo mismo, después de tantos palos, he aprendido a no esperar nada de ciertas personas. Es algo que solo da la experiencia. Y para eso hay que vivir. En eso consiste todo este circo, al fin y al cabo.

Después de más de una hora aquí, no estoy seguro de haber sabido transmitirte todo lo que quería sobre este tema, porque es complejo y bastante abstracto. Por suerte, hace tiempo leí un poema que es perfecto para entender todo esto y mucho más. Es de Pedro Salinas, y me parece tan hermoso como triste, porque es real.

A veces un no niega
más de lo que quería, se hace múltiple.

Se dice "no, no iré"
y se destejen infinitas tramas
tejidas por los síes lentamente,
se niegan las promesas que no nos hizo nadie
sino nosotros mismos, al oído.

Cada minuto breve rehusado,
—¿Eran quince, eran treinta?
se dilata en sin fines, se hace siglos,
y un "no, esta noche no"
puede negar la eternidad de las noches,
la pura eternidad.

¡Qué difícil saber adónde hiere
un no! Inocentemente
sale de labios puro, un no puro;
sin mancha ni querencia
de herir, va por el aire.
Pero el aire está lleno
de esperanzas en vuelo, las encuentra
y las traspasa por las alas tiernas
su inmensa fuerza ciega, sin querer,
y las deja sin vida y va a clavarse
en ese techo azul que nos pintamos
y abre una grieta allí.

O allí rebota

y su herir acerado
vuelve camino atrás y le desgarró
el pecho al mismo que lo dijo.
Un no da miedo. Hay que dejarlo siempre
al borde de los labios y dudarlo.
O decirlo tan suavemente
que le llegue
al que no lo esperaba
con un sonar de "sí",
aunque no dijo "sí" quien lo decía.

9 de febrero de 2018

Voy a ser muy claro contigo, Alba. Los padres quieren mucho a sus hijos, más que a nada en el mundo, aunque a veces no lo parezca. Los hijos también quieren muchísimo a sus padres, aunque a veces no los entiendan y se enfaden con ellos. El amor más fuerte que existe es ese, de hecho. Pero hay ocasiones en las que tu madre parece querer destruir tu vida por completo. No, no es cuando te prohíbe ir a esa fiesta en la que querías estar a toda costa, porque entiende que puede ser peligroso para ti. Tampoco cuando trata de saber con qué tipo de chicos estás saliendo, porque es algo normal preocuparse por eso. El verdadero momento en el que odiarás a tu madre será cuando saque los álbumes de fotos de cuando eras pequeña y los muestre a todo el mundo. Sí, a esas personas que nunca deberían ver esas fotos, especialmente a ESAS PERSONAS.

No sé en qué estaría pensando tu abuela ayer por la tarde, pero el caso es que nos reunió a Ángela, a Ariadna y a mí en el salón para enseñarnos los álbumes familiares. Más bien para enseñárselos a tu madre, porque está claro que Ángela y yo los tenemos más que vistos. De hecho, si fuera por nosotros, esas fotos ya habrían dejado de existir hace mucho tiempo. Porque siguen siendo fotografías impresas en papel de calidad, y colocadas a la antigua usanza, en un libro enorme de tapas duras. Antes de que las cámaras digitales lo inundaran todo, antes de que los teléfonos permitieran captar, para bien y para mal, cualquier momento en un instante. A ti te parecerá una antigualla, o puede que tu generación también tenga ese ridículo impulso de venerar todo lo antiguo y la nostalgia os haga volver a revelar carretes de 24 fotografías en las que la mitad están borrosas... Quién sabe. A estas alturas ya te habrás dado cuenta de que esto de ver el futuro no se me da nada bien.

Debo reconocer que la vergüenza que pasé ayer por la tarde al menos mereció la pena por ver a tu madre reír tantísimo. De hecho, temía que en una de esas carcajadas te escaparas antes de tiempo. Ariadna ya había visto algunas fotos mías de pequeño, pero mi madre no le había mostrado el verdadero arsenal hasta ayer. Las fotos de las fiestas de fin de curso, vestido de Pitufo o de fantasma. Las de los cumpleaños, soplando las velas con esa carita de “venga, dadme ya los regalos” imposible de esconder. Las de las excursiones con los compañeros de clase. Principios de los noventa, imagínate las pintas (y sí, espero que solo te las puedas imaginar y que las fotos jamás lleguen a ti, porque entonces sí que será una catástrofe total). Algunas con la camiseta del Betis que mi padre me regaló a los seis años, y que apenas me pude poner unas cuantas veces porque estaba en pleno crecimiento y se quedó pequeña en nada. Otras muchas en las competiciones de natación, cuando quedé tercero en aquel campeonato de Ronda hace casi veinte años, o en los primeros torneos de baloncesto con Edu y los demás. Muchas fotos familiares, otras muchas con amigos. Y las últimas, ya con quince años, en 2003 y a punto de terminar la secundaria. Aquel año hicimos una especie de graduación (nos creíamos americanos y todo, pero no hubo ni limusinas, ni rey y reina del baile, ni nada de eso, solo una fiesta light que acabó con algunos irónicamente borrachos). Veo esas fotos y me reconozco, pero como si hubiera sido en otra vida. Tal vez tú estés a punto de pasar por lo mismo.

Cuando yo tenía quince años era estúpido, idealista, romántico a pesar de todo, responsable, idiota, a veces demasiado seguro de mí mismo, otras tan inseguro que casi no quería salir de casa por pensar que no iba bien peinado... Era un adolescente, ni más ni menos. Pero por encima de todo, era feliz. A pesar de lo pesados que eran mis padres, que no se conformaban con ver a su hijo hacer deporte, sacar buenas notas y no acercarse ni de lejos a las drogas. Por suerte, una hiperactiva Ángela de ocho añitos les tenía bastante ocupados, así que yo era algo secundario para

ellos, y de verdad que lo agradezco. Era feliz a pesar de los constantes exámenes y controles que teníamos, porque es cierto que me obligaban a estudiar, pero no me agobiaba demasiado. ¿Te cuento un secreto? Si prestas atención en clase y lo llevas todo al día, al final no resulta tan complicado. Cuando lo descubrí, no tuve que pegarme nunca más un último día previo de estudio hasta la carrera. Y eso me permitía disfrutar de tiempo libre para salir, para entrar, para jugar al baloncesto y escuchar música.

Eran los tiempos de las sudaderas grandes y las camisetas de los Celtics, los Grizzlies y los Mavericks, rindiendo pleitesía a Pierce, Gasol y Nowitzki, para depresión de mi padre, que seguía intentando endilgarme una camiseta verdiblanca con el 17 de Joaquín a la espalda. Pasaba casi todos los días por las pistas del polideportivo local, o a entrenar o a jugar pachangas con los de siempre. Creo que fueron mis mejores años, porque en bachillerato la cosa ya bajó un poco. Jugábamos casi todos los fines de semana y aunque no éramos los mejores, tampoco éramos tan mantas. A veces ganábamos, a veces perdíamos. Lo que nunca faltaban eran las risas, el cachondeo de antes y de después, el compañerismo. Y la música antes de los partidos.

Se podría decir que instauré una tradición en el vestuario a la hora de elegir la música antes de jugar, para motivarnos. Creo que ya te he comentado alguna que otra vez que por aquella época estaba muy metido en el tema del pop punk californiano. Un día alguien se llevó unos altavoces pequeños a un partido, y empezamos a poner música. Cuando les enseñé mi lista de canciones no se pudieron resistir. Y a partir de entonces, antes de cada partido nos veníamos arriba con Sum 41, Good Charlotte, Fall Out Boy, Blink 182, Green Day o The Offspring. Salíamos dando bocados a la cancha, y los primeros cuartos eran increíbles. Luego nos faltaba el fuelle y normalmente acabábamos pidiendo la hora porque no podíamos más. En esta época aprendí que dosificar era una parte importante y necesaria de la vida, y no solo en el esfuerzo físico, sino en todo lo demás.

Echo la vista atrás y me sorprende de lo despreocupado que era en aquella época. Mis padres me exigían ir bien en clase, porque ese era mi trabajo, según decían. Yo cumplía a rajatabla con eso, porque tampoco me costaba demasiado, y la paz solía reinar en nuestra relación. A veces, es cierto, tenía ataques repentinos de rebeldía, lo común a esa edad. Quería crecer muy rápido para poder hacer muchas cosas. ¿Cómo iba a saber entonces que hoy en día pagaría por volver a aquellas despreocupadas tardes de canastas, música y atardeceres volviendo a casa por las cuestas? Sin alquileres ni facturas que pagar, uno tenía que inventarse dramas para hacer que la vida tuviera ese cierto sentido trágico sin el cual se quedaría en nada. Y cuando tienes quince años no piensas en la situación geopolítica que se vive en Oriente Medio, en el despliegue de tropas en la zona de Asia tras los ataques del 11—S, ni en la inminente guerra que estaba a punto de estallar en aquel lugar. Leías las noticias, las escuchabas en la radio o en la televisión y por un momento pensabas que el mundo se estaba volviendo loco. Pero, ¿quién iba a preocuparse por eso pudiendo darle vueltas a todo lo que te ha dicho (o no te ha dicho) la persona que te gusta? El día que te saludaba de una manera más efusiva de lo normal y despegabas los pies del suelo. El día que pasaba de ti por completo y te hundías nivel James Cameron en la fosa de las Marianas. El terror absoluto que solo conoce el que se planta delante de esa chica que le gusta y trata de sacarle conversación. Eso sí que eran dramas de nuestro tiempo. Y créeme, todos hemos vivido eso, todos hemos sentido vergüenza a esa edad, la hemos pasado y con suerte hemos aprendido.

Te cuento todo esto porque imagino que tú estarás también sumergida en todo ese torbellino de emociones incontrolables. Y sé que para las chicas suele ser peor, porque tenéis una presión extra encima. Lo único que puedo recomendarte es que trates de relativizarlo todo, porque los quince, y los dieciséis, y los diecisiete, pasan más rápido de lo que te puedas dar cuenta. Y no, aunque creas

que el mundo se acaba todas las semanas, la vida seguirá. Incluso cuando estés dolida y confundida. Incluso cuando pienses que es imposible que todos se olviden de aquello tan estúpido que hiciste. Incluso cuando ese chico o esa chica, el amor de tu vida, ni siquiera te mire por los pasillos. Fíjate en mí. Yo conocí a tu madre con veinticinco años. Y todo lo que hubo antes me sirvió para estar allí, en el momento adecuado y en el lugar indicado para que se alinearan los planetas.

Entiende que cuesta mucho hablarte de estas cosas a tantos años vista. Ni siquiera sé cómo será tu situación. Ojalá y seas una adolescente tremendamente feliz, despreocupada y segura de sí misma. Es complicado, pero si alguien puede serlo, seguro que eres tú. Y si no es así, no te preocupes. Tienes a una madre que sabrá guiarte perfectamente, así que no dudes en acudir a ella para cualquier cosa que te pase o necesites. Y disfruta de esa edad, todo lo que puedas. Atrévete a ser feliz, que no sé en tu espacio—tiempo, pero en el mío era casi un desafío rebelde. Busca eso que te apasiona y dirige tu vida hacia ello. Ese es el mejor consejo que puedo darte. Ahora es tuyo, así que haz con él lo que quieras. Yo estaré orgulloso de ti, haz lo que hagas.

11 de febrero de 2018

Así no hay quien pueda, Alba. Me cuido, cumplo a rajatabla con todas las recomendaciones de los doctores, apenas piso la calle por miedo a coger un simple resfriado, no faltó a una sola de las malditas sesiones de terapia... Y luego llega el fin de semana, se me presentan aquí una panda de catalanes sospechosamente conocidos y me sacan de mi casa durante dos días seguidos. Que conste que yo me intenté negar (poquito, la verdad) pero es que eran muchos, y conocen mis puntos débiles...

El viernes por la tarde yo todavía andaba recuperándome de la sesión del jueves, que había sido especialmente dura. Tu madre esta vez se quedó en casa y acudí con Ángela, como al principio. Ariadna está últimamente un poco más agobiada con náuseas y dolores de espalda, nada fuera de lo común para una embarazada de siete meses. Tal vez sea por los días grises, por la lluvia que apenas para de caer en todo el día, tal vez sea el simple paso del tiempo. El caso es que esta semana tenía el ánimo un poco decaído. Y el viernes pensaba pasarme todo el día encerrado en casa con tu madre, viendo películas o jugando con Ángela a alguno de sus juegos de mesa favoritos (espero que siga conservando la colección, tiene cerca de treinta). Esa era la intención, y por una parte, me aliviaba porque estaba cansado, pero por otra, volver a quedarme un viernes en casa, sin salir, y en las circunstancias en las que estoy, sabiendo que no me quedan muchos por delante... Eso también de deprimía un poco, no te lo voy a negar.

Mágicamente, tu madre amaneció ese viernes con mucho mejor humor. Habían desaparecido los dolores y las náuseas, y hasta se olvidó por un día de ese surrealista antojo de desayunar una tostada de anchoas con tomate y mayonesa. Además, insistía en hacer ella todas las tareas del hogar junto a mi madre, para que yo descansara. Lo tomé como una deferencia hacia mí, y aun así quise ayudar en lo poco que pude. Debí entender que había gato encerrado ya en ese momento, pero como soy así de simple, seguí con mi día como si tal cosa. Te escribí, ayudé a preparar el almuerzo, comí con toda la familia y los demás nos dejaron el salón a Ariadna y a mí para que pudiéramos descansar viendo alguna serie. Todo normal, como suele ser mi vida últimamente, una aventura digna de ser contada por Homero, Cervantes o Dan Brown.

Al despertar de la siesta, tu abuela ya había preparado la merienda, solo que era bastante más grande de lo habitual. Llenó toda la mesa de dulces y pasteles, traídos de la mejor confitería del pueblo, la de Santiago, un señor que lleva alegrándonos la vida más de tres décadas con sus tartas y sus deliciosas invenciones. No faltaban tampoco el café ni el té. En cualquier momento iban a aparecer el Sombrero Loco, Alicia y el Conejo, porque aquella merienda era digna de celebrar un más que Feliz—No—Cumpleaños. Pero no, los invitados eran otros.

Llamaron al timbre sin armar escándalo, pero entraron en tromba. Mi madre fue a abrir y me dijo que había alguien buscándome. Y allí me los encontré, apretujados en la entrada gritando sorpresa, empapados porque fuera la lluvia no tenía clemencia. Marina y Crespo, Laia, Celia y Montse, Sandra y Álvaro, Gus y Esteban. Los nueve se abalanzaron sobre mí tratando de abrazarme, algo imposible cuando son tantos y hay tan poco espacio. Por poco no acabamos todos en el suelo, pero por suerte, mi madre se empeñó hace años en poner un sofá en la entrada, un sofá en el que creo recordar que nadie se había sentado hasta ese momento. Y aquello tampoco se podía considerar “sentarse”, porque acabamos todos allí tirados de mala manera. Tu madre les gritaba que me iban a matar y yo seguía en estado de shock. No me lo podía creer. Y sé que me avisaron de que vendrían a visitarme, pero pensé que era una versión del típico “a ver si nos vemos” que se queda colgado al borde de un futuro que nunca llega.

Pero ellos cumplieron, y volaron desde Barcelona nada más salir de currar. Algunos se cogieron incluso el día libre, como Álvaro. Otros pasaron de cumpleaños, fiestas y demás, solo para plantarse en Sevilla, en mi casa, y ver cómo estaba. Y compartir un par de días de locos conmigo, eso también, porque no se iban a pegar el viaje para nada. En cuanto me repuse un poco de la primera impresión fui saludando a cada uno como pude. Esteban casi no quería ni tocarme, con miedo a que me fuera a deshacer entre sus brazos. Gus, por el contrario, me levantó del suelo como solía hacer cuando me lo encontraba ya contento en una noche cualquiera en Barcelona. Marina no quiso soltarme hasta que Sandra le dijo que dejase de acapararme. Ariadna se mantenía un poco al margen, con sus hermanas y con Laia. Un momento antes, mi casa era un mar de tranquilidad en la que podía escucharse caer un alfiler de una habitación a otra. Ahora temía que con el jaleo que había, los vecinos acabaran llamando a la policía, sospechando que una banda armada de albanos—kosovares había entrado en casa y la estaban desvalijando entera.

Ya en el salón, con un poco más de espacio, entendí que todo había sido preparado por tu madre. Había sido capaz de avisar a todos a mis espaldas, organizar su venida y conseguirles un par de coches de alquiler a buen precio, así como habitaciones en el hostel del pueblo. Yo siempre les decía (y algunos pudieron comprobarlo) que si venían a Sevilla tendrían sitio asegurado en mi casa, porque era muy grande. Pero claro, nunca pensé que vendrían todos en manada. Mi “mansión” se quedó pequeña, y ellos no tuvieron problema en dormir fuera, llenando el pequeño hostel que todavía pervivía en Cerro de la Vega, y que seguramente haya hecho su mejor fin de semana. Aun así, ellos solo han pasado por allí para dormir. Hemos estado todo el tiempo juntos, y ha sido como traer un poco de Barcelona a este pequeño rincón de Sevilla, que además, les ha encantado.

Sé que me han notado más débil y cansado que la última vez que nos vimos, hace un par de meses. Sé que están preocupados por mí, porque lo peor todavía está por llegar. Pero han sabido darme la confianza necesaria para que, por un rato, me olvide de todo eso y pueda sentirme como antes, como cuando no había nada de qué preocuparse y el futuro se oteaba limpio y sin nubarrones. Incluso la propia lluvia nos dio un respiro ayer, para que pudiera enseñarles el pueblo, a través de sus anécdotas más conocidas, de sus monumentos más importantes. Caminaba poco a poco, del brazo de tu madre y de Montse, y no podía sentirme más feliz. Ellos lo notaban, sabían que estaba muy orgulloso de poder enseñarles el sitio donde había crecido. Quien me lo iba a decir siquiera hace unos meses, cuando lo de volver me hubiera parecido una auténtica locura.

Guardaba el recuerdo de aquella última noche juntos en Barcelona como uno de los más preciados, por ser tan reciente y por haber disfrutado tanto en aquel momento donde todo parecía estar oscuro. No es que la cosa haya mejorado demasiado en los últimos tiempos. Poco se puede hacer. Pero ese poco, al menos, me está sirviendo para tener la esperanza de cumplir con lo que te prometí. Sobre todo si vienen ellos y me levantan, me hacen reír y me cambian el cansancio por ganas de hablar, el sabor amargo por la dulce compañía y sobre todo, el pensamiento futuro por el presente. Y hacen lo mismo con tu madre, lo que me provoca aún más felicidad. Sé que llegará el día en el que yo ya no esté aquí, y serán ellos los que tendrán que sostenerla. Y confío plenamente en que lo harán.

Hace siete años no los conocía. No sabía de su existencia. Eran personas imposibles para mí, viviendo en una ciudad que me ofrecía un futuro diferente, esperanzador. No iba con la esperanza de encontrar a nadie, aunque suponía que haría amigos allí. Pero ellos son algo más que amigos. Han llegado a ser mi familia, la que tenía al lado, porque la otra estaba aquí, a mil kilómetros. Me

han cuidado, me han animado, me han empujado a disfrutar de todo lo que la vida me ponía por delante. Me han acogido como uno más, sin mirar mi acento, mi procedencia. Parecerá una estupidez pero las cosas se están poniendo tan peliagudas por allí que solo puedo sentirme afortunado por haberme ido topando con todas y cada una de estas personas, y sobre todo, porque ellas decidieran que yo no fuera un pasajero puntual en sus vidas. ¿Sabes lo importante que es mirar a tu lado en el trabajo, en casa, cuando sales de fiesta, un viernes por la noche o un domingo por la mañana, y ver a alguien que sonríe porque quiere estar contigo? No creo que exista mayor fortuna que esa, la verdad. Hay cosas muy importantes en esta vida, y no seré yo el que te diga que el dinero es lo de menos, porque también cuenta, y mucho, sobre todo cuando no lo tienes. Pero si de verdad tienes en cuenta mi opinión, mi consejo, solo te pido que te rodees de gente que te aprecie y te quiera. Puede parecer fácil, pero no es un camino sencillo. Está lleno de piedras, obstáculos y decepciones. Pero eso nos hace elegir mejor, y quedarnos solo con la gente que de verdad merece la pena. Yo tengo la fortuna de haber encontrado a muchos. Puede que para ti sean solo tres o cuatro. Lo mismo da. No se trata de cantidad, sino de calidad. De que esas personas que te rodean estén ahí porque quieren estar, porque cuentan contigo como una parte importante de sus vidas, y en la tuya también hay un sitio primordial para ellos. Por eso debes cuidarlas, y exigir que te cuiden. Y tendrás peleas, y malos momentos, porque cuando hay personas que se quieren tanto es normal que esos roces surjan. Pero si son tus amigos de verdad, los que están ahí porque quieren, porque no conciben la vida sin ti, ni tú sin ellos, encontraréis la manera de volver a estar bien. Incluso cuando todo a tu alrededor se esté derrumbando, ellos sabrán estar ahí, para protegerte y salvarte, o al menos, para despedirse de ti. Y no hace falta ni siquiera decir adiós, porque las palabras sobran cuando los gestos hablan.

14 de febrero de 2018

Hace años leí que San Valentín se celebra hoy porque en la Edad Media, en Europa se creía que las aves comenzaban a aparearse el 14 de febrero, gracias a un poema de un autor francés. Siglos antes, cuando el cristianismo estaba expandiéndose por todo el continente, el Papa de turno decidió que era hora de acabar con una fiesta pagana en la que se sacrificaban animales y se les despellejaba para fabricar látigos con los que fustigar a las mujeres para asegurar su fertilidad. Sea por respeto a la mujer y a los animales o mucho más probable, por la necesidad de quitar del calendario cualquier festividad pagana, la Iglesia propuso que el día 14 de febrero se celebrase la festividad de San Valentín, un mártir cristiano que desafió al emperador Claudio a finales del siglo III, casando a los soldados que así lo deseaban, algo que el mismo emperador había prohibido al considerar que los jóvenes soldados batallaban mejor cuando no estaban atados al amor de una mujer o a una familia. Valentín fue capturado y decapitado, y en aquellos primeros siglos de cristianismo, su imagen se convirtió en el símbolo del amor.

Siglos después, ya casi nadie se enfrenta a otros por un amor prohibido, al menos en nuestro país. Es cierto que todavía hay mucho que hacer en determinadas cuestiones, y que hay gente que sigue sin ver “normal” que tu tía Celia vaya de la mano de su novia por la calle o se bese con ella en cualquier terraza tomando algo. Sé que todavía queda mucho por andar, pero también sé que estamos dando pasos agigantados hacia el futuro en ese sentido. La pena es que muchos de los que todavía se resisten a entender que el amor es amor, sin importar quién ame a quién o lo que tenga entre las piernas, son los mismos que hace dieciséis siglos ponían a uno de sus mártires como ejemplo de la fidelidad y la fuerza que el amor tiene en el ser humano. Hay quien evoluciona, y hay quien se queda para siempre en la misma época, en el mismo pensamiento.

Hay también quien celebra esta fiesta como si la vida le fuese en ello. Preparan a sus parejas noches perfectas, escapadas románticas (este año no, porque cae en miércoles), sorpresas muy especiales, y toda la atención que en muchos casos no les prestan en todo el año. Sí, podrás decir que soy un exagerado, pero yo he visto a parejas que casi rompen antes de San Valentín, porque el chico estaba tan ocupado preparando la sorpresa para ese día que empezó a ocultarle cosas a su chica, a dejar de hacerle tanto caso, y ella pensaba que la estaba engañando. ¿Vale más una cena inolvidable en un día cualquiera que un mes entero de desatención? Por lo visto, para algunos sí. En la época de la vida retransmitida a través de las redes sociales, en las que todos nos creemos los Kardashian, días como hoy se convierten en un auténtico campo de minas. Están los que ponen mensajes tan empalagosos en su muro de Facebook que harían vomitar a Winnie The Pooh. Y también los que aluden a la estupidez de los primeros, a su falta de compromiso de verdad, a su postureo y a lo rematadamente hipócrita que es celebrar un día como el de hoy, porque todo se ha convertido, sorpresa sorpresa, en una excusa de los centros comerciales para hacernos gastar dinero. Cada cual tiene todo el derecho a poner lo que le dé la gana, y a opinar lo que quiera, desde luego. Lo curioso es comprobar que los mismos que se muestran tan enamorados en las redes sociales luego apenas se soportan cuando salen a cenar con más gente. Y que los que se quejan de San Valentín y de su capitalismo feroz lo hacen hasta que encuentran pareja y pasan a ser de los primeros, en la mayoría de casos. El amor, Alba, que lo puede todo.

Seguro que ahora te estarás preguntando de qué lado estamos tu madre y yo. Bien, pues como no nos gustan demasiado las muestras excesivas de afecto en público, ni tampoco odiamos todo lo que tenga que ver con la fiesta de hoy, supongo que estamos entre medias. Es cierto que solemos dedicarnos algún mensaje cariñoso en las redes, o lo hacíamos hasta este año. Lo que también es

verdad es que ese mismo tipo de mensajes los solíamos poner en otras fechas, y no tenían por qué ser señaladas. Tal vez simplemente volvíamos de un viaje juntos, o había sido una mala semana y el apoyo del otro nos había ayudado a seguir adelante. Tampoco es que tenga que importarle a nadie lo que nos queremos, la verdad. Mientras lo sepamos nosotros dos, y la gente que nos importa, ¿para qué alardear de ello en Internet?

A esto se suma el hecho de que nunca, en estos cinco años de relación, hemos celebrado San Valentín de una manera superespecial. Normalmente salíamos a cenar, o al cine, o a veces solo nos quedábamos en casa por estar muy cansados. Hace tres años recuerdo haberle regalado a tu madre entradas para una obra de teatro que tenía muchísimas ganas de ver. Coincidían las fechas, ella no estaba pasando por su mejor momento en el trabajo y pensé que podía ser una buena idea. Y casualmente, era San Valentín. Para compensar, al año siguiente ella me regaló entradas para ir a ver el partido que los Oklahoma City Thunder de Abrines y Westbrook jugarían en octubre de ese mismo año contra el Barcelona en el Sant Jordi. Después de disfrutar como un niño chico e imaginar todo lo que tendría que hacer para superar aquello al año siguiente, decidimos dejarlo en empate, y volver a los regalos normalitos, si los había.

Claro que también tiene que ver el hecho de que celebremos nuestro aniversario pocos días después, y no podemos ni queremos hacer tanto gasto seguido. Nos parece que esa fecha sí que es más importante y especial, porque es más nuestra, así que toda la carga de amor romántico la dejamos para ese día. No te preocupes, porque he ido esperando al momento perfecto para contarte también esa historia. ¿O pensabas que te librarías de saber cómo conocí a tu madre?

El amor, hija mía, tiene que ver con cada cual, con quien lo siente y a quién se lo entrega. Hay tantas formas de amor como personas en el mundo, y aunque nosotros los humanos tratemos de homogeneizarlo todo de una manera determinada, para entenderlo mejor, el amor es algo tan grande que se desborda y se sale de cualquier tipo de especificación, de categorización, de definición. Todos los artistas habidos y por haber han intentado entenderlo, explicarlo, y aunque algunos se han quedado muy cerca, no va a venir tu padre ahora a superarlos. Hay millones de canciones sobre la evolución del amor, que te harán sentir que están escritas para ti. Elige la que quieras y hazla tuya, como tu madre y yo nos apoderamos de la nuestra. Existen novelas, películas, obras de arte, que tratan de exponerlo tal y como es. Nos ayudan a entender, a saber qué es lo que estamos sintiendo. Pero escúchame, por nada del mundo debes pensar que el amor que estás sintiendo no es amor solo porque no se parezca al de la película de moda, o porque esa canción con la que todos se lo declaran no te convenza. Cada uno tiene su forma de entenderlo y de sentirlo, así que no te dejes llevar por ninguna corriente, no quieras que esa emoción tan hermosa encaje en unos clichés solo porque Hollywood te lo dice. Si tu historia de amor es tan perfecta que podría haber sido escrita por John Hughes o Richard Linklater, enhorabuena. Si no lo es, no pasa absolutamente nada. Mira a tu alrededor, porque lo más lógico es que las de los demás tampoco se parezcan demasiado a El Diario de Noa (por suerte, desde luego).

Lo que trato de decirte con esto es que debes saber separar lo que es el romanticismo barato del amor de verdad. No sé si a tu generación le pasará lo mismo, pero a la mía nos han bombardeado con ese tipo de tonterías desde que éramos críos. Y es muy fácil caer en ello, te lo digo por experiencia. Llegar a pensar que el amor de verdad es tan perfecto que debe ser platónico, porque si se hace real ya se empobrece y se convierte en algo demasiado normal. Que si no te duele es que no quieres de verdad. O que los celos son una muestra de lo mucho que te aman, y por eso son algo bueno. Esos tópicos han hecho tanto daño que yo mismo he visto a parejas destrozarse por ellos. A chicos y chicas pensar que no se querían, porque lo que sentían no

encajaba con la última canción de su ídolo pop favorito. O frustrarse por no haber tenido nunca esa historia de amor en la que los protagonistas se pelean y se desean todo el tiempo, cometiendo auténticas locuras irresponsables para demostrarse, en el último momento, que nada más importa, ni el daño que se han provocado ni lo estúpidos que son, si pueden estar juntos para darse el beso justo antes de terminar el metraje.

Concéntrate en ser feliz, y si encuentras a alguien que quiera serlo contigo, dale la oportunidad de acompañarte. Y como diría Robe Iniesta, ama, ama muchísimo, ama todo lo que puedas, porque así ensancharás tu alma.

16 de febrero de 2018

Todo comenzó el lunes pasado. Yo, todavía con la resaca del maravilloso fin de semana que había pasado con la gente de Barcelona, seguía con la fragancia de los abrazos de Marina en mi cuerpo, riéndome para mis adentros con las ocurrencias de Esteban, que había vuelto a ser el que era conmigo, por fin. Ni siquiera la perspectiva de la doble terapia al día siguiente me quitaba la sonrisa tontorrón de la boca. Era noche de fútbol, y eso significaba que tu abuelo se adueñaba de la televisión desde antes de cenar incluso. En otras ocasiones, yo me metía en la habitación con Ariadna y lo dejaba ver tranquilo el partido. Pero esa noche jugaba su Betis.

Como tampoco le presto mucha atención al fútbol, y menos desde que volví a Sevilla, yo no sabía porque el Betis siempre jugaba en lunes, o casi siempre, para ser exactos. Por lo visto tiene que ver con que no tiene que jugar competiciones europeas, y que es uno de los equipos más seguidos cuando juega en abierto, según me explicó Edu después. Aquella noche, después de recoger la mesa, me senté en el sofá de al lado y me puse a revisar el móvil. Tu madre prefirió irse a la cama temprano. Así que allí estaba yo, junto a mi padre, solos dos en el salón, mientras el Betis y el Deportivo se batían el cobre en el césped. Terminó la primera parte y mi padre sacó a relucir toda su dialéctica y su sutileza, ya legendarias, para sacarme conversación:

—Esos amigos tuyos eran muy agradables.

—Lo son. Tuve suerte en Barcelona.

—Y muy respetuosos. No hablaron nada de catalán, o al menos no delante de nosotros.

—¿En serio, papá?

—¿Qué? Me llama la atención, nada más. Me alegro de que todavía haya gente normal en Cataluña.

—En Cataluña queda muchísima gente normal. Otra cosa es lo que tú entiendas por normal. ¿Por hablar catalán ya dejan de serlo? ¿Por tener ideas que no son las tuyas?

—Depende de qué ideas. A mí no me parece normal lo que está pasando allí. Es un cachondeo, y se están burlando de todo el mundo. Yo he llegado a pasar miedo por ti, Daniel.

—¿Por mí? ¿Por vivir allí?

—Sí, porque podía pasarte cualquier cosa. Ha habido mucho lío en estos meses. Atentados, referéndums, mucha crispación...

—Pues ya puedes estar tranquilo, porque de aquí no me muevo. Y mira por donde, no voy a caer a manos del secesionismo ni de los radicales indepes.

—Yo no he querido decir eso.

—Tú nunca quieres decir nada, pero cuando lo dices...

No te sorprendas demasiado, Alba. Tu abuelo y yo solíamos tener conversaciones de este tipo cada dos por tres. Había aprendido a evitarlas, marchándome cuando veía que la cosa empezaba a ponerse fea, pero se ve que el cáncer también me está jodiendo esa habilidad. Seguí discutiendo, y para mi sorpresa, la conversación dio un giro sorprendente poco después:

—Tú y yo casi nunca estamos de acuerdo, hijo. Y eso me duele, no te lo voy a negar. Pero no quiero que esas diferencias nos separen.

—¿Y me lo dices ahora? Con la de tiempo que has tenido.

—Pensaba que lo arreglaríamos.

—Pensabas que se arreglaría solo. Que si lo dejabas pasar, el tiempo haría que todo fuese a mejor. Y como ya no me queda tiempo...

—Daniel, sé que estás muy cabreado conmigo. Siempre lo estás. Desde hace años. Estoy seguro de que tengo la culpa y puede que hasta me lo merezca. Pero por favor, déjame hablar.

—Va a empezar la segunda parte, papá.

—Que le den al Betis —dijo apagando la televisión.

Un gesto no tiene importancia en sí mismo. Pulsar un botón es lo más anodino del mundo. Todos pulsamos decenas de botones todos los días, para realizar todo tipo de acciones. Pero mi padre, en aquel momento, me lanzó un verdadero órdago. Aquel gesto era toda una declaración de intenciones. Y lo más sorprendente es que creo que ni siquiera lo hizo de manera consciente. Solo quería estar pendiente de mí, y que yo lo estuviera de él.

—Escúchame, por favor. Sé que piensas que solo sirvo para trabajar, ver la tele y poner a parir a todo el mundo. Y lo peor es que puede que tengas razón. Pero también sirvo para otra cosa, o al menos eso quiero creer. Sirvo para amar a mi familia, para protegerles y darles todo lo mejor. Desde el momento en el que conocí a tu madre, eso es lo único que me ha importado. Y cuando llegasteis tú y tu hermana, solo quise que no os faltara de nada.

—A veces nos faltabas tú.

—Lo sé. Tu madre se enfadaba mucho conmigo, créeme. Me decía que no necesitaba trabajar tanto. Que por qué no pasaba más tiempo con vosotros. Y lo intenté.

—¿Lo intentaste?

—¿No te acuerdas de todas las veces que te llevaba al parque? ¿O a jugar al fútbol? ¿Y de cuando salíamos con las bicis a hacer ruta? Tú ya empezabas a crecer, pero tu hermana era todavía demasiado pequeña, así que íbamos tú y yo solos.

—Sí que me acuerdo. Me obligabas a jugar al fútbol, y a mí no me gustaba nada. Querías que fuera el nuevo Alfonso, hasta con las botas blancas. Y te salí mal.

—No digas eso. Ni en broma. Sabes perfectamente lo orgulloso que estoy de ti y de todo lo que has conseguido.

—Puede que lo estés, pero siempre he sido menos de lo que tú esperabas. Soñabas con que yo fuera de una manera, y he salido totalmente distinto. Pues te juro que no fue mi intención.

—Eso no es así.

—¿Me lo vas a negar? Por favor papá, me acuerdo de aquellos partidos de fútbol, claro que me acuerdo, y de la cara de decepción que ponías cuando me cambiaban porque era el peor del equipo, y de todas las veces que te pedí no volver por allí, y tú me decías que no debía darme por vencido, que ya jugaría mejor.

—Me equivoqué, Daniel. No debí forzarte a hacer aquello, pero te prometo que no lo hacía por mí, lo hacía por ti. Quería que encontraras un sitio en un equipo, con el resto de compañeros, que practicaras deportes, que fueras un niño sano y fuerte.

—Para eso tenía la natación y el baloncesto. Pero eso no te gustaba tanto, porque presumir de un hijo nadador ya no era lo mismo, ¿verdad?

—Pues lo hacía de todas formas, Daniel. Eras un chaval amable, valiente, buen estudiante... ¿cómo no iba a presumir de ti?

—Sería con los demás.

—Y contigo.

—Pues a mí no me lo parecía, la verdad. Siempre sentía que por más que hiciera, para ti nunca era suficiente. Que nunca sería capaz de estar a la altura de lo que esperabas de mí.

—¿A la altura? Por Dios hijo, has superado cualquier cosa que pudiera esperar de ti. Y me has enseñado a entender muchas cosas, tantas que no te puedes ni imaginar. Tarde, es cierto. Pero espero que no demasiado.

—¿Y por qué nunca me lo decías? ¿Por qué nunca hablábamos de esto?

—Porque siempre estabas enfadado conmigo. Y yo soy demasiado cabezón. Y seguramente también orgulloso. Igual que tú. Porque cada vez que lo intentaba veía que estábamos más y más lejos, y luego te marchaste lejos de verdad y tuve que acostumbrarme a no verte, a casi no saber de ti.

—Podrías haberlo intentado. Era tu deber, ¿no?

—Alguna vez lo intenté, y no quisiste hablar demasiado conmigo. Me respondías con monosílabos y poco más. Y me cansé. Te hice caso.

—¿En qué?

—Me decías que te dejara en paz. Y decidí hacerlo. Pensé que te vendría bien ir por tu cuenta. Pero no imaginé que llegaríamos a estar así.

—¿Así cómo, papá?

—Como si no nos conociéramos. Como si me odiaras.

—Papá, yo no te odio...

—Solo me soportas. Si es raro que estés aquí. Siempre que veo el fútbol te vas para el cuarto. Siempre que trato de empezar una conversación contigo, la terminas con alguna excusa. No soy imbécil, Daniel. Te pensarás que no lo noto, o que me da igual, pero me duele. Y puede que hasta ahora me lo haya guardado porque soy un orgulloso, o porque ni siquiera sabía qué decirte y tenía miedo de empeorar las cosas, como antes. Pero es que ya...

—Ya no queda tiempo.

—Y lo que queda no quiero que estemos cabreados, ni enfadados. No voy a compensarte por todo lo que no hice en su momento, eso lo sé. Pero me conformo con que hablemos un poco todos los días. Con que me cuentes cómo estás. Con que me dejes abrazarte de vez en cuando...

Ya puedes imaginarte cómo acabó la cosa. Podría engañarme pensando que no me importaba el hecho de que nuestra relación fuera casi inexistente. Que era culpa suya, y que ya poco iba a ganar. Que si volvíamos a hablar más, volveríamos también a discutir como antes. Pero todo eso son minucias, tonterías diminutas, en comparación a la paz que uno siente cuando la vida le da otra oportunidad. Y pienso aprovecharla, por todas aquellas que no voy a tener. Esta noche, tu abuelo y

yo nos vamos a cenar solos, para ponernos al día. Vamos a intentar no hablar de política, de toros o de religión. Vamos a intentar buscar algo que nos guste de verdad a los dos para compartirlo el tiempo que me quede.

18 de febrero de 2018

Ya te he dejado caer que tu madre y yo nos conocimos en febrero, y de hecho, celebramos nuestro aniversario en esa fecha, y no en la que empezamos a salir “oficialmente”, porque tendríamos que ponernos de acuerdo en cuando sucedió aquello. Como el día se acerca, y tengo la intención de contarte esa historia de una manera épica y deslumbrante (aunque será imposible hacerle honor a la realidad), creo que es de recibo hablarte también de Claudia. Ya has conocido a Paloma y a Esther, incluso a Rebeca, con la que apenas estuve unas semanas. Puede que no sea mi ex favorita, pero me llevé con Claudia más de tres años, así que es justo que ella también tenga su lugar aquí. Porque al igual que pasa con las anteriores, sin ella seguramente yo no estaría donde estoy, ni con quien estoy.

Cuando en septiembre de 2005 crucé por primera vez las puertas de la Escuela Técnica Superior de Ingeniería para estudiar Telecomunicaciones pensaba que la vida me iba a cambiar, que estaba en la universidad y que a partir de ahí todo sería distinto. Y no me equivocaba, desde luego. El verano había sido el mejor de mi vida, disfrutando en parte de la mayoría de edad recién estrenada, yéndome por primera vez de vacaciones con mis amigos, comprobando que no le resultaba tan insufrible al género femenino... Había cortado meses antes con Esther, que ya estaba instalada en Madrid para cumplir su sueño. Aunque ya no escuchaba tanto punk pop (mi gusto empezaba a mutar hacia el rock más duro y un poco de rap), era verano, me iba casi todos los días a las piscinas de mis colegas, conocía a un montón de chicas y me creía dentro de la saga de American Pie.

Llegué a la universidad consciente de que había escogido una carrera muy complicada y tremendamente dura, pero con unas ganas locas de comerme el mundo. Y si a los dos días de empezar ya tienes la primera barrilada, es normal que al principio te cueste equilibrar la faceta responsable y la fiestera. Si lo de barrilada te suena raro (ojalá, porque todavía no estás en edad de acudir a ninguna), te diré que eran unas macrofiestas que se realizaban al aire libre, en algún lugar cerca de las facultades, reuniendo a miles de chavales con la sana intención de divertirse, poniéndose hasta el culo de alcohol. En aquella época yo solía beber bastante comparado con lo que llegué a beber después, pero me entenderás perfectamente cuando te diga que al tercer cubata ya empezaba a estar mareado de verdad. Prefería la cerveza o el kalimotxo, que era más punki. Recuerdo haber ido a varias de aquellas barriladas, que solían celebrarse a principio y a final de curso, y también a mitad, para dar la bienvenida a la primavera. Pero no recuerdo ninguna tan loca como la del primer año. Llevábamos literalmente dos días en la universidad y no podíamos faltar a aquel evento tan chulo, que nos haría parecer todavía más americanos. Invadimos el campus de Reina Mercedes y las calles aledañas. Sé que hubo altercados, e incluso algún que otro atropello leve. Al día siguiente, mi padre se escandalizaba leyendo en el periódico que más de 20.000 estudiantes habían inundado las inmediaciones de aquella universidad para beber. Me preguntó si había estado allí, y no le mentí. Con cara de circunstancia y su tono habitual, volvió a preguntarme si había entrado a la carrera solo para beber y drogarme. Le dije que para drogarme no. Aquellas charlas tenían su punto.

A estas alturas te estarás preguntando que tiene que ver todo eso con Claudia. Tranquila, que ya llegaremos. Es importante ir explicándolo todo para que, a la hora de la verdad, no te pierdas. Considera que estoy creando mi propio Universo Literario, como Marvel en el cine. Si no te cuento lo demás, cuando llegue el gran evento no te enterarás de nada. Y para serte sincero, me gusta recordar aquella época. Los amigos que hice allí, entre mis compañeros de carrera. Luis, el

superdotado que me dejaba a la altura del betún y me puso los pies en el suelo cuando yo ya me creía el rey del mundo por llegar con matrícula desde el insti. O Josema, un tipo absolutamente obsesionado con la ciencia ficción que además tenía un corazón más grande que su ya de por sí enorme cabeza. O Aitor, el diablillo de mi hombro que me incitaba siempre a salir por ahí cuando tenía que estudiar. Fue precisamente él quien me presentó a Claudia, durante la fiesta de principios del segundo curso.

Yo había logrado recuperar las dos asignaturas que me había dejado para septiembre y estaba realmente eufórico. Él, que era uno de mis inseparables en clase, me dijo que su novia estaba por allí con unas cuantas compañeras de la facultad de Turismo, y que quería presentármelas. Reconozco que seguramente iba más contento de lo habitual, pero ni mucho menos estaba borracho, porque me acuerdo perfectamente de todo lo que ocurrió. Cruzamos como pudimos la mitad del descampado donde tenía lugar la macrobotellona, hasta llegar al sitio donde Vicky, la novia de Aitor, nos estaba esperando con sus amigas. Eran cinco, contándola a ella. No recuerdo el nombre del resto, pero sí de la última chica que se presentó. Era un poco más alta que yo, con el pelo castaño claro y unos ojazos azules que tiraban para atrás. Se llamaba Claudia, era un año mayor que yo y además de preciosa, parecía una chica muy divertida.

Yo me quedé colgado de ella desde aquel primer momento. Era como conocer a una auténtica actriz de Hollywood porque no es solo lo guapa que fuera, sino el carisma que tenía. Poseía un algo especial que te dejaba hipnotizado. Y así me costó tanto empezar una conversación con ella. Por suerte, la chica era muy agradable y apenas se burló de todas las tonterías que tuve que soltar para romper el hielo. Habíamos ido solo a saludar, pero al final nos quedamos allí todo el tiempo, hasta que se hizo de noche y cada mochuelo se marchó a su olivo. En todo ese tiempo me había enamorado como doscientas veces de aquel ángel que había decidido pisar la Tierra para honrarnos con su belleza y su sonrisa. Azuzado por lo bien que estaba yendo la conversación, y también un poco por el alcohol, para qué negarlo, decidí pedirle su teléfono. Y me lo dio, con una sonrisa en los labios que me desarmó por completo.

Aquella noche me dormí soñando con ella. Con su sorprendente buen gusto musical. Con sus labios perfectos que me invitaban a pecar. Con esa mirada que tenía la facultad de volverme loco en cada momento. Y, sobre todo, con la forma de conseguir que ese monumento de mujer me diera una oportunidad. Aquella misma tarde había visto como un montón de chicos se le acercaban, cosa totalmente lógica por otra parte. Algunos eran más sutiles, otros directamente entraban a cuchillo y le pedían marcharse de allí para “charlar tranquilamente”. Ella era elegante hasta para rechazarlos. Si insistían, los dejaba planchados con alguna frase, y una simple mirada mía les bastaba para entender que hoy no iba a ser su día. Que allí el privilegiado era yo. Y así me sentía, te lo juro.

Bien, en este punto debería contarte todos los desvelos que tuve que pasar para poder salir con Claudia. Todas las locuras que hice para que no perdiera el interés en mí. Para ponerme a su altura, porque la chica estaba, como se diría hoy en día, muy por encima de mis posibilidades. Y es cierto que me esforcé, como hice con todas las relaciones que tuve. Pero la verdad es que aquella chica me sorprendía cada vez más. En la segunda cita descubrí que venía de una familia tremendamente rica. Pero no como los ricos de por aquí, que por tener un chalet inmenso con piscina y un Mercedes al lado del Audi ya se piensan que son Bill Gates. No, ricos de verdad. Su abuelo había sido uno de los hombres más importantes de Sevilla en su momento, con tierras por media Andalucía, de los que salían a cazar con el Rey y demás. Sí, yo también me quedé bastante flipado cuando lo supe. Ella era una chica muy elegante y se notaba que podía comprarse cosas

caras, pero de ahí a saber que vivía en la urbanización más exclusiva de toda la ciudad...

Puede que la estés imaginando como una chica engreída y mimada que sabía que todo el mundo iba a estar a sus pies, pero que va. Claudia no era así para nada. Aunque es cierto que tenía ese punto de saber lo que quería e ir a por ello con todas sus fuerzas, costara lo que costara. Casi siempre lo conseguía con su propio encanto, pero si hacía falta utilizar el dinero de papá... Eso lo descubrí mucho después, y como no quiero adelantar acontecimientos, lo dejaré aquí. Lo importante es que por alguna extraña razón que ni siquiera ella misma me pudo explicar en su momento, yo le caía muy bien. Creo que era porque estaba cansada de los mismos imbéciles que siempre la tenían atosigada en el club de campo o en el palco VIP de tal o cual evento. Yo no era como ellos, me decía. ¿Cómo iba a serlo, si venía de una familia de clase media cuyo mayor lujo consistía en irnos una semana de vacaciones a la costa? Para mí, cada instante que pasaba con ella era como un sueño, y no te exagero. Sentía las miradas de envidia de los demás. Veía como ella se encariñaba más y más conmigo, y yo, que por miedo no había querido pillarme, acabe dejándome llevar. Después de tontear en las dos últimas citas, me invitó a su casa de la playa en Cádiz. Era marzo y por supuesto, no metimos ni el dedo chico del pie en el agua. Nos dedicábamos a pasear por la arena, a cocinar recetas imposibles y a darnos todo el amor que nos nacía en ese momento, que era mucho, como podrás imaginar. Cuando oficializamos nuestra relación todo el mundo se quedó con la boca abierta, porque incluso los que más apostaban por nosotros, como el propio Josema, pensaban que no le dudarían ni dos asaltos a Claudia. Que se aburriría de mí y aspiraría a algo mejor. Yo, por dentro, también lo pensaba. Y ese miedo, a veces más intenso, a veces más apagado, no me abandonó en ningún momento. Aunque claro, no tenía ni punto comparación con el miedo que sentí la primera vez que me presentó a sus padres.

Ella, sabiendo que estaba muy nervioso, trató de convencerles para que nos viéramos fuera, en algún restaurante, en una zona neutral. Sin embargo, ellos insistieron en invitarme a comer a su casa. Llamar a aquello casa, como cuando se lo llamo a la mía, es cuanto menos reservado. Mansión sería una palabra mucho más apropiada. Bromeaba con Claudia sobre eso antes de entrar, y ella me dijo que era una casa grande, pero una casa, al fin y al cabo. Que no me preocupase. Que les había hablado muy bien a sus padres de mí. Que simplemente fuera yo mismo. Y siendo yo mismo, lo hice lo mejor que pude, frente a una mesa en la que me habían colocado como media docena de cucharas y otros tantos tenedores y cuchillos, no sé si esperando que los utilizara correctamente o que los ordenara por parejas o algo así. Rodeado por cuadros de Teresa Duclós y Gonzalo Bilbao (según me explicó Claudia), con una comida que estaba riquísima servida en una vajilla que temía arañar a cada momento, tuve que enfrentarme a los que eran en aquel momento mis suegros, que además parecían estar tremendamente interesados en conocer cada detalle de mi vida. Les hablé de la carrera, de cómo mis padres me habían inculcado la importancia del trabajo, el esfuerzo y el sacrificio desde pequeño, de cómo el deporte me había ayudado a entender mejor todos esos conceptos. Y claro, de lo mucho que quería a su hija, de cómo la colmaba a regalos y parabienes, y de cuanto la respetaba como mujer, y como amiga, y como todo. Al terminar el almuerzo me invitaron a tomar café y merendar, y ya algo más cómodo, hablé sobre mi familia, obviando por supuesto las partes oscuras, y con toda la humildad del mundo por delante. El padre de Claudia era un hombre bastante mayor, más incluso que el mío, y parecía estar siempre escudriñándome con la mirada, para captar cualquier gesto sospechoso. Su madre era mucho más cercana, más abierta, e incluso me contó que conocía a algunas amigas en Cerro de la Vega, a las que visitaba de vez en cuando, porque el pueblo le parecía precioso.

En fin, que se podría decir que salí ileso de aquella primera prueba de fuego. Si conocer a los

padres de tu pareja es algo siempre complicado, imagínate cuando son gente de tan alta alcurnia. Afortunadamente, con Claudia podía estar mucho más relajado. Ella no me miraba por encima del hombro en ningún momento, lo pagábamos todo a medias y cuando me invitaba a algo era como un regalo, y yo también le regalaba cosas a ella, a riesgo de quedar como un tieso, porque era imposible estar a la altura. Aquella diferencia pudo marcar nuestra relación, pero no lo hizo, y le doy las gracias a Claudia por ello. Éramos una pareja normal, de las que se ven cuando pueden, de las que quedan para ir al cine, a cenar, de escapada romántica a la sierra... Bueno, y también a algún que otro viaje más lejano, cortesía de sus padres. Y asistir a fiestas privadas increíbles donde pude conocer a gente que jamás imaginé, o disfrutar de eventos VIP en los lugares más exclusivos de Sevilla. Tal vez nuestra vida no era tan normal como la del resto, para que te voy a engañar. Yo, que desde que entré en la universidad me había distancia un poco de mis amigos de Cerro de la Vega, acabé entrando por completo en el mundo de Claudia. Entonces lo veía como algo lógico. Yo había escogido a Claudia por ser como era, no por su dinero, ni por las “puertas” que podía abrirme. Pero sería estúpido negar que aquello también acabó encantándome. Que por momentos me creí capaz de estar a la altura de todo aquel mundillo de focos y flashes. Tarde años, sin embargo, en entender que aquello no iba de estar o no a la altura, sino de estar a gusto y poder ser quien quieres ser. Algo que se te olvida pronto en sitios donde te agasajan como si fueras alguien realmente importante.

Iba con mi chica, engalanada con un vestido de alta costura por el que muchas modelos matarían, y todas las miradas se centraban en nosotros. Me compré más ropa de la que podía permitirme, aunque Claudia me regalaba trajes y camisetas casi todos los meses. Había que estar presentables, porque en algunas de esas fiestas y eventos incluso llegaron a venir paparazzis que nos sacaron en las revistas del corazón. Allí, al lado de la foto del marqués de no sé dónde, del torero nosequién, aparecíamos nosotros, jóvenes y espectaculares, la nueva generación que supuestamente debía dar que hablar en esas mismas páginas en poco tiempo.

Nuestra vida era eso, pero no te pienses que estábamos todo el día de fiesta y cachondeo. Mientras tanto, Claudia estaba sacándose la carrera de Turismo y yo la de Telecomunicaciones, esforzándonos porque nuestras notas no se resintiesen. De hecho, solo se nos veía en esas fiestas en verano, cuando estábamos un poco más libres de exámenes, proyectos y trabajos, siempre que no estuviéramos ocupados navegando por el Mediterráneo con sus padres, claro está. Desconecté casi por completo de toda mi vida anterior. Pasaba muchos días en el piso que Claudia tenía en Sevilla. A veces estaba como cuatro o cinco días sin ver a mis padres. Y ya lo de salir con Edu, Marcos y demás... Nos veíamos muy de vez en cuando, y se llevaban todo el rato repitiendo que me tenían muchísima envidia por estar con una chica como Claudia. Salía con ellos por aquí, o de discotecas en Sevilla, pero aquello tenía poco que ver con los locales exclusivos a los que iba con mi novia y sus amigos. Me dejé cegar por todo aquel lujo, lo reconozco. E incluso llegó un punto en el que llegué a temer por todo lo demás. Por mi carrera, por la relación con mi familia. Cuando estaba a mitad de cuarto, y mientras Claudia terminaba su carrera, le propuse tomarnos un año un poco más tranquilo. Yo estaba viéndole las orejas al lobo en la carrera, y con lo bien que iba, no quería quedarme atrasado. Además, empezaba a sentirme fuera de lugar en aquellos fastuosos eventos a los que Claudia me llevaba. Siempre había sido mayor que yo, solo por un año, pero en aquel momento la diferencia parecía mucho más grande. Llevábamos dos años juntos y habíamos llegado a convivir en aquel piso por periodos pequeños. De hecho, coincidían con nuestro peor momento en la relación. Discutíamos más de lo habitual. Empecé a pensar que tal vez no éramos tan compatibles, y lo cierto es que puse cierta distancia para volver a tener los pies en el suelo.

Ella se lo tomo muy bien, la verdad. Era una chica muy madura y no tenía ningún problema en que nos diéramos algo de espacio. Meses después, al poco de hacer tres años juntos, noté que algo cambiaba, no en ella, pero sí en sus amigos. Había algunos que me mandaban mensajes casi todos los días, y de pronto desaparecieron. Cuando quedábamos me hacían el vacío, e incluso alguna que otra vez llegaron a tirarme alguna indirecta que no quise devolverles por respeto a Claudia. Ella parecía no enterarse de nada y me decía que me quería como siempre. Pero al poco tiempo descubrí que se había echado un amiguito aquel verano, un tal Jorge, hijo de otro acaudalado empresario amigo de su padre. El tal Jorge era el capullo más capullo del reino de los capullos sevillanos (y perdona la expresión, pero es que no encuentro otra palabra con la que definirlo). Guapete, eso sí, creído a más no poder y con pasta para comprarnos a mí y a toda mi familia. Por lo visto, el tipo ya intentó salir con Claudia cuando eran más jóvenes, pero ella no estaba segura. Y mira por dónde, las dudas se le esfumaron mientras estaba conmigo. Supe entonces, meses después, que aquel verano habían disfrutado de muchos días juntos en Cádiz, pero también en otros sitios donde el tal Jorge tenía niditos de amor.

Claudia ni siquiera se esforzó en negarlo. Me ponía excusas baratas y lo único que escuchaba de fondo era ese tono de “bueno, tarde o temprano esto iba a pasar, vamos a quitárnoslo de encima”. Le pregunté, iluso de mí, que porqué lo había hecho. Y por si no lo sabes todavía, te lo aclaro en un momento, Alba. Ese tipo de preguntas nunca salen bien. Las haces, pero no quieres escuchar la respuesta, sea la que sea.

—Porque me aburría contigo, Dani. Ya no era cómo antes y yo no quiero aburrirme con veinticuatro años.

Claudia me demostró en ese momento algo muy importante: que una persona que te ha estado mintiendo durante mucho tiempo puede ser también brutalmente sincera, aunque sea por unos segundos. A estas alturas me avergüenza reconocer que yo iba incluso con ganas de perdonarla, de pensar que había sido un simple desliz y punto. Pero nada de eso. Llevaban meses viéndose, y lo peor de todo es que no era el primero. En un arranque de sinceridad, uno de sus supuestos mejores amigos, un tipo engreído y altivo que iba de artista conceptual y que lo mismo te pintaba un cuadro que te escribía un poema o te dirigía un corto, todos absolutamente inentendibles, me confesó que también había estado enrollándose con él durante un tiempo, casi un año atrás. Los dos se lo callaron entonces pero, al enterarse de que ya no estaba con Claudia, el tipo vino muy apenado a contármelo todo, porque según decía, “se sentía mal por aquello y no quería que yo le tuviese rencor”. Rencor que, por otra parte, no le tenía en absoluto hasta que me confesó aquello.

Cornudo y destrozado, así salí de la relación más larga que había tenido hasta ese momento. Y mira por donde, en aquellas navidades fueron Edu, Marcos, Juanlu y los demás colegas del instituto los que acabaron por sacarme del hoyo y animarme. Los mismos a los que yo casi había dejado de lado por estar todo el tiempo en Sevilla, en mi otra vida, como decían ellos. Les pedí perdón y les di las gracias por todo lo que estaban haciendo. Y entendí que uno no debe dejarse llevar de una forma tan intensa y dramática por una relación, hasta el punto de cortar con todo lo demás, porque esa relación siempre puede terminarse y entonces, ¿qué te queda?

Cuando Esther y yo rompimos iba a cumplir los dieciocho y mi vida cambiaría para siempre. Cuando rompí con Claudia me faltaba un año y medio para terminar la carrera, así que hice lo contrario a aquella otra vez. Decidí centrarme en los estudios y recluirme. Había logrado, casi de milagro, llevar la carrera a curso por año, algo que te aseguro que no es precisamente fácil en Telecomunicaciones. Estaba casi atisbando ya la meta y ahora no podía fallar. Igual piensas que

estoy loco, pero sí, me refugié en los estudios para olvidar mis penas de amor. Y he de reconocer que me sirvió, porque al final conseguí terminar la carrera en el tiempo que tenía previsto. Me volví un poco más introvertido, eso sí, y sobre todo más desconfiado. No solo de las chicas, del mundo en general. Aquella relación me sirvió para aprender muchísimas cosas, y creo que me preparó para encontrar a la persona adecuada para mí.

Como curiosidad, te diré que hace unos meses leí que Claudia está ahora saliendo con un joven delantero de un equipo de la ciudad. Un tipo que no se parece absolutamente nada a mí, y que debe estar más cargado incluso que ella. Por lo visto, su Instagram está lleno de fotos de los dos disfrutando de una vida perfecta. Y yo me alegro mucho por ella, porque se lo merece. Supongo que un futbolista es mucho más divertido que un aspirante a ingeniero de telecomunicaciones, así que todo está bien.

21 de febrero de 2018

Aquel día, uno de los más largos de mi vida, Barcelona amaneció disfrazada de Londres, con una niebla que no parecía querer abandonar por nada del mundo las calles de la ciudad. Febrero enfilaba ya su recta final, era viernes y yo no había dormido muy bien que digamos, porque había estado hasta las tantas disputando el enésimo torneo de Fifa junto a Gus y Esteban. Tampoco era la primera vez. Llegaría al trabajo y acabaría con las existencias de café de la oficina. Como siempre, salí a la calle y cogí el metro atestado de gente que iba y venía en hora punta. Ya en aquellos tiempos, la estampa de ver a la mayoría de los pasajeros con la vista pegada a la pantalla de su móvil era algo habitual. Yo me conformaba con llevarlo en el bolsillo, enganchado a mi cabeza con unos auriculares cualquiera, y disparando balazos a mi mente a aquellas horas intempestivas. No recuerdo exactamente qué sonaría aquel día. Puede que Angels, de The XX, o algo de Tame Impala, porque por aquella época estaba explorando ese rollo. O tal vez fuera algún clásico de The Clash, Joy Division o The Cure. No, no eran canciones típicas de un viernes, eso te lo aseguro. Destilaba yo en aquellos días una cierta melancolía que desde luego, acentuaba sin ningún remordimiento con mi lista de reproducción favorita.

Debí darme cuenta de que el día sería diferente ya desde el primer momento. Por la niebla. Por el hecho de que, al llegar al trabajo, hubiera dulces para acompañar el café, cortesía de la becaria, Lola, que se marchaba después de unos meses trabajando allí. Por un instante, al despedirme de ella, me sentí un poco imbécil por no haber siquiera intentado algo, porque aquella chica me gustaba. Algo en mi interior me decía que solo era una cría. Yo tampoco es que fuese un vejstorio, ni mucho menos, pero ya iba cogiendo altura. En los meses que Lola paseo su sonrisa canaria por la oficina no me atreví a dar el paso. Y sí, aquel último día me arrepentí, porque no me sentía preparado para darlo en el último momento. Y menos mal.

Terminó la jornada laboral y aquel viernes cada cual se marchó por su lado. Era habitual que Sixto, Marina y unos cuantos más nos reuniéramos en una tasca cercana para tomar algo despidiendo la semana de curro. Pero es cierto que en invierno aquellas quedadas se reducían al mínimo. Yo, sin embargo, confiaba en que alguien lo propusiera. Pero estaban demasiado ocupados. Así que salí de la oficina para enfrentarme de nuevo en la calle a aquel día raro. La niebla ya no estaba, pero el cielo apenas dejaba traspasar la luz de un sol que no parecía poner mucho interés en hacer acto de presencia.

Al llegar a casa estaba tan apático que lo único que hice fue almorzar y ponerme a ver la tele hasta quedarme dormido en el sofá. Aquella tarde debía salir a correr un rato, porque llevaba casi toda la semana sin hacer absolutamente nada de deporte, y algo en mi interior me decía que eso no era bueno, que era un holgazán y un flojo y que si seguía así no iba a llegar ni a los cuarenta. Un poco exagerado, lo sé, pero al menos me servía para obligarme a salir a correr. La carrera de aquella tarde de viernes no duró demasiado. No me encontraba con muchas ganas y me notaba corriendo por obligación. La música en mis auriculares era algo más animada, pero el cielo no acompañaba. La gente parecía estar en otro mundo diferente al mío aquella tarde. Al volver al piso me topé con la prueba definitiva de que aquel no era un día ni mucho menos normal. Me encontré a Gus planchando.

Si mi compañero de piso se estaba tomando la molestia de adecentar una de las pocas camisas que tenía es que algo importante se estaba cocinando.

—Tío, ¿en serio que no te acuerdas? El otro día le dijimos a Esteban que iríamos con él a la

fiesta de la chica con la que está tonteando.

—¿Le dijimos? ¿Acaso lo hicimos al unísono como en las pelis?

—No, se lo dije yo, y hablaba por los dos. Tú vienes conmigo.

—¿Esta noche? No me apetece nada.

—¿Y crees que eso importa? Tienes que venir.

—En serio Gus, no estoy hoy para fiestas, y menos para ir a una donde no conozco a nadie.

—Eso es lo bueno, Dani. Esteban me ha dicho que esta chica tiene un montón de amigas, así que puede que conozcamos a alguien interesante hoy.

—Ya. Como la semana pasada, en el garito aquel de mala muerte. O la anterior, en eso tan alternativo donde por poco no nos detienen.

—Te veo algo negativo hoy, Daniel. ¿Eso se os permite a los andaluces? ¿La siesta no te ha sentado bien?

—Vete a tomar por culo.

—No, me iré a Sant Adriá a eso de los doce. Y tú me llevarás.

—Claro, si ya tengo la limusina aparcada en la puerta.

—Con tu Megane me conformo. Además, no me gusta hacer esto, pero sabes que me lo debes.

—Ni de coña tío, no me enmarrones otra vez.

—Es que te veo con pocas ganas de venir por ti mismo. Y lo mismo tengo que obligarte, recordándote quién estuvo ahí la última vez...

—Vale, vale, maldito chantajista aprovechado.

—Ponte guapo, anda. Aunque hoy vas a tener poco que hacer conmigo al lado.

La perspectiva de tener que conducir hasta Sant Adriá era lo peor de aquello. Cuando me metí en la ducha, después de picar algo con Gus, solo quería ponerme cómodo y quedarme allí, tragándome cualquier cosa que pusieran en la tele. Pero sabía que no podía darle esquinazo a mi amigo y que si yo no iba, él tampoco podría y me lo recordaría para los restos. Así que me puse lo primero que pillé en el armario, en consonancia con lo bien vestido que iba mi compañero de piso, y le cedí el baño para que llevara a cabo su ritual de acicalamiento, que no solía durar menos de tres cuartos de hora, mientras yo jugaba a la consola.

Sant Adriá está pegado a Barcelona, pero en la otra punta de donde nosotros vivíamos, así que el viaje fue largo, porque como es natural en aquella ciudad, nos topamos con un atasco de tres pares de narices. No sé cómo logré encontrar aquel lugar con las confusas indicaciones de Gus, que parecía estar más centrado en cantar cada canción del Agila que en llegar a nuestro destino.

Aparcamos, subimos al piso y nos encontramos una estampa que parecía sacado de algún videoclip americano. Un apartamento enorme con un montón de habitaciones, cada con una iluminación diferente y un ambiente distinto. Gente que iba de un lado a otro con vasos a medio llenar. Risas. Alboroto. Y música, música muy alta. Y no demasiado mala, por cierto. Gus me dijo que habíamos caído en una madriguera de hipsters y puede que tuviera razón. No era extraño verlos por Barcelona, en las tiendas de discos y en los mercadillos. Pero jamás había estado rodeado de tantos, ni siquiera en los locales de moda de la capital. Tampoco me incomodaba. Mi

barba no podía rivalizar con la de ellos, pero al menos tenían un gusto musical aceptable.

Encontramos a Esteban haciendo manitas con Gloria, la chica a la que estaba intentado engañar para que saliera con él de manera totalmente oficial. Nos la presentó como si estuviéramos conociendo a la Reina de Inglaterra y la felicitamos por su cumpleaños (de ahí la fiesta). Gus destacó el buen gusto que tenía con la decoración en el piso y ella dijo que vivía allí con tres compañeras más, pero que el piso era de los padres de una de ellas, que de hecho poseían todo el edificio. A Gus se le pusieron los ojos como platos imaginando un posible encuentro con una rica heredera barcelonesa, pero tuvo que quedarse con las ganas nada más saber que la chica, de hecho, estaba saliendo con otra de las compañeras de piso de Gloria. Su gozo en un pozo, y yo llevándomelo para ahogar sus penas con un poco de alcohol. Si algo bueno tenían esas fiestas era que el Jaggermaister no faltaba nunca. Así que en lo que duraba una canción de Nick Cave, mi amigo y yo habíamos esquilado a chupitos una botella que encontramos por allí. Yo solo bebí un par de ellos, que conste. Gus, que estaba más acostumbrado, pudo con más. Le recomendé que parase porque si se emborrachaba nada más llegar no iba a poder ligar con ninguna chica. Y me hizo caso. Tanto, que al poco tiempo le vi hablando con una rubia imponente que parecía tener verdadero interés en escuchar sus anécdotas sobre el waterpolo y como casi llega a ser olímpico en 2008, una patraña que no duda en utilizar para romper el hielo.

Esteban estuvo un rato dándome charla, pero luego decidió ir a buscar a su novia, y yo me quedé un poco perdido por allí. Curioseé las estanterías, registré los vinilos que estaban por el suelo, me paseé por aquel piso en el que todos parecían tener algo interesante que hacer menos yo. Eran casi las tres, y yo ya estaba satisfecho al haber comprobado que, como le dije a Gus aquella misma tarde, la noche no iba a ser especial. Iba a ser otra noche cualquiera, en un sitio cualquiera a las afueras de la ciudad, rodeado de gente que no parecía tener ningún tipo de interés en hablar con un tipo como yo, a pesar de irradiar esa melancolía que tanto les gusta a los hipsters. Bailaban de forma elegante. Fumaban cerca de las ventanas que daban a la calle. Hablaban sobre temas banales como si estuvieran salvando el mundo. Y me hacían sentir todavía más solo. ¿Has tenido alguna vez esa sensación? ¿La de estar rodeada de un montón de gente, y aun así, sentir que estás más sola que nunca? ¿Qué no estabas en el sitio en el que tenías que estar? Aquella sensación me inundaba, arrastrando la idea de buscar a Gus para marcharnos de allí enseguida. Pero comenzó a sonar aquella canción. Una que hablaba de nihilismo, de banderas blancas y pastillas rosas. Que hablaba, precisamente, de ir a cualquier otra parte. De dejarlo todo atrás y perderse con alguien mientras el cielo se abre. ¿Y con quién iba a perderme yo?

Conocía la canción y casi sin querer, empecé a tararearla con un hilo de voz lo suficientemente bajo como para que nadie me escuchase. Y allí, en un rincón, había una chica que estaba haciendo exactamente lo mismo, pero con los ojos cerrados. Dejé de asentir con la cabeza y me quedé mirándola fijamente. Sus labios se movían al mismo ritmo que los míos. Aquella melodía los fundía en un mismo gesto, a cinco metros de distancia, a tres, a dos, a uno... Terminó la canción y aquellos labios, los suyos, se convirtieron en la sonrisa más hermosa que había visto en mi vida. Y entonces abrió los ojos y todo terminó. Todo lo que había sido antes ya no era, y lo que estaba por llegar comenzaba a despertarse en cada partícula de nuestros cuerpos, separados por una distancia insignificante, y unidos por una electricidad que no había sentido jamás.

—Oh, perdona —me dijo azorada—. Estaba en mi mundo y no te había visto. Qué vergüenza... Es que esta canción me gusta mucho.

—A mí también —fui capaz de decir, sobreponiéndome al impacto que aquellos ojos verdes

habían provocado en mí.

—Pensarás que soy una loca, aquí cantando sola.

—No, que va. Yo... También estaba cantando. Y estaba solo.

—¿Has venido solo?

—Con un amigo. Es el primo de Esteban, el novio de... Bueno, el amigo de Gloria, la chica del cumple.

—Entonces ya conoces a mucha más gente que yo. Solo he venido porque la pesada de mi compañera Andrea me insistía mucho. Y ahora me deja aquí tirada para ponerse a hablar con un tío que evidentemente pasa de ella. Y yo aquí, sola, sin conocer a nadie.

—Bueno, ahora me conoces a mí. Me llamo Daniel.

—Ariadna.

23 de febrero de 2018

Aquella noche no dormí absolutamente nada. Llegamos al piso casi a las seis y media y entre el tiempo que tardé en acostarme y la de vueltas que di en la cama, recuerdo notar como las primeras luces del día se colaban por la ventana. Terminé durmiendo por la mañana y sí, soñé con ella. Las circunstancias y la historia del sueño no las recuerdo, pero sé que estaba ella, porque aquello no me había pasado nunca. Si le preguntas a cualquier experto en sueños te dirá que es lógico, porque me lleve más de tres horas hablando con esa misma chica poco antes de irme a dormir, y que al ser una cara nueva y reciente, se había colado en mis alucinaciones nocturnas. Esa es la explicación lógica y racional. Pero no creo que sea la única. Aquella chica había llegado a mi vida para quedarse.

El sábado me desperté con el olor de la comida que Gus estaba preparando. Aquello ya era suficientemente sorprendente como para pensar que había caído en un mundo alternativo. Pero resulta que mi compañero estaba de buen humor porque una chica le había dado su teléfono el día anterior. Algo que había intentado comunicarme mientras volvíamos la noche anterior, pero entre su lengua trabada y el sueño que ya tenía encima, apenas aguantó unos minutos despierto. Tuve que hacer auténticos esfuerzos para que subiera al apartamento, y lo dejé tratando de quitarse la ropa en su cuarto, aunque creo que se acostó con lo que llevaba. Eso sí, a la mañana siguiente era la viva imagen de la felicidad, haciendo huevos fritos con patatas y chorizo, su plato favorito cuando tenía que enfrentarse a una resaca (si es que con veinticinco años se pueden tener resacas).

Me contó que la chica se llamaba Sol y que era argentina, pero llevaba como cinco años viviendo allí en Barcelona. Que trabajaba en una tienda de cosméticos y que cuando tenía tiempo salía a fotografiar los parques de la ciudad. Aquellas fotos las convertía en murales que luego le dejaban exponer en algunas pequeñas galerías.

—Es toda una artista, tío. Inteligente, guapísima... Es el amor de mi vida.

—Para el carro, Gus, que apenas la conoces.

—Pues lo justo para saber que voy a estar con ella el resto de mi vida. Porque somos almas gemelas, nos entendemos a un nivel que...

—Tío, ¿pero tú te oyes? La conociste en una fiesta, medio borracho, y estoy seguro de que no pudisteis hablar demasiado porque apenas te tenías en pie cuando te recogí para irnos.

—Eso es verdad, pero sí que hablamos. Y nos tocamos. Pero en plan bien, romántico. En fin, que es la chica que llevaba esperando todo este tiempo, Dani. Es ella, lo sé. Me dio su número y todo, sin tener que pedírselo.

—¿Y eso ya la convierte automáticamente en la chica de tus sueños?

—¿Qué pasa, que uno no puede enamorarse de alguien nada más verla? ¿Tú no crees en los flechazos?

Iba a responderle, pero mi teléfono vibró en ese momento encima de la mesa. Una tal Ariadna me mandaba un mensaje lleno de emoticonos. Y le daba la razón a aquel tipo desaguisado que trataba de no quemarse con el aceite de la sartén. Veinticuatro horas antes me habría reído en su cara por aquella muestra de súbito idealismo romántico. Tan solo unas horas después, yo me enfrentaba a una realidad que no me había imaginado. No es que estuviera enamorado de Ariadna. Pero sí, quería estarlo.

Me gustó desde el primer momento que la vi, tarareando aquella canción con los ojos cerrados como si el resto del mundo le hubiese dejado de importar. Me gustó su sonrisa franca y abierta. Y sus ojos demolieron de un solo golpe cualquier tipo de coraza que yo pudiera andar construyendo después de lo que ocurrió con Claudia. Sentía que cada palabra suya se colaba por mis poros, no por mis oídos. Que entre tanto foco extraño y tantos colores, su luz refulgía de una manera especial. Podía expresarme, podía mirarla, seguir su conversación e interactuar con ella de todas las formas posibles, pero lo hacía como en un estado de embelesamiento indescriptible. Era como si David Lynch hubiera decidido rodar la comedia romántica más pastelosa de la historia.

Por fortuna, aquel mensaje me demostraba que lo de anoche no había sido un sueño. Aquella chica seguía estando aquí, en mi mundo, en mi realidad. Lo había estado los últimos meses, desde que me mudé, pero la ciudad era tan inmensa que de habernos cruzado en otro momento, en otro lugar, habríamos pasado el uno del otro seguramente sin mirarnos siquiera. Pero ocurrió así, tal y como te conté el otro día. Aquella noche, en el aquel piso perdido, en una fiesta llena de hipsters a la que primero no quería ir y luego quería marcharme pronto, pero en la que acabé quedándome casi el último, por tal de seguir arañando un rato más junto a la chica morena de los ojos verdes. Uno cree o no en el destino según las circunstancias. Puede que fuera el destino lo que nos hizo encontrarnos a tu madre y a mí aquella noche en aquel piso. Puede que sea el mismo destino el que me hace estar contando los días que me quedan para marcharme de esta vida. Dejarlo todo en manos del azar siempre me ha parecido algo un poco infantil, como si no quisiéramos tener ningún tipo de responsabilidad sobre nuestras propias vidas. A veces la suerte tiene mucho que ver en las cosas que nos pasan, por supuesto. De hecho, incluso puedo aceptar que la podamos atraer con cierto tipo de pensamiento positivo. Pero al final, las decisiones las tomamos nosotros. El paso tienes que darlo tú, porque si esperas...

Ariadna me mandó aquel mensaje al poco de despertarse porque se había tenido que marchar corriendo, después de que su amiga llevase ya más de media hora esperándola en el coche, amenazándola con dejarla en tierra si no bajaba. Me pidió disculpas por aquello y me dio las gracias por haberle hecho compañía aquella noche, en aquella fiesta donde se estaba aburriendo como una ostra. Y me dijo que se lo había pasado genial hablando conmigo. Que ojalá no fuera nuestra última charla. Lo hacía con la misma naturalidad con la que me había explicado unas horas antes que había terminado Enfermería y que estaba empezando a trabajar, que le encantaba aquello pero que a veces se le hacía muy pesado lo de pasar tantas horas en el hospital, y que incluso en ocasiones no podía hacer planes porque los horarios le venían muy mal. La misma naturalidad con la que me habló de sus hermanas, de lo coñazo que eran y de lo mucho que las quería, y de su madre, que las había criado prácticamente sola. Con la misma naturalidad con la que me hablaba de cine y de música, de películas que no había visto en mi vida, y de bandas que conocía, pero que detestaba. A ella le daba igual. Hablaba, y hablaba, y me dejaba hablar a mí durante el tiempo justo para tomar aire.

Tardé en responder a aquel mensaje, primero porque no creía estar en las condiciones adecuadas, y segundo, porque aquel movimiento me cogía por sorpresa. No solía encontrarme con muchas chicas que “dieran el primer paso”. Ni siquiera sabía si tu madre estaba interesada en mí. Aquel mensaje bien podía ser simplemente de agradecimiento. Y yo ya me estaba montando mis películas en la cabeza, porque cuando conoces a alguien como Ariadna es imposible no hacerlo. Estaba volviendo a pensar en las cosas que me prometí a mí mismo que no volverían a pasar por mi cabeza. Estaba creando expectativas basadas en mi pura e indomable imaginación, en mis deseos, no en la realidad. Me sosegué todo lo que pude para no parecer un auténtico lunático y le

respondí. Y ella me respondió. Y yo volví a responderle. Y a los ciento y pico mensajes decidimos que aquello era una pérdida de tiempo, cuando podíamos vernos para tomar algo al día siguiente.

Aquel domingo parecía la antítesis del viernes anterior, todo alegre y luminoso, como hacía mucho tiempo que no lo disfrutábamos por Barcelona. Quedamos en una cafetería cerca de su casa, al norte de Sarriá. Llegué pronto, pero ella ya estaba allí, esperándome con aquella deslumbrante sonrisa. Me senté y quedé a merced de sus palabras y de sus ojos verdes, una vez más, sin poder ni querer hacer nada para remediarlo. Y mientras ella me hablaba de las ganas que tenía de aprender a cocinar de verdad y no los típicos platos de siempre, en mi interior se iba horneando a fuego lento aquella misma idea que hoy me inunda la cabeza: vas a querer a esta chica más que a tu vida.

No fue aquella tarde. Tampoco la siguiente vez que nos vimos, unos días después, para ir al cine a ver a Enma Watson gritando que se sentía infinita con David Bowie de fondo. Fue poco después, dando un paseo por los Jardines de la Tamarita, un rincón que Ariadna se empeñó en enseñarme antes de ir a cenar aquel sábado, justo una semana después de conocernos. La tarde estaba apacible y el sol parecía resistirse a desaparecer por completo, por no perderse aquella escena. Sentados en uno de esos vetustos bancos, le dije a tu madre que no había conocido nunca a nadie como ella, lo que era verdad. Y que quería seguir conociéndola mucho más, porque me gustaba demasiado. Eso también era verdad. Y que podía destrozarme el corazón si quería, pero no podía contener por más tiempo aquello, que llevaba siete días en los que solo podía pensar en ella y en lo nervioso que me ponía cada vez que me miraba, como en aquel momento. Y entonces la besé, y ella me besó, y tras eso sonrió y me dijo que había tardado demasiado.

Salimos de aquel parque cogidos de la mano, y desde entonces no nos hemos vuelto a soltar. Hace cinco años de aquello y si hay algo que tengo que agradecerle a esta vida que se me escapa es haber tenido el privilegio de poder disfrutarla junto a tu madre. Y también de sufrirla junto a ella, como ahora. Porque ha estado siempre, en cada momento, ayudándome y apoyándome, celebrando los triunfos conmigo, animándome en los fracasos, que eran tonterías cuando ella se acurrucaba a mi lado. Cinco años de relación imperfecta que ha sido, sin lugar a dudas, lo mejor de mi vida. A estas alturas ya debes saberlo, pero tu madre es un tesoro. Hazme caso, Alba. Gente como ella es la que hace que este mundo sea medianamente soportable. No sé de dónde saca las fuerzas, no sé de dónde saca el valor, de dónde saca la alegría para levantarse cada día, embarazada y dolorida, a darme el empujoncito que necesito para seguir luchando en una batalla que perdí hace meses. Tampoco sé si me la merezco, ni me importa. Solo sé que desde aquel momento en el que le prometí quererla y demostrárselo, he intentado con todas mis fuerzas estar a la altura. Y aquí sigue, conmigo, celebrando aniversarios, llorando juntos y aguardando tu llegada, con la única esperanza de poder estar juntos también en ese momento. Porque tenemos mucho amor que darnos, y hay sitio para una más.

26 de febrero de 2018

Aquella primavera fue la mejor que he vivido nunca, regada de conciertos, de películas, de paseos, de nuevas experiencias y sobre todo, de un amor como nunca había sentido. Barcelona parecía incluso más hermosa cuando tu madre me la enseñaba, colándonos por las callejuelas del Barrio Gótico, buscando lugares especiales de Montjuic a Horta, de Sant Gervasi al Maresme. Tardes enteras recorriendo una ciudad que era nuestra. Noches sin dormir escuchando a Coldplay y a Supersubmarina, a Pablo Alborán y a Malú, y por supuesto, también a Dorian. Esas primeras mañanas en las que amanecíamos juntos y yo solo deseaba estar despierto de verdad.

Y hubo peleas, y discusiones, porque esto no es Hollywood, sino la vida real. Una de las primeras y más gordas vino después de que le dijese que tenía que ser más puntual, porque siempre me tocaba esperarla cuando salíamos. Ella se puso cabezona, yo me puse todavía más cabezón, se nos cruzaron los cables y nos llevamos tres días sin hablar. Tres días pueden pasar volando o pueden hacerse eternos, como fueron aquellos tres días, con cada una de sus setenta y dos interminables horas. Yo ya había pasado por aquello y no estaba dispuesto a tirarlo todo por la borda por una discusión, así que me disculpé. No por lo de la puntualidad, sino por haberme puesto hecho una fiera sin motivo. Y es que en el fondo, lo que pretendía era cambiar a tu madre, erradicar uno de sus más molestos defectos. Como si el ser impuntual no fuera una parte imprescindible de su forma de ser. Como si ella lo eligiese.

Así era, y así sigue siendo. Impuntual, a veces algo caprichosa, muy testaruda cuando se le mete algo en la cabeza, desordenada y despistada, con la cabeza en las nubes... Y con todo, la persona más maravillosa que conozco. Porque todos, sin excepción, tenemos defectos. Hay un montón de cosas de mí que sé que sacan de quicio a tu madre. Lo obsesivo que soy con muchos asuntos (la puntualidad, por ejemplo). La manera que tengo de conducir escuchando música a mucho volumen. Las veces que decido castigarla con el silencio, porque tengo un mal día o porque se me cruzan los cables. Lo cabezón que soy algunas veces, casi tanto como ella.

Pequeños o grandes defectos, pero nuestros. Nos conocimos así, nos gustamos así, ¿Por qué pelearnos para intentar cambiarnos, cuando es mejor querernos de esa forma? Si algo he aprendido en todo este tiempo es que una persona es como es y si solo estamos con ella para cambiarla, jamás podremos ser felices. Llegará el momento en el que nos demos cuenta de que no es justo, ni para esa persona ni para nosotros mismos. Por eso me parece tan peligroso tener en la cabeza una imagen idealizada de la que sería nuestra pareja "perfecta", nuestro príncipe azul o nuestra chica ideal. Lo único que provoca eso es frustración al darnos cuenta de que esa persona no existe en el mundo real. El darnos cabezazos contra la pared tratando de convertir a una persona que nos quiere y nos valora por cómo somos en algo que no es, solo para que encaje mejor en todas esas fantasías que nos hemos ido formando en nuestra mente. Es otra vez lo de las expectativas, lo del poema de Salinas. Es algo inherente al ser humano, porque nos han enseñado a ser así, porque nos bombardean con esas historias en las películas, en los libros y en las canciones. Historias que nos hablan de un tipo de amor que tal vez no sintamos jamás como el único que existe, el auténtico y verdadero. Si ese chico que dice que le gustas no está bajo tu ventana poniendo tu canción favorita en un radiocassette es que no te querrá tanto. Si en lugar de correr en el último instante al aeropuerto antes de que te marches como haría cualquier persona normal trata de hablar contigo y convencerte de que lo vuestro puede salir adelante demostrándotelo con gestos pequeños pero reales, ese chico no es para ti. Si no empezáis odiándoos con todas vuestras fuerzas, si no te das cuenta de que te gusta solo porque te pone

celosa verlo con otras chicas, es que no lo quieres de verdad. Y si te pasa con una chica, exactamente lo mismo. Esto no entiende de géneros, de sexos ni de gustos personales. Te dictan cómo tienes que sentir, cómo tienes que amar, cómo tienes que perseguir tu historia perfecta, tu cuento de hadas.

Yo también me lo creí. Caí en la trampa. Pero con el tiempo, por fortuna, aprendí que debía ser yo mismo el que escribiera mi propia historia de amor. Una totalmente nueva, con las reglas que quisiéramos poner en ese momento la persona que estuviese conmigo y yo. Un guion escrito a cuatro manos, entre los dos, y no uno que yo ya trajese de casa, con la idea de hacer un casting para encontrar a esa protagonista de la historia, a la que encaja en el papel que he escrito para que sea su acompañante de por vida. He visto eso tantas, tantísimas veces, que he llegado casi a pensar que todo el mundo se enamora de esa manera. De hecho, creo firmemente que Claudia empezó a salir conmigo porque encajaba más o menos bien en ese guion de novio prototípico que ella se había montado, al que podía moldear a su gusto, por supuesto, para hacerle todavía más perfecto.

No sé si me estoy yendo por las ramas, si estoy logrando que entiendas algo. Estos días ando un poco más sentimental de lo normal, y creo que se me nota. No te tomes todo esto como una especie de lección vital que te daría si estuviese allí. Es solo mi experiencia, que tal vez pueda servirte para entender un poco mejor las cosas, en un momento en el que seguramente no entiendas absolutamente nada. No es la verdad, es mi verdad, la que he ido formando a través de todo lo vivido en treinta años. Si hubiese escrito esto con tu edad, no tendría nada que ver con lo que estás leyendo. Lo bonito de tener toda la vida por delante es todo lo que te queda por vivir, lo bueno y lo malo, porque de lo primero sacarás alegrías y momentos inolvidables, y de lo segundo la experiencia y las lecciones necesarias para hacerte más fuerte y llegar donde quieras. En tu mano está, no lo olvides.

MARZO

16 de marzo de 2018

Hola de nuevo, Alba.

Puede que para ti hayan pasado solo unos pocos segundos desde la última vez que me leíste, pero para mí ha pasado más de medio mes desde la última vez que escribí. Y no, no ha sido por pereza, te lo aseguro. Ha habido una razón mucho más importante para no volver a estar aquí hasta ahora.

Aquel mismo lunes, el último de febrero, comencé a sentirme un poco mal por la noche. Quiero decir, peor de lo habitual en estos últimos meses. Sentía que el cuerpo me ardía y empezaba a dolerme la cabeza. Al día siguiente tenía terapia de nuevo, así que no dije nada porque lo último que quería era faltar. Pero al despertarme aquella mañana de martes casi no me podía mover. Nunca me había sentido tan cansado, como si un tren me hubiese pasado por encima. Enfrentarme a todo lo que suponía la terapia en aquel estado me ponía los pelos de punta, así que no tuve más remedio que comentárselo a la familia. Tu tía Ángela me acompañó al hospital, sí, pero directamente a Urgencias, para ver que me pasaba.

Tenía gripe, Alba. Algo que normalmente se cura en un par de días de reposo y algunos medicamentos, pero que en mi estado puede ser definitiva. De hecho, yo estaba cada vez peor y la cabeza me dolía tanto que temía perder el conocimiento de un momento a otro. Después de hacerme todas las pruebas del mundo me dejaron ingresado, en una habitación para mí solo, todo un lujo en los tiempos que corren. Ángela se quedó todo el tiempo conmigo, llamó a casa y se lo comunicó a mis padres y a Ariadna. Yo le pedí que no lo hiciera, porque se iba a preocupar demasiado y aquello no le venía bien con el embarazo. Estaba casi delirando. No tardé en dormirme poco después, a pesar de la tos de perro que tenía. Me despertaba cada poco tiempo, pero volvía a dormirme, y llegó un momento en el que no sabía en qué estado estaba. Pasé un día horrible, y los que vinieron después no fueron mejores.

Cuando empecé a escribirte ya hablé del profundo desapego que tengo por los hospitales, a los que había tenido que habituarme por obligación desde hacía unos meses. Imagínate lo que suponía para mí tener que pasar aquella noche allí ingresado, y luego otra más, y luego otra y otra... Así hasta dos semanas completas, porque los médicos no querían dejarme marchar hasta estar seguros de que no iba a recaer. Al parecer, un tipo con cáncer como yo es el objetivo perfecto de todos esos virus que pululan por el aire en busca de alguien a quien infectar. Se ve que no tuve el suficiente cuidado a la hora de salir a la calle o qué se yo, el caso es que aquella simple gripe se fue enquistando, estuvo a punto de llegar a ser algo mucho peor y me ha tenido dos semanas completas fuera de casa.

Mi madre y mi padre venían a visitarme cada día, después de que él terminase de trabajar. Ángela ha pasado casi todo el tiempo aquí y se ha quedado la mayoría de noches conmigo, aunque yo le decía que podía marcharse, que no me importaba quedarme solo. Ella no transigía, porque es ella, y porque en el fondo creo que temía que si se marchaba, al volver yo ya no estuviera. Sé que suena demasiado dramático, pero he pasado mucho miedo, te lo aseguro. Miedo por mí, miedo por ti, miedo porque una maldita gripe me impidiese cumplir con lo que te prometí. Aquellos primeros días en el hospital, con el ir y venir de los médicos, con las caras de preocupación mal disimuladas de mi familia, fueron los peores que recuerdo.

Creo que por primera vez he sido consciente de lo frágiles que somos, de lo poco que le importamos al mundo, al universo. Yo, que hace siete meses me sentía invencible sabiendo de tu

existencia, observaba desde aquella incómoda cama cómo todo se desvanecía a mi alrededor, y a la vez, cómo todo parecía seguir adelante, sin importar lo que a mí me ocurriese. Esta vez tuve suerte, pero sé que la próxima puede que no vuelva para contarlo. La angustia que me producía el pensar que este relato iba a quedar inacabado no era nada comparada con saber que no tengo ningún tipo de poder de decisión sobre lo único que me importa en la vida. Da igual lo mucho que lo desee. Da igual lo mucho que me esfuerce por conseguirlo. La felicidad que me espera al otro lado de esa fina línea marcada a rojo en el calendario, dentro de un mes y poco. Por más que lo intente, no puedo controlar lo que me ocurre, lo que me devora por dentro. No quiero ser un héroe, ni un superviviente. No quiero ni la pena ni la admiración de los demás. Nada de eso me importa.

Siento sonar tan apocalíptico, pero a veces las cosas no salen como uno quiere y eso es algo que estoy cansándome de descubrir en los últimos tiempos. Sé que no está en mi mano, pero te lo vuelvo a repetir. Haré todo lo que pueda por estar contigo, aunque sea un minuto, aunque tú no vayas a recordar nada de eso. Puede que sea una locura, si lo pienso fríamente. Pero es lo único que me mantiene en pie a día de hoy.

Espero que mañana volvamos a encontrarnos. Yo en mi maldito 2018, en un invierno que se va a alargar más de lo debido, tú en tu presente, dentro de muchos años, separados por un mundo entero, pero juntos en estas letras que forman las palabras más torpes del mundo. Esto no era tan fácil como yo pensaba. Nada de esto lo es.

19 de marzo de 2018

En tropel y con cierta algarabía, pero conteniéndose todo lo posible para no molestarme demasiado. Así llegó el otro día Edu a casa, seguido por un montón de amigos que querían saber de mí. No me habían avisado de nada y me pillaron con el batín puesto y con un aspecto deplorable. Al menos me había afeitado dos días antes. Parece que no les importó demasiado. Solo querían ver que estaba bien, que me había recuperado.

Estaban todos. Edu y su chica, Esther, Marcos, Juanlu, incluso Fran y Manu, a los que hacía muchísimo que no veía. Al principio la cosa estaba un poco fría, supongo que porque no sabían qué decirle a un tipo al que hacía tiempo que no veían, y que había estado a punto de marcharse al otro barrio. Me hicieron las coñas típicas que se hacen a cualquier enfermo, y no tardamos mucho en empezar a recordar todas las hazañas del instituto, que es algo que nos encanta.

—¿En serio Anselmo sigue dando clase? ¡Pero si era un vejstorio ya en nuestros tiempos! — dije sorprendido.

—Pues ahí sigue, el tío, destrozando las ilusiones de cada generación que pasa por sus manos —contestó Manu, que siempre se había quejado de que aquel profesor le tenía manía. Y en parte era verdad, para que te lo voy a negar.

—A mi prima pequeña la tiene amargada con las integrales. Como no las entiende, cuando llega el examen no sabe hacerlas, y encima le dice que es culpa suya, por no entenderlo —explicó Fran.

—Es que es normal que no se aclare con Anselmo. Yo creo que ni él mismo sabe lo que dice —dije yo.

—Pues será lo que dice, porque lo que hace lo sabe perfectamente. Anda que tardó en verme la chuleta...

—Marcos, tío, es que se te cayó en medio del examen, justo cuando iba pasando por tu lado ¿Qué iba hacer el hombre? —preguntó Esther.

—Pues no echarme, porque yo no copie en aquel examen.

—¿Ya estás otra vez con la teoría de la chuleta de la suerte? —preguntó Edu con sorna.

—No es una teoría. Es una realidad científicamente demostrada. Una verdad universal.

—Marcos, han pasado muchos años. Ya da igual que lo reconozcas. Estamos entre amigos, no va a pasar nada —le dijo Fran.

—Pero si siempre os he dicho la verdad, joder. Llevaba la chuleta solo para darme suerte. Que sí, que algunas veces le echaba un pequeño vistazo, pero no era siempre, y ese mucho menos ese día. Me acuerdo bien de aquel examen porque lo preparé con Dani la tarde antes.

—Y yo mismo te vi haciendo la chuleta, gañán.

—¿Y qué te dije? ¿Te acuerdas?

—Sí, me dijiste que así se te quedaba mejor, al hacer el esfuerzo de escribirla en un papel tan pequeño. Y que luego lo mismo ni la llevabas al examen.

—Bueno, pero necesitaba suerte aquel día, y la llevé.

—Y te dio suerte, desde luego —se rio Esther.

—Fue un error de cálculo, ¿vale?

—Nunca mejor dicho —dije yo.

En realidad, yo creo a Marcos cuando dice que solo llevaba las chuletas como amuleto a los exámenes, y que en la mayoría de casos ni siquiera las utilizaba. Vale que no era Einstein, pero tampoco era tan cazurro como para tener que aprobarlo todo de esa manera. Y sobre todo, era muy supersticioso. Llevaba las chuletas porque no habría encontrado ninguna pata de conejo o ningún trébol de cuatro hojas. Y porque la primera vez que las hizo se acordaba tan bien de todo que ni siquiera las utilizó. Aquello le hizo sospechar que la suerte tenía mucho que ver, así que las utilizaba como amuletos. Puedes pensar que es una tontería como un camión y desde luego, está lejos de ser esa teoría contrastada que él mantiene, pero si le hace pensar así, si le hace encarar un reto complicado con más confianza, pensando que la diosa fortuna está de su lado, el efecto placebo hará el resto. Créeme, sé de lo que hablo.

Seguimos contando historias vergonzantes para todos, como cuando Esther y yo empezamos a salir y a algunos nos llamaban Sid y Nancy, o cuando Edu tuvo “uno de esos días en los que el estómago te va regular”. Anécdotas estúpidas que, por fortuna, tu madre no escuchó porque estaba fuera con Ángela. Cuando llegó y nos vio a todos allí reunidos en el salón nos dijo que las risas se escuchaban desde la otra punta de la calle. Venía sonriendo y con un montón de cosas para ti que había comprado junto a tu tía. Se la presenté a todos los demás y con muy buen criterio, se fue con Esther y Sonia a enseñarles todo lo que había comprado, sabiendo que si se quedaba allí oiría cosas que tal vez no querría escuchar.

Fue divertido pasar el rato con ellos, la verdad. Incluso me olvidé por momentos de todo lo que me está pasando. Creo que esa era la premisa que Edu les había dado al reunirlos. Me reconoció más tarde, cuando ya solo quedaban él y Sonia por aquí, que le había costado tenerlos a todos aquí. Que Pedro, por ejemplo, estaba fuera por casi un mes y le era imposible venir, pero que también me mandaba abrazos y ánimo. Y que algunos, como Fran y Marcos, apenas se habían visto en años, y no sabía cómo iban a reaccionar. Yo estaba tan emocionado por tenerlos a todos aquí en el salón que no me puse a buscar roces ni tiranteces entre ellos. Simplemente les agradecí el esfuerzo de haber venido a verme.

—Eres como la selección, Dani. ¿Te acuerdas de cuando ganamos el Mundial y nos fuimos a celebrarlo con gente que ni siquiera conocíamos?

—¿Adónde quieres llegar comparándome con un equipo de fútbol?

—Pues a que tienes el poder de unir a la gente, a los que no piensan igual, a los que tal vez ni siquiera se hablan, pero que por un día, o por un rato, dejan atrás sus diferencias y se unen para celebrar algo.

—¿Pero tú me has visto, colega? Aquí no hay nada que celebrar.

—No seas capullo. Estás aquí, ¿no?

—De milagro.

—Pues de milagro o cómo sea. El caso es que sigues aquí. Y que ya queda menos para que llegue Alba.

—No sé.

—Yo sí lo sé. Y estoy seguro de que lo vas a conseguir, tío. Tú sigue cuidándote como hasta ahora y antes de que te des cuenta...

—No depende de mí, Edu. Puedo recluirme aquí, meterme en una burbuja si es necesario, pero mi cuerpo ya no me responde cómo antes. Ya no lo puedo controlar.

—No pienses en eso. Piensa solo en ella. Y cuídate, ¿vale?

Y aquí estoy, haciendo caso a Edu, pensando en ti como de costumbre (últimamente me ha dado por imaginarte pelirroja, lo cual es una tontería porque ni tu madre ni yo lo somos, ni tenemos parientes pelirrojos, pero ya ves) y bebiendo un té de hierbas que tu tía Ángela nos ha preparado a tu madre y a mí. Primero, porque tranquiliza, y segundo, porque según ha leído en Google, hay ciertas infusiones que ayudan a adelantar el parto de forma natural. No sé si será cierto o no, pero tu madre y yo nos estamos bebiendo el té encantados.

24 de marzo

Hoy la tengo de nuevo aquí, a mi lado, descansando con ese semblante de eterna paz que pone siempre que duerme. La primera vez que la vi así, dormida y sonriente, bajo las tempranas luces de un día cualquiera de marzo, me imaginé todos y cada uno de los sueños que podría estar teniendo. Soñé que me soñaba, y que por eso sonreía. Aunque por aquella época ya no necesitaba soñarme, porque me tenía por completo. Cuando despertó le pregunté por lo que había soñado y dijo que no lo recordaba. Pero yo sé que mentía. Nunca me lo quiere decir, tal vez porque lo compartimos todo a tantos niveles que prefiere que sus fantasías nocturnas sigan siendo solo suyas.

Pero hubo una época en la que sí que me lo contaba todo. Una época en la que no pude verla despertarse cada mañana, ni ella a mí tampoco. Fue hace unos meses, cuando me detectaron la enfermedad. Al principio, todo era un caos. Los médicos ni siquiera se ponían de acuerdo sobre lo que iba a ser mejor para mí. Parecía evidente que curarme era imposible, pero querían probar algunas terapias para ver si al menos podían reducir el cáncer, o ayudarme a vivir un poco más. Eso fue lo único que les pedí. Aquello suponía pasar por un montón de pruebas distintas para ver qué era lo que mejor funcionaba en mi caso concreto.

Y es que cuando hablamos de cáncer lo consideramos casi como una enfermedad homogénea que afecta a todos por igual. Yo había visto muchísimas películas y series en las que el cáncer era el típico recurso melodramático para llevar al límite las emociones de los personajes. Había tenido también casos relativamente cercanos, pero la gente que lo sufría prefería llevarlo con mucha discreción y apenas hablaba de ello. Cuando te pasa a ti es distinto. Por más que te lo expliquen, por más que preguntes, nadie te puede dar una respuesta exacta sobre lo que tienes, o sobre cómo te afectará. Y eso es lo único que quieres en ese momento: respuestas. Cada persona es un mundo, y cada situación es diferente, así que mi cáncer es totalmente distinto al que pueda tener un señor de sesenta años, o una chica de catorce. Por eso las soluciones sencillas no funcionan nunca en estos casos, y hay que probar y probar.

Te ahorraré los detalles sobre aquellos días en los que también pasé casi todo el tiempo en el hospital. Solo tienes que saber que la mayoría de aquellas pruebas tenían que ver con radioterapia y quimioterapia, que es una de las primeras soluciones que siempre se suelen dar en estos casos, con el objetivo de reducir al máximo el cáncer. Durante esos días, y conociendo el estado de tu madre, los médicos nos aconsejaron que lo mejor era dejar de vivir juntos, porque el contacto directo con una embarazada no era lo más recomendable para un paciente de quimio como yo. Fueron solo diez días, si no recuerdo mal, en los que tu madre volvió a casa de tu abuela Raquel para quedarse allí mientras yo tenía que pasar todo el tiempo solo en casa. No iba al trabajo porque casi todos los días tenía alguna prueba en el hospital, y cuando no, estaba demasiado cansado, física y mentalmente, para hacer algo productivo. Pero lo peor de todo era estar solo, por primera vez en mi vida, y en el peor momento posible.

Hablábamos todos los días por teléfono tres o cuatro veces. Nos mandábamos mensajes a todas horas. Como comprenderás, ella estaba muy preocupada por mí y quería verme. Decía que aquello no tenía sentido y que no iba a pasar nada por estar un rato juntos. Pero yo le supliqué que se quedase allí, al menos unos días. No quería ponerla en peligro por nada del mundo, y a ti tampoco. Era una situación delicada, y algunos médicos me decían que una cosa era convivir juntos y otra vernos un rato, pero yo tenía metido en la cabeza que aquello que me estaban dando no para curarme, sino para intentar alargarme un poco más la vida, podía acabar literalmente con

la tuya. Y no estaba dispuesto a correr aquel riesgo, por pequeño que fuera.

Lo peor era acostarme solo cada noche, con la triste victoria de tener toda la cama para mí. A veces casi ni dormía, por las náuseas y los dolores repentinos, porque mi cuerpo ya no respondía como antes y casi ni me reconocía. Aguanté como pude, apreté los dientes y me puse en manos de los doctores que supuestamente más sabían sobre el tema. Y después de días de prueba determinaron que ya no hacía falta darme más quimio, porque literalmente, no me iba a servir demasiado a estas alturas. Aquello era como llover sobre mojado, porque yo ya sabía que tenía pocas opciones, por no decir ninguna, de salir vivo de esta. Pero también era la constatación de que todo iba a ser mucho más complicado de lo que podría imaginarme, sobre todo si quería cumplir con ese objetivo que me había marcado. Los médicos habían hecho todo lo posible, pero no había solución para mí. Y escribirlo a estas alturas es casi un triunfo, porque de no ser por la terapia experimental de la doctora Andrade, yo no estaría aquí. Pero en aquel momento todo se viene abajo y tú ni siquiera sabes cómo sentirte.

Lo único bueno de todo aquello es que ya no me iban a irradiar más, y eso significaba que tu madre podía volver a casa conmigo. Le faltó tiempo para venir cargada con la maleta, tirarla al suelo en cuanto entró y abrazarme con tanta fuerza que pensé que no me iba a soltar jamás. Y en realidad no lo hizo. Volvimos a dormir juntos aquella noche, y al día siguiente le pregunté por lo que había soñado.

—Contigo, igual que siempre.

—¿Siempre sueñas conmigo?

—Últimamente sí. Te lo digo todos los días.

—¿Y desde cuándo?

—Desde que tuve que irme de aquí y no podía verte.

—Pero ya estás aquí otra vez.

—Pues no pienso dejarlo.

Estuvo conmigo entonces, y más tarde, cuando tuve que venirme aquí y dejarlo todo, lo dejó todo también solo para estar conmigo. Y cuando he estado en el hospital y solo podía venir a verme un rato cada día, para no ponerte en riesgo, me alegraba tanto con sus historias, sus tonterías y sus besos que al final algo de ella se quedaba allí, en esa aséptica habitación de hospital. Y ahora la tengo aquí, durmiendo a mi lado, y casi puedo escucharla en sueños.

28 de marzo de 2018

Mi primer contacto oficial con la religión fue a los siete años, cuando empecé a dar catequesis para hacer la comunión. No recuerdo haber ido a la iglesia antes de aquello, pero de todas formas, ¿qué iba a hacer un crío de cinco o seis años en misa? Tal vez ahora no se lleve tanto como antes, pero en aquellos tiempos, a mediados de los 90, la mayoría de niños, por no decir todos, hacían la comunión como Dios manda. Ellos de marineritos, elegantes y adorables. Ellas de princesitas, con vestidos que parecían más propios de un cuento de hadas que de un culto cristiano. Fueron dos años de preparación, para entender lo que significaba Dios, el sacrificio de Jesucristo y todas esas cosas que la religión católica entiende como sagradas. En mi grupo de catequesis éramos cuatro niños y tres niñas, y la encargada de darnos las clases era la abuela de una de esas niñas, Estefanía, que además era compañera de mi padre en el banco. Aquella mujer era dulce, cariñosa y tenía una paciencia infinita. De hecho, mirándolo con perspectiva, me extraña que no la consideraran a ella santa, porque mantener la atención de siete niños durante más de una hora hablando del cielo, los pecados y demás sí que era un auténtico milagro.

Aprendíamos el Padre Nuestro y otras oraciones, que recitábamos como papagayos, después de realizar el esfuerzo de estudiarlas a fondo, como si estuviéramos preparándonos para un examen. Nos explicaban los diez mandamientos, por qué no había que matar ni robar, ni tener pensamientos impuros o decir mentiras. Que había que santificar las fiestas y no tomar el nombre de Dios en vano, y amarlo por encima de todas las cosas, y que había que honrar a tu padre y a tu madre. Y sí, nos aprendíamos aquellos mandamientos y en buena medida, tratábamos de seguirlos. Pero era complicado no mentir a esa edad, aunque fuera por decirle a tu madre que no te habías comido esas galletas que misteriosamente habían desaparecido de la despensa. O que honrar a tu padre fuera un pensamiento cuanto menos lejano cuando te prohibía salir a jugar si llovía. Y aun así, por más que te dijeren que el primer mandamiento era el más importante, tú solo sabías amar a tus padres por encima de todas las cosas. Porque eran los que te daban de comer, te vestían, te compraban los paquetes de cromos de la Liga y te cuidaban cuando te ponías enfermo. Así que evidentemente, todos, sin excepción, acabábamos pecando.

Pero la iglesia católica, que ya vio venir el problema (y de hecho lo explicó a través de sus sagradas escrituras, con todo aquello del fruto prohibido, la serpiente, Adán y Eva), entendió que el ser humano era un pecador en potencia y que debía hacer algo. Hace siglos se inventaron las bulas, para eximir a los pecadores, previo pago de cierta cantidad, claro está. Con el tiempo, la confesión y la absolución de pecados previa a la comunión fue suficiente. Y así es como me veo yo, un par de días antes de tomar por primera vez el cuerpo consagrado de Cristo, formando fila junto a mis compañeros para adentrarnos en ese oscuro cuchitril al que algunos llamaban “concesionario”, en donde tenía que contarle al señor cura todo lo que había hecho mal durante ese tiempo, para que el me absolviese poniéndome una penitencia y yo llegase pulcro espiritualmente a mi primera comunión.

Maruja, la abuela de Estefanía, nos había llevado a todos hasta la iglesia aquella tarde, tratando de apaciguar nuestros nervios. Nos decía que no era para tanto, que aquello simplemente iba a ser un momento, y que si le decíamos toda la verdad al párroco, él nos mandaría unos pocos rezos y ya está. David, que era el más revoltoso de todos, le dijo que había cosas que no quería contarle al cura, porque se iba a reír de él. Maruja, con la ternura que la caracterizaba, le contestó que los curas nunca se reían de nadie, y mucho menos por confesar sus pecados. Que estaban ahí para perdonarnos, no para juzgarnos, y que eso solo lo podía hacer Dios. David se quedó

pensativo unos segundos y luego, muy seguro de sí mismo, terminó la conversación diciendo que aquello era peor, porque seguro que Dios se reía todavía más de él.

Yo estuve todo el tiempo callado, a pesar de las bromas que Estefanía y Lupe me hacían, pellizcándome para que corriese tras ellas. Me concentraba en pensar todos los pecados que había cometido y en ordenarlos de más a menos graves, para que el cura tuviese la impresión al llegar al final de mi confesión de que tampoco eran para tanto. Llegó mi turno, y como me había enseñado Maruja, me arrodillé en aquel lugar, y empecé a hablar con el párroco, cuyo rostro solo podía intuir en los huecos del relieve de la tabla que nos separaba. Le confesé todos mis pecados con los ojos cerrados, repasándolos mentalmente una vez más, como si fueran la lista de la compra. Cuando terminé, me mando rezar dos padres nuestros y dos ave marías, y me dejó marchar en paz.

Salí más o menos satisfecho de aquella situación y me fui directo a las bancas que estaban frente al púlpito, a cumplir con mi penitencia. Cuando terminé, salí afuera, donde Maruja me esperaba con mis compañeros. Hablando sobre nuestras penitencias, nos dimos cuenta de que a todos nos había mandado lo mismo, aunque no todos le habíamos confesado los mismos pecados. Maruja dijo que era normal, porque éramos niños y nuestros pecados no eran tan graves ni tan importantes. David aseguró que él había rezado los dos primeros padres nuestros, pero que a la mitad del primer ave maría había parado, porque se aburría, y había salido fuera con los demás. Maruja le advirtió que no debía hacer eso, porque se supone que era una penitencia que debíamos cumplir por completo para poder hacer la primera comunión. Pero que no pasaba nada, porque podía rezar esos dos ave marías cuando quisiera, y no hacía falta que fuera en la iglesia, porque Dios estaba en todas partes. David dijo que lo haría esa noche, si se acordaba.

Tras dejar a casi todos, Maruja, Estefanía y yo íbamos camino a casa. Ellas vivían cerca de aquí y yo solía hacer ese último tramo con las dos. Mirando al suelo y con hilo de voz, le pregunté a Maruja por lo qué pasaría a David si no cumplía la penitencia por sus pecados:

—No te preocupes, seguro que esta noche la cumple.

—Ya... Pero, ¿y si se olvida? ¿Va a ir al infierno?

—¿De dónde sacas eso, Daniel? Nadie va al infierno por no rezar un par de ave marías, por Dios.

—Es que si no cumples la penitencia es como si todavía tuvieses los pecados, ¿verdad? Y entonces, si tienes pecados y te mueres, no puedes ir al cielo, ¿no?

—No, no es así. Antes de morir, el cura suele dar la extremaunción a todo aquel que lo necesita, para absolverle de sus pecados en el último momento.

—¿Y si te mueres de repente y al cura no le da tiempo a llegar?

—No pasa nada, Dios te perdonaría, siempre que tus pecados no sean muy graves.

—¿Mentir es grave?

—Pues depende de la mentira. Pero sí, es grave, y no deberías hacerlo. Ya lo sabes, ¿no?

—Sí, ya lo sé. No miento casi nunca. Pero, ¿y si hoy se me escapa una mentirijilla y mañana me atropella un coche? ¿Iría al cielo?

—Daniel, ¿te pasa algo?

—Es por curiosidad...

—Hijo, no te preocupes, que no te va a atropellar ningún coche, ni te vas a quedar sin ir al cielo. Eres un niño muy bueno y cuando haces algo mal siempre pides perdón. Con eso es suficiente.

—¿Seguro?

—Seguro.

Maruja me dejó en casa, donde mi madre me tenía preparada la merienda. Subí con ella a mi cuarto y al pasar casi tropiezo con la mesilla que hay al lado de la escalera, donde están las fotos de la familia. Allí sigue estando hoy en día la foto de mi abuela Luisa, con el semblante serio con el que la había conocido toda mi vida. Mi abuela murió meses antes de mi comunión. Mi madre y ella no se llevaban del todo bien y aunque sé que tu abuela lo pasó muy mal en aquel momento, también sé que guardaba cierto rencor hacia su madre. Llegó a decirle a mi tía Carlota que su madre había estado mintiendo y malmetiendo entre ellas hasta el día de su muerte. Fue algo repentino, un infarto mientras dormía. No es que mi abuela estuviera perfecta de salud, pero nadie se lo esperaba. Fue la primera vez que yo tuve que enfrentarme a la muerte siendo mínimamente consciente de lo que significaba, y solo podía pensar en que mi abuela había contado muchas mentiras y seguramente no había podido confesarse, y que eso la llevaría directamente a las llamas del infierno. Y que no se lo merecía, porque puede que a veces contara mentiras, y que fuera demasiado seria, pero yo sabía que me quería, y era buena conmigo. Aquello me atormentó durante días y tiempo después, con todo esto que te he contado de la confesión y demás, las imágenes de mi abuela envuelta en las llamas del averno aparecían como truenos en mi mente.

Es curioso como el tiempo hace que las cosas cambien dentro de uno mismo. Por aquel entonces, cielo e infierno eran dos realidades absolutas e incontestables para mí, seguramente por haber crecido en un hogar donde la religión se toma como algo importante. Con el tiempo, con la experiencia, uno empieza a optar por otro tipo de mentalidad, por otras ideas, que no digo que sean mejores ni peores, simplemente diferentes. Y mira atrás y se acuerda de cuando temía estar condenado por toda la eternidad por el simple hecho de contar un pequeño embuste. Y no puede evitar reírse de lo crédulo que era en otro tiempo, con otra edad. Y luego la vida sigue y de pronto y sin venir a cuento, te ves en el tiempo de descuento, casi enfilando ya el tan socorrido túnel y sin tener la menor idea de lo que habrá al final. ¿Y si es solo oscuridad? ¿Y si hay más luz? ¿Y si de verdad hay nubes y arpas, o llamas y tridentes?

Creemos saberlo todo y tener todas las respuestas, y te das cuenta, cuando llegas al sitio en donde yo estoy, que todo lo que sabes no sirve absolutamente para nada, porque hay miedos que son imposibles de ahuyentar.

ABRIL

1 de abril de 2018

Abril es este año más que nunca la resurrección de la vida y de la naturaleza. El mes marcado a fuego en el calendario desde hace ocho, el punto final y a la vez el de partida, el momento en el que todo termina y todo comienza. Abril siempre fue uno de mis meses favoritos, porque era como desperezarse de todo el invierno y ver por fin la luz que necesitábamos. Abril se abre camino dejando atrás el frío y la lluvia, al menos en parte, y entregándonos la bendición de una nueva vida con olor a azahar, a naranjos en flor.

Antes de que aquella maldita gripe me mandase directo a las urgencias del hospital solía salir a pasear dos o tres veces por semana, dependiendo de lo bien que me sintiese tras las terapias. Desde que volví no había salido una sola vez afuera, porque me sentía demasiado débil. Las continuas lluvias que hemos tenido me servían de excusa para mantenerme aquí, a salvo de todo, viendo como el cielo descargaba sobre una tierra que parecía pedir el agua a gritos hace un par de meses, pero que ahora apenas podía contenerla. A veces lo que pedimos se cumple, pero no de la forma en que lo queremos, ni el momento que nos gustaría. El clima, por supuesto, es incontrolable, pero no es lo único que escapa a nuestra mano. Incluso aquello que creemos tener bajo control no es más que una mera ilusión que creamos en nuestras mentes para evitar caer en la espiral del pensamiento caótico y demencial.

Hace un tiempo escuché en un documental que si la historia de la Tierra se resumiese en tan solo veinticuatro horas, nuestra especie solo aparecería en los últimos tres segundos de ese día. Tres segundos, Alba. Y estamos hablando de la especie humana tal y como la entendemos, no de ninguna civilización, y mucho menos una vida concreta. Somos una pequeña mota en la historia de un planeta cualquiera, agradecidos con la fortuna de estar en el lugar perfecto con respecto a una gigantesca bola de gases ardiendo, para permitirnos respirar y disfrutar de una existencia que pocas veces apreciamos, porque pensamos que la discusión con el vecino de esta mañana es mucho más importante que ese milagro galáctico—natural.

Voy a por otro té de hierbas (maldita sea tu tía por volvernos adictos a este brebaje) y cuando vuelvo releo el último párrafo. Dios, que catastrofista parezco. A veces creo que soy tan torpe que estoy intentando explicar una cosa y en realidad doy a entender la siguiente. ¿Parece esta la enésima soflama misantrópica de alguien enfadado con el mundo y consigo mismo? Pues no lo es, de verdad. Puede que haya algo de cabreo por mi parte, por motivos obvios. Pero lo que quería hacerte llegar hoy es lo fácil que es encontrar magia en este mundo si uno lo intenta y se quita de encima tantos prejuicios, tantas tonterías y tantas preocupaciones que son como gotitas en el fondo de un vaso. Hoy he salido de nuevo a pasear junto a tu tía y tu madre, y he podido disfrutar de todo eso que siempre nos perdemos por estar demasiado ocupados.

Las charlas de las mujeres mayores en las puertas, de una acera a otra, dejando la intimidad para otro momento y otro lugar. La algarabía de los niños jugando con una pelota en la calle, puede que los últimos que hagan eso, viendo el panorama. La gente que no te conoce pero te saluda por la calle. Los que sí te conocen y se paran a hablar contigo, mostrando un interés auténtico por ver cómo estás y haciéndote sonreír por momentos. Pero sobre todo, los espacios, las calles, los parques, y los caminos y sendas donde todo es mucho más salvaje y silvestre.

Por deseo expreso mío, hemos bajado hasta el Parque de la Alunada, donde comienza la vega que da nombre a nuestro pueblo. Allí, dejando a tu madre en el coche por precaución, me he aventurado siquiera doscientos metros hacia su interior junto a Ángela. Se escuchaba el murmullo

cercano del pequeño riachuelo, que suele ser apenas un hilillo de agua, pero que con las lluvias ha alcanzado un caudal cuanto menos interesante. Allí, junto a las fuentes llenas de verdina, me he sentado por un momento, para recordar otros tiempos, cuando la única preocupación que tenía era excusarme con mi madre por volver con toda la ropa embarrada y sucia. Iba allí con mis amigos, cuando tenía apenas ocho o nueve años, para buscar renacuajos. Los recogíamos con una botella y nos los llevábamos a casa, donde solían morir a las pocas horas. La crueldad propia de un niño que no sabe lo que hace, porque nadie se lo había explicado. Hoy también he visto a esos renacuajos dentro de la fuente, y en parte he suspirado tranquilo al saber que su población no ha sido diezmada por nuestros infantiles juegos veinte años atrás.

Sentado en absoluto silencio, escuchando el agua correr, y los pájaros creando una sinfonía elegantemente desafinada, con el sonido de las hojas de los árboles como acompañamiento perfecto, he creído sentir algo parecido a la paz. A dejar de ser consciente de todo y a la vez entenderlo mejor que nunca. Cerré los ojos y simplemente respiré, aspirando todo lo que allí se sentía. La tierra mojada, la lejana fragancia a azahar, el barro y la verdina... La naturaleza saludándonos porque abril, su abril, había llegado.

Regresamos a casa, algo cansados por haber andado apenas un rato pero conscientes de que no había sido otro paseo cualquiera. Volví a mirar la vida, los árboles, los juegos y el viento, a través de ese cristal pulcramente limpio que es la ventana de mi habitación. Y desde entonces escribo, imaginándome cómo olerás tú, y preguntándome si algún día podré comprobarlo.

Será en abril, eso seguro.

6 de abril de 2018

En este mundo hay gente muy distinta, Alba. Gente de izquierdas y de derechas. Gente que no es ni de unos ni de otros, porque nadie les representa. Gente que odia la pizza con piña y otros, pocos eso sí, que la tienen como un manjar. Los que adoran el sabor que la cebolla le da a una tortilla de patatas y los que prefieren la receta más simple. Los amantes del mar y los de la montaña. Los que no saben vivir en una gran ciudad, y los que se sienten perdidos y encerrados en un pueblo pequeño. Los de letras, los de ciencias, los de sociales y los de naturales. Los que se pasan horas delante de las estanterías de ficción histórica, y los que solo pierden el tiempo leyendo cómics y ciencia ficción. Los que van a ver todas las películas de terror que se estrenan y los que disfrutan mucho más derramando la lagrimilla con alguna peli romántica llena de clichés. Incluso hay gente a la que no le gusta el cine, la política, los libros o los viajes. Sé que es raro, pero la hay. Eso sí, hay algo que está por encima de todos nosotros. Algo que nos gusta a todos, sin diferenciar ni sexo, ni raza, ni nacionalidad ni ideología. Y no, no es el dinero. Es la música.

Pregunta a quien quieras, seguro que sabrá decirte con qué grupo empezó a gustarle tal o cual estilo, cuál fue su primer concierto o con qué canción se enamoró, lloró, saltó y disfrutó. La música nos rodea cuando vamos en coche, en la radio, cuando estamos en un ascensor y cuando estamos en una sala de espera. Y también cuando salimos de fiesta, porque muchos de los mejores momentos que vivimos con nuestros amigos tienen un hilo musical inconfundible de fondo.

Durante estos meses te he ido hablando de muchas cosas, y he ido dejando pequeños detalles aquí y allá sobre mis propios gustos musicales, pero nunca me había parado a pensar lo que realmente significa la música para mí. Así que creo que hoy es un día tan bueno como cualquier otro para hacerlo, ya que me encuentro con fuerzas y sobre todo, con ganas. Espero que cuando leas esto, la mayoría de bandas y artistas a los que me refiera sigan tocando o al menos, sean recordados. A no ser que haya habido una catástrofe apocalíptica, estoy seguro de que Internet seguirá funcionando y gracias a eso, podrás acceder sin muchos problemas a toda la música que existe. Eso es algo que antes no ocurría, pero por fortuna, mi generación ha tenido la oportunidad de romper todas las barreras de un plumazo gracias a la red de redes. Tal vez la música de ahora no sea tan genial y tan original como la de los 70 u 80, pero sinceramente, me alegro de tener al alcance toda aquella música retro y todo lo nuevo que va saliendo, porque así mi gusto va creciendo y creciendo sin parar.

Tengo recuerdos de los viajes en coche a Cádiz o a la Sierra Norte, para ver a mis primos, con Triana sonando en el coche. Mi madre, más allá del gusto típico folclórico de una mujer de su edad, se aficionó al rock andaluz porque su mejor amiga era prima de uno de los componentes de Alameda, todo muy rocambolesco, lo sé, pero ella asegura haber conocido a Triana, a Manuel Molina o a Silvio cuando todavía era una mocita, y haber estado en alguno de sus conciertos. Luego conoció a mi padre, se casaron, llegué yo y a finales de los 80 nos mudamos aquí, dejando atrás su barrio de toda la vida. Supongo que para ella, escuchar a Triana es volver a aquellas calles de su juventud, a aquel ambiente que siempre me dice que me habría encantado. Todavía hoy, de vez en cuando, me gusta dejarme llevar por la voz de Jesús de la Rosa, tan hermosa como triste y melancólica. De hecho, al marcharme a Barcelona tuve una época de escuchar casi compulsivamente a Triana, y ahí fue cuando entendí de verdad a mi madre.

El tiempo fue cruzando en mi camino mucha más música. Desde Queen a Led Zeppelin, pasando por Estopa, Jarabe de Palo o Álex Ubago, que se convirtió durante un tiempo en mi referencia absoluta en temas amorosos (era joven y estaba muy pillado, no me juzgues). También

tuve mi época Dover, y mi época Extremoduro, pero lo del pop punk fue más que una época. A los quince empecé a empaparme de NOFX, Good Charlotte, Green Day y sobre todo, Sum 41 y Blink 182. Se convirtieron en mucho más que grupos para mí, era mi forma de vida. Durante un tiempo soñé con ser skater profesional, aunque a lo máximo que llegué fue a pasarme los juegos de Tony Hawk para la Play. Eso sí, mi indumentaria era la reglamentaria para cualquier fan del punk—pop, y aunque luego cambie las camisetas surferas por las de baloncesto y las pintas cambiaron un poco, aquella música sigue conmigo. Me sé de memoria la media hora que dura el All Killer No Filler, he destrozado los oídos de mi familia un millón de veces tratando de entonar con Tom DeLonge canciones como Always, Dammit o All The Small Things.

En aquella época me pasaba casi todo el día en el instituto o jugando al baloncesto, y fue allí, en la cancha, en una tarde cualquiera, cuando conocí a Mario. Había cumplido ya los dieciocho y estaba en otra honda, pero jugaba bastante bien y creo que le caí en gracia. A veces me traía a casa en el coche y me ponía discos de rap, sobre todo nacional. Así fue como conocí a Nach, al Chojín, a Doble V y a SFDK, y les deje un hueco en mi cada vez más apretada librería musical, donde por aquellos tiempos ya podían encontrarse algunos discos de Manolo García, Marea, Platero y Tú o Los Piratas. Y cuando conocí a Esther, el espacio se multiplicó por dos o por tres.

Gracias a mi predisposición a descubrir nueva música y a su exquisito gusto, pude expandir mi horizonte a sonidos nuevos. Llegaron Jimmy Eat World, Evanescence, Rammstein, System of a Dow o HIM, pero también Muse, Radiohead, The Cure, The Smiths y Oasis. Cuando no estábamos paseando o haciendo cualquier cosa por ahí nos metíamos en su cuarto o en el mío a escuchar a todas esas bandas, que conformaron la banda sonora de la primera relación seria de mi vida. Nos veníamos arriba con The Middle y Chop Suey, nos relajábamos con Creep y My Immortal, se nos iba la pinza con Du Hast, I'm Not Okay y Plug In Baby, y nos poníamos tiernos con Blackout y Pictures of You. Y a pesar de lo que dijeran los Smiths, al final la luz se acabó apagando, como ya sabes, y los dos seguimos adelante por caminos separados. Eso no significa que cada vez que escuche alguna de esas canciones que he puesto antes no recuerde todos los buenos momentos con Esther, porque sería imposible no hacerlo.

Llegó la universidad y con ella otro gusto melómano bastante extraño: la música clásica.

Mis padres tenían una colección gigantesca en el salón, de esas que daban con el periódico cada domingo. No recuerdo que a ninguno de los dos les interesara realmente ese estilo, y creo que solo estaba allí para adornar, como la endiablada enciclopedia de treinta tomos que nadie consultaba desde hacía años. Fui yo quien tuvo que quitarle el polvo a aquellos CDs para empezar a disfrutar de las sinfonías, los arreglos, las fugas y los conciertos para piano y orquesta. Y lo hacía cuando me ponía a estudiar. Estoy seguro de que en tu espacio-tiempo todavía se seguirá discutiendo sobre si la música clásica hace de verdad más listo a quien la escuche o es todo una leyenda urbana. Lo único que sé es que me ayudaba a concentrarme. Me ponía a Vivaldi, a Listz, a Debussy o a Chopin y parecía que todos aquellos datos se me quedaban mejor en la cabeza. Aquella tradición siguió durante toda la carrera, eligiendo casi a un compositor por cada asignatura, según me fuera dando, para estudiar siempre con sus obras de fondo. En casa se acostumbraron pronto a escuchar los imposibles conciertos para piano de Rachmaninoff saliendo de mi habitación mientras yo me batía en duelo con alguna asignatura especialmente complicada. Tchaikovsky y Prokofiev también me ayudaban con las más duras, mientras que para las más prácticas prefería a los italianos, como Rossini, Albinoni o Pergolesi. Me fue bien el primer año con ese método de estudio y no lo cambié en toda la carrera, así que creo que le debo parte de mi éxito en la universidad.

Estaba casi terminando la ingeniería cuando Vetusta Morla se cruzó en mi camino y se convirtió casi automáticamente en mi banda nacional favorita. Me volví loco al escuchar su primer disco y el segundo, a pesar de ser diferente, también me encantó. Los vi aquí en Sevilla, meses antes de marcharme a Barcelona, y quedé maravillado con su directo. Luego llegaron Supersubmarina, Miss Caféina, Izal, Full y por supuesto, también Dorian, que desde aquella noche de febrero de 2013 tienen un sitio muy especial en mi discografía.

En todos estos años he disfrutado muchísimo de la música por mi cuenta, pero también en conciertos, que son junto a las finales de la NBA la catarsis perfecta. Recuerdo ir a ver a Birdy junto a tu madre y salir de allí conteniendo las lágrimas, o la locura brutal que fue el concierto de Dorian en el Arenal Sound de 2015. He disfrutado de la música clásica en la iglesia del Salvador, en pleno centro de Sevilla, y de la electrónica en el SONAR de Barcelona. He visto a raperos semidesconocidos en garitos de mala muerte, y a Muse en el Olímpico de Montjuic. Y todavía hoy, cuando me pongo a escribir a una hora aceptable y no hay nadie cerca a quien pueda molestar, sigo dejando que la música me eleve a otro lugar, que sea ella la que guíe mis dedos al escribirte. Seguro que sabes a qué me refiero, porque a estas alturas tú también lo habrás sentido más de una vez.

11 de abril de 2018

Voy a contarte un secreto, pequeña. Siempre había querido tener más tiempo libre para mí, para poder dedicarlo a hacer todo aquello que me gusta. Estar con tu madre, por supuesto, pero también tener mi propia parcela para leer, para ver alguna serie, para dejarme llevar sumergiéndome en algún videojuego. Con el tiempo había podido equilibrar de una manera decente la faceta laboral y la personal, pero aun así, siempre sentía que me faltaba tiempo. Que veinticuatro horas al día no eran suficientes. Y ahora tengo todo el del mundo, pero me faltan esas ganas que me ardían en el pecho hace tan solo unos meses. Y te juro que es una de las sensaciones más frustrantes que he tenido el dudoso placer de disfrutar jamás.

¿Qué puedes hacer cuando la vida te obliga a estar recluido y casi sin fuerzas para llevar a cabo incluso las tareas más anodinas? Pues simplemente imaginar. Pensar mucho. Pensar demasiado. Pensar en cosas que seguramente ni deba ni quiera pensar, pero que son insalvables, como ese futuro que no es el mío, pero si el tuyo, el de tu madre, el vuestro, y quien sabe si también el de alguien más...

Sentir como antes eras capaz de controlar y canalizar esos pensamientos, esas emociones, pero ahora se te escapan y te desbordan sin que puedas hacer mucho por evitarlo. No pensar en ello no significa que no vaya a pasar. Hay miedos que se pueden solventar si miramos a otro lado, si los evitamos, pero la mayoría solo desaparecen cuando nos enfrentamos de cara a ellos. Y yo no tengo ningunas ganas de hacerlo, pero parece que mi mente me obliga a plantarme delante de ese oscuro espejo que soy yo mismo, en otro tiempo más allá de éste. En todo lo que me perderé. En todo lo que, con suerte, podre ver desde algún otro lugar, como esperan tus abuelos. Y me pregunto si seré capaz de soportar ciertas cosas que escapan a mi control. Si podré seguir sintiendo no como ahora, nublado por esta maldita enfermedad, sino como lo hacía hace tan solo un año. Si todo cambiará cuando sea, con suerte, un simple espectador de una película en la que yo debería estar, pero de la que me sacaron del reparto antes de tiempo.

Debo estar sonando muy melodramático pero como ya has comprobado, esto va por días. A veces todo parece cubrirse de tinieblas, las fuerzas no alcanzan y uno solo tiene ganas de soltar todo lo que lleva dentro para que otra persona lo lea dieciséis años después. Lo único que espero es no hacerte daño con estas palabras. Eso no me lo perdonaría jamás. Pero sería hipócrita no escribirlas, y quiero ser totalmente sincero contigo. La vida no es siempre de color de rosa (o de azul, que es mi favorito), pero tampoco es siempre negra, ni siquiera cuando mires al horizonte y parezca que no hay más que nubarrones amenazando con tormenta. Las malas rachas se van. Las buenas también, y por eso hay que saber aprovecharlas. Y yo confió en que todavía me quede una última de esas.

16 de abril de 2018

Te tengo envidia, hija mía. De tus lozanos dieciséis, llenos de dudas y contradicciones, pero también de pasión, de curiosidad, de ganas de comerte el mundo y tener todo el tiempo para conseguirlo. Por razones obvias, yo solo puedo recordar aquellos tiempos con edulcorada nostalgia, y sonreír por haber disfrutado de aquella etapa, y de lo que vino después, de la mejor manera que pude. Soy una persona responsable, siempre he sabido darle importancia al trabajo, al estudio, a todo lo que debía hacer. Pero también he buscado la manera de vivir aquellas aventuras y experiencias que deseaba en cada momento. Y no he necesitado saber que el tiempo se me acaba para ponerme manos a la obra y hacer todo lo que quería hacer. Escribir algo que mínimamente se parezca a un libro, por ejemplo. Traer descendencia a este mundo, para poder aparecer aunque sea solo brevemente a principio de cada una de las miles de biografías que se escribirán sobre ti en el futuro, como la mujer que salvó el mundo. Hacer las paces con quien debía, para marcharme más tranquilo (y por si aquella teoría de los fantasmas y los asuntos inacabados resultaba ser cierta). Viajar todo lo que he podido, antes de esto, claro está. Conocer a mucha gente en muchos países y quitarme de encima cualquier estereotipo o cliché que pudiera tener. Avanzar, seguramente de forma torpe, hacia un futuro en el que todo el mundo se respeta entre sí, después de haber sido uno de tantos, uno de todos en realidad, que alguna vez se ha metido con otra persona sin más fin que el ser cruel.

Haciendo un repaso por estos treinta años y medio, y tratando de ser lo más objetivo posible, te diría que no me puedo quejar de nada. Bueno, de algunas cosas sí, tampoco soy imbécil. Pero incluso en momentos como éste, cuando la vida ha decidido que ya he tenido suficiente justo cuando iba a volver a disfrutarla al máximo, no puedo más que sentir que he aprovechado bien el tiempo. He cumplido muchos sueños y deseos, la mayoría rodeado de otras personas que no han hecho más que aportarme algo especial a esos momentos de felicidad. Compartir eso es lo mejor que nos puede pasar, Alba. Hay éxitos personales que son muy importantes, pero que se quedan en nada cuando no tienes que con quien celebrarlos. Mirar a tu alrededor y ver el orgullo, la satisfacción y la alegría auténtica en los rostros de la gente que te importa. Volver la vista y respirar tranquilo, por no haber dejado ningún cadáver en el camino, por no haber pisado a nadie para llegar allí.

Satisfecho estoy, desde luego, pero te mentiría si te dijera que no se me han quedado muchas cosas en el tintero. Poder disfrutar de ti es sin lugar a dudas la más importante. Seguir compartiendo la vida con tu madre, y ahora también contigo, es lo que más me gustaría hacer en este mundo. Y espero que, en parte, pueda lograrlo, de alguna manera metafísica, espiritual y extraña.

20 de abril de 2018

Ahí fuera, el sol empieza ya a calentar a veces demasiado. Los pájaros cada vez vienen más a menudo a posarse junto a la ventana del cuarto, dándonos los buenos días a tu madre y a mí con sus gorjeos. Por suerte, los dos dormimos como lirones, por motivos muy diferentes, Al despertar, ella todavía puede seguir más o menos con la rutina de los últimos meses. Desayuna fuerte, incluso da algún que otro paseo por la casa y por la calle. Anda un poco preocupada porque todavía sigue sintiendo las contracciones de forma muy irregular, y eso significa, al parecer, que puedes tardar algo más en llegar. El médico le ha dicho que en las primerizas suele ser algo natural, que no tiene mayor importancia. A veces me da rabia pensar que podemos estar convirtiendo el momento más hermoso de nuestras vidas en una carrera por mi culpa. Son tantas las ganas que tenemos de verte que nos olvidamos de todo lo demás.

Hoy hemos estado almorzando aquí, en la habitación, con tus abuelos y con Ángela. Es algo muy raro tenerlos a todos aquí comiendo potaje, mientras yo tengo que seguir con el pescado blanco de siempre. Me ponen el cuarto perdido de migas de pan, pero luego tu abuela no tiene problemas en limpiarlo. Dice que prefiere eso y que comamos todos juntos a que tenga que comer aquí solo. Y que está bien cambiar de vez en cuando. Y es que a veces piensas que tu madre ya ha hecho todo lo que podía por ti, pero siempre encuentran la forma de sorprenderte, de ir más allá, y demostrarte que realmente no hay nada que no hagan por un hijo.

Hace años, antes de mancharme, yo casi no salía de este cuarto. Era mi territorio privado, el sitio donde podía estar a salvo de la pesada de mi hermana, de las insistentes y repetitivas preguntas de mis padres. Ellos me permitían convertir esto en un santuario porque era el lugar donde estudiaba. Nunca he sido de los de ir a bibliotecas a tratar de aprenderme lecciones enteras en libros o hacer ejercicios. Puedo concentrarme fácilmente, pero no en ese tipo de ambientes, donde sé que además tendría constantes interrupciones por parte de gente que no va a estudiar, sino a echar el rato. Lo mío era quedarme en casa al volver de la facultad y echar horas y horas para sacarlo todo adelante. Aquí, tranquilo y seguro, a mi aire, acompañado de Bach, Albinoni, Tchaikovsky y todos los demás. Luego salía un rato a despejarme, a correr o a jugar al baloncesto, y al volver cenaba y de nuevo para dentro. En aquellos tiempos tenía sentido, porque era mi elección. Ahora la cosa ha cambiado.

Leo cuando la vista me da para ello. Veo alguna serie si no estoy muy cansado. Duermo mucho y como lo que puedo. Llevo ya unas semanas sin acudir a terapia y pensaba que la cosa cambiaría a mejor, pero no ha sido el caso. Ahora, apoyado en el cabecero de la cama, escribo como puedo estas líneas mientras veo cómo el sol se va zambullendo poco a poco en el horizonte, soltando una ola naranja que atraviesa todo el firmamento, y escucho como tu abuela le insiste a Ariadna para que se tome otra infusión de jengibre y hojas de frambuesa que, según ella, es mano de santo para relajarse y de paso, adelantar un poco el parto. Y también, ahí fuera, escucho los coches, las campanas de la iglesia, y a veces hasta las conversaciones de los vecinos. Y en la tele del salón, de fondo, las noticias hablan de Siria, de Nicaragua, pero sobre todo de ETA, que esta misma mañana comunicó su disolución definitiva. Son buenas noticias, desde luego. La vida sigue, el mundo no se frena por nadie, aunque aquí, en esta pequeña burbuja, todo parezca haberse congelado desde hace días. Me siento como si hubiera corrido un maratón y a escasos cien metros de la meta, las fuerzas me fallasen y empezara a tropezarme. Ya he probado el suelo más de una vez, así que sé cómo se siente uno segundos antes de caer. Pero que caiga no significa que vaya a quedarme allí tirado. No sé cómo lo voy a hacer, porque ahora mismo incluso estar tumbado me

parece un suplicio, pero voy a llegar, aunque tenga que arrastrarme.

26 de abril de 2018

El domingo por la noche, mientras yo trataba de conciliar el sueño, tu madre sintió algo en su cuerpo, algo importante. La cama manchada, la casa entera en pie, y Ángela poniéndose lo primero que encontraba para llevarla al hospital. Tu abuela y tus tías, que habían venido el día antes desde Barcelona previniendo lo que ocurriría, las acompañaron. Tu abuelo se quedó aquí, para cuidar lo que quedaba de mí.

Tardaron un mundo en llegar, o eso me pareció. Tu madre todavía no tenía las contracciones tan seguidas, pero aun así la ingresaron, porque estaba claro que no tardarías mucho en llegar. Y yo no pude dormir más en todo ese tiempo, a pesar de que los párpados me pesaban una tonelada. Seguía en contacto con ellas a través del teléfono, y les pedía que me contaran cualquier cosa que ocurriese.

No sé si era por puro delirio o por las ganas que tenía, pero durante unas horas incluso llegué a pensar que podría recuperarme lo suficiente como para llegar a tiempo al hospital y estar allí. Mi parte lógica, que últimamente parece haberse ido de vacaciones indefinidas, todavía me recordaba que era imposible. Pero yo me negaba a escuchar aquello. Quería concentrarme en levantarme de la cama, vestirme y salir de allí. Y me concentré tanto que acabé durmiéndome.

Te pido perdón por eso, Alba. Por no haber podido estar presente. Porque a eso de las ocho y media de la mañana, mientras tu madre se portaba como una campeona trayéndote al mundo, yo solo podía llorar escuchando cómo lo hacías tú, gracias a tu tía Ángela. Una matrona muy amable la dejó pasar, junto a tu abuela Raquel, para que pudiera llevarme al parto aunque fuese por teléfono. Ya sé que no es lo mismo, porque lo que más quería en el mundo era apretar la mano de tu madre en ese momento, pero a mí me valía. Y cuando te escuché llorar, por fin todo tuvo sentido.

He pasado dos días viéndote solo en vídeos y fotografías, a través del teléfono o el ordenador. Ayer, cuando tu madre entró por la puerta de esta habitación contigo en brazos, sentí que el cuerpo dejaba de pesarme, que la mente se me despejaba y los ojos se me nublaban. Con mucho cuidado, pude cogerte y sentir cada poro de tu piel, cada sonido, cada movimiento. Tu mirada que no paraba de buscarme. Tus manitas torpes jugando con las mías. Tan delicada, tan pequeña, y tan importante.

Hoy he querido sacar un rato para terminar este diario, manuscrito o lo que sea. No lo tengo fácil porque me encuentro incómodo escribiendo así. En realidad, me encuentro incómodo en cualquier posición, aunque cuando estás conmigo se me olvida todo. Pensaba mucho en lo que podría decirte si lograba llegar a este momento, en todo lo que escribiría, y ahora me parece tan absurdo tratar de explicar algo así... Solo quiero que sepas que estoy muy, muy feliz. Que no voy a cansarme de mirarte, de hablarte y de sentirte hasta que ya no me queden fuerzas ni para abrir los ojos. Y también entonces estaré en paz, una paz nueva y auténtica, como nunca antes la había sentido. Y todo es gracias a ti.

Te quiero mucho, Alba.

AGRADECIMIENTOS

Si este libro ha llegado a ti, debes saber que estas sosteniendo en tus manos un verdadero sueño hecho realidad, el mío, el del tipo cuyo nombre aparece en la portada. Fueron años mascullando la idea en mi cabeza, y luego meses hasta que por fin pude terminarla. Un trabajo paciente y a veces complicado, de tardes enteras escribiendo, para luego borrar y corregir. De dudas infinitas y miedo a no ser capaz de llegar a esta parte, que lejos de ser la más sencilla, se me antoja tan problemática como las noventa mil palabras anteriores.

Y es que la labor de un escritor suele ser solitaria por definición, en la mayoría de los casos. Sin embargo, esta novela no estaría hoy en tus manos de no ser por un montón de personas con las que, a lo largo de muchos meses, tuve el placer de compartir puntos de vista, experiencias e interminables conversaciones que me ayudaron a dar luz a toda esta historia. Si me olvido de alguna de esas personas, ruego que me perdonen, pero la memoria nunca fue mi punto fuerte.

Quiero agradecer a Víctor Sáñez, Anabel Gómez y Trini Roldán su ayuda, en tiempo, paciencia, comprensión y sabiduría, para responder a todas mis dudas concernientes a los detalles médicos de la historia. Sus sugerencias me han salvado en más de una ocasión del tan temido bloqueo, y me han permitido darle a este libro el matiz realista que buscaba. Así mismo, asumo la total responsabilidad por cualquier error que pueda haber en ese sentido.

Agradezco enormemente a Iván Roldán, Tony Jiménez, Rubén Muñoz, Sergio Fernández, Javier Roldán, Antonio C. Moreno, José Luis Díaz, Pedro Garrido, Elena Tejedor y Ana García por todas esas conversaciones en las que aguantaron mi verborrea con una sonrisa en la cara, incluso ayudándome en muchos casos a perfilar detalles de la trama, los personajes o los lugares donde la historia se sitúa. Y especialmente, quiero agradecer de todo corazón a Noelia Sánchez su labor como lectora cero, sus sugerencias, sus palabras de ánimo y su confianza ciega en mí y en esta novela. Estaré en deuda eterna contigo, Noe.

A mi familia, a mis amigos, a todos aquellos que tienen que convivir conmigo y con mis idas y venidas, con mis ideas catastrofistas y con mi visión personal de las cosas. A todos los que me han ayudado a seguir escribiendo, ya sea por un comentario, por una felicitación, por comprar alguno de mis libros o simplemente por estar ahí, interesándose por lo que a este juntaletras se la podía ocurrir en cada momento. Muchas gracias, de verdad.

Y a ti, que has terminado el libro, o si eres como yo, que estás a punto de empezarlo y has querido pasar primero por aquí, te agradezco que hayas confiado en esta historia, y espero que haya logrado emocionarte. Que te hayas divertido, que hayas llorado, que hayas reflexionado... En definitiva, que todo este viaje haya valido la pena.

Enlace y código QR a la lista de las canciones que aparecen mencionadas a lo largo de esta historia:

<http://ealf.es/esperandoaalba-spotify>

